ROCÍO HERRERA BENÍTEZ

LA MUJER DEL 412

UN THRILLER PSICOLÓGICO



Algunos secretos no se olvidan.

Se entierran.

LA MUJER DEL 412

Algunos secretos no se olvidan. Se entierran.

Rocío Herrera Benítez

La Mujer del 412

© 2026, Rocío Herrera Benítez

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia.

Publicado por Amazon KDP

ÍNDICE

Capítulo 1 *412*
Capítulo 2 *Día 1: Llegada*
Capítulo 3 *La recepción*
Capítulo 4 *Día 2: Las reglas*
Capítulo 5 *La doctora*
Capítulo 6 *Día 3: La tos*
Capítulo 7 *El registro*
Capítulo 8 *Día 4: El juego de Bjørn*
Capítulo 9 *Las noches*
Capítulo 10 *Día 5: La separación*
Capítulo 11 *El ala cerrada*
Capítulo 12 *Día 5: La noche del pasillo*
Capítulo 13 *La canción*
Capítulo 14 *Día 6: El racionamiento*
Capítulo 15 *Tor*
Capítulo 16 *Día 6: La dosis*
Capítulo 17 *El sótano*
Capítulo 18 *Día 6: La canción de cuna*
Capítulo 19 *La confesión de Lars*
Capítulo 20 *Día 7: La decisión*
Capítulo 21 *El espejo*
Capítulo 22 *Día 7: Lo que vino después*
Capítulo 23 *La puerta abierta*
Capítulo 24 *Día 7: Cerrar los ojos*
Capítulo 25 *412*

Capítulo 1
412

412

Lo primero es el olor. Lejía industrial, la que usan en hospitales y en morgues, mezclada con algo orgánico que no consigo identificar. Algo dulce. Abro los ojos y la habitación no existe: solo una oscuridad densa, granulada, que tiene peso propio. Parpadeo. Otra vez. Las pupilas se ajustan y las formas empiezan a separarse del fondo como objetos que flotaran hacia la superficie de un agua negra.

Una mesilla de noche. Una lámpara apagada. La esquina de una cortina que no consigue tapar del todo la ventana. Por la rendija entra una luz azulada, débil, como la de una pecera en una habitación a oscuras. No es luz de día. Es algo anterior al día o posterior a él, una claridad que no calienta.

Estoy tumbada de lado. Las sábanas huelen a detergente barato y están húmedas contra mi piel. La calefacción no funciona o funciona mal: el aire tiene esa densidad específica del frío cuando lleva horas instalándose en un espacio cerrado. Lo noto en los dedos de los pies, que no responden bien cuando intento moverlos. Lo noto en la rigidez de la mandíbula, apretada, con la marca de los dientes en el interior de la mejilla.

Algo suave me roza el brazo. Bajo la mirada.

Bjørn.

El conejo de peluche de Frida está en la almohada, junto a mi cabeza. Gris, con una oreja medio descosida y un ojo de botón más oscuro que el otro. Frida insistía en que era un conejo aunque su nombre significara oso. Era su forma de decir que las cosas podían ser lo que ella decidiera. Lo agarro. La tela está fría pero conserva un rastro de algo, un olor tenue debajo del detergente, y mi estómago se contrae con una violencia que me obliga a cerrar los ojos.

Frida.

Su cara es lo último que tengo. Un fotograma suelto, sin contexto: los ojos marrones mirándome, el pelo recogido en una coleta torcida, la boca abierta como si estuviera diciendo algo. No recuerdo qué. No recuerdo dónde. No recuerdo cuándo.

Me incorporo. La cabeza protesta con una presión sorda detrás de los ojos, algo que empuja hacia afuera. La boca sabe a metal y a sueño viejo. En la muñeca izquierda hay una pulsera de plástico, del tipo que ponen en urgencias. La acerco a la luz de la ventana para leer lo que dice.

Skar, N. — Hab. 412 — NIVEL 3.

Mi nombre. El número de una habitación. Una clasificación que no entiendo. NIVEL 3. Podría ser la planta, pero estoy en la cuarta. Podría ser un código de triaje, pero los que conozco usan colores, no números. La pulsera está cerrada con un broche de presión que no cede cuando tiro de él. Me la quedo mirando, la marca roja que ha dejado en la piel, la forma en que el plástico se ajusta al hueso. Lleva ahí tiempo. Días, quizás.

Me levanto. Las piernas no responden bien en el primer intento y me agarro al borde de la cama. Los músculos de los muslos están agarrotados, como después de una fiebre larga o de días sin moverse. Los pies descalzos tocan un suelo que no es moqueta ni cerámica sino algo intermedio, un material sintético que absorbe el sonido de los pasos y lo devuelve amortiguado, tragado por el suelo.

La ventana. Aparto la cortina.

Un fiordo. La palabra aparece en mi cabeza antes que la imagen tenga sentido. Agua negra, inmensa, encajada entre dos paredes de roca que desaparecen en la niebla. No hay horizonte. El cielo y el agua se funden en una línea indistinguible de gris. Abajo, muy abajo, un embarcadero vacío. Nieve en las rocas. Ni un barco. Ni una luz. Ni un movimiento.

Noruega. Estoy en Noruega.

La certeza llega sin recuerdo asociado. Sé dónde estoy en términos generales pero no sé cómo he llegado. No sé qué día es. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Aprieto a Bjørn contra el pecho y siento las costuras del peluche clavarse en la piel por encima de la

camiseta. La camiseta no es mía. Es gris, de algodón médico, dos tallas grande.

La habitación tiene forma rectangular, estrecha. Una cama individual. La mesilla. Un armario empotrado con las puertas abiertas y nada dentro salvo tres perchas vacías que se balancean sin razón aparente. Un baño diminuto cuya puerta está entornada: azulejos blancos, una ducha sin cortina, un espejo sobre el lavabo. Me acerco al espejo. La mujer que me devuelve la mirada tiene la cara hinchada, los labios secos y agrietados, y unas ojeras que no son de una noche mala sino de muchas. El pelo, rubio oscuro, aplastado contra un lado del cráneo. En el cuello, una marca pequeña, redonda, como la que deja una inyección intravenosa mal puesta. La reconozco. Es una marca de vía. La clase de marca que una enfermera identifica sin pensar.

Soy enfermera. Eso lo sé.

Abro el grifo. El agua sale helada y marrón durante tres segundos antes de aclararse. Me lavo la cara. Los dedos me huelen a algo que tardo un momento en ubicar: cera. Crayón de cera. Me miro las uñas. Debajo, en la línea donde la uña se une a la piel, hay restos de color. Azul. Verde. El azul que Frida usa para el cielo. El verde de las hojas de sus árboles.

La garganta se me cierra como cuando tragas agua fría demasiado rápido.

Frida estuvo aquí. Frida estuvo conmigo. Estos colores son suyos.

Pero la habitación es de una persona. Una cama, una almohada, una pulsera con un solo nombre. Ni juguetes ni ropa de niña ni un segundo par de zapatos junto a la puerta. Solo Bjørn, que aprieto con una mano mientras con la otra me agarro al borde del lavabo.

Tengo que salir de esta habitación.

No hay zapatos. Busco debajo de la cama, dentro del armario, detrás de la puerta del baño. Nada. La puerta de la habitación tiene una cerradura de tarjeta magnética. La tarjeta está sobre la mesilla, junto a la lámpara. La cojo. Mis manos tiemblan y necesito dos intentos para pasarla por la ranura. La luz se enciende en verde. El

mecanismo hace un clic que resuena más de lo que debería en el silencio.

El pasillo se abre ante mí como una garganta larga y estrecha. Moqueta oscura, paredes de un gris verdoso, fluorescentes empotrados en el techo que zumban en una frecuencia baja, justo en el límite de lo audible. Algunos parpadean. La mayoría están encendidos pero dan una luz amarillenta, de emergencia, como si el hotel funcionara a media potencia. El techo es bajo. Las paredes se estrechan a lo lejos o parece que lo hacen, un efecto óptico que convierte el pasillo en algo que se cierra, que tiene dirección y voluntad propia.

Camino. Los pies descalzos no hacen ruido en la moqueta. Cuento las puertas: 414, 413. Mi habitación, la 412. Sigo en la otra dirección: 411, 410, 409. Todas cerradas. Todas iguales. Ninguna tiene la luz de «ocupado» encendida. Pego la oreja a la 410. Silencio. A la 409. Silencio. No el silencio de una habitación vacía sino el de un espacio que contiene algo que no se mueve.

El pasillo termina en un punto de bifurcación: a la izquierda, una puerta cortafuegos con un cartel que dice «Trapp» en letras rojas. Escaleras. A la derecha, el pasillo continúa y gira en un ángulo que no permite ver qué hay después. Al fondo, antes de la curva, una ventana. Me acerco. El cristal está empapado de condensación por el interior. Paso el dedo y el agua está caliente, lo cual no tiene sentido si la calefacción no funciona. El hotel transpira. Ese es el verbo exacto: el edificio suda por dentro.

A través del cristal limpio veo el exterior por primera vez con distancia. El hotel es una torre de hormigón plantada al borde de un precipicio. Debajo, la pendiente baja hasta el fiordo entre abetos cubiertos de nieve. No hay carretera visible. No hay coches. No hay población cercana. El letrero de neón del hotel —rojo, vertical, cuatro letras que deletrean HOTEL— es la única fuente de color en un paisaje hecho de gris, blanco y negro.

Empujo la puerta cortafuegos. Pesa más de lo que esperaba y el mecanismo de cierre silba al ceder. Las escaleras son de hormigón desnudo, sin moqueta, sin pintura. Cada peldaño tiene una muesca de desgaste en el centro, suavizada por décadas de pasos. Los míos

resuenan con un eco metálico que sube y baja por el hueco. Cuatro pisos por encima. Tres por debajo. La barandilla está helada al tacto y la suelto después de un tramo. El hueco de las escaleras huele diferente al pasillo: aire estancado, hormigón húmedo, y algo metálico que podría ser óxido o podría ser otra cosa. Desde abajo llega el zumbido grave de un generador. El edificio tiene pulso propio, un latido mecánico que se siente en las plantas de los pies si te quedas quieta lo suficiente.

Bajo hasta la planta baja. Una puerta idéntica a la de arriba, sin cartel. La empujo. Otro pasillo, más ancho, mejor iluminado. Huele distinto: comida recalentada, desinfectante de superficie, y debajo de eso, el rastro inconfundible de muchos cuerpos viviendo juntos en un espacio cerrado. Es el olor de una sala de espera de urgencias en noche de sábado. Lo conozco.

Una recepción abierta. Mostrador largo de madera oscura, con un ordenador cuya pantalla muestra un salvapantallas en bucle. Detrás, un tablero con llaves de habitaciones colgadas de ganchos numerados. Muchas faltan. En la pared, un cartel enmarcado: «Hotel Granhall — Velkommen». Debajo, con cinta adhesiva, un folio impreso que dice en noruego e inglés: «Por orden de la Autoridad Sanitaria Nacional, este establecimiento opera como centro temporal de contención sanitaria. Nivel de alerta: ROJO.»

Cuarentena. La palabra entra y algo se mueve dentro de mi cabeza, un fragmento que intenta conectarse con otros fragmentos: el autobús, la nieve en la carretera, Frida dormida contra mi hombro. Pero el recuerdo se deshace antes de que pueda agarrarlo, como una pastilla efervescente en agua.

No hay nadie en la recepción. Rodeo el mostrador. Detrás hay una silla con un jersey colgado del respaldo, una taza de kaffi a medio terminar y un cuaderno abierto con anotaciones en noruego. Paso las páginas. Números de habitación, nombres, fechas. Busco la 412. La encuentro casi al final de una columna: Skar, N. Junto al nombre, una anotación a bolígrafo: «Dr. Vold — evaluar.»

Evaluar. A mí. No a mi hija. A mí.

Dejo el cuaderno donde estaba. Las manos me tiemblan y no es del frío. El comedor está al final del pasillo de la planta baja: puertas

dobles de cristal opaco. Las empujo. Mesas largas de madera dispuestas en filas, sillas apiladas contra una pared, bandejas de comida sobre un mostrador de acero inoxidable cubiertas con film plástico. El comedor está vacío pero no parece abandonado. Hay servilletas usadas en una de las mesas. Un vaso con restos de leche. Un dibujo a medio hacer en el reverso de lo que parece un menú del día: un árbol sin hojas, el tronco marrón, el cielo una raya azul.

Me quedo inmóvil. El dibujo. El árbol. La raya azul arriba del todo.

Frida dibuja así. Siempre el cielo como una línea en la parte de arriba de la hoja, nunca cubriendo todo el fondo. Le enseñé una vez que el cielo baja hasta el suelo y me dijo que no, que el cielo se queda arriba porque si baja se cae encima de la gente. Tiene esa forma de decir las cosas como si el mundo funcionara exactamente como ella lo ve. Absoluta. Sin espacio para la duda.

Tiene. No tenía. Tiene.

Recojo el dibujo. El crayón está seco pero no viejo. Es reciente. Huelo el papel y debajo de la grasa de la cocina está el olor ceroso del crayón, ese olor que le impregna los dedos cuando dibuja tumbada boca abajo en el suelo, con las piernas dobladas y los pies en el aire. Es como olerla a ella.

Una puerta se cierra en algún lugar del pasillo y el sonido me llega amortiguado pero claro: metal contra metal, el mecanismo de una cerradura. Alguien se mueve en este hotel. Salgo del comedor con el dibujo en una mano y Bjørn en la otra. El pasillo está vacío. Las luces zumban.

Subo de vuelta por las escaleras. La planta cuatro. Mi planta. El pasillo se extiende en ambas direcciones y la moqueta oscura se traga mis pasos. Llego hasta el final, hasta donde el pasillo tuerce, y allí hay algo que no vi antes: una puerta distinta a las demás. Metálica, sin número, cerrada con una cadena y un candado. A la altura de los ojos, una señal en noruego que no alcanzo a traducir del todo. La primera palabra la entiendo: adgang. Acceso. La segunda: forbudt. Prohibido.

Pego la oreja a la puerta. Acero contra piel. El metal está tan helado que quema. Detrás, nada. Un silencio distinto al de las

habitaciones: más espeso, más profundo, como el que hay debajo del agua.

Retrocedo. La 412 está a seis puertas de distancia. La luz del pasillo parpadea una vez, dos veces, se estabiliza con un zumbido más agudo. Y entonces lo oigo.

Una risa.

Infantil, breve, que llega desde abajo. Desde las escaleras o desde la planta tres, imposible precisar. Una risa de niña que juega a algo, el tipo de carcajada que Frida soltaba cuando Bjørn «se caía» de la cama durante el juego del barco y ella tenía que «rescatarlo» del suelo. Una risa que reconocería entre mil, dormida, enferma, muerta.

Me muevo antes de pensar. Los pies descalzos golpean la moqueta y después el hormigón de las escaleras. Bajo de dos en dos. La planta tres. Empujo la puerta cortafuegos. Un pasillo idéntico al de arriba, con las mismas luces amarillentas y el mismo olor a lejía, pero aquí las puertas tienen carteles diferentes: «Sikkerhet», «Personale». Seguridad. Personal. Corro hasta el final. Nada. Giro. El pasillo se extiende vacío en ambas direcciones. El silencio ha vuelto como si la risa nunca hubiera existido.

Pero existió. La oí. Fue real. Tan real como Bjørn en mis manos, tan real como el crayón debajo de mis uñas, tan real como el dibujo del árbol sin hojas con el cielo que se queda arriba porque si baja se cae encima de la gente.

Me quedo de pie en mitad del pasillo, descalza, con la pulsera de plástico apretada contra el hueso de la muñeca. El hotel respira a mi alrededor. Las tuberías emiten un quejido largo, orgánico, que sube por las paredes como un animal arrastrándose entre el hormigón. La luz de emergencia tiñe mis manos de un color ámbar sucio. Bajo la mirada. El crayón debajo de las uñas. El azul del cielo de Frida.

Susurro su nombre. La voz no suena como mía. Suena como algo roto que todavía intenta funcionar.

Cierro los ojos.

Cuando los abro, el pasillo sigue vacío. Y en algún lugar del Hotel Granhall, por encima o por debajo de mí, alguien que no

puedo ver mueve una puerta que no consigo encontrar.

Capítulo 2
Día 1: Llegada

Día 1: Llegada

Frida se rió cuando el autobús tomó la última curva y el hotel apareció al fondo de la carretera, encajado contra el cielo gris como un diente de hormigón.

—Mamá, parece una cárcel de gigantes.

Nora no respondió. Tenía la frente apoyada contra el cristal de la ventanilla y miraba el edificio acercarse con cada giro del autobús, la torre rectangular de siete plantas levantada al borde de un precipicio que caía hasta el fiordo. La fachada era hormigón visto, oscurecido por décadas de humedad y salitre. Las ventanas, pequeñas y cuadradas, le daban al edificio el aspecto de algo que observa sin parpadear. En lo alto, un letrero de neón rojo deletreaba HOTEL en vertical. Dos de las letras estaban apagadas.

El autobús llevaba siete horas en la carretera. Habían salido de Bergen antes del amanecer, cuarenta y tres personas distribuidas en asientos diseñados para veinte, con mantas del ejército sobre las rodillas y mascarillas quirúrgicas que ya nadie se molestaba en colocarse bien. El conductor no había dicho una palabra en todo el trayecto. Los dos soldados que viajaban junto a la puerta tampoco. La única instrucción había llegado por megafonía al subir: destino, Hotel Granhall, centro temporal de contención sanitaria, duración estimada de la estancia, indeterminada.

Frida se había dormido durante las tres primeras horas con la cabeza apoyada en el regazo de Nora y Bjørn apretado contra la barbilla. Después se había despertado con hambre, había comido las dos galletas que Nora llevaba en el bolsillo del abrigo y había preguntado cinco veces cuándo llegaban. A la sexta, Nora le había dicho que contara los árboles de la carretera. Frida contó ciento doce antes de aburrirse y empezar a inventar nombres para cada uno.

—Ese se llama Torcido. Ese se llama Gordo. Ese no tiene nombre porque es antiquísimo y se le ha olvidado.

Nora la había escuchado nombrar árboles durante cuarenta minutos con esa mezcla de ternura y terror que se había convertido en su estado natural desde que la Autoridad Sanitaria Nacional había emitido la orden de evacuación de la zona costera de Vestland. Gripe hemorrágica. Variante B7. Transmisión aérea confirmada, tasa de mortalidad en revisión, período de incubación entre tres y ocho días. Nora había leído el informe clínico en la página del Folkehelseinstituttet antes de que la tumbaran, y lo que había leído le había dejado las manos frías. Las cifras eran malas. Los márgenes de error eran peores.

El autobús se detuvo frente a la entrada del hotel con un chirrido de frenos que hizo callar las conversaciones de los últimos asientos. Frida se puso de rodillas en el asiento para ver mejor por la ventanilla. Tenía la nariz aplastada contra el cristal y el aliento le formaba un círculo de vaho que se expandía y se contraía con cada respiración. Puso la mano sobre el vaho. Cinco dedos pequeños, separados, dejando una marca perfecta en la condensación.

—¿Tiene piscina?

—No creo, cariño.

—¿Y parque?

—Tiene montañas. Y agua.

Frida lo consideró un momento, con esa seriedad que ponía cuando evaluaba si algo merecía su aprobación.

—Vale. Pero si no tiene piscina, Bjørn se va a enfadar.

—Bjørn se adapta. Es un conejo viajero.

—Es un conejo, no un oso. Los osos no viajan. Se quedan en su cueva.

Era una discusión vieja, gastada, cómoda como una manta. Nora sabía que Frida sabía que Bjørn significaba oso. Y Frida sabía que Nora sabía que le daba igual. El nombre era lo de menos. Lo importante era que Frida había decidido que era un conejo, y en el universo de Frida, las cosas eran lo que ella determinaba que fuesen.

Bajaron del autobús en fila. El aire de afuera era otra cosa: salado, húmedo, con una temperatura que no era exactamente frío sino una ausencia total de calor, el vacío que deja el mundo cuando alguien le aspira toda la tibieza del mundo y solo quedara esto, este gris mojado que se adhiere a la ropa y a la cara y no se va. Frida se pegó a la pierna de Nora y apretó a Bjørn con las dos manos. El abrigo le quedaba grande —era de la temporada pasada de un primo segundo que vivía en Trondheim y le llegaba por debajo de las rodillas— y arrastraba los faldones por el suelo mojado del aparcamiento.

El hotel era peor de cerca. El hormigón tenía manchas verdes de humedad en las juntas. Las ventanas de la planta baja estaban cubiertas con plástico opaco desde dentro. Junto a la entrada, un cartel oficial de la Autoridad Sanitaria con instrucciones en noruego, inglés y árabe. Un generador portátil zumbaba a la derecha del edificio, conectado por cables gruesos a la pared. El olor a diésel se mezclaba con el del fiordo.

Dentro, la recepción estaba llena de gente que no se movía. Familias sentadas en el suelo contra las paredes, con bolsas de deporte y mochilas. Ancianos en sillas de ruedas. Niños que no jugaban. El silencio era específico, el de personas que llevan horas esperando algo que nadie les ha definido. Nora reconoció el olor: cuerpos, ansiedad, el sudor particular que produce el miedo cuando se prolonga. Lo conocía de las guardias de noche en urgencias.

Un hombre alto, de pelo canoso y espalda muy recta, se acercó con un portapapeles. Traje gris, corbata, zapatos limpios. Después de siete horas de autobús y de una recepción que parecía una sala de espera de refugiados, los zapatos limpios resultaban casi obscenos.

—Velkommen til Granhall —dijo, sin sonreír—. Erik Dahl, director del hotel. Necesito nombre completo y número de identificación.

—Nora Skar. Y mi hija, Frida Skar, cinco años.

Erik anotó sin levantar la vista del papel. La mano se movía rápida, eficiente, entrenada para registrar personas como quien registra equipaje.

—Habitación 412. Cuarta planta. Comidas en el comedor de la planta baja, horario fijo: ocho, trece, diecinueve. Revisión médica obligatoria mañana a las diez. No se permite salir del edificio bajo ninguna circunstancia. ¿Preguntas?

Nora tenía diecisiete preguntas. Empezó por la que importaba.

—¿Qué recursos médicos hay disponibles? Soy enfermera.

Erik la miró por primera vez. Algo cambió en su expresión, un ajuste mínimo que Nora no supo interpretar. Interés, quizás. O cálculo.

—La doctora Vold le informará mañana. Todo se gestiona por protocolos.

Protocolos. La palabra favorita de la gente que no quiere responder preguntas.

Subieron por las escaleras porque el ascensor no funcionaba o no lo habían activado. Frida contó los peldaños en voz alta. Sesenta y cuatro hasta la cuarta planta. A Nora le sorprendió que contara bien —normalmente se saltaba el cuarenta y algo y pasaba del treinta y nueve al cincuenta—, pero ese día Frida estaba concentrada, aferrada a la tarea de contar como a una cuerda que la mantuviera conectada a algo normal.

La habitación 412 era pequeña, con una cama individual pegada a la pared, una mesilla, un armario y un baño cuya puerta no cerraba del todo. La ventana daba al fiordo. Desde allí arriba, el agua parecía acero líquido, gris y densa, sin una sola onda.

Frida soltó la mano de Nora, dejó a Bjørn en la cama y empezó a inspeccionar. Abrió el armario. Cerró el armario. Encendió y apagó la lámpara tres veces. Se metió en el baño y abrió el grifo. Miró debajo de la cama.

—No hay monstruos —anunció, satisfecha—. He comprobado.

—Bien hecho.

—Pero huele raro. Huele a cuando limpias el baño de casa pero peor.

Lejía. Nora también lo olía: desinfectante industrial por debajo de todo, impregnado en las sábanas, en las cortinas, en la moqueta del pasillo. No era el olor de un hotel. Era el olor de un sitio que han limpiado para que no quede rastro de lo que había antes.

Deshizo la mochila. Había metido lo esencial la noche anterior, con la lista mental de triaje que su cerebro de enfermera construía sin esfuerzo: medicinas primero (ibuprofeno infantil, termometró, tiritas, el inhalador que Frida no había necesitado en dos años pero que Nora llevaba a todas partes como un amuleto), ropa interior, dos mudas para cada una, cepillos de dientes, la caja de crayones de Frida y un cuaderno. Había dejado fuera los juguetes, los libros, las fotos. Todo lo que pesaba y no curaba. Ahora, mirando la habitación desnuda, se arrepintió de no haber metido al menos uno de los cuentos que Frida le pedía antes de dormir.

Frida ya había sacado los crayones. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y el cuaderno abierto sobre la moqueta, dibujando algo con el marrón. El tronco de un árbol. Siempre empezaba por el tronco.

—Mamá.

—Dime.

—¿Los pájaros de aquí también tienen que quedarse en cuarentena?

Nora se sentó en la cama. La pregunta le abrió una grieta pequeña por donde se coló algo caliente y doloroso a la vez. Frida la miraba con los ojos muy abiertos, el crayón marrón suspendido a medio camino entre el papel y el aire, esperando una respuesta que fuera lógica, completa y definitiva, como todas las respuestas que Nora le daba y que Frida archivaba como verdades absolutas del universo.

—No, cariño. Los pájaros vuelan por encima de la cuarentena.

Frida asintió despacio, como si la información encajara con algo que ya sospechaba.

—Buenísimo.

Era su palabra para todo lo que le parecía bien: la cena, un dibujo que le salía como quería, la nieve, un día en que Nora no tenía que trabajar. Buenísimo, dicho con las dos íes largas y una convicción absoluta, como si el mundo pudiera dividirse en cosas que eran buenísimas y cosas que no, y no hubiera nada en el medio.

Terminó el árbol. Le añadió hojas verdes, redondas, demasiadas para un solo tronco. Después cogió el azul y dibujó una línea recta

en la parte de arriba de la hoja. El cielo. Siempre una línea arriba del todo, nunca cubriendo el fondo entero. Nora la observaba desde la cama, con las piernas recogidas contra el pecho y los brazos alrededor de las rodillas. Frida dibujaba con la lengua asomando por la comisura de la boca, apretando el crayón con tanta fuerza que los dedos se le ponían blancos en los nudillos.

Alguien llamó a la puerta. Dos golpes secos, profesionales. Nora abrió.

La mujer del pasillo tenía el pelo gris recogido en una coleta tirante, gafas rectangulares sobre una nariz afilada y una bata médica blanca que no tenía ni una arruga. Llevaba un estetoscopio alrededor del cuello y un portátil bajo el brazo. Sus ojos recorrieron la habitación en dos segundos: la cama, la mochila abierta, Frida en el suelo con los crayones, Bjørn en la almohada. Una evaluación clínica comprimida en un parpadeo.

—Doctora Karin Vold —dijo—. Soy la responsable del protocolo sanitario del centro. Vengo a informarles del procedimiento de evaluación médica.

La voz era neutra, calibrada, sin acentos emocionales. Nora la reconoció al instante: era la voz que usaban los médicos de urgencias cuando la situación era mala y no querían que el paciente lo notara. Una voz diseñada para contener.

—Soy enfermera —dijo Nora.

Karin la miró. Un ajuste mínimo en la expresión, parecido al de Erik pero con una capa adicional que Nora no supo leer. Algo entre el alivio y la precaución, como cuando encuentras a alguien que habla tu idioma en un país donde nadie lo habla.

—Entonces entenderá la importancia de seguir los protocolos al pie de la letra. Evaluación diaria de temperatura, control de síntomas, aislamiento inmediato en caso de fiebre superior a 38,5. El ala médica está en la planta dos. Acceso restringido. Si su hija o usted presentan síntomas, no bajen al comedor. Llamen desde la habitación.

—¿Qué antivirales tienen?

—Oseltamivir. Stock limitado. Se prioriza por protocolo de gravedad.

Stock limitado. Nora tradujo: no hay suficiente para todos. Se prioriza por protocolo significaba: alguien decide quién recibe la medicación y quién no. Miró a Frida en el suelo, la lengua asomando, los dedos blancos alrededor del crayón, la concentración absoluta de quien dibuja el mundo como quiere que sea.

Karin siguió su mirada.

—Los niños son resilientes —dijo.

No era un consuelo. Era una observación clínica. Nora lo notó en la forma en que Karin pronunció la frase: sin calidez, sin intención de tranquilizar, solo un dato entregado con la misma eficiencia con que habría leído un resultado de laboratorio. Karin Vold no era una médica que consolara. Era una médica que informaba. Nora no sabía aún si eso la hacía fiable o peligrosa.

Karin se fue. La puerta se cerró con ese clic de tarjeta magnética que Nora iba a aprender a odiar. Frida no había levantado la vista del dibujo en ningún momento de la conversación. Había añadido un pájaro al cielo, encima de la línea azul: un garabato con alas que parecía más un insecto que un ave, pero que para Frida era inequívocamente un pájaro.

—Ese es el pájaro que no tiene cuarentena —dijo, sin levantar la cabeza.

Nora sonrió. La sonrisa le costó un esfuerzo físico que sintió en los músculos de la cara, agarrotados de tanto no usarlos. Bajó de la cama, se sentó en el suelo junto a Frida y cogió un crayón. El marrón.

—¿Dibujo el tronco del siguiente árbol?

—Tú dibujas el tronco, yo las hojas. Esa es la regla.

Esa era la regla. Nora dibujaba troncos que eran líneas rectas porque no sabía dibujar, y Frida les ponía hojas redondas y enormes porque le parecía que los árboles de su madre eran demasiado tristes sin ellas. Llevaban haciendo ese juego desde que Frida tenía tres años y cabía entera en su regazo.

Dibujaron tres árboles en silencio. Fuera, la luz del fiordo empezaba a cambiar, a endurecerse, a volverse metálica. La mørketid, la hora oscura, llegaba temprano en esa latitud. A las tres de la tarde el cielo ya se tenía de un azul profundo que no era noche

pero tampoco era día, un estado intermedio que no tenía nombre en español pero que en noruego se describía con una sola palabra.

A las siete bajaron al comedor. Las mesas largas estaban ocupadas por la mitad. La gente comía smørbrød y sopa de algo que Nora no consiguió identificar con la vista. Frida se sentó en el banco y se quedó mirando la bandeja con desconfianza.

—No me gustan los bordes —dijo, señalando la corteza del pan.

—Comételo todo. No sabemos cuándo… —Nora se detuvo. No terminó la frase. Frida la miraba con esa atención de radar que tenía cuando detectaba que un adulto estaba a punto de decir algo que luego iba a borrar.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo tendremos galletas. Así que come bien ahora.

Frida se comió el pan sin los bordes. Los bordes se los dio a Bjørn, que estaba sentado en el banco junto a ella, apoyado contra un vaso para que no se cayera.

En la mesa de enfrente había una mujer joven con un niño que parecía tener siete u ocho años. El niño no comía. Miraba la bandeja como si contuviera algo que le daba miedo. La mujer le hablaba en voz baja, con un tono que Nora conocía bien: el de una madre que negocia con su hijo sin que los demás lo noten. La mujer levantó la vista y sus ojos encontraron los de Nora. Un intercambio sin palabras, el tipo de comunicación instantánea que se establece entre dos madres en territorio hostil: te veo, sé lo que estás pasando, yo también.

Frida arrancó una página del cuaderno. Dibujó algo rápido con el verde y el marrón: otro árbol, más pequeño que los de la habitación, con un pájaro diminuto posado en una rama. Se bajó del banco, cruzó el espacio entre las dos mesas y le tendió el dibujo al niño con la solemnidad de quien entrega un documento oficial. El niño la miró sin entender. Frida no se movió. Esperó con el brazo extendido y la paciencia ilimitada de los cinco años. El niño cogió el dibujo. No sonrió, pero sus hombros bajaron un centímetro. La mujer miró a Nora. Nora vio que tenía los ojos húmedos.

Frida volvió a su sitio, se sentó y continuó comiendo como si no hubiera pasado nada.

Después de cenar subieron a la habitación. Nora le lavó la cara a Frida con agua tibia del grifo, le puso el pijama —el de los cohetes, el único que había metido en la mochila— y la metió en la cama. La cama era estrecha para las dos pero Frida se acurrucó contra Nora con la eficiencia de un animal que busca calor. Bjørn quedó encajado entre las dos, la oreja descosida asomando por encima de la sábana.

—Mamá.

—Dime.

—¿Cuántos días nos quedamos?

—Los que haga falta para que todos estén bien.

—¿Y después volvemos a casa?

—Después volvemos a casa.

Frida consideró esto. En la oscuridad de la habitación, Nora sentía el calor de su cuerpo pequeño, el ritmo de su respiración, el olor a jabón barato y a crayón que le impregnaba el pelo. El fiordo estaba al otro lado de la ventana, invisible ahora, una extensión de negrura absoluta que podía ser agua o podía ser vacío.

—Cántame la canción.

Nora cantó. La melodía que llevaba cantando desde que Frida tenía tres meses y cabía en un brazo. No tenía letra real, solo sonidos que había inventado una noche de fiebre infantil y desesperación, una secuencia de notas sin sentido que de alguna forma se había convertido en el sonido más importante del mundo de Frida. La canción significaba: estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos.

Frida se durmió antes de que terminara. La respiración se le hizo lenta, profunda. Los dedos, que habían estado agarrando la oreja de Bjørn, se abrieron. Nora le apartó un mechón de la frente con los dedos —el ritual de siempre, la mano sobre la frente caliente, el pulgar deslizándose por la sien— y se quedó inmóvil en la oscuridad, con los ojos abiertos, escuchando.

El hotel hacía ruidos. Las tuberías se quejaban dentro de las paredes con un lamento largo, orgánico, que subía y bajaba de tono como algo vivo. El viento del fiordo golpeaba la ventana a intervalos irregulares. En alguna parte del edificio, una puerta se cerró. Después, pasos. Después, nada.

Nora pensó en la palabra de Karin: protocolos. Pensó en la palabra de Erik: indeterminada. Pensó en la cara del niño de la mesa de enfrente cuando Frida le había dado el dibujo, esa cara que era la de todos los niños del autobús, la de todos los niños de este hotel, la de todos los niños de todas las cuarentenas del mundo: la cara de alguien que sabe que algo está mal pero confía en que los adultos lo van a arreglar.

Miró a Frida dormida. El peso tibio contra su costado. La mano abierta sobre la sábana.

—God natt, Frida —susurró.

Frida no se movió. Bjørn tampoco. El hotel siguió haciendo sus ruidos de animal viejo, y el fiordo siguió ahí afuera, negro e inmenso y paciente, como algo que sabe esperar.

Capítulo 3
La recepción

La recepción

La risa no vuelve. Espero en el pasillo de la tercera planta con los pies descalzos sobre el hormigón y Bjørn apretado contra las costillas, escuchando, contando los segundos entre los quejidos de las tuberías. Diez. Veinte. Un minuto entero. El hotel devuelve solo el zumbido constante del generador y el goteo de algo que no consigo localizar, un repiqueteo arrítmico que parece venir de dentro de las paredes.

Bajo a la planta baja. La recepción ya no está vacía.

El hombre detrás del mostrador está de pie, con un teléfono de cable contra la oreja y un bolígrafo entre los dedos de la otra mano. Pelo canoso, espalda recta, corbata sobre una camisa que parece planchada hace cinco minutos. Lo reconozco sin recordar de dónde: la postura, los zapatos limpios, la forma de ocupar el espacio como si el mostrador fuera una trinchera y él el último soldado que queda. Está hablando en noruego, rápido, con un tono que no es de conversación sino de informe. Cuelga cuando me ve. El movimiento es fluido, ensayado, el de alguien que lleva días gestionando interrupciones.

—Skar —dice. No es una pregunta.

Sabe mi nombre. Me mira y sabe mi nombre sin consultar nada, sin dudar, con la familiaridad de quien lleva días gestionando mi existencia dentro de este edificio.

—¿Dónde está mi hija?

La frase sale como un objeto sólido, algo que empujo hacia él a través del mostrador. Erik Dahl —el nombre me llega de algún pliegue de la memoria que no consigo desdoblar— no reacciona como yo esperaba. No hay sorpresa. No hay alarma. No hay el mínimo gesto de alguien que acaba de enterarse de que una niña está desaparecida. Lo que hay en su cara es algo peor: resignación.

La expresión de un hombre que sabía que esta conversación iba a llegar y llevaba preparando la respuesta.

—Señora Skar, necesita hablar con la doctora Vold.

—No le estoy preguntando por la doctora Vold. Le estoy preguntando dónde está Frida. Cinco años. Pelo castaño. Lleva un abrigo que le queda grande. Estaba conmigo en la habitación 412.

Erik coloca el bolígrafo paralelo al borde del mostrador. Un gesto preciso, milimétrico, el tipo de acción que hacen las personas que necesitan controlar algo pequeño cuando lo grande se les escapa.

—Entiendo su preocupación. Pero la doctora Vold es la persona indicada para explicarle su situación.

Su situación. No la situación de su hija. No la situación de la niña desaparecida. Su situación. De Nora. Como si el problema fuera yo.

—No necesito un médico. Necesito que busque a mi hija.

—La doctora Vold llega a las nueve. Le sugiero que desayune y descanse hasta entonces. El comedor está abierto.

Descansar. El hombre me dice que descanse mientras mi hija no está. Apoyo las manos en el mostrador. La madera está fría y pegajosa, como si la hubieran limpiado con un trapo húmedo que no llegó a secar. Erik no retrocede pero su cuerpo se ajusta, un desplazamiento mínimo del peso hacia el pie trasero. Me está midiendo. Calculando el nivel de confrontación que estoy dispuesta a escalar.

—¿Cuántas personas hay en este hotel ahora mismo?

—Esa información es…

—Confidencial. Protocolos. Ya lo sé. ¿Cuántos niños?

Algo se mueve en la expresión de Erik. Un parpadeo de más, medio segundo en que la máscara de gerente de hotel se desliza y asoma algo blando debajo. Pena, quizás. O incomodidad.

—Señora Skar. La doctora Vold. A las nueve. Es lo que puedo ofrecerle.

Me doy la vuelta antes de que la rabia me haga decir algo que cierre la única puerta que este hombre podría abrirme. Camino hacia el comedor con Bjørn en una mano y el dibujo del árbol en la otra. Llevo la pulsera de plástico a la vista y noto que Erik la mira cuando

paso junto al mostrador. No mira el dibujo. No mira al conejo. Mira la pulsera. NIVEL 3.

El comedor está distinto con gente dentro. Cuatro mesas ocupadas. Una pareja mayor que come en silencio con las cabezas inclinadas sobre los platos. Un hombre solo junto a la ventana, con una taza de kaffi entre las manos, que no bebe. En la mesa más cercana a la puerta, una mujer joven con un niño de unos ocho años. El niño come. La mujer no. Tiene los ojos fijos en un punto intermedio entre la bandeja y la pared, el tipo de mirada que he visto en las salas de espera de urgencias, la de alguien que lleva horas sin parpadear porque si parpadea se rompe.

Me acerco a ella. La mujer me mira desde abajo. Sus ojos recorren lo que hay que recorrer: mis pies descalzos, la camiseta médica, la pulsera, el peluche. Se le tensan los hombros. El niño deja de masticar.

—Estoy buscando a mi hija. Frida. Cinco años, pelo castaño, abrigo…

—No —dice la mujer.

La palabra sale seca, cortada, como si la hubiera ensayado.

—No la he visto —añade. Pero no me mira cuando lo dice. Mira al niño. Le pone la mano en el hombro y lo atrae hacia su cuerpo, un gesto instintivo, el de un animal que cubre a su cría. El niño tiene en la mano un trozo de papel arrugado. Un dibujo. Un árbol con un pájaro en una rama.

El dibujo que Frida le regaló en el comedor. El dibujo del primer día.

La memoria me golpea por fragmentos: Frida bajándose del banco, cruzando el espacio entre las mesas, tendiendo el papel con la solemnidad de una embajadora. El niño que no sonreía. La madre con los ojos húmedos. Está aquí. La misma mesa, el mismo niño, el mismo dibujo arrugado en su puño. Y yo estuve aquí con Frida. Este recuerdo es real.

—Usted la ha visto —digo—. Mi hija le dio ese dibujo a su hijo. Estuvimos aquí juntas. Lo recuerdo.

La mujer se pone de pie. El movimiento es brusco, la silla chirría contra el suelo. El niño se encoge. Ella me mira y ahora sí la veo: no

es hostilidad lo que tiene en la cara. Es miedo. Me tiene miedo.

—Beklager —murmura. Lo siento. Y se lleva al niño de la mano hacia la puerta del comedor, rápida, sin girarse.

Me quedo de pie entre las mesas con el corazón golpeándome las costillas por dentro. El dibujo del árbol en mi mano. Bjørn en la otra. La pareja mayor ha dejado de comer. El hombre de la ventana mira su taza. Nadie me mira pero todos son conscientes de que estoy aquí. Todos me saben. Soy la mujer de la 412 y algo en cómo me miran —o cómo dejan de mirarme— me dice que mi historia en este hotel no empieza con el despertar de esta mañana. Empieza antes. Empieza en un lugar que no alcanzo.

Cojo una manzana de la bandeja del desayuno y salgo del comedor.

Las escaleras hacia abajo. El sótano está indicado con un cartel pequeño: «Kjeller». La puerta no tiene cerradura de tarjeta sino un pomo de metal redondo, oxidado en los bordes. Gira con un chirrido que rebota en las paredes de hormigón. La escalera que baja es más estrecha que las que conectan las plantas superiores, con peldaños desiguales y una luz fluorescente que funciona a mitad de potencia, dando al espacio un tono verdoso de acuario sucio. El aire cambia a los tres peldaños: más denso, más húmedo, con un olor a tierra mojada y a metal que se pega al paladar. El frío aquí es distinto del de la habitación: no es el frío seco que despierta sino el húmedo que se mete dentro de la ropa y no se va.

El sótano se abre en un espacio amplio, bajo de techo, con columnas de hormigón cada cinco metros. A la izquierda, la lavandería industrial: lavadoras grandes, de acero, con portillas redondas que parecen ojos. A la derecha, un almacén con estanterías metálicas cargadas de cajas y suministros. Al fondo, una sala de calderas cerrada con una puerta de rejilla metálica. El generador está ahí: lo siento en las plantas de los pies, una vibración constante que sube por los huesos.

Recorro el espacio con la mirada. Las lavadoras están apagadas. Las estanterías están ordenadas con una precisión que sugiere que alguien baja aquí con regularidad. Cajas de lejía. Rollos de papel

higiénico. Paquetes de guantes de látex apilados hasta el techo. Suministros de un centro sanitario, no de un hotel.

Y entonces lo veo.

En la pared del fondo, entre la última estantería y la puerta de las calderas, a la altura que alcanzaría una niña de pie sobre las puntas de los pies: un dibujo.

Un árbol.

Tronco marrón. Hojas verdes, redondas, demasiadas para un solo tronco. El cielo como una línea azul en la parte de arriba, sin cubrir el fondo, porque si el cielo baja se cae encima de la gente. A la derecha del árbol, un pájaro diminuto suspendido en el espacio blanco entre las hojas y la línea del cielo. Crayón de cera directamente sobre el hormigón.

Las rodillas me fallan antes de que pueda decirme que no debo hacerlo y termino agachada frente a la pared, con las manos extendidas a centímetros del dibujo, sin tocarlo, como si fuera algo frágil que pudiera deshacerse. El trazo es infantil, impreciso, con la presión desigual de una mano que aún no controla del todo el lápiz. Conozco esta mano. He visto este árbol cientos de veces: en cuadernos, en servilletas, en el reverso de los recibos del supermercado de Oslo, en la pared del baño de casa que tuve que repintar dos veces.

Acerco la nariz al hormigón. Huelo cemento y debajo el olor ceroso del crayón, y debajo de eso, si cierro los ojos y dejo que el cerebro haga lo que sabe hacer cuando lo demás falla, un fantasma de algo que podría ser el olor de una niña de cinco años. Pelo sin lavar. Piel caliente. Crayones.

Abro los ojos. Las manos me tiemblan. Miro mis uñas: los restos de crayón azul y verde siguen ahí, debajo de la piel. Los mismos colores que hay en la pared. El mismo azul. El mismo verde.

No proceso esto. Lo archivo en un lugar que no tiene nombre y paso al siguiente pensamiento, que es el único que importa: Frida estuvo aquí. En este sótano. Dibujó en esta pared. Tiene que estar en algún lugar del hotel.

Me levanto. Las piernas responden mal, con esa rigidez de goma que tienen cuando la adrenalina sube demasiado rápido.

Recorro el sótano de punta a punta. Abro las lavadoras: vacías. Miro detrás de las estanterías: polvo, cables, una rata muerta reseca contra el zócalo. Tiro del pomo de la sala de calderas. Cerrado. La rejilla metálica me deja ver el interior: el generador, tuberías gruesas que suben hacia el techo, una bombilla desnuda que oscila sin motivo. No hay espacio para esconder a una niña ahí dentro. No hay espacio para esconder nada.

Pero dibujó aquí. Estuvo aquí abajo. Alguien la trajo o ella bajó sola, y eso significa que se mueve por el hotel, que está viva, que no la tienen encerrada en un sitio del que no puede salir. Significa que me busca. Que deja pistas. Los árboles son pistas. Frida sabe que yo reconocería su dibujo en cualquier pared del mundo.

Subo las escaleras con una velocidad que mis piernas no deberían tener. La planta baja. El pasillo. La recepción. Erik Dahl sigue detrás del mostrador pero ahora hay alguien más: un hombre grande, de hombros anchos, con una chaqueta oscura y el pelo cortado a cepillo. Está de pie junto a la puerta del comedor con los brazos cruzados sobre el pecho y la postura inconfundible de alguien cuyo trabajo es vigilar. Ex militar. Lo sé por la forma en que distribuye el peso entre los dos pies, por cómo sus ojos barren el espacio en intervalos regulares, por las manos: grandes, nudillos anchos, la derecha ligeramente más adelantada que la izquierda.

Me mira. No como Erik, que mira y calcula. Este hombre mira y evalúa. Es la diferencia entre un contable y un soldado.

—Lars Gren —dice Erik, desde el mostrador—. Seguridad.

No me lo presenta. Me lo anuncia. Como si dijera: ahora hay alguien que puede detenerte si decides empujar más.

Lars no dice nada. Me sostiene la mirada un segundo de más y luego la aparta. No hacia Erik. No hacia la pared. La aparta hacia abajo, hacia el suelo, como alguien que ha decidido que lo que está viendo es demasiado y prefiere no verlo. He visto ese gesto. En las guardias de noche, en la cara de los policías cuando traen a alguien que ya saben que no van a poder ayudar.

Lo noto en los huesos. Algo está mal de una forma que no tiene que ver con la cuarentena, ni con los protocolos, ni con la burocracia de Erik Dahl y su bolígrafo paralelo al borde del mostrador. Algo está

mal conmigo. Con lo que estas personas saben de mí. Con la forma en que me miran: no como a una madre desesperada sino como a algo que hay que contener.

Pero debajo de ese miedo, debajo de esa intuición de enfermera que lee cuerpos como otros leen palabras, hay algo más fuerte. Un árbol dibujado en la pared de un sótano con crayón de cera. Hojas verdes. Pájaro diminuto. Cielo que se queda arriba.

Frida está en este hotel. Y si nadie va a buscarla, la buscaré yo.

Paso junto a Lars sin mirarlo. Su cuerpo se tensa cuando me acerco, un ajuste muscular que quizás es involuntario, la respuesta entrenada de alguien que registra amenazas. Subo por las escaleras. Planta uno. Planta dos: la puerta tiene un cartel adicional, «Medisinsk avdeling — Begrenset adgang», y un lector de tarjeta magnética con una luz roja fija. Paso mi tarjeta. La luz no cambia. Acceso denegado. El ala médica no me quiere dentro.

Sigo subiendo. Planta tres: seguridad, personal. Las puertas cerradas. Planta cuatro. Mi planta. El pasillo se extiende en ambas direcciones con su moqueta oscura y sus fluorescentes que zumban y su olor a personas encerradas y lejía. La puerta de la 412 está entornada. La dejé cerrada. Estoy segura de que la dejé cerrada.

Entro despacio. La habitación está igual que cuando la dejé: la cama deshecha, la cortina apartada, la luz azulada del fiordo entrando por la ventana. Todo igual excepto una cosa.

Bjørn está en la cama.

Lo miro. Lo tengo en la mano. Bajo la vista: mi mano izquierda aprieta al conejo contra el costado, la oreja descosida asomando entre mis dedos. Levanto la vista: sobre la almohada, exactamente donde estaba cuando desperté, hay un conejo de peluche gris con un ojo de botón más oscuro que el otro.

Dos Bjørn.

El estómago se me contra y la habitación oscila un grado hacia la izquierda. Dejo al Bjørn que llevo en la mano sobre la mesilla. Me acerco a la cama. Cojo al otro. Lo giro. Lo examino con los dedos, con la vista, con la nariz. Es idéntico. Mismo tamaño, mismo color, misma oreja descosida, mismo ojo desparejado. Huelo a uno. Huelo al otro. El de la cama huele a lejía y a sábanas del hotel. El que llevo

desde que desperté huele a otra cosa, a algo más viejo, más gastado, el olor comprimido de años de ser apretado contra la barbilla de una niña que se duerme.

Uno es de Frida. El otro no sé de dónde ha salido. O uno es real y el otro lo he fabricado yo en algún lugar de mi cabeza que ya no controlo. No. Eso no tiene sentido. Los peluches no se duplican. Alguien puso esto aquí mientras yo estaba abajo. Alguien entró en la 412 y dejó un segundo Bjørn en la almohada.

Alguien que tiene acceso a mi habitación. Alguien que sabe lo que Bjørn significa.

Me siento en el borde de la cama con los dos conejos en el regazo. Las manos ya no tiemblan. El temblor se ha trasladado a un lugar más profundo, más interno, una vibración sorda que recorre los huesos largos de los brazos y las piernas como una corriente eléctrica de bajo voltaje. Miro la ventana. El fiordo está gris, opaco, sin reflejos. Una lámina de agua que no devuelve nada.

A las nueve tengo una cita con la doctora Vold. Son las siete y media según el reloj digital del microondas de la cocina del comedor, el único reloj que he encontrado en todo el hotel. Una hora y media. Noventa minutos para decidir si la mujer que va a «explicarme mi situación» es alguien que puede ayudarme a encontrar a Frida o alguien que forma parte de lo que sea que está pasando en este edificio.

Dejo el Bjørn nuevo en el armario. Me quedo con el viejo, el que huele a Frida, el que ha estado durmiendo en sus brazos desde que tenía dos años y todavía no sabía decir su nombre y lo llamaba «Bo». Me lo llevo al baño. Abro el grifo. El agua sale marrón tres segundos y luego se aclara. Me lavo la cara. Las uñas siguen con crayón debajo. No intento limpiarlo. Es lo único que tengo de ella ahora mismo, lo único que confirma que Frida existe fuera de mi cabeza: un árbol en una pared de hormigón, un peluche que huele a su pelo, y dos colores de cera metidos debajo de mi piel.

Me miro en el espejo. La mujer del espejo me devuelve una expresión que no sé leer. No es miedo. No es furia. Es algo anterior a las dos cosas, algo que no tiene nombre en ningún idioma, el

estado de un cuerpo que sabe que si se detiene se rompe y por lo tanto no se detiene.

A las nueve, Karin Vold. Hasta entonces, cada minuto que no busco a Frida es un minuto que alguien podría estar moviéndola, escondiéndola, sacándola de este hotel mientras yo estoy aquí parada mirándome en un espejo.

Salgo de la 412 descalza, con Bjørn bajo el brazo y el dibujo del árbol doblado en el bolsillo de un pantalón de chándal que he encontrado en el fondo de la mochila médica que hay debajo de la cama. La mochila no es mía. Dentro había el pantalón, un par de calcetines gruesos, dos barritas energéticas y un frasco de pastillas sin etiqueta. Me pongo los calcetines. Dejo las pastillas.

El pasillo me recibe con su zumbido y su luz amarilla. Al fondo, la puerta metálica con la cadena y el candado sigue cerrada. Adgang forbudt. Acceso prohibido. Camino hacia ella. La cadena es gruesa, de eslabón industrial, y el candado es nuevo: el metal brilla sin una mancha de óxido. Alguien ha cerrado esta puerta con intención de que no se abra.

Pego la oreja al acero. El frío del metal me quema la piel de la mandíbula. Escucho. El silencio detrás de la puerta es diferente al del pasillo. No es la ausencia de sonido. Es la presencia de algo que no se mueve, algo espeso, algo que ocupa el espacio de una forma que el aire normal no ocupa. Huelo. Debajo del metal, debajo de la lejía, hay otro olor. Dulce. Orgánico. El mismo que me despertó en la 412 y que no consigo nombrar.

Tiro de la cadena. No cede. Tiro más fuerte. El ruido del metal contra el metal rebota por el pasillo y vuelve distorsionado, más grande de lo que debería ser, como si el hotel lo amplificara.

Detrás de mí, el ascensor hace un ruido. No se abre. Solo vibra, un temblor mecánico que dura tres segundos y se apaga. Como si alguien hubiera pulsado un botón en otra planta y luego hubiera cambiado de opinión.

Me quedo de pie en el pasillo. Los calcetines gruesos sobre la moqueta. Bjørn contra el pecho. La puerta cerrada a mi espalda. Y en algún lugar de este hotel —detrás de esta puerta, o debajo de

mí, o en una habitación que aún no he encontrado— mi hija dibuja árboles en las paredes y espera a que la encuentre.

Capítulo 4

Día 2: Las reglas

Día 2: Las reglas

Frida se despertó con hambre y con mal humor, que en una niña de cinco años venía a ser lo mismo.

—No quiero desayunar abajo.

—No hay otra opción, cariño.

—Sí hay. Podemos quedarnos aquí y comer galletas.

—No tenemos galletas.

—Entonces podemos comer nada. Prefiero nada a bajar.

Nora la miró desde la cama. Frida estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la almohada, el pelo aplastado en un lado y de punta en el otro, los ojos hinchados de sueño y la boca torcida en esa expresión que Nora conocía como fase uno de la rabieta: todavía negociable, pero con un margen que se cerraba por minutos. Bjørn estaba bocaabajo en el suelo, donde había caído durante la noche. Frida no se había molestado en recogerlo, lo cual era un indicador fiable de que el día iba a ser largo.

—Frida. Vamos a bajar, vamos a desayunar, y después volvemos a la habitación y hacemos lo que tú quieras.

—¿Lo que yo quiera?

—Lo que tú quieras.

Frida lo consideró con la seriedad de una diplomática evaluando un tratado.

—Quiero que Bjørn sea el capitán del barco.

—Hecho.

—Y quiero el vaso azul en el desayuno. No el rojo.

—Intentaré conseguir el azul.

—No intentar. Conseguir.

Nora se mordió el interior de la mejilla para no sonreír. La capacidad de Frida para convertir cualquier negociación en un absoluto era agotadora y admirable a partes iguales. Tenía la

terquedad de su padre —un hombre que Nora no había visto en tres años y del que Frida no hablaba nunca, no por dolor sino porque, según su lógica, si alguien no estaba presente no existía lo suficiente como para merecer conversación— y la precisión verbal de su madre. Una combinación que a los cinco años resultaba graciosa y que a los quince iba a ser aterradora.

Bajaron al comedor a las ocho en punto. La puerta estaba custodiada por un hombre que Nora no había visto el día anterior: grande, pelo rapado, chaqueta oscura con un walkie-talkie enganchado al cinturón. No sonreía. No saludaba. Miraba las pulseras de identificación antes de dejar pasar a cada persona, un gesto mecánico que repetía con la precisión de una máquina expendedora. Nora levantó la muñeca. El hombre miró la pulsera, miró a Frida, miró otra vez a Nora. Asintió.

El comedor tenía más gente que la noche anterior. Los recién llegados eran fáciles de identificar por la forma en que miraban a su alrededor, buscando algo que les confirmara que esto era temporal, que había un plan, que alguien controlaba la situación. Los que llevaban más tiempo ya no miraban nada. Comían con la cabeza baja y los hombros caídos, la postura específica de quien ha dejado de esperar.

No había vaso azul. Frida miró la fila de vasos rojos junto a la jarra de leche y apretó la mandíbula.

—Dijiste que lo ibas a conseguir.

—Dije que lo iba a intentar.

—Dijiste conseguir. Yo escuché.

Nora cogió un vaso rojo, le dio la vuelta y lo sostuvo a la altura de los ojos de Frida.

—¿Ves? Es rojo por fuera. Pero si lo miras por dentro, donde va la leche, es blanco. Y el blanco tiene todos los colores dentro. Incluido el azul.

Frida inclinó la cabeza. Lo pensó durante tres segundos que fueron como treinta.

—Eso no tiene sentido —dijo. Pero cogió el vaso.

Se sentaron en la misma mesa de la noche anterior. Smørbrød para desayunar: pan de centeno con queso marrón, lonchas de

pepino, un trozo de salmón rosado. Frida quitó la corteza del pan, apartó el pepino y se comió el queso y el salmón con los dedos. Nora no dijo nada. Elegía las batallas.

A las nueve, Erik Dahl apareció en la puerta del comedor con un folio en la mano y la expresión de un hombre que prefiere leer un comunicado a tener que mirarte a los ojos. Se aclaró la garganta. El murmullo de las conversaciones se fue apagando como una radio a la que bajan el volumen.

—Buenos días. Por directriz de la Autoridad Sanitaria Nacional, las siguientes normas entran en vigor a partir de hoy.

Leyó sin inflexiones, como quien lee las condiciones de un contrato hipotecario. Toque de queda a las veintiuna horas: nadie fuera de las habitaciones después de esa hora. Comidas en horario estricto: ocho, trece, diecinueve; fuera de esos horarios, el comedor estaría cerrado. Revisión médica obligatoria diaria entre las diez y las doce en la planta dos. Comunicaciones con el exterior limitadas a un teléfono satélite en la planta uno, con turnos de tres minutos por persona, sujeto a disponibilidad. Prohibido salir del edificio bajo ninguna circunstancia. Prohibido acceder a las plantas tres, cinco y seis sin autorización. Prohibido obstruir los protocolos médicos.

Una mujer al fondo del comedor levantó la mano.

—¿Hasta cuándo?

Erik plegó el folio en dos mitades exactas.

—Hasta nuevo aviso.

Frida tiró de la manga de Nora.

—Mamá, ¿por qué no podemos salir?

La pregunta era simple. La respuesta no. Nora había pasado la noche anterior despierta en la oscuridad de la 412, con Frida dormida contra su costado, calculando. No como madre sino como enfermera: las características del brote, la velocidad de transmisión, el número aproximado de personas en el hotel, la capacidad del ala médica, la expresión de Karin Vold cuando dijo «stock limitado». Los números no encajaban. Los números nunca encajaban en una cuarentena, pero estos encajaban menos que la mayoría.

—Porque hay gente fuera que está malita —dijo—. Y aquí dentro estamos seguros.

La mentira le salió con la fluidez de la práctica. Llevaba meses mintiendo a Frida sobre cosas: por qué papá no vivía con ellas, por qué la gente usaba mascarillas en el supermercado, por qué los hospitales ya no dejaban entrar a los niños. Las mentiras se habían convertido en un idioma paralelo, una traducción simultánea del mundo adulto al mundo de los cinco años donde las cosas todavía podían arreglarse.

—¿La gente malita se va a curar?

—Sí, cariño.

—¿Con tiritas?

—Con medicinas.

Frida asintió. Las medicinas eran un concepto que entraba dentro de su mapa del mundo. Las tiritas curaban lo pequeño, las medicinas lo grande. El orden del universo se mantenía.

Subieron a la habitación después del desayuno. El pasillo de la cuarta planta estaba distinto: una cinta de plástico roja cruzaba la puerta del hueco del ascensor, y junto a las escaleras había un dispensador de gel desinfectante que la noche anterior no estaba. El olor a alcohol etílico se mezclaba con la lejía que ya formaba parte del aire del hotel, como si el Granhall tuviera su propia composición química, su propia atmósfera esterilizada que los pulmones aceptaban por resignación.

Frida se sentó en el suelo de la 412 y empezó a sacar los crayones de la caja. Uno a uno, organizándolos por colores sobre la moqueta con la concentración de un cirujano preparando instrumental.

—El barco —dijo.

Nora entendió. Cogió la almohada de la cama y la puso en el suelo. Colocó a Bjørn encima.

—Capitán Bjørn al mando. ¿Hacia dónde navegamos?

—Hacia una isla donde hay helado.

—¿De qué sabor?

—De todos. Es una isla de todos los sabores.

El juego se fue armando con la lógica implacable de los cinco años. La cama era el barco. El suelo era el mar, pero no agua normal sino «lava de volcán que también es un poco de chocolate». La

mesilla era la isla y la lámpara era el faro. Los crayones eran la tripulación, cada uno con nombre y personalidad: el rojo era valiente, el azul era el que siempre tenía hambre, el marrón era el abuelo que contaba historias. Nora se sentó en la cama con Frida entre las piernas y participó en cada regla, en cada giro de trama, en cada nuevo obstáculo que Frida inventaba —un pulpo gigante, una tormenta de galletas, un monstruo de mar que en realidad era amable y solo quería que alguien le cantara una canción— con la disciplina de una actriz que sabe que la función más importante de su carrera es esta.

Frida se reía. La carcajada le salía desde el vientre, con la boca abierta del todo y los ojos cerrados, el tipo de risa que los adultos pierden en algún punto entre la infancia y el momento en que descubren que el mundo no es una isla de todos los sabores. Nora la escuchaba reír y cada carcajada le cerraba algo en el pecho, un mecanismo que funcionaba en dos direcciones: alegría por un lado, terror por el otro. Terror de que esa risa pudiera dejar de existir.

A las diez bajaron a la planta dos para la revisión médica. El ala médica era un pasillo reconvertido: biombos de tela separando espacios, camillas plegables, un escritorio con un ordenador y una impresora que zumbaba aunque nadie la usara. Dos enfermeras con mascarilla y guantes gestionaban una cola de quince personas. Nora las observó con ojo clínico: eficientes, organizadas, pero con los movimientos acelerados de quien trabaja a capacidad máxima. Un anciano tosía en la camilla del fondo, un sonido húmedo y profundo que venía del pecho, no de la garganta. Tos productiva. Fase dos o tres. Nora lo catalogó sin poder evitarlo, el cerebro de enfermera que funcionaba como un software de fondo que no podía desactivar.

Frida se agarró a su pierna y escondió la cara contra el muslo.

—No me gusta aquí.

—Lo sé. Es rápido. Te toman la temperatura y nos vamos.

—¿Me van a pinchar?

—No.

Karin Vold apareció detrás de un biombo con una tableta electrónica y la bata blanca sin una arruga, quizás dormía con ella puesta. Quizás no durmiera. Tomó la temperatura de Frida con un

termómetro de oído. 36,4. Normal. Nora notó que los hombros se le bajaban medio centímetro, una descarga de tensión que no había registrado conscientemente.

—¿Algún síntoma? —preguntó Karin, mirando la tableta.

—Ningúno.

—¿En usted?

—Tampoco.

Karin anotó algo. No levantó la vista.

—Si aparece fiebre, tos o dificultad respiratoria, no bajen al comedor. Llamen desde la habitación. El número está en la tarjeta de la mesilla.

Nora asintió. Miró al anciano de la camilla del fondo. La tos había empeorado en los cinco minutos que llevaban en la sala. Una de las enfermeras le acercaba una mascarilla de oxígeno mientras la otra preparaba algo en una jeringa. Trabajo rápido, coordinado, con la eficiencia sin emoción de quien lleva días haciendo lo mismo.

—¿Cuántos pacientes tiene en la planta dos? —preguntó Nora.

Karin la miró por encima de la tableta. La expresión era la misma del día anterior: neutra, calibrada, como una puerta que deja pasar una cantidad específica de información y no un gramo más.

—Los que el protocolo requiere.

—Soy enfermera. Puedo ayudar.

Algo cruzó la cara de Karin. Duró menos de un segundo pero Nora lo pilló: un cálculo, una evaluación rápida de costes y beneficios. Mano de obra médica contra la complicación de tener a una madre con una niña de cinco años metida en el ala de tratamiento.

—Se lo comunicaré al director. Hablaríamos de turnos fuera del horario de cuidado de su hija.

—Entendido.

Frida tiró de la manga de Nora. Quería irse. El anciano tosía otra vez y el sonido rebotaba contra los biombos de tela y volvía multiplicado, como si hubiera más de un enfermo tosiendo, las paredes hubieran aprendido a imitar la enfermedad.

Salieron al pasillo. En la escalera que subía a la tercera planta, dos personas con trajes de protección biológica —mono blanco,

máscara completa, guantes hasta el codo— bajaban cargando una caja metálica sellada con cinta amarilla. Nora apartó a Frida contra la pared para dejarles paso. Uno de ellos la miró a través de la visera de la máscara. No dijo nada. No asintió. Pasó de largo. Nora y Frida eran parte del mobiliario.

Frida miró a los trajes blancos desaparecer escaleras abajo.

—Mamá, ¿por qué esos señores llevan disfraz de astronauta?

—Porque trabajan con cosas que necesitan mucha protección.

—¿Como los bomberos?

—Parecido.

Frida pareció aceptar la comparación. Los bomberos eran héroes en su jerarquía personal, justo por debajo de los veterinarios y por encima de los profesores. Si los trajes blancos eran como bomberos, el mundo seguía teniendo sentido.

Volvieron a la cuarta planta. La tarde se extendió como un líquido espeso que no termina de verterse. Frida dibujó seis árboles, tres pájaros y un animal que dijo que era un caballo pero que parecía más una mesa con patas. Se aburrió de los crayones. Se aburrió del barco. Se aburrió de Bjørn.

—No hay nada que hacer.

—Podemos jugar a las adivinanzas.

—No quiero. Quiero salir.

—No podemos salir, Frida.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos salir? ¿Por qué no podemos ir a casa? ¿Por qué tenemos que estar aquí? ¿Por qué no hay parque? ¿Por qué?

Cinco preguntas en una sola exhalación, cada una levantando el tono un grado, la voz aguda trepando hacia el registro que Nora conocía como fase dos: la negociación ha terminado, ahora viene la tormenta.

—Te odio —dijo Frida. Lo dijo mirando al suelo, con los brazos cruzados y la barbilla hundida en el pecho, y fue tan exagerado, tan teatral, tan del todo Frida, que Nora tuvo que morderse el interior de la mejilla otra vez.

—Lo sé.

—Te odio y odio este hotel y odio los vasos rojos.

—Lo sé, cariño.

Frida se tiró en la cama bocaabajo y le dio un puñetazo a la almohada. Bjørn recibió el impacto colateral y cayó al suelo por segunda vez en el día. Nora lo recogió, se sentó en el borde de la cama y esperó. El tiempo que se necesita con una rabieta de cinco años es el mismo que se necesita con una tormenta del fiordo: no hay forma de acortarlo, solo de sobrevivirlo.

Siete minutos. Frida se quedó inmóvil bocaabajo durante siete minutos, con la respiración agitada y las manos cerradas en puños contra las sábanas. Al octavo minuto giró la cabeza y miró a Nora con un ojo. El otro seguía aplastado contra la almohada.

—¿Mamá?

—Dime.

—No te odio de verdad.

—Lo sé.

—Solo te odio un poco. Cuando no hay parque.

—Es justo.

Frida extendió el brazo y tocó el dorso de la mano de Nora con la punta de los dedos. Era su forma de pedir perdón sin decirlo: un contacto mínimo, casi accidental, que Nora había aprendido a reconocer como lo más parecido a una disculpa que una niña de cinco años con el orgullo de Frida podía ofrecer.

A las siete bajaron a cenar. El comedor tenía menos gente que por la mañana. Tres personas de la mesa del fondo habían desaparecido. Nora lo notó porque había contado las cabezas en el desayuno —treinta y una— y ahora contaba veintiocho. Podrían estar en sus habitaciones. Podrían estar en la planta dos. Podría no significar nada. Pero el cerebro de enfermera hacía cuentas que la enfermera no quería oír.

La mujer del día anterior estaba en la misma mesa con su hijo. Nora se acercó. Esta vez, la mujer no apartó la mirada.

—¿Puedo? —dijo Nora, señalando el espacio vacío del banco frente a ella.

La mujer asintió. Frida ya se había sentado y estaba inspeccionando la cena con la desconfianza de un crítico gastronómico en un restaurante de carretera.

—Soy Nora.

—Siri. Él es Odin.

Odin miró a Nora con los ojos grandes y serios de un niño que ha aprendido a evaluar a los adultos antes de confiar en ellos. Tenía el dibujo de Frida doblado en cuatro y asomando por el bolsillo de la sudadera. Frida lo vio.

—Ese es mi árbol —dijo, como si informara de un hecho científico.

Odin no respondió. Siri le acarició el pelo y miró a Nora con una expresión que mezclaba gratitud y algo más, algo que Nora reconoció porque lo llevaba ella misma como una segunda pulsera de identificación: miedo comprimido hasta ocupar el menor espacio posible.

—¿De dónde venís? —preguntó Nora.

—Florø. —Siri hablaba a media voz, con las frases cortadas, cada palabra le costara algo—. Nos evacuaron el martes. Odin y yo. Su padre se quedó porque… —No terminó. Miró a Odin y calló. El niño no pareció notar el silencio. Estaba mirando a Frida, que había sacado un crayón del bolsillo del abrigo y dibujaba directamente sobre la servilleta de papel. Otro árbol.

—¿Sabes algo de cómo están las cosas fuera? —dijo Nora.

Siri negó con la cabeza.

—El teléfono funciona a ratos. Conseguí llamar ayer. La línea se cortó al minuto. Solo sé que… —Otra frase sin terminar. Siri tragaba las palabras. Vidrio en la garganta.

—Florø está peor que Bergen —dijo Nora. No era una pregunta.

Siri asintió. El gesto fue pequeño, contenido, el de alguien que ha aprendido a no llorar en público porque si empieza no sabe si podrá parar.

Frida terminó el árbol. Le añadió un pájaro y algo que podría ser una nube o una oveja voladora. Le tendió la servilleta a Odin.

—Para tu colección.

Odin la cogió. Esta vez sí miró a Frida, y la sombra de algo que no era una sonrisa pero que podía ser el paso previo le cruzó la cara. Siri le apretó el hombro. Nora vio cómo los dedos de la mujer se

clavaban en la tela de la sudadera del niño con una fuerza que no correspondía al gesto. Agarrándose. Anclando.

Frida miró a Odin con la cabeza ladeada.

—¿Tú no hablas?

Odin negó con la cabeza.

—Buenísimo —dijo Frida—. A mí a veces me gusta no hablar. Pero no me sale.

Nora y Siri se miraron por encima de las cabezas de los niños. Un intercambio sin palabras, denso, cargado con toda la información que dos madres podían transmitirse sin mover los labios: te entiendo, tengo miedo, no sé qué hacer, tampoco sé cuánto de lo que nos dicen es verdad.

Después de cenar subieron. El toque de queda era a las nueve. A las ocho y cuarenta, Nora escuchó pasos en el pasillo: varios pares, pesados, rítmicos. Se acercó a la puerta y miró por la mirilla. Dos personas con trajes de protección empujaban una camilla cubierta con una sábana azul. Detrás, el hombre de seguridad de la puerta del comedor caminaba con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza baja. La camilla giró al final del pasillo, hacia la puerta metálica que Nora había visto brevemente al llegar: la puerta cerrada, sin número, al final de la cuarta planta. La escuchó abrirse. Escuchó las ruedas de la camilla cruzar el umbral. Escuchó la puerta cerrarse.

La sábana azul no tenía forma de persona sentada. Tenía forma de persona tumbada. Inmóvil.

Frida estaba en la cama, peinando a Bjørn con los dedos.

—Mamá, Bjørn quiere la canción.

Nora se apartó de la mirilla. Se metió en la cama junto a Frida. Le acomodó a Bjørn debajo del brazo. Le apartó el mechón de la frente con el pulgar: el ritual, la secuencia, la repetición que significaba todo está bien aunque nada estuviera bien.

Cantó la canción. La melodía sin letra, los sonidos que había inventado una noche de fiebre y desesperación tres años antes. Frida cerró los ojos a la cuarta nota. La respiración se le hizo larga y profunda antes de que Nora terminara el primer verso.

Nora siguió cantando en la oscuridad de la 412, con la boca pegada al pelo de su hija que olía a jabón barato y a crayón. Al otro lado de la ventana, el fiordo reflejaba la nada: ni estrellas, ni luna, ni la línea de la orilla opuesta. Solo agua negra y cielo negro, indistinguibles, como si el mundo hubiera dejado de existir al otro lado del cristal y solo quedara esto: un hotel de hormigón, una habitación estrecha, una madre y una niña, y el sonido de una canción que significaba no me voy, puedes cerrar los ojos.

En el pasillo, los pasos habían cesado. El hotel se quejó por las tuberías una última vez y después se quedó quieto, con ese silencio particular de los edificios que contienen demasiada gente y demasiados secretos, el silencio que no es ausencia de sonido sino presencia de algo que ha decidido callarse.

Capítulo 5
La doctora

La doctora

A las nueve en punto paso la tarjeta por el lector de la planta dos y la luz roja se enciende igual que antes. Acceso denegado. Golpeo la puerta con los nudillos, tres veces, fuerte, lo bastante como para que el sonido rebote escaleras arriba y escaleras abajo. No espero. Vuelvo a golpear.

La puerta se abre desde dentro. No es Karin Vold. Es una enfermera con mascarilla quirúrgica, guantes de látex y una expresión de cansancio que reconozco como la de alguien que lleva demasiadas horas de guardia: los ojos vidriosos, la piel grisácea alrededor de la nariz donde la mascarilla se clava, los hombros levantados medio centímetro de más. Me mira. Mira la pulsera. Mira a Bjørn.

—La doctora Vold —digo.

La enfermera no pregunta para qué. No pregunta quién soy. Se aparta y me deja pasar con un gesto que es menos invitación que rendición, el de quien no tiene energía para discutir sobre protocolos a las nueve de la mañana.

El ala médica huele diferente a como lo recuerdo. No lo recuerdo. Eso es lo que me digo: no lo recuerdo. Pero el cuerpo lo reconoce antes que la cabeza —los pies frenan un paso al cruzar el umbral, los hombros se contraen, algo en la base del cráneo se tensa como una cuerda de guitarra— y sé que he estado aquí. He caminado por este pasillo. He respirado este aire denso de alcohol y plástico y algo más que es orgánico, caliente, el olor específico de los cuerpos cuando luchan contra algo que los está devorando desde dentro.

La planta dos es más pequeña de lo que parecía desde fuera. Biombos de tela dividen el espacio en cubículos improvisados. Cuento cinco camillas visibles: tres ocupadas, dos vacías. Los

pacientes son bultos bajo sábanas, formas sin cara, el tipo de anonimato que se instala cuando una persona deja de ser persona y se convierte en caso clínico. En una de las camillas, una mujer con oxígeno por cánula nasal respira con ese ritmo irregular que delata la dificultad respiratoria antes de que ningún monitor lo confirme. En otra, un hombre de espaldas a mí, inmóvil. No sé si duerme o si ha dejado de importar la diferencia.

Karin Vold está al fondo, detrás del último biombo, sentada frente a un escritorio metálico con un ordenador portátil abierto y una taza de algo que ya no humea. Me ve antes de que llegue a ella. No se levanta. No se sorprende. Cierra la pantalla del portátil con un movimiento lento, como quien guarda un documento que no quiere que nadie lea, y apoya las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo. Las manos de Karin son secas, grandes para su cuerpo, con las uñas cortadas al ras. Manos de cirujana.

—Nora.

Mi nombre. Sin señora. Sin apellido. Nora. Sin señora. Sin apellido. Nora, con la familiaridad de tuviéramos una historia común que yo no recuerdo y ella sí.

—¿Dónde está mi hija?

Karin no contesta. Señala la silla que hay frente al escritorio. Una silla de plástico gris, hospitalaria, con las patas metálicas raspadas por el suelo de linóleo. No me siento.

—Le he hecho una pregunta.

—Y quiero responderla. Pero necesito que se siente primero.

—No necesito sentarme. Necesito que me diga dónde está Frida.

Karin me mira. Los ojos detrás de las gafas rectangulares son de un azul deslaído, casi gris, como el agua del fiordo bajo nubes. Hacen un recorrido clínico que conozco porque lo he hecho yo misma miles de veces: pupilas, coloración de la piel, postura, manos, el temblor fino de los dedos que delata la activación del sistema nervioso simpático. Me está evaluando. No como una madre que exige respuestas. Como una paciente.

—Nora, ¿recuerda cuándo llegó al hotel?

—No me cambie de tema.

—No le estoy cambiando de tema. Le estoy haciendo una pregunta que es relevante para su situación.

Su situación. Otra vez su situación. La frase se repite como un eco de Erik Dahl. Hay un guión que todos siguen y al que yo no tengo acceso.

—Recuerdo fragmentos. El autobús. La nieve. La habitación 412. Y a mi hija. Recuerdo a mi hija.

—¿Qué recuerda de ella específicamente?

La pregunta me frena. No por su contenido sino por su tono: no es el tono de alguien que busca información para localizar a una niña. Es el tono de alguien que ya tiene la información y quiere medir cuánta tengo yo. He oído este tono en las guardias de noche, cuando un psiquiatra evalúa el nivel de orientación de un paciente: ¿sabe en qué año estamos, sabe dónde está, sabe cómo se llama?

—Recuerdo su cara. Su pelo. Bjørn, su peluche. Dibuja árboles con crayón de cera. Siempre pone el cielo como una línea arriba del todo. Tiene cinco años. Le gusta el chocolate caliente y se niega a comer los bordes del pan. ¿Es eso lo que quiere oír? ¿Necesita que le demuestre que mi hija existe?

Algo se mueve en la cara de Karin. Dura un cuarto de segundo. Un microajuste de los músculos alrededor de la boca, la contracción involuntaria que precede a una expresión que se contiene antes de formarse. He visto esa micromímica en las caras de los médicos cuando el diagnóstico es peor de lo que el paciente cree. Pena. Es pena lo que Karin Vold acaba de tragarse.

O es cautela. Podría ser cautela ante una paciente inestable que sube el tono de voz y aprieta un peluche contra el pecho con la fuerza de un puño que se cierra.

—Nadie está cuestionando que Frida exista, Nora.

La frase me golpea con una precisión que debería tranquilizarme pero que tiene el efecto contrario. Nadie cuestiona que Frida exista. Pero tampoco la están buscando. Nadie ha salido a recorrer el hotel con una foto, nadie ha preguntado a los huéspedes, nadie ha activado ningún protocolo de búsqueda. La niña de cinco años no está y el hotel sigue funcionando. Un dato menor, un

inconveniente administrativo, algo que se resuelve con una cita a las nueve y una silla de plástico gris.

—Entonces búsquenla.

Karin se quita las gafas. Las limpia con el borde de la bata. El gesto es deliberado, una pausa táctica para ganar tres segundos antes de responder. He visto a médicos hacer esto cuando necesitan reformular una frase que podría romper a alguien.

—Nora, quiero ayudarla. Para eso necesito que confíe en mí lo suficiente como para sentarse y hablar con tranquilidad. ¿Puede hacer eso?

—No.

Se pone las gafas. Abre un cajón del escritorio. Saca un frasco de pastillas. Lo deja sobre la mesa entre las dos, con la etiqueta hacia mí. No alcanzo a leer el nombre del fármaco porque las letras se mezclan. El temblor que tengo en las manos ha subido hasta los ojos.

—Esto puede ayudarla a estar más tranquila. Le permitirá pensar con más claridad. Y cuando esté más clara, podremos hablar de todo lo que necesita saber.

Miro el frasco. Miro a Karin. Miro el frasco otra vez. El plástico anaranjado, la tapa de rosca blanca, la etiqueta con tipografía médica. Conozco ese tipo de frasco. He dispensado cientos de ellos. Psicofármacos. Ansiolíticos o antipsicóticos. La respuesta de Karin Vold a una madre que busca a su hija no es una búsqueda. Es una receta.

—No voy a tomar eso.

—Es voluntario. No la obligo a nada.

—¿Qué es?

—Algo que le ayudará con la agitación y con las lagunas de memoria.

Las lagunas de memoria. Lo dice con la naturalidad de quien ya lo ha catalogado. Las lagunas no fueran una novedad que yo estoy descubriendo sino un síntoma catalogado, seguido, parte de un historial que existe en el portátil que acaba de cerrar. Me quedo mirándola y algo se desplaza dentro de mi cabeza, una pieza que intenta encajar con otra pieza: el frasco sin etiqueta de la mochila

médica que hay debajo de la cama en la 412. Las pastillas que dejé sin abrir. ¿Es la misma medicación? ¿Llevaba ya tomándola? ¿Dejé de tomarla y por eso no recuerdo?

O este es el truco: medicarme para que deje de buscar. Para que me siente en la silla de plástico y acepte lo que sea que quieran contarme. Para que sea dócil. Para que sea manejable.

Dejo el frasco en la mesa. Me doy la vuelta. Karin no me detiene. No dice nada. Lo único que oigo al salir es el clic de su bolígrafo, una vez, dos veces, como si estuviera contando algo.

La puerta del ala médica se cierra a mi espalda con ese sonido de vacío que hacen las puertas herméticas. El pasillo de la planta dos me recibe con su silencio esterilizado. Subo las escaleras. No a la cuarta. Sigo subiendo. Planta tres, seguridad y personal, puertas cerradas. Planta cuatro, mi planta, la moqueta oscura y el olor a lejía y a cuerpos. Sigo. Planta cinco.

La puerta cortafuegos de la quinta planta chirría al abrirse, un sonido agudo que sugiere que nadie la ha usado en días. El pasillo es idéntico al de la cuarta —misma moqueta, mismas puertas, mismos fluorescentes— pero aquí algo ha cambiado. La mitad de los fluorescentes están apagados. La luz que queda es esponjosa, insuficiente, el tipo de luz que convierte los bordes de los objetos en sugerencias y que obliga a los ojos a trabajar el doble. El aire es diferente: más frío, más seco, sin el rastro de personas que tiene la cuarta planta. Aquí no vive nadie. Aquí no huele a comida ni a desinfectante ni a sudor. Huele a nada. A espacio cerrado y vacío. A habitaciones que llevan semanas o meses sin abrirse.

Camino por el pasillo. Los calcetines sobre la moqueta no hacen ningún sonido. Las puertas de las habitaciones están cerradas pero no con cerradura magnética: varias tienen el pomo giratorio desenganchado, como si hubieran sido vaciadas y desconectadas del sistema. Empujo la primera. Se abre con una resistencia mínima. Dentro: una habitación igual a la 412 pero sin sábanas, sin lámpara, sin nada en el armario. El colchón desnudo tiene una mancha amarillenta en el centro. La ventana está cerrada y las cortinas descolgadas, tiradas en un rincón. Huele a polvo viejo y a algo más,

algo químico, como un producto de limpieza que usó todo lo que tenía y aun así no fue suficiente.

La segunda habitación: igual. La tercera: igual. Colchones vacíos, armarios abiertos, ventanas cerradas. Habitaciones de hotel que han dejado de ser habitaciones para convertirse en contenedores vacíos, cáscaras de un lugar que alguna vez tuvo gente dentro.

La cuarta puerta está al final del pasillo, en la esquina donde la planta cinco gira hacia la otra ala del hotel. La empujo y se abre sin resistencia. Dentro, la habitación es idéntica a las demás, con una diferencia: la ventana está empañada.

Me detengo en el umbral. La condensación cubre el cristal desde dentro, una capa uniforme de gotas minúsculas que difuminan la vista del fiordo. La calefacción de esta planta no funciona —lo noto en la piel de los brazos, en el modo en que el vello se eriza—, así que la condensación no viene del calor. Viene de algo que ha respirado en esta habitación. Algo o alguien que ha estado aquí lo suficiente como para que su aliento empape el cristal.

Cruzo la habitación en tres pasos. El cristal está a la altura de mi cara. La condensación me humedece la punta de la nariz cuando me acerco. Y entonces la veo.

Una mano.

La marca de una mano pequeña presionada contra el cristal, en la esquina inferior izquierda, a la altura exacta a la que llegaría una niña de cinco años si se pusiera de puntillas. Cinco dedos separados, claros contra la niebla del vidrio, con la precisión que deja una mano real contra una superficie real. El pulgar ligeramente más separado que los demás, como hace Frida, que siempre presiona los dedos bien abiertos cuando toca cosas porque dice que así se siente más.

Las piernas se me doblan y acabo de rodillas frente a la ventana, con la cara a centímetros de la marca. El cristal me devuelve un reflejo distorsionado: mi cara, mis ojos, y detrás el fiordo gris e inmóvil como un animal que finge estar dormido. Levanto la mano. La acerco a la marca en el cristal. Mis dedos son más largos, más anchos. La mano del cristal es la mitad de la mía. Es una mano de niña.

Algo caliente me baja por la mejilla y me tardo un segundo en entender que estoy llorando. No es un llanto de tristeza. Es el tipo de llanto que produce el cuerpo cuando la presión interna supera lo que los músculos pueden contener, una fuga hidráulica que no tiene nada que ver con la emoción y todo que ver con la física de un cuerpo que lleva demasiadas horas funcionando sin detenerse.

—Estoy cerca, cariño —susurro contra el cristal. Las palabras dejan un círculo de vaho que se superpone a la marca de la mano.

Me quedo de rodillas frente a la ventana. No sé cuánto tiempo. El fiordo no se mueve. La condensación del cristal gotea en hilos finos que bajan por el vidrio como venas. La marca de la mano se mantiene, más nítida ahora que el agua que la rodea se desliza, como si los dedos de Frida estuvieran aún presionando del otro lado.

Acerco mi mano al cristal. La abro. La coloco sobre la marca. Los dedos de Frida caben dentro de los míos. La palma pequeña encajada en la palma grande, como cuando cruzábamos la calle en Oslo y ella me agarraba con esa fuerza desproporcionada de los niños que no saben que pueden soltar y por eso no sueltan. El cristal está helado contra mi piel. Detrás, solo agua y piedra y niebla.

Me levanto. Las rodillas protestan con ese crujido seco que delata la rigidez del frío. Me seco la cara con el dorso de la mano. La manga de la camiseta médica absorbe las lágrimas con esa eficiencia impersonal del algodón hospitalario. Miro la habitación una vez más: el colchón desnudo, el armario abierto, las cortinas en el rincón. Busco más señales. Debajo de la cama: nada. Dentro del armario: nada. En el baño: el grifo gotea con un ritmo constante que suena como un metrónomo, y el lavabo tiene un cerco de cal petrificado. Nada de Frida.

Pero estuvo aquí. La mano en la ventana. El aliento que empañó el cristal. Alguien trajo a mi hija a esta planta vacía y la dejó mirar el fiordo por la ventana. O ella subió sola, se escapó de donde la tengan, encontró esta habitación y puso la mano en el cristal porque es lo que hace Frida: tocar todo, marcar todo, dejar la huella de sus dedos en cada superficie como si el mundo no fuera real hasta que ella lo toca.

Salgo al pasillo. La planta cinco se extiende en la otra dirección, hacia el ala que no he explorado. Camino. Abro puertas. Habitaciones vacías, una detrás de otra, con sus colchones manchados y sus armarios abiertos. En la séptima habitación encuentro algo distinto: la cama tiene una sábana. Está arrugada, usada, con la forma de un cuerpo impresa en la tela. Alguien durmió aquí y se fue. Toco la sábana. Fría. Lo que fuera que la calentó lleva horas ausente.

Recorro el pasillo hasta el final. Otra puerta cortafuegos, otra escalera que baja hacia la cuarta y sube hacia la sexta. La puerta de la sexta tiene una cadena, como la del ala clausurada de la cuarta planta. Terraza de observación, cerrada. Tiro de la cadena. No cede. El metal está oxidado aquí, a diferencia del candado nuevo de la cuarta. Esta puerta lleva cerrada más tiempo.

Bajo a la cuarta planta por la escalera trasera. El pasillo me recibe desde el otro extremo, el que no conozco. La moqueta es la misma. Las puertas son las mismas. Los fluorescentes zumban en la misma frecuencia. Pero desde este ángulo el pasillo parece más largo, el hotel se hubiera estirado mientras yo estaba en la quinta planta. Las paredes se hubieran separado un centímetro más de lo que deberían.

A medio camino del pasillo, una puerta está abierta. La 407. Me acerco. Dentro, sentado en la cama con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre el regazo, hay un hombre que no he visto antes. Me mira antes de que llegue al umbral, como si hubiera estado esperando que alguien pasara por delante.

—¿Buscas a alguien?

La voz es suave, modulada, con un acento que no es de Bergen ni de Oslo, algo del norte, quizás Bodø o Tromsø. El hombre tiene unos cuarenta años. Cara delgada, pelo oscuro con las primeras canas en las sienes, ojos que se quedan en los míos un segundo más de lo que la cortesía permite. Las manos sobre el libro están quietas. No hay tensión en su postura. No hay miedo. Es la primera persona en este hotel que me mira sin calcular algo.

—A mi hija.

El hombre asiente. No con la cabeza inclinada hacia abajo, que es el gesto de la cortesía, sino con la cabeza ladeada, que es el gesto del que escucha con atención algo que ya esperaba oír.

—¿Cómo se llama?

Nadie me había preguntado eso. Erik no preguntó el nombre de Frida. Karin no preguntó el nombre de Frida. Siri huyó antes de que pudiera terminar de decirlo. Lars no abrió la boca. Este hombre es el primero que quiere saber cómo se llama mi hija, y la sencillez de la pregunta me afloja algo en el pecho que llevaba horas apretado.

—Frida. Se llama Frida.

—Bonito nombre —dice. Cierra el libro y lo deja a un lado—. Yo soy Tor. Tor Brenna.

Se levanta. Es más alto de lo que parecía sentado, delgado pero con los hombros anchos, los de un cuerpo que ha trabajado antes de que la vida le pusiera un libro en las manos. No lleva pulsera de identificación. Lo noto y lo archivo. No sé qué significa pero lo archivo.

—¿Hace cuánto que no la ves?

—No lo sé. No recuerdo los últimos días.

Tor no parpadea. No retrocede. No hace ninguno de los gestos que han hecho todos los demás cuando digo algo que les incomoda. Me mira como se mira un mapa que necesita tiempo para interpretar.

—Yo tampoco recuerdo bien los míos —dice—. Los primeros días después de perder a alguien son así. El tiempo se desordena. Los días se pegan unos a otros.

Perder a alguien. Registro la frase y la aparto. Tor ha perdido a alguien. No pregunto a quién. Todavía no. Hay algo en la forma en que lo dice —sin peso, sin drama, como quien describe el color del cielo— que me dice que la pérdida no es reciente y que hablar de ella no le cuesta. O que ha practicado tanto que ya no se nota.

—No he perdido a Frida —digo—. Frida está en este hotel. Hay pruebas. Dibujos. Una mano en una ventana. Su peluche.

Levanto a Bjørn. Evidencia en un juicio. Tor lo mira. No con la sonrisa condescendiente de los demás ni con la cautela de Karin ni con la resignación de Erik. Lo mira con algo que se parece al

reconocimiento. El peluche gris con la oreja descosida le activara un recuerdo propio.

—Si necesitas ayuda para buscarla —dice—, estoy en la 407.

No me ofrece una explicación. No me ofrece lástima. No me ofrece medicación. Me ofrece ayuda. Es la primera persona en el Hotel Granhall que pronuncia esa palabra dirigiéndose a mí, y me doy cuenta de lo hambrienta que estaba de oírla por la forma en que el cuerpo reacciona: los hombros bajan, la mandíbula se afloja, el aire entra más fácil en los pulmones. Quiero confiar en este hombre. Lo necesito.

Y justo por eso no confío.

Vuelvo a la 412. La puerta está cerrada, como la dejé. La abro. La habitación está como la dejé. Bjørn número dos sigue en el armario. La mochila médica sigue debajo de la cama. Las pastillas sin etiqueta siguen dentro. Saco el frasco. Lo miro. Es idéntico al que Karin me ofreció: plástico anaranjado, tapa de rosca blanca. Pero este no tiene etiqueta. Alguien la arrancó o nunca la tuvo. Lo sacudo. Las pastillas suenan secas dentro del plástico, un ruido que se parece al de la cadena contra la puerta del ala clausurada.

Abro el frasco. Cuento las pastillas. Catorce. Son redondas, blancas, sin marcar. Podrían ser ansiolíticos. Podrían ser antipsicóticos. Podrían ser vitaminas. Sin la etiqueta, sin un laboratorio, no hay forma de saber qué me estaban dando.

O qué dejé de tomar.

Cierro el frasco. Lo devuelvo a la mochila. Me siento en la cama. Bjørn en el regazo. Las manos con crayón bajo las uñas. La ventana de la 412 da al fiordo, que ahora está gris oscuro, del color del plomo fundido, con una superficie que se mueve sin que haya viento. Algo debajo del agua la empujara hacia arriba.

Karin sabe algo que no me dice. Erik sabe algo que no me dice. Siri sabe algo y huyó. Lars sabe algo y mira al suelo. Tor no sé qué sabe pero es el único que ha preguntado cómo se llama mi hija, y eso lo convierte en algo: en un aliado o en el más peligroso de todos, porque los que preguntan lo que nadie pregunta suelen ser los que ya saben la respuesta.

En la planta cinco hay una ventana con la marca de una mano pequeña que dice: estuve aquí. En el sótano hay un árbol con un pájaro que dice: te estoy esperando. En alguna parte del Hotel Granhall, entre siete pisos de hormigón y secretos y puertas cerradas con cadena, mi hija respira. Y cada persona que me mira con ese fondo de pena o de miedo es una persona que sabe dónde está y elige no decírmelo.

Miro mis manos. El crayón azul y verde debajo de las uñas. Los mismos colores del árbol del sótano. Los mismos colores que Frida usa para el cielo y las hojas. Los mismos colores que tengo metidos en la piel como una firma que no recuerdo haber escrito.

Cierro los ojos. Los abro. El fiordo sigue ahí, gris y espeso, sin devolver nada.

Capítulo 6
Día 3: La tos

Día 3: La tos

Frida tenía la mano abierta contra el cristal de la ventana, con los cinco dedos separados, presionando hasta que las puntas se le ponían blancas. El vaho de su aliento formaba un círculo que se expandía y se contraía con cada respiración, y dentro de ese círculo dibujaba cosas con el dedo índice: una cara, una estrella, la letra F.

—Mamá, el agua se ha puesto más oscura.

Nora se acercó a la ventana. Frida tenía razón: el fiordo había cambiado de color durante la noche. El gris metálico de los primeros días se había oscurecido hasta un tono que no era negro del todo pero que ya no reflejaba el cielo. El agua parecía espesa, la temperatura hubiera bajado lo suficiente como para empezar a cambiarle la consistencia. En la orilla opuesta, los abetos cargaban nieve fresca en las ramas. No se veía ningún movimiento. Ni barcos, ni coches en la carretera que bordeaba el fiordo, ni pájaros. El mundo al otro lado del cristal parecía un decorado que alguien hubiera olvidado encender.

—Es porque hace más frío —dijo Nora—. Cuando el agua está fría, absorbe la luz en vez de reflejarla.

Era mentira. O no del todo: era una simplificación tan grande que funcionaba como mentira, pero a Frida le pareció satisfactoria. Asintió y volvió a dibujar en el vaho. Esta vez, un árbol. Siempre un árbol.

Entonces tosió.

Fue una tos seca, corta, el tipo de tos que cualquier madre habría descartado como un residuo de aire frío o polvo en la garganta. Pero Nora no era cualquier madre. Nora era una enfermera con catorce años de experiencia en urgencias y cinco días de contexto pandémico, y la forma en que su cuerpo reaccionó a esa tos no tuvo nada que ver con la razón: fue muscular, primitiva, un

espasmo en los hombros y las manos que precedió al pensamiento como el relámpago precede al trueno.

Frida no se dio cuenta. Siguió dibujando en el cristal. La tos no se repitió.

Nora se sentó en la cama y se obligó a hacer lo que hacía con los pacientes cuando el miedo amenazaba con sustituir al juicio clínico: catalogar. Una tos seca, aislada, sin fiebre, sin congestión, sin dificultad respiratoria. Podría ser nada. El aire del hotel era seco por la calefacción irregular y denso por la lejía. Cualquier garganta tosería en estas condiciones. La probabilidad de que fuera el principio del virus era baja. Baja no significaba cero.

A las diez bajaron a la planta dos para la revisión diaria. Nora llevó a Frida de la mano por las escaleras y la niña contó los peldaños otra vez, pero esta vez se equivocó dos veces y no se corrigió, lo cual podría significar que estaba distraída o podría significar nada. Nora se descubrió analizando cada gesto de su hija como si fuera un monitor de signos vitales: la forma de caminar, la fuerza con la que apretaba su mano, la frecuencia respiratoria. Frida respiraba catorce veces por minuto. Normal para su edad. Nora contó tres veces para estar segura.

El ala médica tenía más pacientes que el día anterior. Las cinco camillas estaban ocupadas y habían añadido dos más al fondo, improvisadas con tablones y colchones finos. El anciano que tosía sangre la víspera ya no estaba. Su camilla tenía sábanas limpias y un olor a desinfectante que era demasiado reciente, demasiado intenso, el tipo de limpieza que se hace cuando lo que había antes no puede quedar. Nora miró la camilla al pasar. No preguntó.

Karin tomó la temperatura de Frida. 36,6. Normal. Frida no tosió durante la revisión. Nora no mencionó la tos de la mañana. Lo pensó —abrió la boca para decirlo— y luego no lo dijo. Fue una decisión que tomó en el espacio de medio segundo y que ni siquiera identificó como decisión: si decía que Frida había tosido, Karin la examinaría más a fondo, quizás la retendría en la planta dos, quizás activaría el protocolo de aislamiento. Y el protocolo de aislamiento significaba separación. Frida en una camilla. Nora fuera.

No dijo nada. Karin las dejó ir.

En el pasillo de la planta dos, Nora se cruzó con una de las enfermeras. La mujer tenía la mascarilla bajada hasta la barbilla y los ojos enrojecidos de quien lleva horas sin parpadear con suficiente frecuencia. Nora la reconoció del día anterior.

—¿Cuántos pacientes nuevos hoy? —preguntó, con el tono de colega, no de huésped.

La enfermera la miró y en ese segundo Nora vio el cálculo: ¿cuánto puedo decir? La respuesta fue un número pronunciado en voz baja, como una confesión.

—Tres desde anoche. Doce en total.

Doce pacientes. Dos enfermeras y una doctora. Nora hizo la división sin querer y el resultado le dejó un residuo metálico en la boca. Cuatro pacientes por profesional sanitario. En un hospital normal sería insostenible. En un hotel reconvertido con stock limitado de antivirales y sin equipo de cuidados intensivos, era otra cosa.

—¿Han pedido refuerzos?

La enfermera se subió la mascarilla y no respondió. Volvió detrás del biombo. Nora entendió la respuesta en el gesto: o no habían pedido refuerzos, o los habían pedido y nadie venía.

Subieron a la cuarta planta. Frida quería dibujar. Se sentó en el suelo de la 412 con el cuaderno y los crayones y empezó un árbol nuevo. El tronco le salió torcido. Lo miró con el ceño fruncido, arrancó la página y empezó otra vez. El segundo intento salió mejor pero las hojas no le gustaron. Arrancó esa también. Al tercer intento, las manos le temblaban y la frustración le había subido el color a las mejillas.

—No me sale.

—Te está saliendo muy bien, cariño.

—No. Está mal. Las hojas están mal. Parecen piedras.

Nora se agachó junto a ella. Miró el dibujo. Las hojas eran redondas, como siempre. No parecían piedras. Pero Frida tenía estándares que no admitían negociación, y cuando algo no cumplía sus estándares, el mundo entero estaba equivocado.

—¿Y si hacemos árboles de invierno? Sin hojas. Solo troncos y ramas.

Frida lo consideró. La oferta alteraba las reglas del juego de los árboles —Nora dibuja el tronco, Frida las hojas— de una forma que la desequilibraba. Si no había hojas, ¿qué dibujaba ella?

—Los pájaros —dijo Nora—. Yo hago el tronco y las ramas. Tú pones los pájaros. Porque en invierno los pájaros necesitan los árboles más que nunca.

Frida la miró con esa expresión que ponía cuando evaluaba si una propuesta era lo bastante buena como para adoptarla o si era una trampa adulta disfrazada de juego. Después de cuatro segundos de deliberación, cogió el crayón azul.

—Pero pájaros grandes. No los pequeños de siempre.

—Pájaros del tamaño que quieras.

Dibujaron tres árboles de invierno en el cuaderno. Los troncos de Nora eran líneas rectas con ramas en ángulos torpes, como siempre. Los pájaros de Frida eran enormes, desproporcionados, posados en ramas que no podrían soportar su peso en ningún mundo que obedeciera las leyes de la física. Uno de los pájaros llevaba un sombrero. Frida no explicó por qué y Nora no preguntó.

A mediodía bajaron al comedor. La sopa del almuerzo era algo translúcido con trozos de patata y restos de pescado que flotaban en la superficie como supervivientes de un naufragio. Frida removía la sopa con la cuchara sin llevársela a la boca, haciendo círculos que no iban a ninguna parte.

—Mamá.

—Come, cariño.

—Mamá, ¿los pájaros de aquí se enferman?

Era la segunda vez que preguntaba por los pájaros. La primera había sido el día de la llegada: «Mamá, ¿los pájaros de aquí también tienen que quedarse en cuarentena?» Aquella pregunta era juguetona, curiosa. Esta era distinta. Frida la formuló mirando la sopa, no a Nora, y su voz tenía un borde que no estaba ahí dos días antes: la modulación sutil de una niña que empieza a sospechar que las respuestas de los adultos no cubren todas las preguntas.

—Los pájaros tienen defensas muy fuertes —dijo Nora—. Y pueden volar lejos si algo va mal.

—¿Y si no pueden volar? ¿Si tienen un ala rota?

Nora dejó la cuchara en el plato.

—Entonces alguien los cuida hasta que se curan.

—¿Quién?

—Alguien que los quiere.

Frida asintió. Algo en la respuesta le satisfizo o la cansó lo suficiente como para dejar de preguntar. Comió cuatro cucharadas de sopa, apartó los trozos de pescado hacia el borde del plato y se acabó el pan, sin los bordes. Los bordes fueron para Bjørn, que esperaba sentado en el banco con la oreja descosida apuntando al techo.

Siri estaba en la mesa de enfrente con Odin. El niño comía con la cabeza baja y una concentración mecánica que no parecía tener nada que ver con el hambre. Siri no comía. Miraba la mesa con los dedos entrelazados sobre el regazo y los hombros levantados hasta las orejas, la postura de quien espera un golpe que no sabe de dónde va a venir. Nora la miró y Siri levantó los ojos. La información que cruzó entre las dos fue breve y completa: algo había cambiado desde ayer. Siri lo sabía. Nora aún no.

—¿Estás bien? —preguntó Nora en voz baja.

Siri abrió la boca. La cerró. Miró a Odin. Miró la mesa.

—Anoche cerraron la planta cinco —dijo, con la voz de quien repite algo que ha oído a través de una pared—. La evacuaron. Movieron a la gente que quedaba… abajo. A la planta dos.

Nora no preguntó por qué. Sabía por qué. Si vaciaban una planta entera, era para usarla de otro modo: almacén, zona de aislamiento ampliada, espacio para lo que el ala médica ya no podía contener. El hotel se reconfiguraba como un organismo que redistribuye sus recursos ante una amenaza creciente.

—¿Has podido llamar? —preguntó Nora.

Siri negó con la cabeza.

—La línea está caída desde ayer. Dicen que la reparan pero… — Otra frase sin final. Siri las coleccionaba como otros coleccionaban silencios.

Frida se inclinó sobre la mesa y le tendió una servilleta a Odin. Había dibujado algo rápido: un pájaro enorme, con un sombrero, posado en algo que podría ser un árbol o una mano gigante.

—Este es un pájaro valiente —le dijo a Odin—. No tiene miedo de nada.

Odin cogió la servilleta. La miró durante un largo rato. Después levantó los ojos hacia Frida y por primera vez desde que Nora lo había visto, el niño habló.

—¿Ni de las tormentas?

La voz era fina, aguda, con el temblor de algo que lleva días sin usarse. Siri se llevó la mano a la boca. Nora fingió no notarlo.

—Ni de las tormentas —dijo Frida, con una seguridad que no dejaba espacio para la duda—. Los pájaros valientes vuelan por encima de las tormentas. Las tormentas están abajo. Ellos están arriba.

Odin asintió. Una sola vez, despacio, como si estuviera archivando la información en un lugar seguro de su cabeza. Siri miraba a Frida con una expresión que Nora no pudo catalogar del todo: gratitud, sí, pero también algo más, algo que parecía anticipación o premonición, la mirada de quien mira a un niño y ve lo que podría perder.

Después de comer subieron a la habitación. Frida dijo que tenía sueño. Eso no era normal. Frida odiaba las siestas con la misma intensidad con que odiaba los vasos rojos y los bordes del pan. Dormir durante el día era, en su jerarquía de injusticias, el equivalente a una condena sin juicio.

Se acurrucó en la cama con Bjørn y se durmió en menos de un minuto. Nora le puso la mano en la frente. Templada, no caliente. Le contó las respiraciones: quince por minuto. Una más que por la mañana. Dentro del rango normal. Pero la tos de la mañana seguía ahí, instalada en la cabeza de Nora como una piedra en un zapato.

Se sentó en el suelo junto a la cama y abrió la mochila. El termómetro estaba en el bolsillo lateral, junto al ibuprofeno infantil y el inhalador. Sacó el termómetro y lo sostuvo en la mano. No lo usó. Si la temperatura era normal, no significaba nada: el virus tenía un período de incubación de tres a ocho días antes de que apareciera la fiebre. Frida podía estar incubando ahora mismo, con sus quince respiraciones por minuto y su frente templada y su sueño inesperado, y el termómetro no lo detectaría.

Guardó el termómetro. Miró a Frida dormida. La boca entreabierta, el pelo cayendo sobre la almohada, los dedos cerrados alrededor de la oreja de Bjørn con esa fuerza desproporcionada de los niños dormidos que no saben que pueden soltar y por eso no sueltan. El pecho subía y bajaba con un ritmo constante. Sin esfuerzo. Sin ruido.

Nora cerró los ojos un momento. Los abrió. Frida seguía ahí. El pecho seguía subiéndo y bajando.

A las cuatro de la tarde, Frida se despertó y tosió de nuevo. Esta vez fueron dos golpes seguidos, secos, con un sonido que venía de más abajo que la garganta. Nora le puso el termómetro en el oído antes de que Frida terminara de abrir los ojos. 37,1. Dentro de lo normal. Apenas por encima del límite inferior de la zona gris.

Frida se frotó los ojos con los puños cerrados.

—Me pica aquí —dijo, señalándose la garganta.

—¿Mucho?

—Un poco. Como cuando como galletas muy secas.

Nora le dio agua. Frida bebió tres tragos y luego se sentó en la cama con Bjørn en el regazo, mirando por la ventana. El fiordo estaba más oscuro que por la mañana. La mørketid llegaba antes cada día, o eso parecía, la latitud conspiraba con la cuarentena para comprimir las horas de luz hasta hacerlas insignificantes.

—Mamá.

—Dime.

—¿Mañana puedo ir a jugar con Odin?

—Si él quiere, sí.

—Quiere. Lo sé porque me miró el dibujo mucho rato. Cuando alguien mira tu dibujo mucho rato es porque le gustas.

La lógica era impecable en el universo de Frida: la atención como prueba de afecto, el tiempo de observación como medida de interés. Nora sonrió y el gesto le costó menos que el día anterior, lo cual era extraño porque las cosas estaban objetivamente peor y la sonrisa debería haber sido más difícil. Quizás la sonrisa era un músculo que se entrenaba con el uso, no con las razones.

A las siete bajaron a cenar. El comedor tenía seis personas menos que al mediodía. Nora contó sin querer: veintidós. Al

desayuno del día anterior eran treinta y una. Nueve menos en treinta y seis horas. La aritmética de una cuarentena no tenía signos positivos: nueve personas menos significaba nueve personas en la planta dos, o nueve personas detrás de la puerta clausurada de la cuarta planta, o nueve personas en una combinación de ambas que Nora prefería no calcular.

Frida no terminó la cena. Comió medio pan, dos cucharadas de sopa y un trozo de queso marrón. Dejó los bordes en el plato pero esta vez no se los dio a Bjørn. Bjørn estaba en su regazo, no en el banco junto a ella. Frida lo tenía agarrado con las dos manos, contra el pecho, en la postura de un niño que se protege con lo que tiene.

Subieron después de cenar. Nora le lavó la cara, le puso el pijama de los cohetes. Le tomó la temperatura: 37,2. La zona gris. El territorio donde los números no confirman nada pero tampoco lo descartan.

—Mamá, ¿me puedes cantar?

—Siempre.

—No, quiero decir… ¿me puedes cantar dos veces? Porque la canción es corta y yo tardo en dormirme.

Nora se metió en la cama con ella. Frida se acomodó en el hueco de su cuerpo, con la espalda contra el estómago de Nora y Bjørn encajado entre las dos. El calor de la niña le llegó a través de la tela del pijama: un calor que podría ser normal, el calor de un cuerpo pequeño que irradia más que uno grande, o podría ser el primer aviso de algo que el termómetro aún no registraba.

Cantó la canción. La melodía sin letra, los sonidos inventados. La cantó una vez y luego otra vez, como Frida había pedido. A la mitad de la segunda repetición, los dedos de Frida se aflojaron alrededor de Bjørn y su respiración adquirió esa cadencia lenta y profunda que significaba sueño.

Nora dejó de cantar. Se quedó inmóvil, con la nariz enterrada en el pelo de su hija, contando respiraciones. Quince. Quince. Quince. Cada ciclo era un dato limpio que su cerebro de enfermera archivaba y comparaba con el anterior, buscando la variación, el cambio mínimo, la señal.

A las once de la noche, Frida tosió tres veces seguidas sin despertarse. Nora le puso la mano en el pecho. El corazón de Frida latía bajo su palma con un ritmo rápido y fino, como un pájaro atrapado en una caja. Le tomó la temperatura otra vez. 37,4. La zona gris se oscurecía. No era fiebre. Pero ya no era normal.

Nora se quedó despierta. Miró el techo de la 412: hormigón con manchas de humedad que formaban continentes de un mapa que no existía. Escuchó el hotel: las tuberías, el viento, los pasos distantes de alguien que caminaba por un pasillo que podría ser el de arriba o el de abajo. Escuchó a Frida: la respiración, la tos que venía a intervalos de cuarenta minutos como un reloj impreciso, los pequeños sonidos que hacía al moverse en sueños.

Pensó en las diecinueve personas que faltaban del comedor. En las doce camas del ala médica. En el anciano que ya no estaba. En Karin Vold diciendo «stock limitado» con la voz de quien recita un hecho, no una disculpa. En la enfermera que no había respondido a su pregunta sobre refuerzos. En las sábanas recién lavadas de una camilla que horas antes contenía a alguien que tosía sangre.

Miró a Frida. La mano sobre la oreja de Bjørn. La boca entreabierta. El pecho que subía y bajaba, subía y bajaba, y entre una subida y la siguiente, Nora buscó la señal, el cambio, la prueba de que algo había empezado a moverse dentro de ese cuerpo pequeño que contenía todo lo que le importaba en el mundo.

La encontró a las tres de la mañana. No fue la tos. Fue un sonido nuevo, apenas audible, un silbido fino al final de cada expiración, como el que hace el aire al pasar por un tubo que se estrecha. Sibilancia. Nora lo conocía. Lo había escuchado miles de veces en las guardias de urgencias, en pechos de adultos y de niños, y cada vez significaba lo mismo: los bronquios se cierran. El cuerpo lucha.

Le tomó la temperatura. 37,8. La zona gris se había terminado.

Frida abrió los ojos.

—Mamá —dijo, con una voz que ya no era del todo la suya, una voz que el sueño y algo más habían raspado por dentro—. Me duele el pájaro.

—¿Qué pájaro, cariño?

Frida se tocó el pecho con la palma de la mano.

—El de aquí dentro. El que hace ruido.

Nora la abrazó. La apretó contra su cuerpo con la fuerza justa para contener lo que necesitaba contener sin aplastar lo que necesitaba proteger. El pelo de Frida le olía a jabón y a crayón y a algo nuevo, algo que no debería estar ahí, un matiz acre y caliente que Nora conocía: el olor de la fiebre cuando empieza a instalarse.

—Ese pájaro es valiente —le dijo al oído, y la voz le salió entera, sin fisuras, porque había aprendido hace años que la voz de una madre no puede romperse delante de su hija—. Es el pájaro más valiente que existe. Y vuela por encima de las tormentas.

Frida cerró los ojos. La sibilancia seguía ahí, fina, constante, un hilo de sonido que conectaba cada respiración con la siguiente como una sutura mal cerrada.

Fuera, el fiordo estaba negro. No había luna ni estrellas ni línea de horizonte. Solo agua y oscuridad, indistinguibles, y en algún lugar debajo de esa superficie el frío se acumulaba sin prisa, denso y paciente, como algo que sabe que tiene todo el tiempo del mundo.

Capítulo 7
El registro

El registro

La oficina de Erik Dahl está en la planta uno, detrás de una puerta con un cartel que dice «Kontor» y que no tiene cerradura de tarjeta sino una llave metálica convencional. La llave no está echada. Giro el pomo. La puerta se abre con una resistencia mínima, el hotel ya hubiera dejado de tomarse en serio la seguridad de las cosas que no son personas.

Dentro: un escritorio de madera oscura con tres cajones, un ordenador de sobremesa apagado, dos archivadores metálicos, una estantería con carpetas etiquetadas en noruego. La ventana da al aparcamiento trasero del hotel, donde tres vehículos cubiertos de nieve llevan días sin moverse. Hay un abrigo colgado en un perchero junto a la puerta: gris, de lana, con una bufanda azul enrollada en el cuello. La oficina de Erik huele a él: aftershave anticuado y detergente de ropa. Un hombre que se mantiene limpio porque la limpieza es lo último que puede controlar.

No tengo mucho tiempo. Erik ha bajado al comedor hace diez minutos con su portapapeles y su cara de no-me-pregunte. Le he visto entrar y he contado hasta sesenta antes de subir las escaleras. En este hotel, diez minutos es un plazo generoso: la gente se mueve poco, las rutinas son lentas, el espacio conspira contra la prisa. Pero el cuerpo no lo sabe. Las manos me tiemblan y el pulso me empuja sangre a las sienes a un ritmo que es el de la urgencia, no el de la lógica.

Los archivadores primero. El de la izquierda contiene documentación del hotel: facturas, contratos de mantenimiento, planos de evacuación en caso de incendio que nadie ha actualizado desde 2019. El de la derecha tiene carpetas de carón con etiquetas numeradas. Las abro una por una. Son historiales de huéspedes. No

clínicos sino administrativos: nombre, identificación, fecha de ingreso, habitación asignada, número de ocupantes.

Busco la 412. Las carpetas están organizadas por planta y número de habitación. Paso las del primer piso, las del segundo, las del tercero. Cuarta planta. 401, 402, 403. Los dedos se me resbalan en el cartón. 408, 409, 410, 411. La 412.

La abro. Un folio. Escrito a mano, con la caligrafía precisa y vertical de Erik Dahl. Leo:

Habitación 412. Skar, Nora. ID: 12049283715. Fecha de ingreso: 14/11. Ocupantes: 1 adulto.

Un adulto.

Releo. Releo otra vez. Paso el dedo por la línea las palabras pudieran cambiar de forma si las toco. Ocupantes: 1 adulto. No hay mención de Frida. No hay «1 menor». No hay un segundo nombre. No hay una línea adicional. Solo mi nombre, mi número de identificación, la fecha, y una cifra que dice que llegué sola a este hotel.

El aire de la oficina se espesa. Los bordes de la carpeta se me clavan en las yemas de los dedos y no los siento. El folio tiembla en mis manos o mis manos tiemblan debajo del folio, no sé cuál de los dos se mueve y cuál se queda quieto. Algo dentro de mi cabeza intenta reorganizarse, como una estantería que alguien ha volcado y las cosas ruedan por el suelo buscando su sitio.

Un error. Es un error administrativo. Erik Dahl registra personas con la eficiencia de un contable: rápido, mecánico, sin mirar. Pudo olvidarse de anotar a Frida. Pudo escribir «1 adulto» por defecto, como quien rellena un formulario con los ojos cerrados. Lo ha hecho cientos de veces. Se le escapó. Es un error.

Busco las otras carpetas. Necesito una referencia. Necesito ver cómo registró a las demás familias. La 401: Haugen, Per. 1 adulto. Solo. La 403: Mikkelsen, Berit y Mikkelsen, Johan. 2 adultos. La 405: Nilsen, Gunnar. 1 adulto. Solo. La 406: una familia — Aas, Henrik y Aas, Marte. 2 adultos, 1 menor (Aas, Kristoffer, 11 años). Ahí está. Cuando hay un menor, Erik lo anota. Nombre del menor. Edad. Número de ocupantes desglosado. Lo hace. No se lo salta.

Busco más. La 409: otra familia. Lund, Siri. 1 adulto, 1 menor (Lund, Odin, 8 años).

Siri. La mujer del comedor. La que huyó con Odin cuando le pregunté por Frida. En su registro, Odin aparece. Nombre, edad, todo. Si Frida hubiera llegado a este hotel conmigo, Erik la habría anotado igual que anotó a Odin. Igual que anotó a Kristoffer. Nombre, edad, número de ocupantes.

No miro esa conclusión. La esquivo como se esquiva un mueble en la oscuridad, rodeándola sin tocarla, porque si la toco algo se rompe y no estoy lista para el sonido que haría.

Cierro la carpeta de la 412. La devuelvo al archivador. Abro los cajones del escritorio. En el primero: bolígrafos, clips, una calculadora, una llave pequeña con una etiqueta que dice «Kjeller» —sótano—. En el segundo: un cuaderno de tapas negras, el mismo que vi en recepción el primer día. Lo abro. Páginas de anotaciones en noruego con la letra de Erik, columnas de números, horarios, nombres. Paso las páginas rápido, buscando la 412, buscando el nombre de Frida, buscando cualquier referencia a una niña de cinco años en cualquier parte de este cuaderno. En la página veintitrés encuentro una lista de habitaciones con anotaciones al margen. Junto a la 412, una sola línea: «Dr. Vold — seguimiento activo. NIVEL 3.»

Seguimiento activo. NIVEL 3. Lo mismo que dice mi pulsera. No es el número de la planta. Es una clasificación médica. Me están siguiendo. Me están monitorizando. La pulsera, la cita con Karin, la medicación, la forma en que Lars me mira cuando paso: todo forma parte de un protocolo que tiene que ver conmigo, no con Frida.

O que tiene que ver con Frida a través de mí. Porque si alguien me quitó a mi hija, si alguien la movió mientras yo estaba inconsciente o sedada o en una de esas lagunas que Karin mencionó como si fueran un síntoma conocido, entonces el seguimiento no es para curarme sino para vigilarme. Para asegurarse de que no la encuentre. Para asegurarse de que acepte la versión oficial: que llegué sola, que siempre estuve sola, que la habitación 412 contiene un adulto y nada más.

Cierro el cuaderno. Lo dejo donde estaba. Tercer cajón: cerrado con llave. Tiro del tirador. No se mueve. La cerradura es pequeña, del tipo que se abre con una llave plana. No la tengo. No tengo tiempo para buscarla. Salgo de la oficina. Cierro la puerta. El pasillo de la primera planta está vacío y huele a papel y a calefacción eléctrica.

Subo las escaleras. Planta dos: la puerta del ala médica cerrada, la luz roja fija. Planta tres. Planta cuatro. El pasillo de la cuarta planta me recibe con su familiar zumbido de fluorescentes y su olor a lejía y encierro. Camino hacia la 412. A medio camino, la puerta de la 407 se abre.

Tor Brenna.

Lleva ropa diferente a la del día anterior: un jersey de lana gruesa, oscuro, que le queda holgado en los hombros. Los ojos me encuentran antes de que yo decida si quiero que me encuentren. La expresión es la misma: atenta sin ser invasiva, abierta sin ser blanda. La cara de alguien que espera algo pero no tiene prisa.

—Parece que llevas toda la mañana moviéndote —dice.

No pregunta dónde he estado. No pregunta qué busco. Hace una observación que podría ser casual y que podría ser otra cosa: una forma de decirme que me ha visto subir y bajar por las escaleras, que registra mis movimientos, que presta atención a cosas que los demás parecen ignorar.

—He estado buscando el registro de huéspedes.

No sé por qué le digo la verdad. No lo he pensado. La frase sale antes de que pueda filtrarla, como esas confesiones que se hacen en las guardias de noche a las tres de la mañana cuando el cansancio abre compuertas que la lucidez mantendría cerradas.

—¿Y?

—Frida no está. No aparece en la 412. Según el registro, llegué sola.

Tor se apoya en el marco de la puerta. Los brazos cruzados, las manos metidas debajo de los codos. No es un gesto de cierre. Es el de alguien que se prepara para escuchar algo largo.

—¿Crees que borraron su nombre?

La pregunta me frena. No por lo que dice sino por lo que implica: Tor no cuestiona que Frida exista. No sugiere que me confundo. No me mira con la pena de Karin ni con la resignación de Erik. Acepta la premisa y pasa directamente a la siguiente posibilidad. Es lo que haría un aliado. Es también lo que haría alguien que quiere que confíe en él para algo que viene después.

—O nunca lo escribieron. O lo escribieron y alguien arrancó la página. O el registro es falso y el real está en otro sitio.

—¿En la oficina de la doctora?

—Quizás.

—¿Has mirado en el ordenador? Los registros de papel se duplican digitalmente en los centros de contención sanitaria. Es normativa.

Lo miro. Sabe demasiado sobre cómo funcionan los centros de contención. La observación me llega con un segundo de retraso, como un eco, y la archivo junto a las otras cosas que sé de Tor Brenna y que no suman un perfil coherente: no lleva pulsera de identificación, sabe cómo funcionan los protocolos sanitarios, tiene una habitación individual en una planta donde las familias están agrupadas, y ofrece ayuda con la naturalidad de alguien acostumbrado a ofrecer cosas a personas en crisis.

—El ordenador estaba apagado. No tuve tiempo.

—Puedo ayudarte con eso. Si quieres.

La oferta queda suspendida entre los dos como una moneda en el aire. No digo que sí. No digo que no. Lo que hago es mirarlo durante tres segundos —sus manos quietas, sus ojos que no parpadean más de la cuenta, la postura que no avanza ni retrocede — y lo que veo es algo que no esperaba: cansancio. No el cansancio de esta mañana ni el de esta semana. Un cansancio más viejo, instalado en la forma en que los párpados caen medio milímetro más de lo normal, en la laxitud de la mandíbula, en la manera en que su cuerpo se apoya en el marco de la puerta necesitando algo sólido para no ceder. He visto ese cansancio. En las caras de los familiares que llevan semanas en la sala de espera de la UCI, cuando la esperanza ya se ha ido y lo que queda es una inercia que se parece a la calma pero que es rendición.

Tor ha perdido a alguien. Lo dijo ayer. Esposa e hija. O eso dijo. El cansancio de sus ojos es coherente con la pérdida. También es coherente con la culpa. No sé cuál de las dos cosas veo. Quizás las dos.

—Esta noche —digo—. Después del toque de queda. Erik no estará en la oficina.

Tor asiente. Una vez, sin vacilación. Después entra en la 407 y cierra la puerta. El clic de la cerradura me llega amortiguado por la moqueta y por algo más: la sensación de haber cruzado una línea que no sabía que existía, la de aceptar la ayuda de un desconocido en un lugar donde nadie ayuda gratis.

Camino hacia la 412. La puerta está cerrada. La abro con la tarjeta. La habitación está como la dejé excepto por una cosa, y esta vez la cosa no está dentro de la habitación.

Bjørn está en el pasillo.

Sentado contra la pared, junto a la puerta de la 412, con la espalda apoyada en el zócalo y la oreja descosida inclinada hacia la izquierda. Me quedo mirándolo. Lo tengo en la mano —lo llevo conmigo desde que desperté, no lo he soltado excepto para dormir y para registrar la oficina—. Bajo la vista. Sí: Bjørn número uno está en mi mano derecha, apretado contra la cadera. Y Bjørn número dos está en el suelo del pasillo, mirándome con su ojo de botón desparejado.

Ayer, el segundo Bjørn apareció en la cama. Lo metí en el armario. Ahora está aquí, fuera de la habitación, en el pasillo, sentado como si alguien lo hubiera colocado con cuidado. Con intención. Como si alguien dijera: mira, estoy aquí, te estoy dejando señales.

Me agacho. Lo recojo. Lo acerco a la cara. Huele a moqueta y a lejía, igual que ayer. No huele a Frida. El de mi mano sí. El de mi mano huele a crayón y a pelo sin lavar y a jabón barato, los tres componentes químicos de mi hija, la fórmula que ningún laboratorio del mundo podría sintetizar.

Alguien sacó a Bjørn del armario de la 412 y lo puso en el pasillo mientras yo estaba en la oficina de Erik. Alguien tiene acceso a mi habitación. Alguien se mueve por el hotel con una llave maestra

o una tarjeta universal y entra y sale de la 412 la habitación fuera suya. Y ese alguien deja cosas. Mueve cosas. Crea un rastro que tiene la forma exacta de una niña de cinco años que juega al escondite.

O Frida lo hizo. Frida salió de donde está, bajó al pasillo, cogió a Bjørn del armario y lo dejó aquí para que yo lo encontrara. Porque así juega Frida: deja a Bjørn en sitios y luego espera a que lo encuentres, y cuando lo encuentras se ríe como si fuera lo más gracioso que ha pasado en la historia del mundo. Es un juego que empezó en el piso de Oslo, cuando Bjørn aparecía dentro de la lavadora, encima de la nevera, metido en un zapato de Nora. Frida lo escondía y después se sentaba a esperar con la cara más inocente que tenía, que era la menos inocente de todas.

Entro en la 412 con los dos conejos. Cierro la puerta. Pongo el segundo Bjørn en la mesilla, apoyado contra la lámpara. Me siento en la cama con el primero en el regazo. Las manos me huelen a cartón y a polvo de los archivadores. Me las miro. El crayón debajo de las uñas sigue ahí, azul y verde, un poco más difuso que ayer pero todavía visible, como un tatuaje que se resiste a desaparecer.

Pienso en el registro. Skar, Nora. 1 adulto. Pienso en Lund, Siri. 1 adulto, 1 menor. Si Frida hubiera llegado conmigo en ese autobús, Erik la habría anotado. Nombre, edad, número de ocupantes. No se lo habría saltado. No con Frida, que era imposible de ignorar: la niña que contaba los peldaños en voz alta, que dibujaba árboles en las servilletas, que le regaló un dibujo a un niño que no sonreía. Erik la vio. Tuvo que haberla visto. ¿Por qué no la anotó?

Porque la borró después. Porque alguien le dijo que la borrara. Porque lo que pasó durante la semana que no recuerdo incluyó la decisión deliberada de eliminar a Frida del registro, de convertirme en una mujer que llegó sola a un hotel de cuarentena, sin hija, sin prueba de que mi hija existiera en este edificio. Y si eliminaron su nombre del registro, ¿qué más eliminaron? ¿Su ropa? ¿Sus dibujos? ¿Las sábanas donde durmió? ¿El plato donde comió?

Pero no eliminaron a Bjørn. No eliminaron los dibujos del sótano. No eliminaron la mano en la ventana de la quinta planta. Las pruebas siguen ahí, dispersas por el hotel como migas de pan en un

cuento que Frida me habría contado a su manera: con el final cambiado, con los villanos convertidos en animales tontos, con la niña salvándose siempre porque en el universo de Frida las niñas se salvan, eso no se negocia.

Miro por la ventana. El fiordo está quieto, con una superficie que refleja el cielo bajo y plomizo como un espejo sucio. En la orilla opuesta, la nieve cubre los abetos hasta las puntas. Todo está inmóvil. Todo espera. El hotel, el agua, las montañas, yo. Esperamos que algo se mueva, que algo cambie, que alguien diga la verdad que todos parecen tener en la boca y que nadie se atreve a pronunciar.

A las nueve de la noche, después del toque de queda, vuelvo a bajar. Los pasillos están vacíos y las luces reducidas al mínimo: la mitad de los fluorescentes apagados, el resto en modo emergencia, dando un resplandor ámbar que convierte las paredes grises en algo parecido al interior de un órgano. El hotel de noche es un animal distinto al hotel de día. De día finge: las luces, las rutinas, el comedor, los protocolos. De noche deja de fingir. Los sonidos que contiene durante el día se sueltan: las tuberías gimen con un lamento largo y desigual, las puertas crujen aunque nadie las toque, el generador del sótano cambia de ritmo como un corazón con arritmia. El olor también cambia: la lejía pierde potencia y debajo emerge lo otro, lo dulce, lo orgánico, lo que el día consigue tapar y la noche no.

La oficina de Erik está cerrada con llave. Esta vez sí. Giro el pomo y no cede. Me quedo mirándolo, con la mano apretada alrededor del metal helado, calculando opciones. Podría forzarla. Podría buscar la llave en recepción. Podría…

—Aquí.

Tor. Detrás de mí, en el pasillo, con una tarjeta magnética en la mano que no es la de su habitación. Es blanca, sin número, del tipo que usan los técnicos y el personal de mantenimiento. No pregunto de dónde la ha sacado. La acepto. La paso por el lector que hay junto a la puerta —un lector que no vi esta mañana porque la puerta estaba abierta— y la luz se enciende en verde.

Entramos. Tor cierra la puerta detrás de nosotros. La oficina está a oscuras. Enciendo el ordenador. La pantalla ilumina la

habitación con un resplandor azulado que nos hace parecer dos figuras de una radiografía. El sistema operativo carga y pide una contraseña. Miro a Tor.

—Prueba con «Granhall» —dice—. O con la fecha de apertura del hotel. La gente que gestiona crisis no tiene tiempo para contraseñas creativas.

Escribo «Granhall». Acceso denegado. Escribo «Granhall2024». Acceso denegado. Pruebo «admin», «1234», «hotel». Nada. La pantalla parpadea con cada intento fallido y la frustración me sube por los brazos como una corriente.

—Deja —dice Tor. Se sienta en la silla de Erik con una familiaridad que me hace detenerme un segundo. Los dedos se mueven sobre el teclado con la velocidad de alguien que ha hecho esto antes. Prueba tres combinaciones más. A la cuarta, el escritorio se abre.

No pregunto cómo lo ha hecho. Hay una lista de cosas que no estoy preguntando y que crece con cada hora que paso en este hotel. La lista va a tener que esperar. Ahora necesito el registro.

El escritorio tiene una carpeta llamada «Registro_Kontroll». Dentro, un archivo de hoja de cálculo. Lo abro. Filas y columnas: nombre, ID, fecha de ingreso, habitación, número de ocupantes, estado. El estado tiene tres valores posibles: «aktiv», «medisinsk», «utskrevet». Activo, médico, dado de baja.

Busco la 412. La encuentro en la fila cuarenta y siete.

Skar, Nora. ID: 12049283715. Ingreso: 14/11. Hab: 412. Ocupantes: 1. Estado: medisinsk.

Medisinsk. Estado médico. No «aktiv» como la mayoría de los huéspedes que vi en las otras filas. Estoy clasificada como paciente. El hotel no me considera una huésped en cuarentena. Me considera una paciente.

Y el número de ocupantes sigue siendo 1.

Reviso la columna entera. Todas las familias con niños tienen el desglose: Aas, 2+1. Lund, 1+1. Hansen, 2+2. El úmnico «1» de la cuarta planta es el mío. Revisó las fechas de ingreso. Todas las entradas del 14 de noviembre, el día que llegué. Veintitrés personas

ingresaron ese día. Ninguna de las entradas de esa fecha incluye a una Frida Skar.

Tor está de pie detrás de mí. Veo su reflejo en la pantalla, el contorno de su cara iluminada por la luz azul. No dice nada. No necesita decir nada. Los dos estamos mirando la misma ausencia.

—Ella estuvo aquí —digo. La voz me sale baja, seca, como si las cuerdas vocales hubieran decidido funcionar a media potencia para ahorrar energía—. Siri la vio. Odin tiene su dibujo. Está en el sótano, en la pared, un árbol con un pájaro. Está en la ventana de la quinta planta, la marca de su mano. Estuvo aquí.

Tor pone la mano en el respaldo de la silla. No en mi hombro. No en mi brazo. En el respaldo. La distancia justa entre el contacto y la contención.

—Te creo —dice.

Dos palabras. Las primeras que alguien me dice en este hotel que no vienen envueltas en protocolos ni en evasivas ni en miradas que esquivan las mías. Te creo. Lo dice mirando la pantalla donde el nombre de Frida no aparece, y la simplicidad de esas dos sílabas me afloja algo que llevaba días apretado, una contracción muscular que iba desde la mandíbula hasta el plexo solar y que de repente cede, no del todo, pero lo suficiente como para que el aire entre más fácil en los pulmones.

Apago el ordenador. Salimos de la oficina. El pasillo de la primera planta está vacío, ámbar, con ese silencio nocturno del Granhall que no es ausencia sino presencia de todo lo que el edificio decide callarse. Subimos las escaleras sin hablar. Cuarta planta. Tor se detiene frente a la 407. Yo sigo hacia la 412.

—Nora.

Me giro. Tor está en la puerta de su habitación con la mano en el pomo. La luz ámbar le recorta la cara en sombras que le añaden diez años.

—Los registros se pueden borrar. Las personas, no.

Entra. La puerta se cierra. Me quedo en el pasillo con la frase reverberando en la cabeza como el eco de las tuberías, un sonido que podría ser consuelo y podría ser amenaza dependiendo de quién lo diga y de lo que sepa.

Abro la 412. Enciendo la lámpara. Bjørn número dos sigue en la mesilla, apoyado contra la base. Bjørn número uno está en mi mano. Dos conejos. Un registro que dice 1 adulto. Un hotel que tiene mi nombre en una columna de pacientes. Y en algún lugar entre estos datos y la verdad, siete días que se me escapan como agua entre los dedos, oscuros y pesados y llenos de algo que no consigo ver pero que todos los demás parecen tener quemado en la retina.

Me siento en la cama. El fiordo está negro detrás de la ventana. La nieve cae sin viento, vertical, densa, cubriendo el mundo con una capa que borra lo que hay debajo sin cambiarlo. Mañana habrá nieve nueva sobre nieve vieja, y debajo de todo, el fiordo seguirá ahí: profundo, quieto, con sus secretos apilados en el fondo como sedimento.

Capítulo 8

Día 4: El juego de Bjørn

Día 4: El juego de Bjørn

La nieve cubrió el aparcamiento durante la noche. Frida lo descubrió al despertarse, con la nariz pegada al cristal y el aliento formando círculos de vaho que se devoraban unos a otros. Debajo del manto blanco, las formas de los coches habían desaparecido. Donde antes había tres vehículos ahora había tres bultos suaves, redondeados, como animales dormidos bajo una sábana.

—Mamá, se ha borrado todo.

Nora abrió los ojos. No había dormido. Llevaba despierta desde las tres de la madrugada, con la mano apoyada en el pecho de Frida, contando sibilancias como quien cuenta olas: una cada cuatro respiraciones, fina, casi imperceptible, un silbido que se escondía al final de cada exhalación como un animal que no quiere ser visto. La temperatura de las seis de la mañana había sido 37,6. Tres décimas menos que a las tres. La fiebre bajaba con el amanecer, como hacían las fiebres, y volvería a subir por la tarde, como también hacían. Nora conocía la curva. La había visto en cientos de pacientes. Nunca la había visto en su hija.

Frida tosía al incorporarse. Dos golpes secos, controlados, como si ya se hubiera acostumbrado al mecanismo y lo gestionara con la eficiencia de una niña que no tiene tiempo para tonterías. Se bajó de la cama con Bjørn bajo el brazo y fue al baño. Nora la oyó abrir el grifo, beber agua directamente del caño, toser una vez más y tirar de la cadena. Rutina. Los niños convierten cualquier cosa en rutina si se les da el tiempo suficiente, incluida la enfermedad.

—Tengo hambre —dijo al salir, con la cara mojada y el pelo pegado a las sienes.

Nora le puso el termómetro en el oído antes de que Frida pudiera protestar. 37,5. Zona gris persistente. Le tocó la frente con el dorso de la mano: templada, no caliente. Le miró la garganta: roja,

sin placas. Le pidió que respirara hondo. Frida inspiró con una obediencia que no era habitual en ella —Frida no obedecía, negociaba— y Nora escuchó el aire entrar y salir con un murmullo que no debería estar ahí, una fricción sutil que indicaba que algo se había instalado en los bronquios y no tenía intención de irse.

—¿Estoy malita?

La pregunta fue directa, sin drama, con la curiosidad de quien evalúa una hipótesis.

—Tienes un poco de tos. Nada grave.

—¿Como la gente de fuera?

Nora le acomodó el pelo detrás de la oreja. El gesto le dio los dos segundos que necesitaba para construir la frase.

—No, cariño. Es una tos normal. De las que se van solas.

Frida asintió y no preguntó más. Nora no supo si la creyó o si había aprendido a reconocer cuándo las respuestas de su madre eran traducciones y cuándo eran hechos.

No bajaron al comedor. Nora había tomado la decisión a las cuatro de la madrugada, en esa zona de la noche donde el cansancio convierte los pensamientos en algoritmos: si bajaban al comedor, Frida tosería. Si Frida tosía en público, alguien la oiría. Si alguien la oía, Karin lo sabría antes de que terminara el desayuno. Y si Karin lo sabía, activaría el protocolo. Planta dos. Separación. Nora en la cuarta planta mirando el techo. Frida en una camilla detrás de un biombo, rodeada de extranjeros con mascarilla, sin Bjørn, sin la canción, sin la mano de Nora en la frente.

La decisión era sencilla: no bajar.

Guardó dos porciones de smørbrød de la cena anterior, envueltas en servilletas de papel, junto al lavabo del baño donde la temperatura era más baja. El pan estaba duro en los bordes y blando en el centro. El queso marrón tenía un olor que se había intensificado durante la noche. Frida se lo comió sin quejarse, lo cual era otro síntoma, no de la enfermedad sino de algo más lento: la erosión de las exigencias, la forma en que el encierro iba limando las esquinas de su carácter hasta dejarlo más liso, más dócil, más parecido al de un niño cualquiera y menos al de Frida.

Después del desayuno, Frida se sentó en el suelo con Bjørn y empezó a hablarle.

No era nuevo. Frida le hablaba a Bjørn desde que tenía dos años, con la misma seriedad con que los adultos hablan por teléfono: conversaciones largas, con pausas para escuchar la respuesta del peluche, con cambios de tema abruptos y gestos de mano que imitaban los de Nora cuando daba instrucciones en el hospital. Pero esta vez era distinto. Esta vez, Frida no le hablaba a Bjørn como a un amigo. Le hablaba como a un explorador al que estaba encomendando una misión.

—Bjørn, escucha. Hay una puerta secreta en este hotel. No sabemos dónde está. Tu misión es encontrarla.

Nora estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, observando. No intervenía. Cuando Frida entraba en modo narración, cualquier interrupción era un crimen contra la historia y se castigaba con silencio ofendido.

—La puerta secreta lleva a casa. Pero está escondida porque los del hotel no quieren que la encontremos. Tienen miedo de que nos vayamos y se queden solos. Porque si nos vamos, ¿quién les va a dibujar árboles?

La lógica era impecable en su universo. El hotel los retenía no por el brote sino por miedo a perder a su dibujante oficial. Nora sintió algo expandirse en el pecho: una mezcla de admiración y dolor que no tenía nombre en ningún manual clínico.

Frida cogió a Bjørn, lo levantó a la altura de los ojos y le habló con la voz grave que usaba para los personajes masculinos de sus historias, una voz que era una imitación involuntaria de los dibujos animados que veía en la tableta de Nora antes de que el mundo se complicara.

—Conejo explorador Bjørn, aceptas la misión, sí o sí. No hay opción de no.

Movió la cabeza de Bjørn de arriba abajo.

—Buenísimo.

Lo que siguió duró dos horas. Nora las contó porque necesitaba contar algo que no fueran respiraciones. Frida construyó el juego

pieza a pieza, con la precisión de un ingeniero y la inventiva de alguien que no sabe que las cosas tienen límites.

La cama era la base de operaciones. El armario era la cueva de un dragón que en realidad era vegetariano y solo comía bordes de pan. El baño era un río subterráneo que había que cruzar sin mojarse los pies —Frida saltó del borde de la bañera al váter y de ahí al lavabo con una agilidad que desmintía la fiebre—. La mesilla era la torre del vigía, desde donde Bjørn podía ver todo el territorio. Y la ventana era el mapa: el fiordo era un río encantado, las montañas eran gigantes dormidos, y los abetos eran soldados que protegían la puerta secreta.

—La puerta está debajo del agua —declaró Frida, mirándose en el fiordo con la nariz aplastada contra el cristal—. Por eso el agua está tan oscura. Para que nadie la vea.

—¿Y cómo llega Bjørn hasta ahí abajo? —preguntó Nora, porque el juego de los árboles tenía reglas y el juego del explorador también, y una de ellas era que Nora hiciera las preguntas difíciles para que Frida las resolviera.

Frida lo pensó. Tosía entre un pensamiento y el siguiente, tosecitas secas y cortas que no interrumpían su razonamiento, incorporadas al proceso cognitivo como respiraciones que simplemente hacían un ruido distinto al habitual.

—Bjørn tiene que aprender a nadar. Pero los conejos no nadan.

—No.

—Los osos sí.

El silencio que siguió duró cinco segundos. Nora lo sintió como una grieta en el suelo: pequeña, precisa, del tipo que cambia la estructura de lo que sostiene. Frida miró a Bjørn. Bjørn la miró con su ojo de botón desparejado. Los osos nadan. Los conejos no. Y Bjørn, que durante tres años había sido un conejo porque Frida lo decía y lo que Frida decía era la ley del universo, de pronto necesitaba ser otra cosa para que la historia funcionara.

—Entonces… —dijo Frida, y la voz le salió un poco más fina, un poco más delgada, como un hilo que se tensa—. Entonces, solo para la misión, Bjørn puede ser un oso. Pero solo para la misión. Después vuelve a ser conejo.

Nora asintió. No confió en la voz. Algo se había movido dentro de su pecho al escuchar a Frida negociar con sus propias reglas, ceder un territorio que había defendido con uñas y dientes durante años, admitir que las cosas podían ser lo que necesitaban ser y no lo que ella había decidido. Era un acto de madurez o era un acto de rendición, y Nora no sabía cuál de los dos le dolía más.

El juego continuó con Bjørn como oso temporal. Frida le hizo una capa con una toalla del baño y una corona con papel higiénico enrollado. El resultado era ridículo y magnífico a partes iguales: un peluche gris con una oreja descosida, envuelto en una toalla blanca demasiado grande, con un círculo de papel sobre la cabeza que se caía cada vez que lo movía. Frida se rió al verlo. La risa le salió del estómago y terminó en tos, cuatro golpes seguidos que le sacudieron los hombros, pero se recuperó rápido y siguió con el relato de la misión como si la tos fuera un bache en la carretera y no un agujero.

A mediodía, alguien llamó a la puerta.

Nora se tensó. Frida dejó de hablar a media frase —Bjørn estaba a punto de enfrentarse al pulpo guardián de la puerta secreta — y miró a su madre con una atención que iba más allá de la curiosidad. Dos golpes. Pausa. Un tercero.

Nora abrió una rendija. Siri Lund. Estaba en el pasillo con una bandeja cubierta con una servilleta: dos tazas de sopa, pan, una manzana. Los ojos le iban de Nora a la rendija de la puerta intentando ver el interior de la habitación sin parecer que intentaba verlo.

—No habéis bajado —dijo.

—Frida está cansada.

Siri miró la bandeja. Miró a Nora. Abrió la boca. La cerró. Abrió la boca otra vez.

—Odin pregunta por ella.

Cuatro palabras que encerraban algo más grande: un niño que no hablaba había preguntado por Frida. Siri lo decía como quien entrega un regalo que no puede quedarse, con esa mezcla de gratitud y urgencia de las personas que saben que lo bueno se acaba.

—Díle que mañana —dijo Nora.

Siri asintió. Le tendió la bandeja. Nora la cogió con una mano mientras con la otra mantenía la puerta entornada. En el segundo que duró la transferencia, Siri bajó la voz hasta un registro que apenas era aire.

—La doctora ha preguntado por qué no bajáis a la revisión.

—Dile que estamos bien.

—Nora. —Siri la miró y en la mirada había algo que Nora reconoció porque lo llevaba ella misma incrustado en las costillas: miedo comprimido hasta ocupar el tamaño de una semilla—. Si Frida tiene síntomas, la doctora puede…

—Frida está bien.

Cerró la puerta. El clic de la cerradura sonó más alto de lo que debería, o el pasillo lo amplificó, o Nora había empezado a percibir los sonidos con una nitidez que no correspondía a la falta de sueño.

Frida se comió la sopa. Toda. Sin protestar por la temperatura ni por los trozos de patata que flotaban en la superficie. Comió con la concentración de alguien que ejecuta una tarea y no de alguien que disfruta de una comida. Nora la observaba desde la cama, catalogando: el apetito mantenía niveles funcionales, la hidratación parecía adecuada, la coloración de la piel era pálida pero sin el tono grisáceo que indicaría hipóxia. La tos venía cada quince o veinte minutos, seca, sin producir nada, como un motor que intenta arrancar y falla.

Después de comer, Frida retomó el juego. Bjørn-oso había llegado al fondo del río encantado y tenía que enfrentarse al guardián de la puerta secreta.

—El guardián es un pulpo —explicó Frida, con la seriedad de quien describe un enemigo real—. Tiene ocho brazos y cada brazo hace una pregunta. Si contestas todas bien, te deja pasar. Si fallas una, te convierte en piedra.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Las difíciles. Las que no tienen respuesta buena.

Nora se quedó quieta. Frida no la miraba. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y Bjørn en el regazo, hablando con la

vista fija en algún punto del aire, en esa zona intermedia donde los niños ven las historias que los adultos solo escuchan.

—Primera pregunta del pulpo —dijo Frida, cambiando la voz a un registro grave y burbujeante que era, presuntamente, la voz de un cefálopodo interrogador—: ¿Qué es más grande, el mar o el miedo?

Nora no se movió.

—Bjørn contesta —siguió Frida, volviendo a su voz normal—: El miedo parece más grande, pero el mar es más profundo. Entonces el pulpo dice… bien, pasa a la segunda.

La segunda pregunta era sobre las tormentas. La tercera sobre los monstruos. Frida inventó ocho preguntas y ocho respuestas de Bjørn, cada una más elaborada que la anterior, con una lógica interna que mezclaba lo absurdo con lo certero de una forma que solo podía producir una mente de cinco años que todavía no había aprendido que la sabiduría y la tontería son cosas distintas. La cuarta pregunta fue: «¿Qué haces cuando alguien que quieres está triste?» La respuesta de Bjørn: «Te sientas al lado sin decir nada y esperas.» La sexta: «¿Por qué la gente se enferma?» La respuesta: «Porque el cuerpo se cansa de ser fuerte todo el rato.»

A la séptima pregunta, la voz de Frida se había vuelto más lenta. Los párpados le caían en intervalos más largos. La tos interrumpía el relato cada diez minutos. Nora le tomó la temperatura sin que se diera cuenta, aprovechando un momento en que Frida recolocaba la corona de papel sobre la cabeza de Bjørn. 38,0. La zona gris había terminado. Esto ya era fiebre.

La octava pregunta del pulpo fue la que Nora no estaba preparada para escuchar.

—Última pregunta —dijo Frida, con la voz del cefálopodo que ahora sonaba cansada, raspada, como si el pulpo también estuviera enfermo—: Si solo puedes salvar a una persona de todo el mundo, ¿a quién eliges?

Frida miró a Bjørn. Lo levantó hasta la altura de su cara. Nora, desde la cama, veía el perfil de su hija contra la luz azulada de la ventana: la nariz pequeña, la barbilla redondeada, el pelo que le caía

sobre los ojos como una cortina que necesitaba cortarse desde hacía dos semanas.

—Bjørn contesta —dijo Frida, con su propia voz, sin disfraz, sin el registro grave ni el tono de juego—: A mi mamá. Siempre a mi mamá.

Nora apretó la mandíbula. Los dientes rechinaron. Los músculos de la cara se contrajeron hasta formar una máscara que no dejaba pasar nada: ni el sonido, ni el aire, ni lo que quería salir desde el centro del pecho y que habría destruido la ficción de normalidad que llevaba cuatro días construyendo si le hubiera permitido asomarse.

—¿Y qué dice el pulpo? —preguntó, y la voz le salió entera, limpia, sin una fisura.

—El pulpo dice: eso no es una respuesta, es una trampa. Porque si salvas a tu mamá, tu mamá te salva a ti. Entonces has salvado a dos personas y yo solo te dejé una.

Frida se rió. La risa le empezó en los ojos —esa compresión de los párpados que precedía siempre a la carcajada— y bajó hasta la barriga, donde se convirtió en tos. Seis golpes. Los más largos hasta ahora. Frida se dobló sobre sí misma y Bjørn le cayó del regazo al suelo, la corona de papel se le deshizo, la toalla-capa se abrió como las alas de un pájaro abatido. Nora estaba a su lado antes de que la tos terminara, con la mano en la espalda de Frida, sintiendo las costillas vibrar bajo la piel con cada golpe.

La tos cesó. Frida levantó la cara. Tenía los ojos llorosos y la nariz húmeda.

—El pájaro de aquí dentro está más ruidoso hoy —dijo, tocándose el pecho con la palma.

Nora recogió a Bjørn del suelo. Le recolocó la toalla. No intentó reconstruir la corona: el papel se había roto y Frida no pidió otra.

La tarde se hizo larga y quieta. Frida no retomó el juego. Se acostó en la cama con Bjørn contra el pecho y miró el techo de la 412 con esa fijeza que tienen los niños cuando piensan cosas que no van a decir. La tos venía a intervalos de diez minutos. La sibilancia había vuelto, audible sin necesidad de acercar el oído, un silbido fino al final de cada exhalación que era como una alarma puesta en el volumen más bajo.

Nora se sentó en el suelo junto a la cama, con la espalda contra el colchón y la mano de Frida a centímetros de su cabeza. Sacó el inhalador de la mochila. Lo agitó. El sonido de la medicación dentro del cartucho era insuficiente: un tintineo ligero que indicaba menos de un cuarto de dosis. Frida no lo había necesitado en dos años. El inhalador estaba casi vacío y Nora no había pensado en reemplazarlo, porque ¿quién reemplaza algo que no se usa, quién lleva munición para una guerra que se cree ganada?

Le administró dos puffs. Frida los respiró con los ojos cerrados, sin protestar. La sibilancia disminuyó pero no desapareció. Se instaló en un registro más bajo, como un animal que se achica para pasar desapercibido.

A las cinco de la tarde, Frida habló.

—Mamá.

—Dime.

—Si Bjørn encuentra la puerta secreta, ¿podemos irnos a casa?

—Sí, cariño.

—¿Me lo prometes?

Nora se dio la vuelta. Frida la miraba desde la almohada con los ojos marrones muy abiertos, brillantes de fiebre, con ese resplandor húmedo que Nora conocía de las guardias de noche, el brillo que da la temperatura cuando sube más allá de lo que el cuerpo puede contener sin delatarse.

—Te lo prometo.

Frida cerró los ojos. Apretó a Bjørn. Los dedos se cerraron alrededor de la oreja descosida con esa fuerza desproporcionada que los niños no saben que tienen y por eso no miden.

—God natt, Bjørn —susurró.

Pero no dijo «conejo.» No corrigió el nombre. No insistió en que Bjørn era un conejo y no un oso, como llevaba tres años haciendo cada noche, sin excepción, sin cansarse, sin ceder. Esta vez dijo «Bjørn» a secas, y eso era llamarlo por lo que siempre había sido, y Nora sintió que algo se apagaba en algún lugar de la habitación, no una luz sino algo anterior a la luz, algo que mantenía las cosas en su sitio.

Le cantó la canción. La melodía sin letra, los sonidos inventados que significaban estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos. La cantó tres veces porque Frida no se durmió a la primera ni a la segunda, y entre la segunda y la tercera, la niña le agarró la mano y la apretó sin abrir los ojos, con una fuerza que no correspondía a su cuerpo pequeño ni a su fiebre ni a sus cinco años, una fuerza que venía de algún lugar donde las medidas clínicas no llegan.

La temperatura de las once de la noche fue 38,4.

Nora se quedó despierta. En algún momento de la madrugada, mientras el hotel se quejaba por las tuberías y el fiordo seguía ahí fuera esperando con su paciencia de cosa antigua, tomó la mochila y contó lo que tenía: un inhalador casi vacío, ibuprofeno infantil para tres días, un termómetro, tiritas. La farmacia de guerra de una madre que había empacado para una cuarentena y no para esto.

Miró a Frida dormida. La mano sobre Bjørn. La boca entreabierta. El silbido fino al final de cada exhalación, constante, regular, como una canción que nadie le había enseñado y que su cuerpo cantaba solo.

Capítulo 9
Las noches

Las noches

Me despierto con barro en los calcetines.

El barro está húmedo, oscuro, con un olor a tierra y a algo orgánico que no pertenece al interior de un hotel. Me incorporo en la cama y me miro los pies. Los calcetines gruesos que encontré en la mochila médica están empapados desde las puntas hasta el tobillo, manchados de una tierra que tiene la textura del suelo de fuera: granulada, pesada, con restos de hojas de abeto pegadas a la lana. También hay algo más: un arañazo fino en el empeine del pie izquierdo, a través de la tela, como el que dejaría una rama baja al pasar.

No he salido del hotel. No recuerdo haberme movido de la cama. Lo último que tengo es el fiordo detrás de la ventana, negro, sin estrellas, y después nada. Un corte limpio entre la vigilia y esto, entre la mujer que se acostó y la mujer que se despierta con los pies sucios de un exterior al que no tiene acceso.

Me quito los calcetines. El barro mancha las sábanas. Voy al baño y abro el grifo. El agua sale marrón tres segundos —el ritual diario del Granhall, las tuberías necesitaban purgarse de la noche— y después se aclara. Me lavo los pies. El arañazo arde al contacto con el agua. Es real. No es un residuo del sueño ni una marca que estuviera ahí antes. Es una herida nueva, de pocas horas, el tipo de corte superficial que se cierra solo pero que no debería existir en alguien que ha dormido en una cama en la cuarta planta de un edificio cerrado.

Me miro las manos. El crayón bajo las uñas se ha renovado. Ayer estaba difuso, casi desaparecido después de lavarme las manos tres veces. Ahora está fresco: azul intenso, verde vivo, metido en el surco de la uña con la presión de alguien que ha dibujado durante un rato, que ha apretado el crayón contra una superficie dura.

Miro la habitación. La camiseta médica que llevaba puesta al acostarme está en el suelo, junto al armario. Llevo otra: negra, de algodón, una talla más pequeña que la gris. No es mía. No estaba en la mochila. No sé de dónde ha salido. Bjørn número uno está en la almohada. Bjørn número dos está en la mesilla, donde lo dejé anoche. Los dos en su sitio. Todo en su sitio excepto yo, que he estado en otro sitio durante horas y no lo sé.

Me siento en el borde de la cama con los pies mojados sobre la moqueta y la mente funcionando como una máquina de triaje: catalogar, clasificar, priorizar. Barro en los calcetines: salí del hotel durante la noche. Crayón fresco bajo las uñas: dibujé algo. Ropa diferente: me cambié sin recordarlo. Arañazo en el pie: caminé por un terreno con vegetación. Los abetos que rodean el hotel. La pendiente que baja al fiordo. En algún momento de la noche, salí de la 412, bajé las escaleras, crucé alguna puerta que debería estar cerrada y caminé entre los árboles. Y después volví. Me acosté. Me dormí. Y la memoria de todo eso no existe.

Karin lo llamó lagunas. Lo dijo como quien dice miopía o alergia, un síntoma con nombre y protocolo, algo que se gestiona con pastillas y seguimiento activo. Las pastillas que no he tomado. El seguimiento activo que dice mi pulsera. NIVEL 3.

Me levanto. Recorro la habitación buscando más señales. Debajo de la cama: polvo, la mochila médica, una pelusa gris. Dentro del armario: la camiseta gris que me quité, los calcetines sucios que he dejado en el suelo del baño, y nada más. En la mesilla, junto a Bjørn número dos, encuentro algo que no estaba anoche: un crayón. Azul. Partido por la mitad, con la punta desgastada y la envoltura de papel arrugada. Es el tipo de crayón que viene en las cajas de veinticuatro colores que Frida tenía en Oslo. El tipo que le manchaba los dedos y que dejaba un olor ceroso en todo lo que tocaba.

Lo sostengo entre los dedos. Pesa casi nada. La cera está tibia, como si alguien lo hubiera apretado en la mano durante mucho rato. Miro la punta: gastada del lado izquierdo, la inclinación específica de un zurdo. Frida es zurda.

Yo no.

Guardo el crayón en el bolsillo del pantalón de chándal. Otra pieza. Otro fragmento de una constelación que se va armando sin que pueda ver el dibujo completo. Alguien deja crayones en mi habitación. Alguien dibuja árboles en el sótano. Alguien pone manos pequeñas en las ventanas de la quinta planta. Alguien mueve a Bjørn por el hotel como si jugara al escondite. Y alguien, durante las noches, me saca de la 412 y me lleva a los abetos, y me devuelve con barro en los pies y cera bajo las uñas y una laguna donde debería haber un recuerdo.

O no me saca nadie. O salgo yo sola. Y hago cosas que no recuerdo con manos que no reconozco.

No miro esa idea. La empujo hacia el fondo del cráneo, donde las cosas que no quiero pensar se acumulan como sedimento en el fondo del fiordo. Ya la examinaré cuando tenga a Frida. Ahora no puedo permitirme la distracción de dudar de mi propia cabeza.

Bajo al comedor. Desayuno. El kaffi está tibio y amargo, con un regusto a metal que podría ser de la cafetera o podría ser de mis nervios. El comedor tiene menos gente que ayer. Cuento quince personas. Antes eran veintidós. Siete menos. La aritmética del hotel sigue restando y nadie explica qué pasa con los números que desaparecen.

Siri está en su mesa con Odin. El niño come con la cabeza baja. Siri no come. Me ve entrar y la reacción es instantánea: su mano izquierda se cierra alrededor del brazo de Odin y lo atrae medio centímetro más cerca de su cuerpo. Lo hace cada vez que me ve. Un gesto pequeño, repetitivo, que podría ser instinto maternal y podría ser algo más específico: la respuesta de alguien que percibe un peligro y cubre a su cría.

No me acerco a ella. No hoy. Hoy necesito la quinta planta.

Subo las escaleras sin detenerme en la cuarta. La puerta cortafuegos de la quinta chirría igual que la primera vez, el mismo aviso metálico de que estoy entrando en territorio que nadie usa. La mitad de los fluorescentes siguen apagados. El aire sigue frío, seco, con esa ausencia de olor que es peor que cualquier olor porque significa que nada vive aquí.

Recorro el pasillo. Las habitaciones vacías con sus colchones desnudos y sus armarios abiertos. La habitación de la ventana empañada: la condensación se ha reducido, la marca de la mano pequeña se ha difuminado pero sigue visible, como una huella dactilar en un cristal que nadie limpia. Sigo.

Al final del ala este, pasada la última habitación, hay una puerta que no abrí la vez anterior. Estaba tan concentrada en la ventana que no llegué hasta aquí. La puerta no tiene número ni cartel. El pomo gira sin resistencia. Dentro: un espacio pequeño, sin ventana, que en otro tiempo fue un cuarto de almacenaje o un armario de limpieza. Un estante metálico contra la pared. Una bombilla desnuda que se enciende con un interruptor de cuerda.

Y un plato.

Está en el suelo, junto al estante. Un plato blanco de cerámica, del mismo tipo que los del comedor del hotel. Sobre el plato, tres galletas secas y un vaso de leche a medio beber. La leche tiene una película en la superficie, fina, traslúcida, la que se forma cuando lleva horas al aire. Las galletas están enteras, sin bordes: alguien ha cortado la corteza con precisión, dejando solo la parte blanda del centro.

Sin bordes. Como come Frida. Como ha comido Frida desde que tenía tres años y decidió que los bordes de todo —galletas, pan, tostadas— eran una ofensa personal contra su paladar.

El suelo se me ablanda bajo los pies. No físicamente —la moqueta sigue ahí, dura, sintética, indiferente— sino en algún lugar entre el cuerpo y la percepción, la gravedad cambia de dirección un segundo. Me agacho junto al plato. Toco la leche con la punta del dedo. Fría. No helada, solo fría. Horas, no días. Esto fue preparado anoche o esta madrugada. Alguien bajó al comedor, cogió un plato, galletas, leche. Subió a la quinta planta. Cortó los bordes de las galletas. Dejó el plato aquí, en este cuarto sin ventanas, como una ofrenda. Como una cena para una niña que come en la oscuridad.

Alguien cuida de Frida. Alguien la alimenta. Alguien la tiene en algún lugar del hotel y le lleva comida por la noche, cuando las luces bajan y los protocolos se relajan y el Granhall se convierte en esa

versión nocturna de sí mismo donde las puertas se abren y las personas se mueven sin ser vistas.

Huelo el plato. Cerámica, leche agria, y debajo un rastro de otra cosa. Vuelvo a olerlo. Me acerco más. El olor es débil, casi subliminal, y me tardo varios segundos en identificarlo: jabón. El jabón del baño de la 412. El mismo que uso para lavarme las manos.

Aparto la cara del plato. Me miro las manos. Crayón bajo las uñas. Un arañazo en el pie. Barro en los calcetines. Jabón de mi baño en un plato de galletas sin bordes. Las piezas están ahí, alineadas, puestas en fila como los crayones de Frida cuando los organizaba por color sobre la moqueta. Cada pieza apunta en la misma dirección. Cada pieza dice lo mismo. Y yo no lo miro. No puedo mirarlo. Si lo miro, la búsqueda se termina, y sin la búsqueda no sé qué soy.

Me levanto. Dejo el plato donde está. Salgo del cuarto. Cierro la puerta. El pasillo de la quinta planta me devuelve su silencio de espacio vacío y su luz insuficiente y su temperatura que no corresponde a ningún ajuste de calefacción. Bajo a la cuarta planta. El pasillo. Las puertas. La moqueta oscura. La 407. La 412. Paso la tarjeta. Entro.

Tor está sentado en mi cama.

La reacción de mi cuerpo llega antes que la de mi cabeza: los músculos de los brazos se tensan, los dedos se cierran, el peso se redistribuye hacia las puntas de los pies. Postura de lucha o huida. Instinto anterior al pensamiento, anterior al lenguaje, el software de fábrica que viene con un cuerpo femenino que encuentra a un hombre desconocido en su espacio.

Tor levanta las manos. Las palmas abiertas, los dedos separados. El gesto universal de no-soy-una-amenaza que funciona en todas las culturas y en ninguna.

—La puerta estaba abierta —dice.

—No estaba abierta.

—Estaba entornada. He llamado. No contestó nadie.

Lo miro. Está sentado en el borde de la cama, inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas. No hay nada fuera de sitio en la habitación. Los dos Bjørn están donde los dejé. La mochila sigue

debajo de la cama. La camiseta gris sigue en el suelo del armario. Si Tor ha tocado algo, no ha dejado rastro.

—He encontrado algo —digo, y la decisión de contárselo se toma sola, como una puerta que se abre por un golpe de viento.

Le cuento lo del plato. Las galletas sin bordes. La leche. El cuarto de la quinta planta. Le cuento lo del barro en los calcetines y el crayón fresco bajo las uñas y la camiseta que no es mía. Le cuento las lagunas nocturnas, las horas que faltan, el corte limpio entre dormirme y despertarme con el cuerpo lleno de pruebas de haber estado en otro sitio.

Tor escucha. No interrumpe. No asiente. No hace ninguno de los gestos de escucha activa que enseñan en los cursos de comunicación: no ladea la cabeza, no frunce el ceño con empatía, no murmura «entiendo» cada tres frases. Escucha como escucharía un médico: recopilando datos, midiendo la distancia entre lo que digo y lo que no digo.

Cuando termino, el silencio dura lo que duran tres respiraciones. Después habla.

—¿Has pensado en la posibilidad de que seas tú?

La frase aterriza en mitad de la habitación como un objeto pesado que cae desde una altura que no se ve. No grito. No retrocedo. Lo que hago es más lento y más peligroso: me quedo quieta y la frase me recorre por dentro, buscando el lugar donde puede hacer más daño.

—¿Que sea yo qué.

—La que deja las galletas. La que dibuja en el sótano. La que mueve a Bjørn por el hotel. La que sale de noche. —Tor no ha cambiado de tono. Sigue hablando con esa voz calibrada que tiene, la que podría ser compasión o podría ser algo frío disfrazado de calidez—. Las lagunas, Nora. Si pierdes horas enteras durante la noche, si te despiertas con pruebas de haber hecho cosas que no recuerdas, entonces quizás las pistas que estás encontrando no son de Frida.

—Son de Frida.

—El crayón bajo tus uñas es del mismo color que los dibujos del sótano.

—Porque tuve sus crayones en la mano. Porque dormí con ella.

—Las galletas no tenían bordes. ¿Quién más en este hotel sabe que Frida no come los bordes?

Lo miro. La pregunta tiene un filo que no esperaba. Tor tiene razón: nadie en el Granhall sabe eso excepto yo. Y quizás Siri, que vio a Frida dejar los bordes en el plato del comedor. Y quizás Erik, que observa todo desde su mostrador. Y quizás cualquiera que haya cenado cerca de nosotras. Pero la forma más directa de que las galletas aparezcan sin bordes en la quinta planta es que alguien que conoce íntimamente a Frida las haya preparado. Y la persona que más íntimamente la conoce soy yo.

—No soy yo —digo.

—De acuerdo.

—No soy yo, Tor.

—Te creo.

Dos palabras. Las mismas de anoche, en el pasillo, frente a la 407. Te creo. Pero esta vez suenan distintas. Esta vez no suenan a un aliado que acepta mi versión. Suenan a alguien que elige no discutir porque la discusión no lleva a ninguna parte. Es la diferencia entre creer y no contradecir, y es una diferencia que conozco bien porque la he usado yo misma cientos de veces con pacientes que no estaban listos para oír lo que necesitaban oír.

Tor se levanta. Se acerca a la ventana. El fiordo está quieto, plano, con una luz grisácea que le da la apariencia de un espejo que no refleja nada.

—Yo también perdía las noches —dice, sin girarse—. Después de que murieron. Me despertaba en sitios donde no recordaba haber ido. En la cocina de mi casa, con las manos mojadas. En el jardín, descalzo. Una vez me desperté en el coche, con el motor encendido. No recordaba haber bajado ni haber cogido las llaves. El médico lo llamó sonambulismo complicado. Yo lo llamé de otra forma.

—¿Cómo?

Se gira. La luz del fiordo le ilumina medio perfil y le deja el otro en sombra.

—Culpa —dice—. El cuerpo repite lo que la mente no puede procesar. Sale de noche a buscar lo que perdió de día. Eso no

significa que estés loca, Nora. Significa que tu cuerpo sabe algo que tu cabeza aún no acepta.

La frase se queda en el aire de la 412 como el olor a lejía: permanente, invasiva, imposible de ignorar una vez que la percibes. Me siento en la cama. Bjørn número uno está en la almohada. Lo cojo. La tela huele a Frida. A crayón. A jabón barato. A pelo sin lavar. A todo lo que ella es.

Es. No era. Es.

—Mi cuerpo no busca a Frida porque la haya perdido —digo, y la voz sale firme, sin fisuras, afilada como la primera frase de una declaración jurada—. Mi cuerpo busca a Frida porque está en este hotel y alguien la esconde. Las lagunas no son culpa. Son el resultado de algo que me hicieron: la medicación, la sedación, lo que sea que me administraron para que dejara de buscar. Dejé de tomar las pastillas y mi cuerpo volvió a funcionar. Sale de noche porque de noche hay menos vigilancia. Encuentra cosas porque las cosas están ahí, Tor. Las galletas. Los dibujos. Bjørn. No me las estoy inventando. No las estoy fabricando. Están ahí.

Tor me mira. La mitad iluminada de su cara no muestra nada. La mitad en sombra podría mostrar cualquier cosa.

—De acuerdo —dice—. Entonces necesitas pruebas que no dependan de tu memoria. Algo que no se pueda explicar con las lagunas.

—¿Como qué?

—Alguien que haya visto a Frida en el hotel después de que empezaran las lagunas. Un testigo que no seas tú.

Siri. Siri vio a Frida. Siri tiene el dibujo. Pero Siri huyó de mí en el comedor y me cerró la puerta con miedo en los ojos, y cuando intenté hablarle me dijo «beklager» y se llevó a Odin de la mano yo fuera algo de lo que había que protegerlo.

—Siri Lund —digo.

—La de la mesa del comedor. Con el niño.

—Siri vio a Frida. Los primeros días. Frida le regaló dibujos a su hijo. Odin preguntó por ella. Siri lo dijo.

Tor asiente.

—Entonces necesitas hablar con Siri. No en el comedor. No donde Lars o Erik puedan verte. Necesitas un lugar donde Siri se sienta lo bastante segura como para decir lo que sabe.

Miro a Tor. El hombre que no lleva pulsera de identificación, que tiene una tarjeta maestra de personal, que sabe cómo funcionan los protocolos de contención sanitaria, que descifró la contraseña de Erik en cuatro intentos, y que ahora me dice exactamente lo que necesito oír, exactamente cuando necesito oírlo. Cada cosa que hace me acerca más a Frida y me aleja más de la posibilidad de saber quién es él. Los aliados perfectos no existen. Las personas que dicen «te creo» sin conocerte son las que ya saben la historia que estás contando.

—¿Por qué me ayudas? —pregunto.

Tor se aparta de la ventana. Camina hacia la puerta. Se detiene con la mano en el pomo.

—Porque cuando perdí a mi hija, nadie me ayudó. Y eso es algo que no le deseo a nadie. Ni siquiera a alguien que quizás no quiere ser ayudada.

Sale. La puerta se cierra. El clic de la cerradura es suave, casi gentil, como si Tor supiera que hay cosas que los sonidos fuertes pueden romper.

Alguien que quizás no quiere ser ayudada. La frase se me queda clavada en la piel como una astilla que no puedes agarrar con los dedos. ¿Qué significa? ¿Que sabe que estoy rechazando una verdad que él ya ve? ¿O que sabe que la verdad que me ofrecen es falsa y que mi resistencia es la única cosa cuerda que me queda?

Me tumbo en la cama. Bjørn contra el pecho. El fiordo detrás de la ventana, gris, inmóvil, con esa quietud de las cosas que contienen mucho y no lo muestran. Cierro los ojos. Los abro. El techo de hormigón de la 412 tiene sus manchas de humedad de siempre, sus continentes inventados, sus formas que cambian según la hora del día y el ángulo de la luz.

Esta noche voy a intentar no dormirme. Voy a sentarme en la cama con la espalda contra la pared y los ojos abiertos y voy a esperar a ver qué hace mi cuerpo cuando la noche llega al Hotel

Granhall. Si salgo de la habitación, lo sabré. Si alguien entra, lo veré. Si las pistas son mías, lo descubriré.

Y si no son mías, si son de Frida, si mi hija camina por este hotel dejando rastros de crayón y galletas sin bordes y huellas de manos pequeñas en ventanas empañadas, entonces esta noche la encontraré.

Me quedo mirando el techo. El hotel respira a mi alrededor con su cadencia de animal viejo. Las tuberías se quejan. El generador tose. El viento del fiordo golpea la ventana a intervalos que casi parecen regulares, como si alguien, al otro lado del cristal, estuviera llamando.

Capítulo 10
Día 5: La separación

Día 5: La separación

Nora llevaba dos noches sin dormir y la falta de sueño había empezado a manifestarse en los bordes de las cosas. Los marcos de las puertas vibraban si los miraba demasiado rato. La moqueta del pasillo ondulaba a veces, un movimiento líquido que duraba un segundo y desaparecía cuando parpadeaba. Las voces del comedor le llegaban con medio segundo de retraso, el sonido tenía que atravesar agua antes de alcanzarla. Reconocía los síntomas: micropsia visual, latencia auditiva, la forma en que el cerebro empieza a funcionar en modo ahorro cuando lleva cuarenta y ocho horas sin apagarse. Había trabajado turnos de treinta y seis horas en urgencias y sabía dónde estaba el límite. Aún no lo había cruzado.

Frida sí dormía. Dormía demasiado. Dieciséis horas el día anterior, con despertares breves para beber agua o toser o preguntar qué hora era con una voz que ya no se parecía del todo a la suya, una voz que el virus había limado por dentro como el óxido lima el metal. La temperatura oscilaba entre 38,2 por la mañana y 39,1 por la noche, una curva que Nora trazaba mentalmente sobre una gráfica invisible y que subía con la constancia de algo que no piensa detenerse. La tos había cambiado: ya no era seca. Era húmeda, productiva, con un sonido a líquido que se movía dentro del pecho cada vez que Frida inhalaba. Los bronquios se estaban llenando. Nora no necesitaba un estetoscopio para saberlo. Lo escuchaba.

El inhalador se había terminado la noche anterior. El último puff había salido con un siseo débil que no llegó a ser una dosis completa. Nora lo había sacudido, lo había intentado de nuevo, y el cartucho había respondido con el sonido hueco de algo que ya no contiene nada. Lo había dejado en la mesilla con una precisión que era lo contrario del descuido: la precisión de quien necesita colocar

las cosas exactamente en su sitio porque lo demás se mueve demasiado.

A las ocho de la mañana, alguien llamó a la puerta de la 412. Tres golpes, espaciados, con la cadencia de quien no tiene prisa porque sabe que no le vas a decir que no. Nora abrió. No era Siri con una bandeja. Era Karin Vold, con la bata blanca y la tableta electrónica y esos ojos grises que hacían el mismo recorrido clínico de siempre: pupilas, piel, postura, manos. Pero esta vez el recorrido duró más. Karin miró a Nora de arriba abajo con una lentitud que era en sí misma un diagnóstico.

—No ha bajado a la revisión en dos días —dijo.

—Estamos bien.

—¿Puedo entrar?

No era una pregunta. Era la versión educada de una orden que venía respaldada por un protocolo sanitario, una autoridad gubernamental y un hombre de seguridad que quizás esperaba en las escaleras. Nora se apartó. Karin entró en la 412 y su mirada encontró a Frida en la cama antes de que sus pies terminaran de cruzar el umbral.

Frida estaba dormida. El pelo se le pegaba a la frente en mechones húmedos de sudor. La boca abierta. La respiración audible desde la puerta: un ronquido líquido al inhalar, un silbido al exhalar, y entre los dos un intervalo de silencio que duraba medio segundo más de lo normal, la pausa que hace un cuerpo que necesita recalibrarse entre una respiración y la siguiente. Bjørn estaba en el hueco de su brazo, apretado contra las costillas con la fuerza de quien no sabe que está apretando.

Karin no dijo nada durante siete segundos. Nora los contó. Siete segundos en los que la doctora miró a Frida con una expresión que Nora había visto en las caras de los médicos de urgencias cuando el caso que tenían delante confirmaba lo que ya sospechaban por teléfono: peor de lo esperado.

—¿Cuánto lleva así? —preguntó Karin, sin mirar a Nora, con los ojos fijos en el pecho de Frida que subía y bajaba con ese esfuerzo visible que delata la dificultad respiratoria antes de que ningún instrumento la mida.

—La fiebre empezó hace dos días. La tos antes.

—¿Antes cuánto?

—Un día.

Karin cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la expresión había cambiado. La neutralidad clínica seguía ahí pero debajo había algo más, algo que en otra persona habría sido rabia y que en Karin Vold era una versión comprimida y esterilizada de la rabia: frustración profesional.

—Tres días. Lleva tres días con síntomas y no ha informado.

—Es una tos. He manejado la fiebre con ibuprofeno.

—Es usted enfermera, Nora. Sabe lo que escucho cuando respira.

Sí. Lo sabía. Sabía que lo que Karin escuchaba era lo mismo que Nora escuchaba a las tres de la madrugada con la oreja pegada al pecho de su hija: crepitantes bilaterales, sibilancias espiratorias, la música de unos pulmones que se llenan de lo que no deberían llenarse. Sabía que Karin podía calcular la gravedad solo con el sonido, igual que Nora, porque las dos hablaban el mismo idioma clínico y ese idioma no miente.

—Necesita bajar a la planta dos —dijo Karin.

—No.

La palabra salió antes de que Nora la pensara. Un reflejo, no una decisión. El mismo mecanismo que hace que la mano se retire del fuego antes de que el cerebro registre el calor.

Karin la miró.

—No le estoy pidiendo permiso. Según el protocolo de contención sanitaria, cualquier paciente con síntomas respiratorios activos debe ser evaluado y tratado en el ala médica. Eso incluye a los menores.

—El protocolo no contempla las condiciones reales de su ala médica. Tiene cinco camillas, dos enfermeras y stock limitado de antiviral. Si baja a Frida, ¿qué le ofrece que yo no pueda ofrecerle aquí?

—Monitorización. Oxígeno si lo necesita. Y oseltamivir, si la evaluación lo justifica.

Oseltamivir. El antiviral. La palabra aterrizó en el espacio entre las dos mujeres con un peso específico que cambió la química de la conversación. Nora había estado operando bajo la premisa de que el antiviral no estaba disponible para Frida. Stock limitado. Protocolo de gravedad. Prioridad por probabilidad de supervivencia. Pero Karin lo estaba poniendo sobre la mesa. No como promesa sino como posibilidad. Como la llave de una puerta que solo se abría si Nora dejaba entrar al sistema.

—¿Me está diciendo que si la bajo tiene antiviral para ella?

—Le estoy diciendo que la evaluación clínica determinará el tratamiento.

—Eso no es un sí.

—No estoy en posición de darle un sí. Estoy en posición de decirle que aquí, en esta habitación, con un inhalador vacío y ibuprofeno infantil, su hija no va a mejorar.

El silencio que siguió tuvo la densidad del hormigón. Nora lo sintió en la piel, en los hombros, en la parte de atrás de los ojos donde la falta de sueño se concentraba como un líquido caliente. Miró a Frida. La niña seguía dormida, con el pecho moviéndose al ritmo de esa respiración que ya no era la de una niña sana sino la de un cuerpo que trabaja el doble para hacer la mitad.

—Si la bajo —dijo Nora, y la voz le salió baja, controlada, con la precisión de quien mide cada sílaba porque sabe que una de más puede romper algo—, ¿me separan de ella?

Karin no respondió al instante. La pausa duró dos segundos. Dos segundos en los que Nora vio algo recorrerle la cara, una mícro-negociación interna entre lo que el protocolo exigía y lo que Karin, la persona detrás de la bata, consideraba humano.

—El protocolo de aislamiento requiere que los pacientes sintomáticos permanezcan en el área médica sin acompañantes.

—Tiene cinco años.

—Lo sé.

—Tiene cinco años y la persona que la cuida desde que nació soy yo. Soy su madre y soy enfermera. Si la baja a la planta dos sin mí, va a despertar en una camilla rodeada de desconocidos con mascarilla, sin Bjørn, sin la canción, sin nadie que sepa que se niega

a beber agua si no es del vaso azul. ¿Usted cree que eso la va a ayudar a mejorar?

Karin sostuvo la mirada de Nora. No había desafío en sus ojos. No había frialdad. Lo que había era algo que Nora solo reconoció después, cuando ya era tarde para que el reconocimiento sirviera de algo: comprensión. Karin Vold la comprendía. Entendía la lógica de una madre que se niega a soltar a su hija aunque el mundo entero le diga que soltarla es lo correcto. Lo entendía y lo respetaba y seguía pensando que Nora estaba equivocada.

—Puedo hacer una excepción —dijo Karin—. Puede bajar con ella. Pero se queda en el área que yo le asigne, no interfiere con el tratamiento y acepta la medicación que le prescriba. Para Frida y para usted.

—Yo no estoy enferma.

—Lleva dos noches sin dormir. Ha perdido peso. Tiene las pupilas dilatadas y un temblor fino en las manos que no correspondía a una respuesta emocional normal. Necesita descanso supervisado y posiblemente medicación ansiolítica.

—No voy a tomar ansiolíticos.

—Entonces no puedo garantizar que pueda acompañar a su hija en la planta dos. El protocolo exige que los acompañantes estén en condiciones de…

—En condiciones de qué. Dígalo.

Karin guardó la tableta bajo el brazo. Los dedos se le cerraron alrededor del borde de aluminio con una fuerza que desmintía la calma de su voz.

—En condiciones de no representar un riesgo para los pacientes ni para sí mismas.

La frase se instaló en la habitación como el olor a lejía: lenta, pegajosa, imposible de ignorar. Un riesgo. Karin Vold pensaba que Nora era un riesgo. No para el hotel. No para los protocolos. Para Frida.

Nora abrió la boca. La cerró. Miró a Frida. La niña se había movido en sueños: tenía la mano extendida hacia el lado de la cama donde Nora dormía, los dedos abiertos sobre la sábana vacía, buscando algo que no estaba ahí.

Una voz llegó desde el pasillo. Suave, entrecortada, con ese temblor específico de las personas que hablan cuando creen que no deberían.

—Yo puedo… puedo quedarme con ella.

Siri Lund estaba en el umbral de la puerta. Nadie la había llamado. Nadie la había invitado. Estaba ahí porque el pasillo llevaba las voces y las voces llevaban las decisiones que cambian las vidas de los niños que están en la habitación de al lado.

—Si Nora necesita descansar —siguió Siri, con la mirada fija en el suelo, como si mirando al suelo pudiera controlar el temblor de la voz—, yo puedo bajar con Frida. Puedo quedarme con ella en la planta dos. Odin… Odin está bien. Puedo dejarlo un rato.

Nora la miró. Siri estaba de pie con los hombros caídos y las manos unidas sobre el estómago, en la postura de quien ofrece algo que le cuesta ofrecer y que lo ofrece de todos modos porque hay un cálculo moral que se hace sin números: una madre reconoce a otra madre, y lo que una madre no puede hacer sola quizás dos madres puedan hacerlo entre las dos.

Karin miró a Siri. Miró a Nora.

—Eso no está contemplado en el protocolo.

—Entonces cambie el protocolo —dijo Nora.

Karin abrió la tableta. Escribió algo con el dedo índice, rápido, con la eficiencia de alguien que toma una decisión clínica y la ejecuta antes de que la burocracia la alcance.

—La señora Lund puede acompañar a Frida en la planta dos durante las horas diurnas. Usted, Nora, descansa en la 412. Cuatro horas. Le administro una dosis de lorazepam que le permitirá dormir sin…

—No.

—Nora.

—He dicho que no. No voy a tomar nada que me haga perder la consciencia. No mientras Frida esté en otra planta.

Karin guardó la tableta otra vez. El gesto tenía la finalidad de un expediente que se cierra: la oferta estaba hecha, la respuesta registrada, el historial actualizado.

—Entonces bajo con Frida ahora. Con la señora Lund de acompañante. Usted puede bajar a verla después de la evaluación inicial.

—Bajo con ella.

—No.

La palabra de Karin sonó distinta a todas las que había dicho antes. Fue la primera vez que Nora la escuchó usar un monomílabo sin matizar, sin contexto, sin la red de seguridad de la jerga médica. Un no desnudo. Un no que venía de un lugar más profundo que el protocolo.

—Si baja conmigo, Frida verá su cara. Y su cara, Nora, en este momento, no es la cara que una niña de cinco años con fiebre necesita ver al despertar.

La frase le entró por un lugar que no tenía defensas. No por la lógica ni por la rabia ni por el instinto. Le entró por la parte que sabía que Karin tenía razón. Nora no se había mirado al espejo en dos días. Pero sabía lo que vería: los ojos hundidos, la piel gris, el temblor, la mandíbula apretada hasta deformar la línea de la cara. No era la cara de la mamá que canta la canción y aparta el mechón de la frente. Era la cara de quien lleva demasiado tiempo despierta en un lugar que la está devorando.

Se sentó en la cama junto a Frida. Le puso la mano en la frente. Caliente. Húmeda. El pulso visible en la sien, rápido, demasiado rápido para una niña dormida.

—Frida —dijo.

Los ojos se abrieron despacio, como ventanas que pesan demasiado. El marrón de siempre, pero apagado, con un brillo húmedo que no venía de las lágrimas sino de la fiebre. Frida la miró y Nora vio que la niña la leía, como siempre, con esa capacidad de radar que tenían los cinco años para detectar lo que los adultos intentaban esconder.

—Mamá, estás rara.

—Estoy cansada, cariño. Voy a descansar un rato y Siri se va a quedar contigo. ¿Recuerdas a Siri? La mamá de Odin.

Frida miró hacia la puerta. Siri estaba ahí, con una sonrisa que le temblaba en los bordes pero que se mantenía en su sitio por pura

fuerza de voluntad.

—¿Viene Odin?

—Odin se queda en su habitación —dijo Siri—. Pero me ha pedido que te dé esto.

Siri sacó del bolsillo un trozo de papel doblado en cuatro. Lo abrió y se lo tendió a Frida. Un dibujo. Un árbol con un pájaro. Los trazos eran rígidos, angulosos, con la mano dura de un niño de ocho años que no dibuja a menudo. Pero ahí estaba: un árbol, un pájaro, un cielo que era una línea azul en la parte de arriba.

Frida lo miró. Miró a Siri. Miró el dibujo otra vez. La línea del cielo estaba arriba del todo, como los suyos.

—Le ha enseñado bien —dijo Siri.

Frida apretó el dibujo contra el pecho, junto a Bjørn. Algo en su cara cambió: no fue una sonrisa sino el espacio donde una sonrisa habría estado si el cuerpo no le pesara demasiado para producirla.

Karin se acercó a la cama. Se agachó hasta la altura de Frida. La voz que usó no fue la voz de protocolo ni la voz clínica. Fue una voz que Nora no le había oído: baja, suave, con los bordes redondeados.

—Frida, soy la doctora Karin. Vamos a bajar a un sitio donde puedo ayudar a que el pájaro de tu pecho deje de hacer ruido. ¿Vale?

Frida la miró con los ojos húmedos de la fiebre. Karin no apartó la mirada. Esperó.

—¿Viene Bjørn?

—Viene Bjørn.

—¿Y mamá?

Karin miró a Nora. Nora miró a Frida. El espacio entre esas dos miradas contenía todo lo que importaba y todo lo que dolía: una niña enferma que pregunta por su madre, una madre que sabe que la respuesta correcta es la que más le cuesta dar.

—Mamá viene después —dijo Nora. La voz le salió entera. Limpia. Sin fisuras. Porque la voz de una madre no se rompe delante de su hija, aunque todo lo demás se rompa—. Voy a descansar un poquito y luego bajo a verte. Siri se queda contigo hasta que yo llegue. Y Bjørn también.

Frida la miró durante cuatro segundos que duraron como cuatro años. Los ojos marrones, húmedos, brillantes de fiebre, con esa capacidad de los niños para mirar a través de las palabras hasta el lugar donde se guarda la verdad. Nora sostuvo la mirada. No parpadeó. No se movió. Si Frida necesitaba ver que su madre estaba bien, su madre iba a estar bien durante esos cuatro segundos, aunque después se derrumbara.

—Vale —dijo Frida.

Una sola sílaba. Dicha sin protesta, sin negociación, sin la batería de preguntas que era la respuesta normal de Frida a cualquier cosa que no le gustaba. Solo «vale», con una aceptación que venía del agotamiento o de la confianza o de las dos cosas a la vez, y que Nora recibió como un golpe en el pecho porque la obediencia de Frida era la prueba más clara de que la niña estaba más enferma de lo que su voz dejaba ver.

Karin sacó una silla de ruedas del pasillo. Era pequeña, de las que usan en pediatría, con reposabrazos acolchados y un cinturón de seguridad que parecía demasiado grande para el cuerpo que iba a contener. Nora levantó a Frida de la cama. La niña pesaba menos de lo que recordaba, como si la fiebre le hubiera consumido masa además de energía, y al sentir esa ligereza en los brazos algo se le descolocó por dentro, una pieza que llevaba cinco días en su sitio gracias a la presión y que al aflojarse dejó pasar un torrente de algo caliente y líquido que le subió desde el estómago hasta la garganta y que tuvo que tragarese de vuelta porque Frida la estaba mirando.

La sentó en la silla. Le acomodó a Bjørn en el regazo. Le apartó el mechón de la frente con el pulgar —el ritual, la secuencia, el gesto que significaba estoy aquí— y Frida le agarró la mano. Los dedos calientes y húmedos se cerraron alrededor del pulgar de Nora con una fuerza que no correspondía a un cuerpo de diecisiete kilos con fiebre de 38,7.

—Mamá.

—Dime.

—¿Me cantas antes de irte?

Nora se arrodilló frente a la silla de ruedas. La cara de Frida quedó a la altura de la suya. Los ojos a centímetros. El olor a fiebre

y a crayón y a jabón barato llenándole las fosas nasales con una intensidad que era casi química. Cantó. La melodía sin letra, los sonidos inventados, la canción que significaba no me voy, puedes cerrar los ojos. Frida cerró los ojos a la tercera nota. Los dedos no soltaron el pulgar de Nora.

Karin esperó. Siri esperó. El pasillo esperó. Nora cantó la canción entera y cuando la última nota se desvaneció en el aire de la 412, aflojó los dedos de Frida uno por uno —meñique, anular, corazón, índice, pulgar— y los dejó sobre Bjørn. Se levantó. Se apartó. Siri ocupó el espacio que Nora había dejado, con la mano en el respaldo de la silla y una expresión que era una promesa comprimida en los músculos de la cara: la cuido, te la devuelvo, confía en mí.

Karin empujó la silla hacia el pasillo. Las ruedas hicieron un sonido suave sobre la moqueta, un rumor que se parecía al de las olas cuando se retiran de la orilla. Siri caminó al lado. Frida no abrió los ojos. Bjørn miraba hacia atrás con su ojo de botón desparejado, como un testigo que no puede hacer nada más que mirar.

Nora se quedó en la puerta de la 412 hasta que la silla de ruedas desapareció por la puerta cortafuegos de las escaleras. El sonido de las ruedas se fue haciendo más débil a medida que bajaban. Planta tres. Planta dos. Después, una puerta que se cierra. Después, nada.

Se quedó de pie en el umbral. El pasillo de la cuarta planta se extendía en ambas direcciones, vacío, con sus fluorescentes que zumbaban y su moqueta que absorbía los pasos y su olor a lejía y a cuerpos y a algo más que Nora identificó por primera vez con claridad: ausencia. La 412 olía a Frida hace diez minutos. Ahora olía a la sombra de Frida, al rastro térmico que deja un cuerpo cuando se lo llevan, al hueco que queda en el aire cuando algo que ocupaba un espacio deja de ocuparlo.

Entró en la habitación. Cerró la puerta. Se sentó en la cama. Las sábanas todavía estaban calientes del lado donde Frida había dormido. Puso la mano sobre la tela. El calor de la fiebre de su hija le atravesó la piel y le llegó a los huesos, y por un momento fue

como si Frida siguiera ahí, la forma en la sábana era un cuerpo, no un recuerdo.

Miró la habitación. El cuaderno de dibujo en el suelo. Los crayones desparramados sobre la moqueta. El inhalador vacío en la mesilla. La caja de ibuprofeno con tres dosis que quedaban. El pijama de los cohetes doblado al pie de la cama, con una mancha de sudor en el cuello. Restos de Frida. Pruebas de Frida. El inventario de una niña de cinco años comprimido en una habitación de hotel que olía a desinfectante y a fiebre.

La puerta del ala clausurada al final del pasillo. La había visto cada día. La cadena. El candado. Las camillas que entraban de noche cubiertas con sábanas que tenían forma de persona tumbada. Nora se levantó de la cama y fue al pasillo. Caminó hasta el final. La puerta metálica. Adgang forbudt. Pegó la oreja al acero. El frío le quemó la mandíbula. Detrás: silencio. No el silencio del vacío sino el de algo lleno que no se mueve.

Se apartó. Volvió a la 412. Bloqueó la puerta con la silla del escritorio. Se metió en la cama, del lado de Frida, sobre la sábana que aún conservaba su forma. Cerró los ojos. El sueño la arrastró hacia abajo antes de que pudiera resistirse, un tirón oscuro y total que se la llevó como una corriente se lleva un objeto que ha dejado de luchar.

La última imagen antes de hundirse fue la de la mano de Frida sobre la sábana, los dedos abiertos buscando algo que ya no estaba, y la forma en que la tela se había enfriado, despacio, grado a grado, hasta alcanzar la temperatura del hotel, que era la temperatura de las cosas que nadie toca.

Capítulo 11
El ala cerrada

El ala cerrada

La cadena no cede pero el candado tiene juego. Lo descubro a las dos de la tarde, después de tres horas frente a la puerta metálica del fondo del pasillo con las manos heladas y el cerebro funcionando en ese modo que aparece cuando la falta de sueño y la adrenalina llegan a un punto de equilibrio donde todo es posible y nada es sensato. El candado es nuevo —acero brillante, sin óxido— pero la argolla que lo sujeta a la puerta no. La argolla está atornillada al marco metálico con cuatro tornillos Phillips que llevan años ahí, y el hormigón alrededor de los tornillos se ha desgranado con la humedad, dejando un espacio de medio centímetro entre el metal y la pared. Medio centímetro no es mucho. Es suficiente.

Necesito una herramienta. Algo plano y rígido que entre en la cabeza del tornillo. La llave del sótano que vi en el cajón de Erik es demasiado gruesa. Una moneda serviría pero no tengo monedas. Lo que tengo es la tarjeta magnética de la 412, que es de plástico y se partiría al primer intento. Lo que también tengo es un bolígrafo metálico que me guardé en el bolsillo del pantalón de chándal cuando registré la oficina de Erik. No lo pensé en ese momento. No sé por qué lo cogí. El cuerpo a veces sabe cosas antes que la cabeza.

La punta del bolígrafo encaja en la ranura del tornillo superior. Giro. El metal protesta con un chirrido que se me mete entre los dientes. El tornillo se mueve. Un cuarto de vuelta. Medio. El hormigón suelta polvo gris alrededor de la cabeza como una herida que sangra cemento. Sigo girando. El tornillo sale con una lentitud que mide en minutos lo que debería medirse en segundos, y cuando por fin se desprende del muro lo sostengo en la palma de la mano como algo valioso: cuatro centímetros de acero oxidado que significan que la puerta tiene un tornillo menos entre ella y yo.

Tres más.

El segundo sale más fácil. El tercero se resiste. La punta del bolígrafo resbala y me clavo el extremo metálico en la base del pulgar. Un corte fino, no profundo, que empieza a sangrar al instante con esa generosidad de las heridas en las manos. Me chupo la sangre. Sabe a hierro y a lejía, como todo en este hotel. El cuarto tornillo gira a medias y se atasca. Empujo. Tuerzo. El bolígrafo se dobla. Meto la uña en la ranura y tiro con los dedos. El tornillo cede con un chasquido seco y la argolla se desprende del muro, arrastrando una cascada de polvo de hormigón que me cae en los pies.

La cadena se desliza por la puerta con un tintineo metálico que suena demasiado alto en el silencio del pasillo. El candado golpea el suelo de moqueta con un ruido sordo. Me quedo inmmóvil. Escucho. Las tuberías. El zumbido del fluorescente. El generador, abajo, con su pulso constante. Nada más. Nadie ha oído. O nadie viene.

La puerta tiene un pomo de acero sin cerradura de tarjeta. Lo agarro. El metal está tan frío que la piel se adhiere durante un instante, como cuando tocas hielo con las manos mojadas. Giro. El mecanismo hace un sonido que no es un clic sino un suspiro, la puerta hubiera estado conteniendo el aliento.

Abro.

Lo primero es el olor. No el de la lejía ni el del hormigón húmedo ni el de los cuerpos encerrados. Es el otro olor, el que llevo oliendo desde que desperté en la 412: dulce, orgánico, con una densidad que ocupa el espacio de una forma que el aire normal no ocupa. El olor que la lejía intentaba tapar y que ahora, sin la puerta de por medio, llega sin filtro y se instala en la parte de atrás de la garganta como una sustancia líquida que no puedes tragar ni escupir. Lo conozco. Lo he olido en las guardias de urgencias, en las habitaciones donde los pacientes llevan días sin que nadie les cambie las sábanas, en los pasillos de la planta de cuidados paliativos a las cinco de la mañana. Es el olor de la materia orgánica cuando deja de funcionar. El olor de los cuerpos cuando el cuerpo deja de ser un cuerpo y empieza a ser otra cosa.

El ala cerrada es un pasillo corto, más estrecho que el principal, con cuatro puertas a cada lado y una ventana al fondo que da al fiordo. La ventana está tapada con una lámina de plástico opaco que convierte la luz exterior en un resplandor lechoso, difuso, sin dirección. No hay fluorescentes encendidos. La única iluminación viene de esa ventana y de la puerta que acabo de abrir a mi espalda, y las dos fuentes de luz se combinan para crear una penumbra que no es oscuridad pero que tampoco es claridad: es la zona intermedia donde las cosas tienen forma pero no detalle, donde lo que ves podría ser lo que es o podría ser lo que temes.

Camino. Los calcetines sobre la moqueta no hacen ruido. Las puertas de las habitaciones están cerradas. Las tres primeras tienen el pomo girado hacia abajo, en la posición de cerrado. La cuarta está entornada. Empujo con la punta de los dedos.

Una habitación de hotel. Igual que las demás. Cama individual, mesilla, armario, baño. Pero la cama no está vacía. Hay algo encima. Una forma larga, cubierta con una sábana blanca que tiene la silueta inconfundible de un cuerpo humano tumbado bocarriba. Los pies hacen dos montañas pequeñas bajo la tela. El pecho no se mueve.

Me acerco. El olor es más fuerte aquí, concentrado, las paredes lo hubieran absorbido y lo devolvieran amplificado. Los ojos se me adaptan a la penumbra y empiezo a ver detalles: la sábana tiene una mancha amarillenta en la zona del torso. El borde, junto a la almohada, está doblado con una precisión clínica, como si alguien hubiera dedicado un tiempo específico a dejarlo recto. En la mesilla hay una etiqueta de cartón con algo escrito. Me acerco más. Las letras son pequeñas, escritas a mano con la caligrafía de Erik Dahl: un nombre que no reconozco y una fecha.

No es Frida. Lo sé antes de comprobarlo porque la forma bajo la sábana es la de un adulto, demasiado larga, demasiado ancha. El alivio me llega como una náusea, en oleada, y tengo que apoyar la mano en la pared para mantener el equilibrio. La pared está húmeda. El hormigón transpira aquí más que en ninguna otra parte del hotel, el edificio sudara por lo que contiene.

Salgo de la habitación. Abro la siguiente. Otro cuerpo bajo una sábana. Otra etiqueta en la mesilla. Adulto. La tercera habitación:

dos cuerpos, en camillas paralelas, con un espacio de medio metro entre ellas. Etiquetas. Nombres. Fechas. La cuarta: un cuerpo más pequeño. Me detengo en el umbral.

La forma bajo la sábana es corta. No tanto como la de una niña de cinco años —más larga, quizás la de un adolescente o un adulto pequeño—, pero la diferencia de tamaño respecto a los otros me obliga a detenerme y a contar mis propias respiraciones para que el ritmo no se me escape. Miro la etiqueta. Un nombre noruego que no conozco. Edad: dieciséis. Una chica de dieciséis años debajo de una sábana blanca con una mancha amarillenta en el pecho, en una habitación de hotel reconvertida en depósito porque las evacuaciones médicas se detuvieron y los cuerpos necesitan ir a algún sitio.

Cruzo al otro lado del pasillo. Las cuatro puertas restantes. Tres se abren al empujar. La cuarta está cerrada, con el pomo que no gira. Cerrada con llave desde dentro o desde fuera, no sé cuál. La dejo. Las otras las abro una a una. Tres más con cuerpos. Una vacía pero con la cama deshecha y la sábana arrugada en el suelo, como si alguien hubiera estado ahí y lo hubieran movido. Cuento: siete cuerpos en total. Siete personas que entraron al Hotel Granhall con una pulsera de identificación y una fecha de ingreso y que ahora son etiquetas de cartón en mesillas de noche.

Ninguno es Frida. La comprobé todas. Las siete etiquetas. Los siete nombres. Ninguno dice Skar.

Debería sentir alivio. Lo que siento es otra cosa: una certeza nueva que se instala en el centro del pecho como un objeto sólido y pesado. Si este es el depósito, si aquí es donde traen las camillas cubiertas con sábanas que vi pasar por el pasillo de noche, si las personas que desaparecen del comedor terminan aquí, entonces Frida no está aquí. No está entre los muertos. Lo cual significa que está entre los vivos.

O significa que la movieron. Que supieron que yo iba a abrir esta puerta —tarde o temprano, con bolígrafo o con las manos desnudas— y se aseguraron de que cuando lo hiciera no encontrara lo que buscaba. Pero esa lógica se derrumba sola: si quisieran ocultarla, ocultarmían también a los demás. Y los demás están aquí,

visibles, con nombre y fecha, como si el hotel no tuviera inconveniente en que alguien los encontrara.

Me quedo de pie en el pasillo del ala cerrada. Siete puertas abiertas a mi alrededor. El olor dulce y espeso llenándome los pulmones. La luz lechosa de la ventana tapada. Y un pensamiento que me llega con la precisión de un diagnóstico: este lugar no está escondido. Está cerrado. La diferencia es que lo escondido pretende no existir. Lo cerrado existe y alguien decidió que no quieres verlo. Lars dijo exactamente eso: «Nada que quieras ver.» No estaba mintiendo. Estaba protegiendo.

¿Protegiendome de qué?

El sonido llega desde el pasillo principal. Pasos. Pesados, rítmicos, con la cadencia específica de alguien que camina con propósito y no con prisa. Me giro hacia la puerta que dejé abierta. La luz del pasillo principal entra por el hueco y recorta una silueta que reconozco antes de ver la cara: los hombros anchos, la chaqueta oscura, la postura de peso distribuido entre los dos pies.

Lars Gren se detiene en el umbral. Mira la cadena en el suelo. Los tornillos. El polvo de hormigón. La argolla desprendida. No mira la puerta abierta ni las habitaciones ni a mí. Mira los restos del cierre como un mecánico mira los restos de un motor: evaluando el daño, no el motivo.

—Sabía que iba a abrirla —dice. La voz es llana, sin inflexiones, sin acusación. La voz de un hombre que lleva días esperando algo y que ahora que ha llegado no siente nada en particular.

—¿Qué es esto?

—Lo que parece.

—Un depósito.

Lars asiente. Una vez. El gesto mínimo de alguien que confirma lo obvio y no le añade contexto.

—¿Cuántos?

—Siete. Cuatro de la primera semana. Tres de los últimos días. Las evacuaciones se pararon el martes. No hay admónde llevarlos.

No hay adónde llevarlos. La frase me llega con un golpe de aire frío del pasillo, como si las palabras trajeran su propio clima. El hotel almacena a sus muertos porque el mundo exterior ha dejado de

funcionar lo suficiente como para recogerlos. Las carreteras están cortadas, o los hospitales están llenos, o la logística de una pandemia ha superado la capacidad de la infraestructura y los cuerpos se acumulan en las habitaciones de un hotel brutalista al borde de un fiordo, con sus etiquetas de cartón y sus sábanas blancas, esperando algo que nadie sabe cuándo llegará.

—Mi hija no está aquí —digo.

Lars me mira. Por primera vez desde que lo conozco, sus ojos se quedan en los míos más de dos segundos. No es un desafío. No es una evaluación. Es algo que se parece a la deliberación, el momento en que alguien decide si va a decir algo que cambia la conversación o si va a callarlo como ha callado todo lo demás.

—No —dice.

Una sílaba. Podría significar: no, su hija no está aquí. Podría significar: no, no voy a contestar a eso. La forma en que Lars pronuncia la palabra no le da dirección. La suelta en el aire del pasillo como se suelta una piedra en el agua: sin indicar dónde va a caer.

—Lars. ¿Dónde está Frida?

El nombre de mi hija suena distinto en el ala cerrada. Más pequeño. Más frágil. Como si el espacio que contiene a los muertos le quitara volumen a las cosas vivas.

Lars baja la mirada. No hacia el suelo —hacia sus propias manos, que cuelgan a los lados del cuerpo con esa laxitud específica de los hombres grandes que han aprendido a hacer sus manos pequeñas para no asustar. Las manos de Lars son las de quien ha cargado cosas pesadas: camillas, cuerpos, decisiones que pesan más que los cuerpos. Cuando levanta la vista, lo que tiene en la cara no es la nada habitual. Es algo.

—Usted lo sabe —dice—. En algún lugar de su cabeza, lo sabe.

La frase me alcanza antes de que pueda esquivarla. No la entiendo. O la entiendo y la rechazo, que es lo mismo: el cerebro registra las palabras, les asigna un significado posible, y luego aplica la misma fuerza que aplicaría a una puerta que no quiere que se abra.

—No sé de qué habla.

—Sí sabe.

—Mi hija está en alguna parte de este hotel. He visto sus dibujos. He visto las pistas. Está viva y alguien la esconde y usted sabe dónde.

Lars no retrocede. No avanza. Se queda donde está, en el umbral, con la luz del pasillo principal a la espalda y la penumbra del ala cerrada delante, como alguien que lleva días viviendo en la frontera entre dos territorios y ha decidido que ningúno de los dos le pertenece.

—Yo estaba ahí esa noche —dice. La voz baja un registro. Se vuelve más densa, como si las palabras pesaran más en este pasillo que en cualquier otro—. La noche del día seis. Escuché la canción. Escuché lo que pasó después.

La canción. La canción de cuna que le canto a Frida. La melodía sin letra, los sonidos inventados. Lars la escuchó. Lars estuvo en el pasillo de la cuarta planta la noche del día seis y escuchó a alguien cantar esa canción detrás de la puerta de la 412.

—¿Qué escuchó?

Lars abre la boca. Los músculos de la mandíbula se tensan. Los labios forman el principio de algo que podría ser una palabra o podría ser el silencio de quien ha decidido que decir lo que sabe es peor que no decirlo. Lo veo luchar. Es una lucha visible, muscular, la de un cuerpo que quiere hablar y una cabeza que sabe que hablar tiene consecuencias que no se pueden deshacer.

—Pregúntele a la doctora Vold —dice.

Y se da la vuelta.

—Lars.

No se detiene. Camina por el pasillo principal con los mismos pasos rítmicos con los que llegó, las manos a los lados, la cabeza sin girar. Le agarro el brazo. Los dedos se me cierran alrededor del bíceps con una fuerza que no sabía que tenía y que viene de algún lugar que no es muscular sino queímico, primitivo, la energía de un cuerpo que ha dejado de pedir y ha empezado a exigir. Lars se detiene. No porque yo lo detenga —podría arrancar mi mano de su brazo con un gesto mínimo— sino porque elige detenerse. Me mira por encima del hombro. Algo cambia en sus ojos. No sé qué es.

Podría ser compasión. Podría ser miedo. Podría ser las dos cosas habitando el mismo espacio, como el olor a lejía y el olor dulce que habitan el mismo aire del Granhall sin mezclarse.

—¿Qué escuchó después de la canción?

Lars baja la voz hasta un registro que apenas es sonido. Casi una vibración que le sale del pecho y no de la garganta.

—Nada.

Lo suelta como se suelta un peso que llevas cargando demasiado tiempo.

—Escuché la canción. Y después escuché nada. Nada durante mucho rato. El tipo de nada que no es silencio.

Le suelto el brazo. Lars sigue caminando. La puerta cortafuegos se abre y se cierra detrás de él con ese silbido mecánico que ya forma parte de la banda sonora del hotel, un sonido que no distingue entre las personas que entran y las que se van.

Me quedo en el pasillo. Detrás de mí, el ala cerrada con sus siete cuerpos y su olor dulce y su luz de leche. Delante, el pasillo de la cuarta planta con su moqueta oscura y sus puertas numeradas y su apariencia de normalidad que se sostiene con la misma fragilidad con que se sostiene una mentira repetida muchas veces.

El tipo de nada que no es silencio. La frase de Lars me da vueltas en la cabeza como una tuerca que no encuentra su tornillo. ¿Qué significa? ¿El silencio de una habitación donde alguien ha dejado de respirar? ¿El silencio de una madre que ha dejado de cantar? ¿O el silencio de algo que pasó entre la canción y la nada, algo que Lars no nombra porque nombrarlo lo convertiría en testigo y los testigos tienen obligaciones que los oyentes no?

Vuelvo al ala cerrada. Reviso las habitaciones una por una, esta vez más despacio. Busco lo que no busqué la primera vez: no cuerpos sino objetos. En la mesilla de la primera habitación, junto a la etiqueta, hay un reloj de pulsera parado a las cuatro y veintidós. En la segunda, nada. En la tercera, un pañuelo de tela doblado con las iniciales bordadas. En la cuarta, la de la chica de dieciséis años, un teléfono móvil con la pantalla rota y la batería agotada. Nada de Frida. Ningún crayón, ningún dibujo, ningún peluche, ninguna señal de que una niña de cinco años haya pasado por estas habitaciones.

Salgo del ala cerrada. Cierro la puerta. La cadena está en el suelo con la argolla desprendida. No puedo volver a cerrarla. Cualquiera que pase por este pasillo verá que la puerta ha sido abierta. Erik lo sabrá. Karin lo sabrá. No me importa. Lo que me importa es lo que Lars dijo y lo que Lars no dijo, y la distancia entre esas dos cosas, que es exactamente la distancia entre lo que sé y lo que no quiero saber.

Camino hacia la 412. Paso la tarjeta. Entro. Bjørn número uno está en la almohada. Bjørn número dos está en la mesilla. La habitación huele a moqueta y a lejía y al fantasma de Frida que se va diluyendo hora a hora, como una mancha de acuarela bajo la lluvia. Abro el armario. Saco la mochila médica. Saco el frasco de pastillas sin etiqueta. Catorce pastillas redondas, blancas, sin marcar. Las mismas que Karin me ofreció. Las mismas que dejé de tomar.

Miro las pastillas. Miro mis manos. El crayón bajo las uñas. La sangre seca del corte del bolígrafo. El temblor fino que se ha instalado en los dedos como una corriente de bajo voltaje que no se apaga. Karin dijo: temblor fino que no corresponde a una respuesta emocional normal. Karin dijo: necesita descanso supervisado. Karin dijo: en condiciones de no representar un riesgo.

Un riesgo. Para los pacientes. Para mí misma. Para Frida, si Frida estuviera aquí.

Si Frida estuviera aquí.

La palabra aparece sin que la invite. Dos letras que convierten una certeza en una hipótesis, que abren una grieta por la que cabe una pregunta que no quiero formular. Si. No cuando. No donde. Si.

Cierro el frasco. Lo devuelvo a la mochila. La mochila debajo de la cama. Me siento en el borde del colchón con Bjørn en el regazo y miro la ventana. El fiordo está negro. No gris, no plomo, no opaco. Negro. El agua no refleja nada. El cielo no tiene línea de horizonte. Todo es una misma superficie oscura que podría ser agua o podría ser vacío, y la diferencia entre las dos cosas depende de lo que estés dispuesta a creer.

En el pasillo, alguien camina. Los pasos son suaves, ligeros, con la cadencia de quien no quiere ser oído. Se detienen frente a mi puerta. Espero. No llaman. Los pasos se alejan. El silencio vuelve

con una textura nueva, más pesada, como si cada vez que alguien se acerca a la 412 y se va dejara una capa de algo invisible que se va acumulando en el umbral.

Miro a Bjørn. La oreja descosida. El ojo de botón desparejado. El peluche que huele a Frida y que es, en este momento, lo único en todo el Hotel Granhall que confirma que mi hija existió en un espacio concreto, en un tiempo concreto, con unas manos concretas que lo apretaban contra la barbilla para dormirse.

Existió. No. Existe.

Cierro los ojos. Los abro. El fiordo sigue negro. Y en algún lugar entre la canción y la nada que Lars escuchó la noche del día seis, hay una verdad que todos en este hotel conocen y que se me escapa cada vez que creo estar a punto de agarrarla, como el agua del fiordo: oscura, espesa, llena de algo que no se ve desde la superficie.

Capítulo 12

Día 5: La noche del pasillo

Día 5: La noche del pasillo

Nora no bajó a ver a Frida.

Esa fue la primera decisión. Karin le había dicho que podía bajar después de la evaluación inicial, pero la evaluación se convirtió en tratamiento y el tratamiento en monitorización y la monitorización en un protocolo que no terminaba nunca, y cuando Nora bajó a la planta dos a las tres de la tarde la enfermera de la puerta le dijo que Frida estaba dormida, que Siri estaba con ella, que volviera en una hora. Nora volvió en una hora y la misma enfermera le dijo que Karin estaba con Frida, que le estaban administrando oxígeno suplementario, que no era buen momento. Que volviera.

Volvió a las cinco. Cerrado. A las seis: cerrado. A las siete: la enfermera ya no estaba en la puerta pero la luz roja del lector de tarjetas seguía fija, imávable, y Nora golpeó la puerta con los nudillos hasta que los nudillos le ardieron y nadie abrió.

Subió a la 412. Se sentó en la cama que ya no olía a Frida. Miró las cosas de Frida: los crayones en el suelo, el cuaderno abierto en la página del último árbol, el pijama de los cohetes doblado al pie del colchón. El inhalador vacío en la mesilla. Cada objeto era una acusación y un consuelo a la vez: la prueba de que Frida existía en esta habitación y la prueba de que ya no estaba.

A las ocho bajó al comedor. La cena estaba puesta en las bandejas de acero pero solo había nueve personas en las mesas. Nueve. El comedor parecía un teatro después de una función cancelada: demasiado espacio, demasiado silencio, demasiadas sillas vacías que nadie iba a ocupar. Nora se sentó sola. No comió. Miró la mesa de Siri. Vacía. Siri estaba abajo, con Frida. Odin no estaba en ninguna parte del comedor. Alguien se había llevado a Odin o Odin estaba en su habitación, solo, esperando a que su madre volviera de cuidar a la hija de otra.

La culpa llegó por un flanco que Nora no esperaba. No era la culpa de la tos no reportada ni la del inhalador vacío ni la de las dos noches sin dormir. Era la culpa de Odin: un niño de ocho años que no hablaba y que ahora estaba solo porque su madre había bajado a la planta dos a cuidar a una niña que no era suya. Siri había sacrificado tiempo con su hijo para que Nora pudiera descansar. Y Nora no descansaba. Nora estaba sentada en un comedor vacío mirando un plato que no iba a tocar, contando las horas que llevaba sin ver a su hija como quien cuenta las gotas de un grifo que pierde agua.

Subió a la cuarta planta. El pasillo estaba en silencio. El toque de queda empezaba en cuarenta minutos. Pasó por delante de la 409, la habitación de Siri. La puerta estaba cerrada. Pegó la oreja. Del interior venía un sonido tenue, rítmico: alguien lloraba. Bajito, contenido, con la disciplina de quien ha aprendido a llorar sin hacer ruido porque si hace ruido alguien vendrá a preguntarle qué pasa y no tiene energía para explicar qué pasa.

Odin.

Nora levantó la mano para llamar. La bajó. Qué le iba a decir. Que su madre iba a volver. Que todo estaba bien. Que la gente que se va siempre vuelve. Cada frase que formó en la cabeza se deshacía antes de llegar a los labios, desgastada por el uso, vaciada de verdad como una moneda que pasa por demasiadas manos. No llamó. Siguió caminando.

La puerta clausurada del fondo del pasillo. La cadena. El candado nuevo. La había visto cada noche desde que llegaron: la frontera metálica entre el pasillo de los vivos y lo que había al otro lado. Aquella noche, sin Frida en la 412, sin sueño en el cuerpo, sin el ancla de la rutina que la mantenía funcionando, la puerta le pareció distinta. Más presente. Como si el metal tuviera una densidad nueva, un peso que no se medía en kilos sino en lo que contenía.

A las nueve se apagaron la mitad de los fluorescentes del pasillo. El toque de queda convertía el Granhall en su versión nocturna: el hotel de día se replegaba como un animal que mete las patas debajo del cuerpo y lo que quedaba era el otro hotel, el de los

pasillos ámbar y los ruidos sin fuente y los movimientos que la luz del día no permitía. Nora se quedó en el pasillo. Contra la pared, entre la 411 y la 412, con las piernas dobladas y la espalda apoyada en el hormigón húmedo. Esperando.

A las diez pasó Lars Gren. Caminaba con la linterna apagada y los pasos amortiguados, la ronda de un hombre que conoce cada centímetro del edificio y no necesita luz para recorrerlo. Vio a Nora en el suelo. Se detuvo. La miró desde arriba, con la expresión de quien encuentra algo previsible y lamentable a partes iguales.

—Debería estar en su habitación —dijo.

—Mi habitación está vacía.

Lars no respondió a eso. Siguió caminando. Los pasos se alejaron hacia las escaleras. La puerta cortafuegos se abrió y se cerró. Nora se quedó donde estaba.

A las once oyó las ruedas. El sonido venía de abajo, por el hueco de las escaleras: el chirrido suave de una camilla que sube despacio, con el peso de algo que no colabora con el movimiento. Las ruedas hacían un ruido desigual, una traqueteaba más que las otras, y ese desajuste le daba al sonido una cadencia sincopada que se parecía a un pulso irregular. La puerta cortafuegos de la cuarta planta se abrió. Nora no se movió. Estaba sentada en el suelo, pegada a la pared, en la zona de sombra entre dos fluorescentes apagados, y los que empujaban la camilla no la vieron o decidieron no verla.

Eran dos. Trajes de protección blanco, máscaras completas, guantes hasta el codo. Empujaban una camilla cubierta con la misma sábana azul que Nora había visto otras noches. La forma bajo la tela era adulta, larga, inmmóvil. La sábana tenía una mancha oscura en la zona del pecho que la luz ámbar convertía en algo que parecía aceite. Pasaron a menos de dos metros de donde Nora estaba sentada. El aire que desplazaron olía a desinfectante y a algo más, algo que Nora identificmó sin querer: el olor de antes, el dulce, el orgánico, pero concentrado, fresco, como si la fuente estuviera debajo de esa sábana y no detrás de la puerta clausurada.

Abrieron la puerta del fondo. La cadena tintineó al soltarse. Uno de ellos tenía una llave. La camilla cruzó el umbral. La puerta se

cerró. La cadena volvió a su sitio. Los pasos se alejaron por dentro del ala cerrada, amortiguados, hasta desaparecer.

Nora se quedó en el suelo. Las rodillas contra el pecho. Las manos alrededor de las espinillas. El pasillo olía al rastro de la camilla: lejía y dulzura, el cocktail químico del Granhall que ya formaba parte de su sistema olfativo como una segunda atmósfera.

Pensó en la planta dos. En Frida dormida en una camilla con oxígeno y Bjørn y Siri a su lado. En la curva de fiebre que subía de noche y bajaba de día pero que cada día subía un poco más. En el antiviral que Karin había puesto sobre la mesa como una posibilidad, no como una promesa. En las doce camillas del ala médica y en la forma en que las enfermeras se movían con la eficiencia acelerada de quien trabaja al límite de lo que el cuerpo puede dar.

Pensó en números. Era lo que hacía cuando la emoción amenazaba con sustituir al juicio: pensaba en números, en probabilidades, en las columnas de un triaje mental que funcionaba como un cortafuegos entre lo que sentía y lo que necesitaba decidir. Doce pacientes. Tres profesionales sanitarias. Stock limitado de oseltamivir. Protocolo de gravedad: el antiviral se administraba a los pacientes con mayor probabilidad de respuesta, lo cual en términos clínicos significaba adultos con sistemas inmunológicos funcionales y presentación temprana. No niños de cinco años con tres días de síntomas y sibilancia bilateral. Los números no favorecían a Frida. Los números nunca favorecían a los que más los necesitaban.

A menos que alguien cambiara los números.

El pensamiento llegó sin aviso, como llegan las ideas a las tres de la madrugada después de tres noches sin dormir: no como una conclusión sino como una forma que se condensa en la niebla, algo que ya estaba ahí antes de que la mente le diera nombre. Nora era enfermera. Sabía dónde se guardaba la medicación. Sabía cómo acceder al ala médica: las enfermeras la habían visto varias veces, Karin le había ofrecido trabajar turnos, la puerta del ala médica se abría con una tarjeta que las enfermeras dejaban en el bolsillo de la bata cuando se la quitaban para comer. El sistema de seguridad del Hotel Granhall estaba diseñado para contener a civiles asustados, no

a una profesional sanitaria con acceso privilegiado y una motivación que ningún protocolo podía contener.

Se levantó. Las piernas protestaron con esa rigidez de cable que tienen los músculos cuando llevan demasiado rato en la misma posición. Caminó hasta la puerta clausurada del fondo. Pegó la oreja al metal. Detrás: nada. Los de los trajes se habían ido o se habían quedado en silencio. El olor dulce se filtraba por la juntura de la puerta con el marco, un hilo de aire espeso que le llegó a la parte de atrás de la garganta.

Después fue a las escaleras. Bajó. No a la planta dos. A la primera planta. El pasillo administrativo estaba a oscuras, iluminado solo por la luz de emergencia de la escalera que proyectaba sombras alargadas en la moqueta. La oficina de Erik estaba cerrada con llave. La sala de comunicaciones también. Pero la puerta del fondo —la que daba al pasillo trasero del hotel, el que conectaba con la cocina y con la salida de servicio— estaba entornada. Nora la empujó. Un pasillo estrecho, sin moqueta, con suelo de cemento y tubos de neón que zumbaban a media potencia. Olía a comida rancia y a grasa fría. Al final, una puerta metálica con una barra de emergencia. La barra tenía un cartel en noruego e inglés: «Nødutgang — Emergency Exit. Alarma sonará al abrir.»

Nora miró la barra. Miró el cartel. Miró el cable que iba desde la puerta hasta una caja gris en la pared: el sensor de la alarma. El cable estaba suelto. Desconectado. La lengmüeta del conector colgaba del sensor sin hacer contacto, como si alguien lo hubiera arrancado con prisa o con intención. La alarma no sonaría.

Empujó la barra. La puerta se abrió con un suspiro de aire comprimido y el exterior la golpeó de lleno: frío, húmedo, salado, con una intensidad que hizo que los pulmones se le contrajeran y los ojos le lagrimearan. El aparcamiento trasero del hotel. La nieve cubría todo menos un sendero pisoteado que bajaba por la pendiente hacia los abetos. Las huellas en la nieve eran múltiples, superpuestas: botas grandes, pesadas, del tipo que usa el personal de mantenimiento. El sendero llevaba al bosque y el bosque bajaba al fiordo.

No salió. Aún no. Cerró la puerta. Archivó la información: salida de emergencia trasera, alarma desconectada, sendero al bosque. Si necesitaba sacar a Frida del hotel, este era el camino. Si necesitaba medicación que el protocolo no le daba, tenía que ir al ala médica primero. Si el ala médica no le daba lo que necesitaba, tendría que cogerlo. Y si tenía que cogerlo, tenía que hacerlo de noche, cuando las enfermeras dormitaban entre turnos y la doctora Vold descansaba en la habitación que le habían asignado en la tercera planta.

Subió las escaleras. Planta dos. El pasillo del ala médica estaba en penumbra: las luces reducidas al mínimo, solo el resplandor de los monitores que se filtraba por debajo de los biombos. Una enfermera dormitaba en la silla del escritorio con la cabeza apoyada en el brazo, la mascarilla caída hasta la barbilla, la respiración profunda y regular del sueño que llega a las personas que llevan demasiadas horas despiertas.

Nora pasó junto a ella. Los pies descalzos sobre el linóleo no hicieron ruido. El primer biombo: un paciente adulto con oxígeno por cánula, dormido. El segundo: vacío, la camilla con la sábana retirada, el colchón desnudo. El tercero: dos pacientes, espalda contra espalda, con ese sueño denso de los enfermos febriles que no es descanso sino ausencia.

El cuarto biombo: Frida.

La reconoció por la mano. Antes de ver la cara, antes de registrar la camilla y el tubo de oxígeno y el monitor que parpadeaba números en verde, Nora vio la mano que colgaba por el borde de la camilla, pequeña, con los dedos abiertos, y debajo de los dedos, en el suelo, Bjørn. El peluche se había caído de la camilla y estaba bocaabajo en el linóleo, con la oreja descosida doblada bajo el cuerpo, como un animal que se ha dado por vencido.

Nora lo recogió. Le alisó la oreja. Lo puso junto a la mano de Frida, con la cabeza apoyada contra los dedos. Los dedos no se cerraron. Nora los tocó. Estaban calientes. Demasiado calientes. La fiebre irradiaba a través de la piel con una intensidad que no se medía en grados sino en la forma en que el calor le llegó a Nora a

través de la yema de los dedos y le subió por el brazo como una corriente.

Miró el monitor. Temperatura: 39,4. Saturación de oxígeno: 91%. Frecuencia cardíaca: 128. Los números le hablaron en el idioma que conocía mejor que cualquier otro: la saturación debería estar por encima del 95%. A 91% con oxígeno suplementario, los pulmones de Frida estaban perdiendo una batalla que el oxígeno solo no podía ganar. La frecuencia cardíaca estaba compensando: el corazón trabajaba más rápido para mover sangre que llevaba menos oxígeno. Era un mecanismo eficiente a corto plazo e insostenible a largo. El cuerpo de Frida estaba quemando reservas que no tenía.

Siri estaba en una silla junto a la camilla, dormida. La cabeza ladeada, la boca entreabierta, las manos cruzadas sobre el estómago. Tenía los párpados hinchados y la marca de las lágrimas secas en las mejillas, líneas blancas sobre piel roja, como caminos en un mapa que nadie quiere seguir. Se había quedado dormida llorando. Nora la miró y lo que sintió no fue gratitud ni compasión sino algo más complicado, algo que se parecía al reconocimiento: Siri lloraba porque había visto lo que Nora no quería ver, había calculado las probabilidades que Nora se negaba a calcular, y había llorado el resultado antes de que el resultado llegara. Siri era el futuro de Nora comprimiído en las lágrimas de otra madre.

Se acercó a la camilla. Se inclinó sobre Frida. La cara de su hija estaba cambiada: los pómulos más marcados, la piel con un tono grisáceo que no correspondía a la temperatura, los labios secos y agrietados. El pelo pegado a la frente con sudor. La cánula de oxígeno le cruzaba la cara como un bigote transparente que habría hecho reír a la Frida de hace tres días —«mamá, parezco un robot»— pero que ahora era una línea más en una cara que ya tenía demasiadas líneas para cinco años.

Le apartó el mechón de la frente. El gesto de siempre. El pulgar sobre la sien. Pero la frente estaba tan caliente que el contacto le quemó como si tocara un radiador, y Nora retiró la mano por instinto y la volvió a poner por decisión, porque el ritual era más importante que la quemadura, porque si dejaba de apartar el mechón de la

frente de su hija enferma entonces algo se habría roto que no iba a poder reparar.

Frida abrió los ojos. Nora no esperaba que lo hiciera. Los ojos se abrieron despacio, como ventanas que pesan demasiado, y la miraron con ese brillo húmedo de la fiebre que convertía el marrón en algo líquido, inestable, como si el color mismo estuviera a punto de derramarse.

—Mamá.

La voz era un hilo. No la voz de Frida sino el eco de la voz de Frida, filtrado por tres días de fiebre y tos y un tubo de oxígeno y todo lo que el virus le había quitado que no eran kilos ni grados sino algo más fundamental: la fuerza con la que Frida pronunciaba las cosas, esa convicción nuclear que convertía cada frase suya en un hecho y no en una opinión.

—Estoy aquí, cariño.

—¿Es de noche?

—Sí.

—¿Me puedes cantar?

Nora abrió la boca. La canción salió como sale el agua de un grifo que lleva horas cerrado: a sacudidas, irregular, con una presión que no se controla del todo. La melodía sin letra llenó el espacio detrás del biombo con esos sonidos inventados que ya no pertenecían al mundo de las cunas y las noches tranquilas sino a este otro mundo, el del linóleo y el oxígeno y los monitores que parpadean números que significan que el tiempo se acorta.

Frida cerró los ojos. Los dedos buscaron a Bjørn y lo encontraron y lo atrajeron contra el pecho con un movimiento que ya no era el de la niña que apretaba cosas con fuerza desproporcionada sino el de alguien que agarra lo que puede porque no tiene certeza de que vaya a seguir ahí.

Nora terminó la canción. Frida dormía. El monitor decía 39,3. Saturación: 90%. Un punto menos.

Se enderezó. El ala médica estaba en silencio excepto por los sonidos que hacen las máquinas cuando las personas duermen: los pitidos suaves de los monitores, el flujo del oxígeno por los tubos, el zumbido eléctrico de una realidad que se mide en vatios y decibelios.

La enfermera seguía dormida en la silla. La otra enfermera no estaba.

Nora caminó hacia el fondo del ala médica. Detrás del último biombo, más allá del escritorio de Karin, había una puerta sin cartel. La había visto en la visita del día anterior pero no le había prestado atención. Ahora sí. La puerta estaba cerrada con el mismo tipo de pomo que las de las habitaciones del hotel: giratorio, sin cerradura electrónica. Giró el pomo. Se abrió.

Un almacén médico. Estantes metálicos con cajas de guantes, mascarillas, botes de desinfectante, rollos de gasa. En el estante superior: medicación. Nora reconoció las cajas sin necesidad de leer las etiquetas, con la familiaridad que da el manejo diario: paracetamol, ibuprofeno, amoxicilina, dexametasona. Y en la esquina del estante, detrás de una caja de jeringas: cinco viales de oseltamivir. Pequeños, de cristal, con tapones de goma y etiquetas blancas con letra azul. Cinco viales. Stock limitado. Esto era lo que quedaba.

Cogió uno. Lo sostuvo entre los dedos. El cristal estaba frío y liso, con un peso que no correspondía a su tamaño: era liviano como una moneda pero lo que contenía pesaba como una decisión que aún no había tomado. Miró la etiqueta. La dosis. La concentración. Su cerebro de enfermera calculó sin que se lo pidiera: un vial era una dosis de tratamiento para un adulto o dos dosis pediátricas. Cinco viales significaban cinco tratamientos adultos o diez infantiles. El protocolo decía que se priorizara por probabilidad de respuesta. La ciencia decía que el oseltamivir funcionaba mejor en las primeras cuarenta y ocho horas de síntomas. Frida llevaba setenta y dos.

Setenta y dos horas. Fuera de la ventana terapéutica óptima. Dentro de la ventana posible. La diferencia entre las dos era la diferencia entre una garantía y una apuesta, y Nora sabía, con la precisión despiadada de catorce años de urgencias, que las apuestas en medicina se pierden más de lo que se ganan. Pero también sabía que no apostar cuando la alternativa es no hacer nada es la peor de las apuestas, porque la derrota de no intentarlo no se llama probabilidad. Se llama abandono.

Guardó el vial en el bolsillo del pantalón. Cerró el almacén. Salió del ala médica con los pies descalzos sobre el linóleo, sin hacer ruido, con la precisión de quien ha aprendido a moverse por los hospitales de noche cuando los pacientes duermen y las normas se ablandan.

Subió a la cuarta planta. El pasillo estaba vacío. La 412. Abrió la puerta. Entró en la habitación que ya no olía a Frida y que olía a la ausencia de Frida, que era un olor distinto: más frío, más químico, el olor de las cosas que han sido limpiadas de un cuerpo. Se sentó en la cama. Sacó el vial del bolsillo. Lo puso en la mesilla, junto al inhalador vacío. Dos objetos: uno que ya no servía y otro que quizás sería suficiente.

Miró por la ventana. El fiordo estaba negro. Ni luna ni estrellas ni línea de horizonte. El agua y el cielo eran la misma cosa: una extensión de oscuridad sin bordes ni profundidad ni promesa. Nora la miró y por primera vez desde que había llegado al Granhall no buscó nada en el paisaje. No buscó esperanza ni reflejo ni metáfora. Lo que vio fue lo que había: agua negra, piedra fría, un silencio que no contenía nada porque no había nada que contener.

Se acostó en la cama, del lado de Frida. La sábana ya no conservaba la forma ni el calor. Puso la mano donde habría estado la espalda de su hija y encontró tela fría y la textura plana de un colchón que no guardaba memoria de nadie.

No durmió. A las tres de la madrugada, las tuberías del hotel emitieron su quejido largo, como hacían cada noche, y el sonido subió por las paredes y se filtró por el techo y llegó a la 412 con la cadencia de algo vivo que respira con dificultad. Nora lo escuchó y pensó en la respiración de Frida, en la sibilancia, en el monitor que decía 90%, y algo dentro de su cabeza dejó de funcionar como había funcionado hasta entonces. No fue un quiebre. No fue un momento dramático. Fue más parecido a un interruptor que cambia de posición sin hacer ruido: la lógica se reconfiguró, las prioridades se reordenaron, y lo que antes era un límite —lo que antes era algo que Nora no habría cruzado porque las enfermeras no cruzan ciertas líneas y las madres no cruzan otras— dejó de ser un límite y se convirtió en un paso.

Tenía un vial de oseltamivir. Tenía acceso al ala médica. Tenía una salida de emergencia con la alarma desconectada. Tenía catorce años de experiencia clínica y una hija que se apagaba detrás de un biombo en la planta dos.

Lo que no tenía era tiempo.

Se levantó. Se acercó a la ventana. Puso la mano abierta contra el cristal. Los cinco dedos separados, presionando hasta que las puntas se le pusieron blancas. El vaho de su aliento formó un círculo que se expandía y se contraía con cada respiración. El mismo gesto que Frida hacía cada mañana. La mano de la madre en el cristal donde estaría la mano de la hija. La huella de un gesto que ya pertenecía a las dos.

Nora apartó la mano. En el cristal quedó la marca: cinco dedos, la palma, el dibujo de un calor que se enfriaba por segundos. Se dio la vuelta. Miró la habitación 412. Los crayones en el suelo. El cuaderno abierto. El pijama de los cohetes. El vial en la mesilla.

Al otro lado de la puerta, el hotel se quejó una vez más por las tuberías, y el sonido se fue apagando como se apaga todo en el Granhall: despacio, sin prisa, con la paciencia de las cosas que saben que mañana van a volver a sonar.

Capítulo 13
La canción

La canción

La oigo a las cuatro de la madrugada.

No estoy dormida. Llevo horas sentada en la cama de la 412 con la espalda contra la pared y los ojos abiertos, cumpliendo la promesa que me hice: no dormir, vigilar, esperar a que la noche me muestre lo que el día esconde. Los calcetines limpios, los segundos que encontré en la mochila. Sin barro. Las manos sobre las rodillas, con las palmas hacia arriba, como un paciente que espera un diagnóstico. Bjørn en la almohada. La ventana abierta un centímetro para que el aire del fiordo entre y me mantenga despierta: un frío fino, cortante, que huele a sal y a piedra mojada y que me pincha la piel de los brazos cada vez que la calefacción hace una pausa.

Las horas se han movido como el agua del fiordo: sin olas, sin corriente visible, pero cambiando de peso. A la una, el hotel se ha callado. A las dos, las tuberías han emitido su lamento largo y después se han dormido. A las tres, pasos en el pasillo de abajo: dos pares, pesados, con el ritmo de los trajes de protección. No han subido a la cuarta planta. Han bajado. Hacia el sótano o hacia la planta uno. Después, nada. El silencio del Granhall a las tres de la madrugada es un silencio de animal que finge estar muerto: demasiado perfecto, demasiado completo, el edificio contuviera la respiración a propósito.

A las cuatro, la canción.

Llega desde abajo. O desde arriba. O desde dentro de las paredes, que en este hotel es una posibilidad que ya no descarto. Es débil, intermitente, como una señal de radio que se pierde y se recupera. Pero la reconozco antes de que el cerebro la clasifique, antes de que la memoria le ponga nombre, antes de que la lógica me diga que es imposible. La reconozco con el cuerpo: los brazos se

me erizan, la mandíbula se afloja, algo se mueve en el estómago con la velocidad de una caída libre.

Es la canción de cuna. La melodía sin letra. Los sonidos que inventé una noche de fiebre y desesperación cuando Frida tenía tres meses y no paraba de llorar y yo no sabía qué más hacer. No es una melodía real. No tiene notas que un músico pueda escribir en un pentagrama. Es una secuencia de sonidos que solo existen en mi garganta y en los oídos de mi hija, un código privado entre dos personas que no se comparte, no se enseña, no se reproduce.

Y alguien la está cantando en el Hotel Granhall a las cuatro de la madrugada.

Me levanto. Los pies tocan la moqueta y el frío del suelo me sube por las piernas. Abro la puerta de la 412. El pasillo está en modo nocturno: la mitad de los fluorescentes apagados, la otra mitad en ese ámbar de emergencia que convierte las paredes en piel. La canción es más clara aquí, fuera de la habitación. Viene de la derecha. De las escaleras. Del hueco que conecta las plantas como una columna vertebral de hormigón.

Camino. La moqueta absorbe mis pasos. La canción sube y baja de volumen como si la fuente se moviera, como si alguien estuviera caminando mientras canta, recorriendo un pasillo o subiendo peldaños. La melodía es exacta. No aproximada, no parecida, no una variación. Es la canción. Las mismas subidas, las mismas bajadas, el mismo silencio de medio segundo entre el tercer y el cuarto compnás que yo dejaba porque Frida se había dormido ahí una vez y desde entonces el silencio formaba parte de la canción.

Empujo la puerta cortafuegos. Las escaleras. El sonido rebota en las paredes de hormigón y se multiplica, y ahora no puedo saber si viene de arriba o de abajo porque el eco lo descompone en fragmentos que llegan desde todas las direcciones. Subo. La planta cinco. La puerta chirría. El pasillo a oscuras, la mitad de los fluorescentes fundidos, el aire frío y seco de un espacio donde nadie vive. La canción es más débil aquí. Me he equivocado de dirección.

Bajo. Cuarta planta, paso de largo. Tercera planta. Empujo la puerta. El pasillo de seguridad y personal. La canción es más fuerte. Viene del fondo, de la zona donde el pasillo gira hacia las

habitaciones del personal. Camino. Los pies descalzos sobre el linóleo de la tercera planta, que es diferente a la moqueta de las demás: más frío, más duro, con una textura que registra cada paso como un susurro.

La canción se detiene.

Me paro. El silencio es instantáneo y total, como si alguien hubiera cortado el sonido con unas tijeras. El pasillo se extiende vacío en ambas direcciones. Las puertas cerradas. La luz de emergencia, ámbar, insuficiente. Escucho mi propia respiración y el zumbido del generador y las tuberías y el viento que golpea una ventana al fondo del pasillo, y ninguno de esos sonidos es la canción.

Espero. Un minuto. Dos. El hotel me devuelve su ruido de fondo, ese tejido acústico de máquinas y materiales que se ha convertido en mi silencio habitual. La canción no vuelve. Fue real. La oí. No estaba dormida. No estaba soñando. Llevaba horas despierta, con la espalda contra la pared y el frío del fiordo entrándome por la ventana abierta, y la canción llegó desde algún lugar de este hotel como llegan las cosas que no quieren ser encontradas: de forma parcial, incompleta, lo justo para saber que existen y no lo bastante para saber dónde.

Subo a la cuarta planta. El pasillo. La moqueta. Las puertas. A medio camino, la 409 tiene la luz de «ocupado» encendida. Siri está despierta. Me detengo frente a la puerta. Levanto la mano. Dudo. La bajo. La vuelvo a levantar. Toco con los nudillos, suave, dos veces, el código mínimo de quien no quiere despertar a un niño.

Pasos al otro lado. La mirilla se oscurece un segundo: alguien mira. La puerta se abre una rendija. El ojo de Siri aparece en la franja de luz. Me mira. No abre más.

—¿La has oído? —digo.

Siri no pregunta qué. No dice «oído qué» ni «de qué hablas». El ojo se mueve: me recorre la cara, los pies descalzos, las manos que no paran de abrirse y cerrarse. Abre la puerta lo suficiente para que le vea la cara. Está pálida, con los pómulos marcados y los labios apretados. Detrás de ella, la habitación en penumbra: Odin dormido en la cama, hecho un ovillo, con la manta hasta la barbilla.

—La canción —digo—. La melodía. La has oído.

Siri traga. El movimiento de la garganta es visible, como si lo que tuviera que tragar fuera algo sólido que no bajaba bien.

—Sí —dice—. La he oído.

Algo se abre dentro de mi pecho. La confirmación. Otra persona la ha escuchado. No es mi cabeza. No son las lagunas. No es la medicación que dejé de tomar ni la falta de sueño ni el ruido de las tuberías que a veces suena a cosas que no son tuberías. Siri la ha oído. La canción existe fuera de mí.

—Entonces Frida está ahí —digo, y la voz me sale con una solidez que no esperaba, como un hueso que se endurece en el lugar exacto donde había una fractura—. Frida está en el hotel. Está cantando. Me está buscando.

Siri me mira. Lo que cruza por su cara dura menos de dos segundos pero contiene capas que necesitaría horas para desmontar. Hay algo que se parece a la compasión y algo que se parece al horror y algo que no se parece a nada que haya visto antes, una expresión que podría ser la de alguien que presencia un accidente a cámara lenta y sabe que no puede intervenir.

Abre la boca. La cierra. Los dedos se le cierran alrededor del borde de la puerta con una fuerza que blanquea los nudillos.

—Nora —dice. Y la forma en que dice mi nombre es distinta a todas las veces anteriores. No lo dice con miedo ni con evasión ni con las frases incompletas que son su forma habitual de hablar. Lo dice con una claridad que suena a decisión, había pasado noches enteras dando vueltas a una frase y por fin hubiera encontrado la forma de soltarla.

—La he oído. La canción la cantabas tú.

Las palabras llegan a mis oídos pero no entran. Se quedan en la superficie, como gotas de agua sobre una tela impermeable, resbalando sin penetrar. Las oigo. Las proceso a nivel sonoro: fonemas, sílabas, la voz temblorosa de Siri pronunciándolas en el pasillo de la cuarta planta a las cuatro y algo de la madrugada. Pero el significado no se adhiere. El significado rebota.

—No.

—Nora, te he oído cantarla. No esta noche. Otras noches. La oía a través de la pared. Las paredes de este hotel son finas y tu habitación… —Señala con la cabeza hacia la izquierda, hacia la 412 —. Te he oído cantar. De noche. La misma melodía. Siempre la misma.

—Eso es imposible. Yo no canto de noche. Yo…

—También te he oído salir —dice Siri, y ahora la voz ya no tiembla, ha encontrado un registro llano, factual, el de alguien que reporta lo que ha presenciado con la precisión de un testigo bajo juramento—. La puerta de la 412 se abre de madrugada. Se cierra. Pasos en el pasillo. A veces subes. A veces bajas. Vuelves antes del amanecer. La puerta se abre. Se cierra. Y entonces cantas.

El pasillo se alarga. Las paredes se separan un centímetro. Los fluorescentes zumban en una frecuencia que no es la habitual, más aguda, más cerca del límite de lo que puedo procesar. Miro a Siri y la distancia entre su cara y la mía parece cambiar sin que ninguna de las dos se mueva, el espacio mismo estuviera reajustándose.

—Eso no soy yo —digo—. No recuerdo haberme levantado. No recuerdo haber cantado.

—Lo sé —dice Siri—. Lo sé porque al principio intenté hablar contigo por las mañanas y no sabías de qué te hablaba. No recuerdas nada de las noches. Pero sales, Nora. Sales de tu habitación, caminas por el hotel, cantas esa canción, y luego vuelves y te metes en la cama y por la mañana no sabes que ha pasado nada.

La miro. Siri me sostiene la mirada con un esfuerzo que le cuesta en los músculos de la cara: los párpados tiemblan, la mandmíbula aprieta, los tendones del cuello están tensos como cuerdas. No quiere estar diciéndome esto. Cada palabra le cuesta algo que no se mide en energía sino en otra cosa: la moneda que pagan las personas cuando dicen verdades que no van a ser bien recibidas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque me das miedo.

La frase llega desnuda. Sin envolver. Sin la red de frases incompletas y silencios y miradas al suelo que son el idioma habitual

de Siri Lund. Me da miedo. Tres palabras que explican cada gesto, cada retirada, cada vez que abrazó a Odin un poco más fuerte al verme entrar al comedor. No me huía porque supiera algo que yo necesitaba saber. Me huía porque le doy miedo. Yo. La mujer que camina por el hotel de noche cantando canciones de cuna y no lo recuerda.

—No te he hecho nada —digo, y la voz me sale con una firmeza que no sé de dónde sale porque todo lo demás se mueve.

—Lo sé. No me has hecho nada. Pero lo que haces de noche… La forma en que te mueves… Una vez te vi en el pasillo, a las dos de la mañana. Salí a por agua para Odin y estabas de pie frente a tu puerta con los ojos abiertos pero no… no estabas ahí. Estabas de pie y tenías los ojos abiertos y me miraste y no me viste. Fue como mirar a alguien que está dormido de pie. Y tenías algo en la mano. Crayones. Un puñado de crayones.

Crayones. Los crayones de Frida. Los crayones que terminan debajo de mis uñas cada mañana cuando despierto sin recordar por qué.

No respondo. No puedo. La información entra en mi cabeza con la velocidad de un bolo alimenticio que el estómago no está listo para procesar: datos crudos, sin digerir, que caen al fondo y se acumulan. Salgo de noche. Camino por el hotel. Canto la canción de cuna. Llevo crayones en la mano. No lo recuerdo. Nada de eso existe en mi memoria. Las noches en mi cabeza son agujeros negros con bordes nítidos: me acuesto, cierro los ojos, y lo siguiente es el amanecer. Lo que pasa entre esos dos puntos le pasa a otra persona, a una Nora que habita mi cuerpo mientras yo no estoy.

La enfermera que fui antes de ser madre tiene una palabra para esto. Sonambulismo complejo. Parasomnia. El cerebro que activa secuencias motoras sin encender la consciencia. Caminar, abrir puertas, manipular objetos, cantar. Todo sin registro. Todo en un estado que no es vigilia ni sueño sino algo intermedio donde el cuerpo funciona y la mente no graba.

Tor dijo exactamente esto: «I¿Has pensado en la posibilidad de que seas tú?».

Los dibujos del sótano. La mano en la ventana. Las galletas sin bordes. Bjørn movido por el hotel. El plato de leche en la quinta planta. Si salgo de noche con crayones en la mano, si camino por el hotel en un estado que parece vigilia y no lo es, si hago cosas que no recuerdo con la precisión de quien imita los gestos de su hija…

No. No lo miro. Si lo miro, la búsqueda se termina. Y si la búsqueda se termina, lo que queda es la pregunta que está debajo de la búsqueda, la que sostiene todo como una columna sostiene un techo: ¿por qué mi cuerpo busca a mi hija de noche si mi hija está en este hotel? ¿Por qué recreo sus dibujos, sus galletas, su mano en la ventana, si ella está viva y solo necesito encontrarla?

La respuesta está ahí, en la periferia de la visión, donde las cosas se ven borrosas pero se perciben. La respuesta tiene forma y peso y olor, el olor dulce del ala cerrada, el peso de las etiquetas de cartón en las mesillas de noche, la forma de un cuerpo bajo una sábana. No la miro.

—Nora.

Siri. Sigue en la puerta de la 409, con los dedos blancos en el borde y la cara pálida bajo la luz ámbar. Me ha dicho algo que debería cambiarle la forma a todo lo que creo y lo que hago es mirarla y no procesarlo, como un ordenador que recibe un archivo que no puede abrir.

—La canción que has oído esta noche —digo—. ¿Venía de mi habitación?

Siri duda. La duda le dura tres segundos que le recorren la cara como una sombra que pasa.

—No lo sé. No creo. Parecía venir de más abajo. De las escaleras, quizás.

—Pero yo estaba despierta. He estado despierta toda la noche. No me he movido de la cama. No he cantado.

Siri me mira. Algo cambia en su expresión. No es alivio. Es algo más complicado, el recalibrado de alguien que ha aceptado una verdad y ahora tiene que contemplar la posibilidad de que la verdad sea más compleja de lo que pensaba.

—Entonces… ¿quién cantaba?

La pregunta se queda en el pasillo entre las dos, suspendida en el aire ámbar del Granhall, y ninguna de las dos la contesta porque las dos respuestas posibles son peores que la pregunta. Si cantaba yo, entonces las lagunas son más profundas de lo que creo y puedo estar despierta creyendo que estoy despierta sin estarlo. Si cantaba otra persona, entonces alguien en este hotel conoce una canción que solo existen en mi garganta y en los oídos de Frida, y ese alguien la canta de madrugada en los pasillos como quien deja un rastro de sonido para que lo siga.

—Siri. Necesito que me digas algo.

—Qué.

—Tú viste a Frida. Los primeros días. En el comedor. Tu hijo tiene sus dibujos. Frida estuvo aquí. En este hotel. Conmigo. ¿Verdad?

La pregunta es una súpliíca disfrazada de confirmación. Necesito que alguien diga sí. Necesito que una persona que no sea yo pronuncie el nombre de Frida en tiempo pasado cercano y lo conecte con este edificio, con estas paredes, con la cuarta planta del Hotel Granhall. Necesito un testigo.

Siri baja la mirada. Mira a Odin dormido detrás de ella. Mira el suelo. Mira sus propias manos en el borde de la puerta. Cuando levanta la vista, lo que tiene en los ojos es la cosa más difícil que he visto en la cara de otra persona desde que llegué a este hotel: la decisión de decir algo que va a hacer daño.

—Vi a una niña —dice—. Los primeros días. En el comedor. Le dio un dibujo a Odin. Era… era encantadora. Tenía un peluche.

—Bjørn.

—Bjørn. Sí. —Siri respira. La inspiración le tiembla al entrar—. Nora, lo que te voy a decir… No sé si tengo derecho a decirlo. Pero tampoco sé si tengo derecho a no decirlo. —Se abraza a sí misma, los brazos cruzados sobre el pecho, las manos agarrando los codos —. Odin preguntó por ella. Hace dos días. Me preguntó dónde estaba la niña de los dibujos. Le dije que estaba con su mamá. Y él me miró y dijo… dijo algo que…

Siri se detiene. Los ojos se le llenan de líquido pero no derrama nada. Lo contiene. Es una mujer que ha aprendido a contener.

—¿Qué dijo Odin?

—Dijo: «Pero su mamá está sola. Yo la veo sola.»

Las palabras de un niño de ocho años que apenas habla. Un niño que observa y calla y que cuando finalmente dice algo, dice lo que nadie más se atreve a decir. Su mamá está sola. Yo la veo sola. Odin me ha visto en el comedor sin Frida, en los pasillos sin Frida, entrando y saliendo de la 412 sin Frida. Y lo que ha visto no es una madre buscando a su hija. Es una madre sola.

—Eso no significa nada —digo—. Frida está en otra parte del hotel. Odin no la ve porque no está donde Odin puede verla.

—Nora.

—Frida está en este hotel. Hay pruebas. Los dibujos. La mano. La comida.

—Nora, por favor.

El «por favor» me frena. Siri no dice por favor. Siri dice frases sin terminar y mira al suelo y abraza a Odin y huye. No dice por favor. El por favor es nuevo, es una súpliíca que viene de un lugar diferente al miedo. Viene de algo que se parece a la compasión. O a la desesperación de alguien que intenta decirte que la casa se quema y tú le preguntas de qué color es el humo.

—Tu hija no está en el hotel, Nora. Tu hija no ha estado en el hotel desde hace días.

Cierro los ojos. Los abro. Siri sigue ahí. El pasillo sigue ahí. El hotel sigue ahí con sus fluorescentes ámbar y sus tuberías que gimen y su olor a lejía y a algo dulce debajo de la lejía. Todo sigue en su sitio. Todo excepto el suelo, que se ha convertido en otra cosa, en algo que se parece al suelo pero que ya no sostiene igual.

—Mientes —digo—. Todos mentís. Estáis encubriéndola. Erik borró su nombre del registro. Karin me ofrece pastillas para que deje de buscar. Lars sabe lo que pasó y se niega a decirlo. Y tú, Siri, tú viste a mi hija, tu hijo tiene sus dibujos, y ahora me dices que no está.

Siri no retrocede. No cierra la puerta. No aparta la mirada. Se queda donde está, en el umbral de la 409, con el cuerpo de su hijo dormido detrás de ella y el mante del pasillo envolviéndola en ámbar, y lo que tiene en la cara no es miedo ni compasión sino algo

que es las dos cosas y ninguna, la expresión de quien mira a otra persona romperse y sabe que romperla es lo más amable que puede hacer.

—Beklager —susurra.

Lo siento. La misma palabra que me dijo en el comedor el día que huyó con Odin de la mano. Beklager. Pero aquella vez era una disculpa por irse. Esta vez es una disculpa por quedarse. Por decir lo que ha dicho. Por hacerme daño con la verdad o con lo que ella cree que es la verdad.

Me doy la vuelta. Camino hacia la 412. Los pies sobre la moqueta, sin ruido, como siempre. La puerta. La tarjeta. El clic. La habitación que huele a lejía y a moqueta y a la ausencia de una niña que ya nadie me confirma que esté viva.

Me siento en la cama. Bjørn en el regazo. La ventana con el centímetro abierto que dejé para que el frío me mantuviera despierta. El frío sigue entrando. El fiordo está ahí fuera, invisible en la oscuridad, con su superficie negra que no refleja nada y que esta noche se parece a lo que hay dentro de mi cabeza: un espacio grande y oscuro y profundo que contiene cosas que no veo pero que mueven el agua desde abajo.

La canción. La cantabas tú. Las palabras de Siri dan vueltas como un animal enjaulado. Si soy yo la que canta de noche, si soy yo la que sale con crayones en la mano, si soy yo la que dibuja árboles en el sótano y pone manos pequeñas en las ventanas y prepara platos de galletas sin bordes, entonces todo lo que he encontrado, cada pista, cada prueba de que Frida está viva en el hotel, es obra de una mujer que camina dormida y construye un mundo donde su hija todavía existe.

Y si eso es cierto, la pregunta que sigue es la que no puedo formular porque formularla es aceptar la premisa, y aceptar la premisa es aceptar que Frida no está. Y Frida está. Tiene que estar. Porque si no está, entonces lo que soy es una mujer sentada en una cama de hotel con un peluche que huele a una niña que ya no vive, cantando canciones que nadie escucha, dibujando árboles que nadie va a ver, preparando comida que nadie va a comer.

Aprieto a Bjørn contra el pecho. La tela huele a ella. A crayón. A jabón barato. A pelo de niña. A Frida. El olor es real. El olor no miente. Los olores no tienen lagunas ni episodios nocturnos ni constructos disociativos. El olor de Frida está en este peluche porque Frida lo tuvo en los brazos, lo apretó contra la barbilla, durmió con él durante años, y ese olor es más real que cualquier registro, que cualquier testigo, que cualquier palabra dicha en un pasillo a las cuatro de la madrugada por una mujer que tiene miedo y que no sabe distinguir lo que vio de lo que cree haber visto.

Miro la ventana. El fiordo no se ve. Solo la oscuridad. Solo la nada que no es silencio, como dijo Lars. Solo el espacio negro entre lo que sé y lo que no quiero saber, que es exactamente el mismo espacio, visto desde dos lados distintos de un cristal que nadie limpia.

Capítulo 14
Día 6: El racionamiento

Día 6: El racionamiento

Frida tenía a Bjørn apretado contra la cara cuando Nora llegó al ala médica a las siete de la mañana. No contra el pecho como los días anteriores. Contra la cara. La oreja descosida le tapaba un ojo y la nariz del peluche le rozaba los labios agrietados y la niña respiraba a través de la tela gris como si el poco aire que le quedaba necesitara pasar primero por Bjørn para ser respirable.

La temperatura de las seis era 39,6. Nora lo había leído en el monitor al llegar, antes de mirar a Frida, antes de tocarla, porque los números eran más fáciles que la cara. Los números no pedían nada. No te miraban con ojos húmedos. No te agarraban el pulgar con una fuerza que no correspondía a su tamaño. Los números eran limpios, clínicos, el idioma en el que Nora podía funcionar cuando todo lo demás le fallaba. Saturación: 89%. Frecuencia cardíaca: 134. Frecuencia respiratoria: 28. Cada cifra era una palabra en un diagnóstico que Nora conocía de memoria y que nunca había tenido que leer sobre el cuerpo de su hija.

Siri no estaba. Su silla junto a la camilla estaba vacía, con la manta doblada sobre el asiento y un vaso de agua a medio beber en el suelo. Nora no sabía si Siri había subido a ver a Odin o si había dormido un rato en la 409 o si estaba en el baño del ala médica llorando con la puerta cerrada, que era algo que Nora habría hecho si su cuerpo todavía recordara cómo se llora. El suyo había dejado de hacerlo en algún punto entre la tercera noche sin dormir y la madrugada en que bajó al almacén y cogió el vial. Las lágrimas requerían un tipo de rendición que su sistema nervioso ya no se podía permitir.

Se sentó en la silla de Siri. Le apartó a Bjørn de la cara con cuidado, centrímetro a centímetro, porque Frida tenía los dedos cerrados alrededor del peluche y cada milímetro que se alejaba de

su piel provocaba un ajuste en la respiración, una aceleración sutil que decía: no me lo quites. Le dejó a Bjørn en el pecho, dentro del alcance de los dedos pero fuera de la cara, y le apartó el mechón de la frente. El ritual. El pulgar sobre la sien. La piel estaba ardiendo.

Frida abrió los ojos. El marrón había cambiado. De textura: era un marrón líquido, inestable, con un brillo que no venía de la vida sino de la fiebre, como la superficie de algo que se derrite. Los ojos buscaron a Nora y la encontraron y se quedaron fijos en ella con esa concentración absoluta que Frida ponía en las cosas que importaban: los dibujos, los árboles, la decisión de si algo merecía un «buenísimo» o no.

—Mamá.

La voz era papel. Fina, seca, sin la resonancia que le daban las cuerdas vocales cuando estaban hidratadas y sanas. Era la voz de Frida filtrada por cuatro días de fiebre y tos y oxígeno por cánula, y a Nora le costó un esfuerzo clínico no reaccionar a lo diferente que sonaba, porque la diferencia no era solo de volumen sino de algo más profundo, algo que tenía que ver con la energía que hace falta para convertir aire en palabras y que Frida ya no tenía en cantidad suficiente.

—Estoy aquí, cariño.

—¿Es de día?

—Sí. De mañana.

—No parece de mañana. Parece de siempre.

Tenía razón. El ala médica no tenía ventanas. La luz era artificial, constante, la misma a las siete de la mañana que a las tres de la madrugada. Para Frida, que había pasado cinco días mirando el fiordo cambiar de color a través de la ventana de la 412, esta luz sin tiempo debía de ser como vivir dentro de un reloj sin manecillas.

—¿Quieres dibujar?

La pregunta salió antes de que Nora la pensara. Reflejo de madre, no de enfermera. La enfermera sabía que una niña con saturación del 89% y frecuencia respiratoria de 28 no tenía energía para sostener un crayón. La madre necesitaba que Frida dijera que sí, que quería dibujar, que las hojas no le salían bien y que el cielo se quedaba arriba y que Bjørn era un conejo.

Frida negó con la cabeza. Un movimiento pequeño, apenas un grado de rotación, la almohada pesaba demasiado. La cabeza hubiera olvidado cómo ejecutar gestos que no fueran los imprescindibles para sobrevivir.

—Me canso.

Dos palabras. Las dos palabras más largas que Nora había escuchado en la vida, porque contenían todo lo que Frida nunca decía. Frida no se cansaba. Frida era la niña que contaba peldaños y nombraba árboles y dibujaba pájaros con sombrero y negociaba el color de los vasos y decía «te odio» y luego pedía perdón con la punta de los dedos. Frida no se cansaba porque la energía era su material de construcción, el combustible con el que edificaba el mundo a su medida. Si Frida decía «me canso», lo que quedaba de ese combustible cabía en las dos sílabas de un verbo conjugado.

Nora le dio agua. Frida bebió un trago, tosió, bebió otro. La tos era diferente ahora: más profunda, con un componente líquido que sonaba a burbuja reventándose en el fondo de los bronquios. Tos productiva. El cuerpo intentando expulsar lo que se acumulaba en los pulmones. Nora escuchó cada golpe con la precisión de un sismógrafo y lo que registró no fue bueno: la tos venía de más abajo que ayer, de la base de los pulmones, donde el líquido se deposita cuando la gravedad y la enfermedad trabajan juntas.

Karin apareció detrás del biombo a las ocho. Bata blanca, tableta, estetoscopio. La rutina de una médica que lleva días haciendo lo mismo con resultados que empeoran en cada ronda. Se puso el estetoscopio en los oídos y lo colocó en el pecho de Frida. La niña no se movió. Había dejado de protestar contra el metal frío en la piel, contra los dedos de personas que no eran su madre, contra todo lo que antes le provocaba rechazo y que ahora le provocaba nada.

Karin escuchó durante quince segundos. Movió el estetoscopio a la espalda. Escuchó otros quince. La cara no cambió pero los dedos que sostenían el diafragma apretaron medio grado más, y Nora, que llevaba catorce años leyendo las manos de los médicos porque las manos decían lo que las caras no, supo lo que ese medio grado significaba: lo que Karin escuchaba era peor que ayer.

Se quitó el estetoscopio. Anotó algo en la tableta. Miró a Nora.

—¿Puede acompañarme un momento?

No era una invitación. Era la versión médica de «tenemos que hablar fuera de la habitación del paciente», la frase que los profesionales usan cuando lo que van a decir no debe oírse desde la camilla. Nora le tocó la mano a Frida. Los dedos estaban calientes e inertes, como objetos que pertenecen a un cuerpo que ha dejado de usarlos.

—Vuelvo en un momento, cariño.

Frida no abrió los ojos. Apretó a Bjørn. Fue su forma de decir que había oído.

Karin la llevó al fondo del ala médica, detrás del escritorio, fuera del alcance auditivo de los pacientes. El espacio era pequeño: la pared de hormigón, el escritorio metálico, la puerta del almacén que Nora había abierto la noche anterior. El vial robado estaba en el bolsillo del pantalón de chándal que había dejado debajo de la almohada de la 412. Nora sintió el peso de su ausencia como se siente la ausencia de un arma que deberías llevar encima.

Karin se sentó en su silla. No le ofreció asiento a Nora. La omisión era en sí misma una declaración: lo que iba a decir no requería comodidad.

—La situación clínica de Frida ha progresado. Los crepitantes son bilaterales y la saturación no responde al oxígeno suplementario como debería. Estamos en un cuadro compatible con neumonía viral con componente de distrés respiratorio incipiente.

Nora no necesitaba la traducción. Cada término aterrizaba en su cabeza con la precisión de una bala en un blanco que ya tenía los agujeros marcados. Crepitantes bilaterales: líquido en ambos pulmones. Saturación que no responde: los pulmones pierden capacidad de intercambio gaseoso. Distrés respiratorio incipiente: el cuerpo se está quedando sin aire.

—¿Oseltamivir?

Karin la miró por encima de las gafas.

—El oseltamivir funciona mejor dentro de las primeras cuarenta y ocho horas. Estamos en el día cuatro de síntomas. La eficacia a estas alturas es… limitada.

—Limitada no es cero.

—No. No es cero. Pero las dosis que nos quedan son finitas y hay otros pacientes en fases más tempranas que tienen mayor probabilidad de respuesta. El protocolo de triage establece…

—El protocolo de triage está diseñado para adultos en hospitales con recursos, no para niños de cinco años en hoteles de cuarentena sin evacuación médica.

Karin no reaccionó al tono. Karin no reaccionó al tono. No reaccionaba nunca.

—Nora, entienda mi posición. Tengo cuatro viales de oseltamivir.

Cuatro. Nora hizo la cuenta sin querer: ayer había cinco. Ahora había cuatro. El quinto estaba debajo de su almohada en la 412. Karin había dicho «cuatro» sin dudar, lo cual significaba que aún no había descubierto que faltaba uno o que lo sabía y no lo mencionaba. Nora archivó la ambigüedad en el mismo lugar donde guardaba todo lo que no podía procesar ahora.

—Cuatro viales —continuó Karin—. Tres pacientes adultos en fase temprana con alta probabilidad de respuesta. Un paciente pediátrico en fase avanzada con baja probabilidad. Si administro el antiviral a Frida, estoy retirando una dosis de alguien que tiene más posibilidades de beneficiarse. Eso no es una decisión médica. Es aritmética.

—Mi hija no es aritmética.

—Su hija es una paciente. Como los demás. Y mi obligación es tratar a todos según el mejor resultado posible con los recursos disponibles. No según quién tiene una madre enfermera que sabe dónde está el almacén.

La frase aterrizó en el espacio entre las dos mujeres con la precisión de un bisturí. Karin sabía. Sabía que Nora había entrado al almacén. Quizás sabía que faltaba un vial. Quizás lo había sabido desde las siete de la mañana y había esperado a tener esta conversación para mostrarlo, como un médico que guarda el resultado de una prueba para el momento en que el paciente esté sentado y no de pie.

Nora no negó. No confesó. Se quedó en el espacio intermedio que es el territorio natural de las personas que llevan demasiados

días sin dormir y demasiados años manejando crisis: el espacio donde la verdad y la estrategia son la misma cosa.

—Si no le da el antiviral —dijo Nora—, ¿qué opciones tiene?

—Soporte. Oxígeno. Antipiréticos. Hidratación. Y esperar a que su sistema inmunológico haga lo que tiene que hacer.

—Tiene cinco años. Su sistema inmunológico no ha terminado de formarse.

—Lo sé.

Dos sílabas. Karin las pronunció con un peso que Nora no le había oído antes. El «lo sé» de quien ha pensado durante horas y ha llegado a una conclusión que no le gusta.

Nora la miró. Karin le sostuvo la mirada. Lo que pasó entre las dos en esos segundos no fue un enfrentamiento sino un reconocimiento: dos profesionales que hablaban el mismo idioma clínico y que sabían que los números no ment00EDan y que las decisiones de triage no se toman con el corazón sino con la probabilidad, y que la probabilidad, en este caso, no favorecía a una niña de cinco años con cuatro días de síntomas y pulmones que se llenaban de líquido a una velocidad que el oxígeno solo no podía contener.

Nora se dio la vuelta. Volvió a la camilla de Frida. La niña estaba dormida otra vez, con la boca abierta y la respiración audible a dos metros de distancia: un ronquido húmedo que subía y bajaba de tono como el quejido de las tuberías del hotel, el edificio y la niña respiraran en la misma frecuencia, enfermos los dos, llenos de algo que no debería estar ahí.

Se sentó en la silla. Le tocó la frente. La fiebre irradiaba a través de la piel con una intensidad que ya no era temperatura sino textura: la piel de Frida tenía la consistencia de algo que se está cocinando, seca por fuera y húmeda por debajo, con un calor que no venía de la superficie sino de un lugar más profundo, del centro del cuerpo, del sitio donde la fiebre se fabrica y desde donde se extiende como un incendio que avanza por las paredes de una casa.

El día pasó en el ala médica con la lentitud de las cosas que no quieres que avancen pero que avanzan igual. Nora no subió a la 412. No comió. Bebió tres vasos de agua del grifo del baño y se

sentó junto a la camilla de su hija y observó, porque observar era lo único que podía hacer sin romper nada.

Frida se despertaba a intervalos. Cada vez más cortos, cada vez más confusos. A las diez abrió los ojos y preguntó por Odin. Nora le dijo que Odin estaba bien, que jugaba en su habitación, que le mandaba un saludo, y cada palabra era una ficción construida con los restos de un mundo donde los niños juegan y mandan saludos y las cosas están bien.

A mediodía, Frida habló con Bjørn. No en voz alta. En susurros, con los labios pegados a la oreja descosida, en una conversación privada entre una niña y su peluche que Nora no intentó escuchar porque había cosas que pertenecían a Frida y a Bjørn y a nadie más, ni siquiera a la madre que estaba a treinta centímetros.

A las dos de la tarde, la voz de Frida cambió. No en volumen ni en tono sino en algo que no tenía nombre técnico y que Nora solo podía describir como presencia. La voz de Frida siempre había tenido presencia: la capacidad de llenar una habitación, de reclamar atención, de convertir cada frase en un evento. Ahora la presencia se había retirado. Lo que quedaba era sonido sin fuerza, aire que pasaba por unas cuerdas vocales que ya no vibraban con la convicción de antes.

—Mamá.

—Dime.

—Bjørn quiere saber si el pájaro de mi pecho se va a ir.

La pregunta llegó formulada a través de Bjørn, como hacía Frida cuando quería preguntar algo que le daba miedo: lo canalizaba a través del peluche, porque Bjørn podía hacer preguntas que Frida no se atrevía a hacer, y si la respuesta era mala, era Bjørn el que la recibía y no ella.

—El pájaro se va a ir —dijo Nora—. Los pájaros siempre se van. A veces tardan un poco pero siempre encuentran la salida.

—Bjørn dice que este pájaro es grande. Más grande que los otros. Bjørn dice que este pájaro…

Tosió. Seis golpes. Cada uno le sacudía el cuerpo entero, de los hombros a las rodillas, la tos era algo con garras que la agitaba desde dentro. Nora le sostuvo la cabeza con una mano y le mantuvo

la cánula de oxígeno en su sitio con la otra. Cuando la tos cesó, Frida tenía los ojos rojos y la nariz mojada y un hilo de saliva espesa que le colgaba del labio inferior.

Nora la limpió con una gasa. Frida dejó que la limpiara sin protestar, sin apartar la cara, sin esa reacción de independencia feroz que era su marca registrada desde los tres años. Se dejaba hacer. Era otra forma de decir me canso sin usar las palabras.

A las cuatro de la tarde, Karin hizo la ronda. Tomó constantes, escuchó el pecho, anotó datos. Cuando pasó junto a Nora camino al siguiente paciente, le dijo una sola frase en voz baja, sin detenerse, como quien suelta un dato al pasar:

—La saturación ha bajado a 87.

Ochenta y siete. Con oxígeno suplementario. Nora cerró los ojos un segundo. Los abrió. El número seguía ahí, en su cabeza, con la claridad de las cifras que marcan un antes y un después. Por debajo de 90 con oxígeno, el cuerpo entra en territorio donde los órganos empiezan a sentir la falta de lo que necesitan para funcionar. El corazón trabaja más. El cerebro recibe menos. Los riñones ajustan. Todo el sistema se reconfigura para sobrevivir con menos, y esa reconfiguración tiene un coste que se mide en horas, no en días.

A las cinco, Frida tuvo un episodio de delirio febril. Abrió los ojos de golpe y dijo «papá», con una voz que no era la suya sino algo más antiguo, la voz de una niña más pequeña, quizás de dos o tres años, cuando todavía existía un padre en su vocabulario. Nora le cogió la mano. La mano estaba caliente y húmeda y los dedos se cerraron alrededor de los suyos con una fuerza que era lo contrario de la laxitud de esa mañana: una fuerza de agarre, de anclaje, la de alguien que se sujeta a algo para no ser arrastrada por una corriente que no ve pero que siente.

—Estoy aquí, Frida. Soy mamá. Estoy aquí.

Frida la miró pero lo que veía no era Nora. Lo que veía estaba detrás de Nora, o dentro de Nora, o en algún lugar que la fiebre había construido con los materiales de su memoria y su imaginación y su miedo. Los ojos estaban abiertos pero el foco flotaba, se movía, iba de un punto a otro de la habitación siguiendo algo que solo ella podía ver.

—Los árboles se mueven —dijo.

—No hay árboles aquí, cariño. Estamos en el hospital. Mamá está contigo.

—Sí hay. Están afuera. Los veo. Se mueven porque el viento los empuja. Pero no se caen. ¿Sabes por qué no se caen, mamá?

—¿Por qué?

—Porque las raíces son más fuertes que el viento.

La frase salió con una nitidez que no correspondía al resto. Un bolsillo de lucidez dentro del delirio.

Los ojos se le cerraron. La mano aflojó la presión alrededor de los dedos de Nora, primero el meñique, luego el anular, como una secuencia que se apaga. El delirio pasó. Lo que vino después fue sueño, un sueño denso y caliente que se la llevó hacia abajo como una corriente se lleva un cuerpo que deja de resistirse.

Nora se quedó con la mano de Frida entre las suyas. Los dedos pequeños, calientes, con las uñas sucias de crayón. Frida tenía restos de crayón debajo de las uñas, igual que Nora. Azul. Verde. La última vez que había dibujado era el día cuatro, los pájaros con sombrero, los árboles de invierno. Dos días atrás. Parecían dos años.

Siri volvió a las seis con Odin. El niño se quedó en la puerta del ala médica, con la cara seria y los ojos grandes, mirando el espacio de biombos y camillas y tubos como quien mira un lugar que sabe que no le pertenece pero que necesita ver. Siri le había traído algo a Frida: otro dibujo de Odin. Un árbol más grande que el anterior, con más ramas, más pájaros. El cielo seguía siendo una línea azul arriba del todo. Siri lo dejó sobre la sábana, junto a Bjørn, donde Frida pudiera verlo al despertar.

Odin se quedó en la puerta. Se giró y enterró la cara en el estómago de su madre.

A las ocho de la noche, Nora subió a la 412. Necesitaba el vial. El vial que había cogido del almacén la noche anterior, el que tenía escondido debajo de la almohada, el que contenía una dosis adulta o dos dosis pediátricas de oseltamivir que Karin no iba a administrar porque el protocolo decía que no, porque la aritmética decía que no, porque la probabilidad de respuesta decía que no.

La 412 estaba como la había dejado: los crayones en el suelo, el cuaderno abierto, el pijama de los cohetes, el inhalador vacío. Todo igual. Todo intacto. Todo esperando a que alguien volviera a darle vida. Levantó la almohada. El vial estaba ahí: cristal, tapón de goma, etiqueta blanca con letras azules. Lo cogió. Lo sostuvo en la palma. Era pequeño. Pesaba como pesaba una moneda de dos coronas. Contenía algo que quizás podía salvar a su hija o quizás no podía hacer nada, y la distancia entre esas dos posibilidades era la distancia que separa la esperanza del engaño, y Nora, que era enfermera, sabía que esa distancia no existe: la esperanza y el engaño son la misma cosa mirada desde lados distintos del resultado.

Se guardó el vial en el bolsillo. Bajó las escaleras. En el rellano de la segunda planta se detuvo. La tos de Frida le llegó a través de la puerta cerrada del ala médica: amortiguada, lejana, como un eco de algo que pasa al otro lado de un muro grueso. Contó los golpes. Cuatro. Pausa. Tres más. Pausa larga. La pausa larga era la peor parte: el silencio entre las toses donde el cuerpo reunía fuerzas para el siguiente embate, donde los pulmones intentaban expandirse y no lo conseguían del todo, donde el aire entraba con un silbido que Nora escuchaba incluso a través de una puerta metálica con cierre hermético.

El vial en el bolsillo. La puerta cerrada. La tos detrás de la puerta. La lógica de la enfermera: fuera de ventana terapéutica, baja probabilidad de respuesta, recurso escaso. La lógica de la madre: es mi hija y se está muriendo y tengo en el bolsillo algo que podría no ser suficiente pero que es más que nada.

No bajó. Aún no. Se quedó en el rellano con la mano en el bolsillo, los dedos cerrados alrededor del cristal frío del vial, escuchando la tos que se filtraba por la puerta como un código morse que solo decía una cosa, una y otra vez, con cada golpe: sigo aquí, sigo aquí, sigo aquí.

Subió a la cuarta planta. No fue a la 412. Fue a la ventana del fondo del pasillo, la que daba al fiordo. El cristal estaba empañado por dentro, como siempre. El hotel transpiraba. Limpió un círculo con la manga y miró afuera. El fiordo estaba negro. La nieve caía

vertical, densa, sin viento. Los abetos eran sombras que no se movían. El mundo al otro lado del cristal parecía un decorado apagado, un escenario donde la función se ha cancelado y nadie se ha molestado en retirar la utilería.

Las raíces son más fuertes que el viento. La frase de Frida. Dicha en un delirio, con ojos que veían árboles donde no había árboles. Pero Frida siempre había tenido razón en las cosas que decía sin saber que las decía: el cielo se queda arriba, los pájaros vuelan por encima de las tormentas, cuando alguien mira tu dibujo mucho rato es porque le gustas. La lógica de Frida no seguía las reglas del mundo adulto. Seguía otras, más profundas, más limpias, las de un universo donde las cosas son lo que decides que sean y las raíces aguantan porque no saben hacer otra cosa.

Nora se apartó de la ventana. Bajó a la 412. Se sentó en la cama. Sacó el vial del bolsillo y lo puso en la mesilla junto al inhalador vacío. Dos objetos. Uno que no contenía nada. Otro que contenía algo que podría ser una posibilidad o podría ser un engaño disfrazado de posibilidad. Los miró durante un tiempo que no supo medir. La luz del fiordo no entraba por la ventana. Solo la oscuridad, que lo llenaba todo con su peso específico de cosa viva.

En la planta dos, Frida tosía. Nora no podía oírla desde la cuarta planta. Pero la oía igual: en la memoria, en los huesos, en la frecuencia específica que el cuerpo de una madre sintoniza desde el día en que su hijo nace y que no se puede apagar, no se puede bajar de volumen, no se puede ignorar ni siquiera cuando dos plantas de hormigón y una puerta hermética se interponen entre la madre y la tos.

Capítulo 15

Tor

Tor

Necesito pruebas que no dependan de mi memoria. Eso dijo Tor. Pruebas que no se puedan explicar con las lagunas. Un testigo que no sea yo. Llevo toda la mañana sentada en la cama de la 412 con esas tres condiciones girando en la cabeza como tuercas que buscan un tornillo, y lo que encuentro cada vez que completo una vuelta es lo mismo: Siri. Siri vio a Frida. Siri me dijo anoche que la canción la cantaba yo. Y en la misma conversación, Siri dijo «vi a una niña». Lo dijo en pasado. Lo dijo mirando al suelo. Lo dijo con la cara de quien sabe algo que no quiere saber. Pero lo dijo.

El problema es que el testimonio de Siri es un cuchillo de doble filo. Confirma que Frida estuvo en el hotel. También confirma que Siri cree que ya no está. Las dos cosas viven en la misma persona y la misma conversación, y usar una sin enfrentar la otra es como beber la mitad de un vaso de veneno y pretender que la otra mitad es agua.

Bajo al comedor a mediodía. Doce personas. Tres más que ayer, lo cual no significa que hayan llegado nuevos huéspedes sino que algunos de los que estaban encerrados en sus habitaciones han empezado a salir, empujados por el hambre o por la claustrofobia o por la necesidad animal de estar rodeado de otros cuerpos cuando el miedo se hace demasiado grande para un espacio pequeño. El comedor huele a sopa de sobre y a kaffi recalentado y al olor dulón de los cuerpos que llevan días bañándose con agua fría. La caldera del hotel funciona a medias desde ayer.

Siri no está. Odin tampoco. La mesa que ocupaban está vacía, con una servilleta usada y un vaso con restos de leche que nadie ha recogido.

Tor sí está.

Sentado en la mesa junto a la ventana, la misma de siempre, con una taza de kaffi entre las manos que no bebe. Me ve entrar. No hace ningún gesto. No levanta la mano ni asiente ni cambia la postura. Simplemente me mira y espera, con esa paciencia específica que tienen las personas que saben que vas a ir hacia ellas porque no tienes otro sitio donde ir.

Me siento frente a él. La mesa es pequeña y las rodillas casi se tocan debajo. El cristal de la ventana está empañado por dentro. El fiordo, al otro lado, es una mancha gris sin forma. Alguien ha dibujado una cara sonriente en el vaho del cristal. Una cara infantil, redonda, con dos ojos y una boca curva. No la he dibujado yo. Miro a Tor. Tor mira el dibujo en el cristal y después me mira a mí y no dice nada.

—Siri me dijo algo anoche —digo.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Las paredes de este hotel son finas. Y tu conversación con Siri no fue exactamente un susurro.

Las paredes son finas. Siri me lo dijo: me oía cantar a través de la pared. Si Siri me oía desde la 409, Tor podía oírnos desde la 407. Estamos todos apilados en la cuarta planta del Granhall como sardinas en una lata de hormigón, sin intimidad, sin espacio, sin la posibilidad de tener una conversación que no sea escuchada por alguien a través de una pared que debería ser más gruesa y no lo es.

—Siri dice que la canción la canto yo —digo—. Dice que salgo de noche. Que me ha visto en el pasillo con crayones en la mano y los ojos abiertos sin estar despierta.

Tor asiente. El gesto no es de confirmación. Es de algo más lento, más pesado, el movimiento de quien reconoce un territorio que ya ha recorrido.

—Y sin embargo —dice—, anoche estabas despierta y la oíste igual.

—Sí.

—Entonces una de dos: o las noches anteriores también estabas despierta y no lo recuerdas, o anoche la canción no venía de ti.

Las dos opciones puestas sobre la mesa, limpias, sin adorno, como fichas de dominó. Cada una destruye algo diferente. La primera destruye la confianza en mi propia consciencia: si puedo estar despierta y no saberlo, si mis ojos abiertos no garantizan que yo esté detrás de ellos, entonces nada de lo que percibo es fiable. La segunda destruye la hipótesis de que todo lo que encuentro en el hotel es obra mía: si anoche alguien cantó la canción mientras yo estaba despierta de verdad, entonces hay otra fuente de esa melodía, alguien que la conoce, alguien que se mueve por el Granhall de madrugada dejando un rastro de sonido que tiene la forma exacta de mi hija.

—Quiero creer la segunda —digo.

—Lo sé —dice Tor—. Yo también quería creer la segunda. Con mi hija. Con mi mujer. Quería creer que las señales que encontraba eran de ellas y no de mí. Que alguien las había escondido y me dejaba pistas. Que la puerta del jardín que se abría sola de noche era mi hija jugando al escondite desde algún lugar donde los muertos siguen jugando.

La frase llega envuelta en una quietud que no tiene nada que ver con la calma. Es la quietud de alguien que ha recorrido un campo de minas tantas veces que ya no salta con las explosiones.

—¿Cómo murieron?

No había preguntado antes. No había querido. La historia de Tor era un espacio que no me pertenecía y que no quería habitar porque intuyo que lo que hay dentro tiene la forma exacta de lo que me niego a aceptar sobre mi propia historia. Pero ahora necesito saberlo. No por empatía. Por cálculo: si entiendo lo que le pasó a Tor, quizás entiendo lo que Tor espera que me pase a mí, y si entiendo lo que espera, puedo anticipar si lo que me ofrece es ayuda o dirección.

Tor gira la taza entre las manos. El kaffi se mueve en círculos lentos, con la superficie oscura y opaca que refleja la luz del fluorescente como un fiordo en miniatura.

—Mi mujer se llamaba Ingrid. Mi hija, Liv.

Liv. Vida. Lo registro sin querer. La hija de Tor se llamaba Vida.

—Liv tenía cuatro años. Pelo rubio, ojos azules, la sonrisa más grande que he visto en una cara tan pequeña. Le gustaban los charcos. Los pisaba todos. Cada charco era una aventura que requermía botas y una estrategia. Ingrid la dejaba hacer. Yo también. —La voz de Tor es llana, sin dramatismo, con esa modulación específica de las historias que se han contado tantas veces que ya no pesan al salir sino al llegar—. Murieron en un accidente de coche en la E6, al norte de Trondheim. Un camión que derrapó en el hielo. Ingrid conducía. Liv iba detrás. Yo no estaba en el coche.

Yo no estaba en el coche.

—¿Cuánto hace?

—Tres años.

Tres años. La duración de todo lo que ha pasado después: el luto, la reconstrucción, el brote, la cuarentena, este hotel. Tor ha vivido tres años sin Ingrid y sin Liv. Los ha vivido con la misma cara que tiene ahora: cansada pero funcional, con los ojos que se quedan en los tuyos un segundo más de lo que deberían y los hombros que se apoyan en los marcos de las puertas necesitandon algo sólido para no ceder.

Saca algo del bolsillo de la chaqueta. Una foto impresa, del tamaño de un carnet, con los bordes gastados por el uso. La pone sobre la mesa entre los dos. Me inclino.

Una mujer morena, un Tor más joven, y una niña.

La niña tiene el pelo rubio. Ojos grandes. Una sonrisa que le ocupa toda la cara. Está sentada en el regazo de Tor con un peluche en los brazos —no un conejo, un perro de tela con las orejas caídas — y mira a la cámara con esa confianza total de los niños que no saben que el mundo puede romper lo que quiere. Tiene cuatro años. Se parece a Frida. No en los rasgos sino en algo más difícil de nombrar: la intensidad con la que mira, la forma en que ocupa el espacio, la certeza de que el sitio donde está es exactamente el sitio donde debe estar.

Miro la foto durante un tiempo que no sé medir. La cara de Liv. La cara de Tor antes. La cara de Ingrid. Tres personas que existían

juntas y que ahora son una foto en el bolsillo de un hombre sentado en un hotel de cuarentena con una taza de kaffi que no bebe.

—Se parece a Frida —digo, y la frase me sale con un peso que no esperaba, como si las palabras estuvieran hechas de algo más denso que el aire.

—Sí —dice Tor. Recoge la foto. La mira un segundo. La guarda —. Se parecía.

Se parecía. Pasado. Tor usa el pasado para su hija con la naturalidad de alguien que lleva tres años conjugando la pérdida en el tiempo verbal que le corresponde. Yo no puedo. No me sale. El pasado aplicado a Frida es un idioma que mi boca se niega a hablar.

Tor se inclina sobre la mesa. Los codos en la madera. Las manos rodeando la taza. La postura de alguien que va a decir algo que ha pensado mucho y que sabe que va a hacer daño y que lo dice de todos modos porque callarlo haría más.

—Lo más difícil no es perder a alguien, Nora. Eso es terrible, pero el cuerpo sabe cómo sobrevivir a lo terrible. Lo que el cuerpo no sabe manejar es aceptar tu papel en la pérdida. El lugar que ocupaste. Lo que hiciste o lo que no hiciste. La decisión que tomaste o que no tomaste. Eso es lo que la cabeza borra. No la pérdida. La participación.

La frase se queda en el aire del comedor como el olor del kaffi recalentado: presente, persistente, imposible de ventilar. La miro y la miro y no consigo hacerla encajar en mi historia porque mi historia no tiene participación. Mi historia es la de una madre cuya hija desapareció en un hotel de cuarentena mientras el sistema miraba para otro lado. Mi participación es la búsqueda. Lo que hice es buscar. Lo que hago es seguir buscando.

—No me estoy escondiendo de nada —digo.

—No digo que te escondas. Digo que la memoria esconde por ti. Es distinto. No es una elección. Es un mecanismo. El cerebro cierra las puertas que no puedes cruzar todavía. A veces las cierra para siempre. A veces, cuando estás lista, las abre.

—No tengo puertas cerradas.

Tor no contesta. Se limita a mirarme, y en la forma en que su mirada se queda en la mía hay algo que no es desafío ni compasión

ni juicio sino algo anterior a las tres cosas, algo que se parece a lo que hay en la cara de un médico que sabe el diagnóstico y espera a que el paciente lo descubra solo porque imponerlo no funciona, porque las verdades que se imponen se rechazan y las que se descubren se aceptan, y la diferencia entre las dos es la diferencia entre curar y romper.

Me levanto. Dejo la sopa sin tocar. Camino hacia la puerta del comedor. A medio camino, la voz de Tor me alcanza por la espalda.

—Nora. Ten cuidado con las noches. Lo que haces dormida no es culpa tuya. Pero lo que haces despierta sí lo es.

No me giro. Salgo del comedor y subo las escaleras con la frase pegándoseme a la piel como la humedad del Granhall, colmándose en cada pliegue, metiéndose en los sitios donde el cuerpo no puede protegerse.

La tarde la paso en la 412. Cuento los objetos de Frida como quien cuenta municiones: los crayones en el suelo (diecisiete, de los veinticuatro originales, siete gastados hasta ser inservibles), el cuaderno con doce páginas usadas y trece en blanco, el pijama de los cohetes, el inhalador vacío, la caja de ibuprofeno con una dosis restante. Y los dos Bjørn: el que huele a ella y el que huele a hotel.

Reviso la mochila médica. Las pastillas sin etiqueta siguen en el frasco: catorce pastillas redondas, blancas, sin marcar. No las he tocado. No las voy a tocar. Si las tomo, si me dejan inconsciente o me borran las horas o me convierten en la mujer dócil que Karin quiere que sea, pierdo lo único que tengo: la capacidad de buscar. Y si dejo de buscar, Frida desaparece. No del hotel. De la realidad. Porque en este momento, la única persona que sostiene la existencia de Frida en el Hotel Granhall soy yo.

A las nueve, el toque de queda. Los fluorescentes bajan a medio gas. El hotel cambia de registro, como cada noche: el ruido del día se retira y lo que queda es la carcasa, el esqueleto acústico del edificio, los sonidos que el hormigón emite cuando nadie los enmascara. Las tuberías. El generador. El viento contra las ventanas del sexto piso que a veces suena como una voz y a veces como algo que raspa.

Esta noche voy a hacer lo que no pude hacer anoche después de hablar con Siri: vigilar. Pero esta vez no me quedo en la cama. Si salgo dormida, necesito que algo me detenga. Algo físico. Un obstáculo que mi cuerpo sonámbulo no pueda superar con la misma facilidad con que abre puertas y baja escaleras y dibuja árboles en paredes de sótanos.

Cojo el cinturón del pantalón de chándal. Ato un extremo a la tubería de la calefacción. El otro a mi muñeca izquierda, con un nudo doble que puedo desatar despierta pero que el cuerpo dormido no debería poder deshacer.

Me siento en la cama con la espalda contra la pared. Bjørn en el regazo. La ventana abierta un centímetro: el frío del fiordo entra como un hilo de acero que me llega a los brazos desnudos. La lámpara de la mesilla apagada. Solo la luz ámbar del pasillo que se cuela por debajo de la puerta, una línea fina y horizontal que es lo único que separa mi habitación de la oscuridad total.

Espero.

Las horas pasan con la consistencia del hormigón: pesadas, grises, sin forma definida. A las once, pasos en el pasillo. Se detienen. Continúan. Se alejan. A las doce, las tuberías se quejan con su lamento nocturno, ese sonido que ya no registro como alarma sino como el ruido de fondo de un edificio que tiene sus propias funciones corporales. A la una, el generador del sótano cambia de ritmo: más lento, más irregular, como si se quedara sin combustible. A las dos, nada. El silencio del Granhall a las dos de la madrugada es absoluto, el tipo de silencio que tiene bordes, que ocupa espacio, que pesa en los tímpanos como agua.

Me pellizco el dorso de la mano para mantenerme alerta. La piel responde con un dolor agudo que dura tres segundos y luego se diluye. Lo hago otra vez. Otra. La tercera vez dejo una marca roja que tarda en desaparecer. El frío de la ventana me mantiene despierta pero la falta de sueño tira de mí hacia abajo con una gravedad que no es física sino química: los párpados se cierran solos, los músculos del cuello se aflojan, la cabeza cae hacia delante y la sacudo hacia arriba y vuelve a caer, una secuencia que se repite con una frecuencia que aumenta a medida que las horas avanzan.

A las tres dejo de pelear. No es una decisión. Es una derrota fisiológica: el cuerpo se apaga como se apaga una máquina que ha agotado la carga, sin aviso, sin transición, sin el límite gradual entre la vigilia y el sueño. Un segundo estoy sentada con los ojos abiertos. El siguiente no estoy en ninguna parte.

Me despierto con luz.

No la luz azulada del amanecer del fiordo ni la luz ámbar del pasillo. Una luz blanca, fría, que me hace cerrar los ojos al instante y abrirlos despacio, parpadeando, con las pupilas contrayéndose contra un resplandor que viene de un lugar que no reconozco.

El baño.

Estoy en el baño de la 412. Sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la bañera y las piernas extendidas sobre los azulejos blancos. La luz del techo está encendida. El grifo del lavabo gotea con su ritmo de siempre. Llevo la camiseta negra que no es mía y unos calcetines que no son los que me puse anoche: estos son gruesos, de lana, y están secos. El cinturón que me até a la tubería cuelga de mi muñeca izquierda, suelto, con el nudo deshecho. Los dos nudos deshechos. Alguien los ha desatado con la destreza que yo creía que mi cuerpo dormido no tenía.

Miro mis manos. Crayón fresco bajo las uñas. Azul. Verde. Otra vez. Otra noche de dibujos que no recuerdo, de pasillos que no recuerdo, de gestos que le pertenecen a una versión de mí que no conozco y que opera en las horas que mi memoria deja en blanco.

Y frente a mí, sentado en el suelo del baño, apoyado contra la puerta cerrada como si alguien lo hubiera colocado ahí con cuidado: Bjørn.

No el que huele a Frida. El otro. Bjørn número dos. Está sentado frente al espejo del lavabo, con la oreja descosida apuntando hacia arriba y el ojo de botón desparejado mirando la puerta. Mirándome a mí. No está en la mesilla donde lo dejé anoche. Está en el baño, en el suelo, conmigo, como si hubiera estado velando mi sueño o como si alguien lo hubiera traído para hacerme compañía en las horas que no existen.

Me levanto del suelo. Las piernas se quejan. Los azulejos están fríos a través de los calcetines. Me miro en el espejo. La mujer del

espejo se parece menos a mí que ayer. Los ojos más hundidos. Los pómulos más marcados. Los labios agrietados en las comisuras. La marca de la tubería en la muñeca, donde el cinturón se clavó antes de ser desatado. Y las manos. Mis manos frente al espejo, con el crayón azul y verde metido bajo las uñas como una firma que escribo cada noche y que borro cada mañana con agua y jabón y que vuelve y vuelve y vuelve.

Recojo a Bjørn del suelo. Lo llevo a la habitación. Lo pongo en la mesilla. Bjørn número uno sigue en la almohada, donde lo dejé anoche, inmmóvil, fiel a su puesto. Los dos conejos me miran con sus cuatro ojos desparejados y el espacio entre ellos contiene una pregunta que no quiero responder: ¿cuál es el real y cuál es la copia? ¿Cuál es de Frida y cuál es del hotel? ¿O los dos son de Frida? ¿O los dos son míos?

Salgo al pasillo. La moqueta. Los fluorescentes. El olor de siempre. Camino hacia las escaleras. En el rellano de la cuarta planta hay algo en el suelo que no estaba ayer: un crayón. Verde. Partido por la mitad, con la punta gastada y la envoltura de papel medio arrancada. Está en mitad del rellano, entre la puerta del pasillo y el primer peldaño, como si alguien lo hubiera soltado al pasar. Como si se le hubiera caído de la mano a una persona que caminaba con prisa hacia las escaleras. O como si alguien lo hubiera puesto ahí, a propósito, como una miga de pan en un cuento de hadas que tiene el final cambiado.

Lo recojo. Lo meto en el bolsillo. Ahora tengo dos: el azul de la mesilla y el verde del rellano. Los colores del cielo y de las hojas. Los colores de Frida. Los colores que aparecen debajo de mis uñas cada mañana como un recordatorio de algo que hice o que alguien hizo o que ocurre en ese espacio entre las tres y las seis de la madrugada donde mi cuerpo tiene una vida que mi mente no recuerda.

Bajo al sótano. La puerta del kjeller. El pomo oxidado. La escalera estrecha con su luz verdosa de acuario sucio. El olor a tierra mojada y metal. Llego al fondo y recorro las estanterías con la mirada buscando lo que temo encontrar. Las lavadoras apagadas. Las cajas de lejía. Los guantes de látex. La pared del fondo.

Hay un dibujo nuevo.

Junto al árbol que encontré el primer día, a la izquierda, más bajo, más pequeño: otro árbol. Tronco marrón, ramas sin hojas, y en las ramas, tres pájaros. Uno pequeño, uno mediano, uno grande. Los pájaros no tienen sombrero. Las ramas son finas, angulosas, con una rigidez que no es la de Frida —Frida dibuja líneas sueltas, curvas, con la libertad de alguien que no sabe que existe la perspectiva y por eso no la necesita—. Estas ramas son rectas. Tensas. Dibujadas por una mano adulta que intenta ser infantil pero que no puede evitar la precisión mecánica que dan años de usar las manos para cosas que requieren exactitud: administrar inyecciones, tomar tensiones, colocar vías intravenosas.

Manos de enfermera.

Mis manos.

Me quedo de pie frente a la pared del sótano con el crayón verde en el bolsillo y el crayón azul del día anterior en el otro bolsillo y los restos de ambos colores debajo de mis uñas. El dibujo del primer día me pareció de Frida. Los trazos infantiles, la proporción desequilibrada, las hojas demasiado grandes. Pero este segundo dibujo es distinto. Este es mío. Lo sé antes de que la cabeza lo procese, con el tipo de certeza que viene del cuerpo y no de la razón: reconozco las líneas como se reconoce la propia letra, por la inclinación, por la presión, por los defectos que son tuyos y de nadie más.

La pregunta que no quiero formular se forma sola, como el vaho en los cristales del Granhall: si este dibujo es mío, ¿el primero también lo era? ¿Lo dibujé la primera noche, antes de despertar en la 412, con la misma mano que ahora reconozco en estas ramas rectas y estos pájaros sin sombrero? ¿El árbol que me pareció de Frida —las hojas redondas, el cielo como línea arriba del todo— era en realidad una imitación mía, hecha en la oscuridad, con los ojos abiertos y la mente cerrada, copiando los gestos de mi hija como se copia una canción que se ha escuchado tantas veces que sale sola?

Me doy la vuelta. Subo las escaleras. El pasillo de la planta baja. La recepción. Erik no está. La silla detrás del mostrador está vacía. El cuaderno de tapas negras cerrado. El salvapantallas del ordenador girando en bucle. El hotel funciona a media máquina, como su

generador, como su calefacción, como todo lo que hay dentro de estas paredes: operativo pero sin la energía suficiente para mantener la ficción de que esto es un hotel y no un contenedor de hormigón donde la gente espera algo que nadie sabe nombrar.

Subo a la 412. Cierro la puerta. Los dos Bjørn me miran desde sus posiciones. La ventana con su centímetro abierto. El frío que entra. El fiordo detrás del cristal, gris, opaco, con esa quietud de espejo roto que no refleja nada.

Me siento en la cama. Me miro las manos. Las líneas de crayón debajo de las uñas. Las manos que dibujan de noche lo que no recuerdo de día. Las manos que desatan nudos en la oscuridad. Las manos que abren puertas y bajan escaleras y se cierran alrededor de crayones que pertenecen a una niña que todos dicen que no está y que yo digo que sí está y que quizás está y quizás no está y quizás la diferencia entre las dos cosas depende de lo que estas manos hagan cuando yo no las controlo.

Cierro los ojos. Abro los ojos. El fiordo sigue ahí, gris y quieto, y las manos siguen aquí, manchadas de los colores de mi hija, y entre una cosa y la otra hay un espacio que se parece al que Lars describió: el tipo de nada que no es silencio. Un espacio lleno de algo que no veo pero que mis manos conocen y que mi memoria se niega a devolver.

Capítulo 16
Día 6: La dosis

Día 6: La dosis

El vial estaba en la mesilla de la 412, junto al inhalador vacío, y Nora lo miraba como se mira un arma antes de decidir si la llevas encima o la dejas donde está.

Diez milílitros de oseltamivir en solución oral. Cristal transparente, tapón de goma azul, etiqueta blanca con números que Nora leía con la facilidad de quien lee su propio nombre: concentración, lote, fecha de caducidad. El líquido dentro del vial era incoloro, con un movimiento lento cuando lo inclinaba, denso como las cosas que pesan más de lo que aparentan. Una dosis adulta. Dos dosis pediátricas. La diferencia entre ambas era una cuestión de jeringas y de cálculos que Nora podía hacer con los ojos cerrados: peso corporal, concentración del fármaco, volumen de administración. Había hecho esos cálculos miles de veces para pacientes que no eran su hija. Esta vez la variable había cambiado pero la aritmética era la misma.

Eran las diez de la noche. El toque de queda llevaba una hora activo. Los fluorescentes del pasillo estaban en modo ámbar y el hotel había empezado su transición nocturna: los sonidos diurnos replegándose, los nocturnos asomando, las tuberías calentándose para su concierto de las tres de la madrugada. Nora había bajado a la planta dos a las ocho, antes del toque de queda, y lo que había visto junto a la camilla de Frida le había instalado un reloj dentro del pecho que no marcaba horas sino urgencia.

La saturación había bajado a 85. Con oxígeno suplementario. El número estaba en la pantalla del monitor cuando Nora llegó, verde sobre fondo negro, parpadeando con la cadencia de los datos que necesitan atención. Ochenta y cinco. Diez puntos por debajo de lo normal. Cinco por debajo del umbral donde los órganos empiezan a resentirse. La frecuencia cardíaca de Frida compensaba: 140 latidos

por minuto, el corazón de una niña de cinco años trabajando al doble de su capacidad para mover sangre que llevaba menos oxígeno con cada ciclo. Era un mecanismo brillante y brutal a la vez: el cuerpo sacando recursos de donde no había para mantener el cerebro irrigado, los riñones funcionando, el corazón bombeando. Pero cada hora que pasaba el mecanismo se encarecía, y Nora sabía, con la exactitud despiadada de catorce años de urgencias, que los mecanismos compensatorios del cuerpo tienen un precio que se paga con el tiempo que queda.

Frida no se había despertado durante la visita. Nora la había mirado durante veinte minutos, sentada en la silla de Siri, con la mano sobre la frente que ardía y los ojos fijos en el pecho que subía y bajaba con un esfuerzo visible: las costillas marcándose bajo la camiseta del hospital a cada inspiración, el tiraje intercostal, la señal clínica que dice que los músculos respiratorios están trabajando más de lo que deberían. Frida tenía a Bjørn debajo de la barbilla. Los dedos cerrados alrededor de la oreja descosida. La cara había adelgazado otro grado: los pómulos más marcados, las cuencas de los ojos más profundas, la piel con ese tono grisáceo que Nora conocía demasiado bien. Cianosis periférica incipiente. El oxígeno no llegaba a donde tenía que llegar.

Siri estaba en la silla de al lado, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. No dormía: tenía la mano en el brazo de Frida y los dedos le temblaban con un ritmo fino que delataba la vigilia detrás de los párpados cerrados. Estaba ahí. Llevaba horas ahí. Lo que Siri hacía por Frida no tenía nombre en ningún protocolo ni en ningún manual: era el gesto de una madre que cuida a la hija de otra porque sabe que si los roles estuvieran invertidos, querría que alguien hiciera lo mismo por Odin.

Nora había subido a la 412 a las nueve con un plan que no era un plan sino una secuencia: coger el vial, bajar al ala médica después de medianoche cuando las enfermeras dormitaran, administrar la dosis a Frida con una jeringa del almacén, y esperar. Esperar a que la molécula hiciera lo que la molécula sabe hacer cuando la ventana terapéutica se ha cerrado casi del todo pero no del todo: inhibir la replicación viral, reducir la carga, darle al sistema

inmunológico una ventaja mínima que podría ser suficiente o podría no ser nada. Una apuesta. La última.

Ahora estaba sentada en la cama de la 412 con el vial en la mesilla y el plan en la cabeza y algo que no estaba en el plan: una tos.

Había empezado en las escaleras, al subir de la planta dos. Un carraspeo seco en la base de la garganta que Nora había atribuido al aire frío del hueco de escaleras, donde la calefacción no llegaba y el hormigón irradiaba una humedad que se metía en los bronquios como agua en una esponja. Había carraspeado, había tragado, y el carraspeo había desaparecido. En la cuarta planta, al abrir la puerta de la 412, había vuelto. Más abajo. Más definido. No un carraspeo sino una tos, seca, corta, con un sonido que Nora había catalogado antes de sentirlo: tos no productiva de vías altas, posible irritación faríngea, probable respuesta inflamatoria.

Se había sentado en la cama. Había respirado hondo. La inspiración entró limpia, sin obstrucción, sin el silbido que conocía de los bronquios de Frida. Había exhalado. El aire salió sin ruido. Bien. No había sibilancia. No había crepitación. Era una tos, solo una tos, el tipo de tos que cualquier cuerpo produce después de días de dormir mal, comer menos, respirar aire saturado de lejía y desinfectante en un edificio cerrado con sesenta personas de las cuales al menos doce estaban infectadas.

Se había puesto el termómetro en el oído. El número había aparecido en la pantallita digital con la impasibilidad de los datos que no saben lo que significan: 37,3.

Zona gris.

Conocía la zona gris. Había vivido la zona gris con Frida cuatro días antes, cuando 37,1 podía ser nada o podía ser todo y el termómetro no distinguía entre las dos opciones. Pero la zona gris de Frida era la zona gris de una niña de cinco años con un sistema inmunológico en formación. La zona gris de Nora era la de una adulta de treinta y cuatro años, enfermera, con un sistema inmunológico funcional y expuesto a décadas de patógenos que lo habían entrenado para pelear. 37,3 en Nora podía ser estrés. Podía

ser agotamiento. Podía ser los cuatro días sin dormir más de dos horas seguidas.

Podía ser el virus.

No miró esa posibilidad. No esa noche. Esa noche tenía una secuencia y la secuencia no incluía enfermarse. La secuencia era: vial, jeringa, planta dos, Frida, esperar. Cinco pasos. Los cinco empezaban con coger el vial de la mesilla y meterlo en el bolsillo del pantalón.

Cogió el vial. Lo sostuvo a la altura de los ojos. El líquido se movió dentro del cristal, lento, con esa viscosidad de las soluciones orales que están diseñadas para ser absorbidas rápido. Diez milílitros. Una dosis adulta. Dos pediátricas. Si se lo administraba a Frida, le daba dos dosis de tratamiento en una noche, lo cual era agresivo pero estaba dentro del rango terapéutico para su peso corporal. Si se lo administraba en dosis única adulta a alguien que pesara entre cincuenta y ocho y sesenta y cinco kilos, el efecto sería estándar: reducción de la carga viral, mejora probable en veinticuatro a cuarenta y ocho horas, recuperación estimada en una semana.

Alguien que pesara entre cincuenta y ocho y sesenta y cinco kilos.

Alguien como ella.

El pensamiento llegó sin forma, como un cambio de temperatura: no lo vio venir, solo lo notó cuando ya estaba ahí, instalado en la periferia de la cabeza como algo que llevaba horas esperando a ser percibido. Si ella se enfermaba —si lo que tenía no era estrés ni agotamiento ni aire frío sino el virus—, entonces la secuencia se rompía. No podía bajar a la planta dos si estaba enferma. No podía cuidar a Frida si su propio cuerpo empezaba la batalla que había visto en cuerpos ajenos durante días: la fiebre, la tos, la saturación que baja, los pulmones que se llenan. Si caía, caían las dos. Frida sin madre. Frida sin la persona que le canta la canción y le aparta el mechón de la frente y sabe que no come los bordes y que Bjørn es un conejo y que el cielo se queda arriba.

El vial en la mano. El termómetro en la mesilla con sus 37,3 parpadeando como un semáforo en ámbar. La tos en la garganta,

contenida, a la espera de la próxima inspiración profunda para salir.

Bajó a la planta dos a las doce y media.

El pasillo del ala médica estaba en penumbra. Los monitores parpadeaban detrás de los biombos con su lenguaje de números verdes. Una enfermera dormía en la silla del escritorio con la cabeza sobre los brazos cruzados. La otra no estaba. El ala médica de noche tenía la acústica de un acuario: los sonidos llegaban amortiguados, filtrados, el aire fuera más denso de lo normal.

Nora pasó junto a la enfermera dormida. Los pies descalzos sobre el linóleo. El vial en el bolsillo derecho. En el izquierdo, una jeringa de cinco milílitros que había cogido del almacén al pasar: la puerta seguía sin cerradura, los suministros seguían en los estantes, la seguridad del Hotel Granhall seguía siendo la de un sistema diseñado para contener civiles, no a una enfermera que sabía qué puerta abrir y qué estante buscar y qué calibre de aguja necesitaba para una administración subcutmánea a una paciente de diecisiete kilos.

Llegó al biombo de Frida. Lo abrió un centímetro. La camilla. El monitor. La cánula de oxígeno. Y Frida.

El monitor decía 84. Nora lo leyó y el número le entró por los ojos y le bajó al estómago como algo sólido que se traga sin masticar. Ochenta y cuatro por ciento de saturación con oxígeno suplementario. El cuerpo de Frida estaba perdiendo la capacidad de extraer oxígeno del aire que respiraba, y el oxígeno que le daban por la cánula ya no era suficiente para compensar lo que los pulmones no podían hacer. La frecuencia cardíaca: 148. El corazón acelerado al máximo de lo que un corazón de cinco años puede sostener antes de que la compensación se convierta en agotamiento. La temperatura: 40,1.

Cuarenta punto uno. Nora cerró los ojos un segundo. Los números siguieron ahí al abrirlos, verdes, parpadeantes, con la indiferencia de los datos que no saben que están contando una vida.

Frida estaba dormida. O inconsciente. La diferencia a 40,1 grados era académica: el cerebro a esa temperatura no distingue entre descanso y fuga, solo ejecuta el protocolo mínimo de supervivencia que consiste en apagar todo lo que no sea

imprescindible y concentrar los recursos en lo que sí lo es. La respiración de Frida era audible a dos metros: una inspiración larga con esfuerzo visible, una espiración corta con sibilancia, y entre las dos un silencio de medio segundo que era el que más dolía, porque en ese medio segundo el cuerpo de Frida dudaba, se recalibraba, decidía si la siguiente inspiración merecía el esfuerzo que costaba.

Siri no estaba. La silla junto a la camilla estaba vacía. Había subido a ver a Odin, quizás. O había llegado al límite de lo que un cuerpo que no es madre de Frida puede soportar sentado junto a una camilla donde Frida se apaga.

Nora sacó el vial del bolsillo. Sacó la jeringa. Quitó el tapón de la aguja con los dientes, un gesto que había hecho miles de veces y que su boca ejecutó con la memoria muscular de catorce años. Inseró la aguja en el tapón de goma del vial. Invirtió el vial. Tiró del émbolo. El líquido entró en la jeringa con la docilidad de algo que no sabe para qué lo van a usar. Cinco milílitros. La mitad del vial. Una dosis pediátrica.

Se detuvo.

La tos le subió por la garganta como un animal que lleva horas encerrado y encuentra la puerta abierta. Tosió. Dos veces. Tres. Se tapó la boca con el brazo libre para amortiguar el sonido y el aire que salió de sus pulmones tenía un calor que no correspondía a la temperatura del ala médica. Un calor interno, producido por un cuerpo que había activado su respuesta inflamatoria sin pedir permiso, sin consultar, sin esperar a que Nora estuviera lista.

Se llevó la mano a la frente. Caliente. Más que cuando se había tomado la temperatura dos horas antes. La 37,3 de las diez de la noche había dejado de ser zona gris. Lo notó en la forma en que el cuerpo le respondía: los músculos del cuello rígidos, los hombros doloridos con esa molestia específica de las mialgias virales, los ojos secos y calientes detrás de los párpados. Conocía esos síntomas. Los había visto en Frida cuatro días antes, en la primera tos que decidió no reportar. Los había visto en los pacientes de la planta dos, en los cuerpos del ala clausurada, en cada etiqueta de cartón que Erik Dahl escribía con su letra vertical y precisa. Lo que empezaba como una

tos y 37,3 podía terminar en una camilla con una sábana blanca y una etiqueta con su nombre.

Miró a Frida. La cara pequeña, gris, con los labios agrietados y la cánula de oxígeno cruzando la nariz. El pelo pegado a la almohada con sudor. Bjørn bajo la barbilla. Los dedos cerrados.

Miró la jeringa en su mano. Cinco milílitros de oseltamivir. Una dosis pediátrica.

Miró el vial. Otros cinco milílitros dentro del cristal. Una dosis adulta. O una segunda dosis pediátrica.

Si le administraba las dos dosis pediátricas a Frida, el vial se vaciaba. Frida recibía la dosis completa de tratamiento. La probabilidad de respuesta a día cuatro de síntomas era baja —Karin lo había dicho, la ciencia lo decía, los números no mentiaban— pero existmía. Un porcentaje que no era cero. Y Nora se quedaba sin nada. Si el virus avanzaba en su cuerpo como había avanzado en el de Frida, en cuarenta y ocho horas estaría en una camilla con la misma tos y la misma fiebre y la misma saturación que bajaba, y no habría antiviral para ella porque el último vial estaría dentro del cuerpo de su hija, trabajando o no trabajando, y Nora estaría sola en el ala médica, sin poder subir a la cuarta planta, sin poder cantar la canción, sin poder apartar el mechón de la frente, sin poder ser la madre que Frida necesitaba que fuera.

Si se administraba la dosis adulta a sí misma, el vial también se vaciaba. Nora recibía el tratamiento en las primeras horas de síntomas, dentro de la ventana óptima, con la mayor probabilidad de respuesta que la ciencia podía ofrecer. Sobreviviría. Se recuperaría. En cuarenta y ocho horas estaría funcional. Podría cuidar a Frida. Podría luchar por ella. Podría sacarla del hotel si las evacuaciones se reanudaban, podría llevarla a un hospital real, podría hacer todo lo que una madre fuerte y sana y viva puede hacer por una hija enferma. Pero Frida no recibiría el antiviral. Frida se quedaría con el oxígeno suplementario y los antipiréticos y la esperanza de que su sistema inmunológico de cinco años ganara una batalla que los números decían que estaba perdiendo.

Y estaba la tercera opción. La que su cerebro de enfermera calculó sin que se lo pidiera, automático, despiadado, con la

eficiencia de un algoritmo que no sabe lo que es el amor: dividir el vial. Cinco milílitros para Frida, cinco para ella. Media dosis cada una. Insuficiente para las dos. Demasiado poco para producir un efecto terapéutico real en ninguna de las dos. La opción democrática, la opción justa, la opción que un comité de ética aprobaría. También la opción que un médico de urgencias rechazaría porque repartir una dosis insuficiente entre dos pacientes no es equidad: es desperdicio.

Se sentó en la silla de Siri. La jeringa en una mano. El vial en la otra. Frida frente a ella, dormida o inconsciente, con el corazón a 148 y los pulmones al 84 por ciento y la temperatura a 40,1 grados, y en algún lugar dentro de ese cuerpo pequeño que contenía todo lo que Nora amaba, las células luchaban contra algo que no podían ver y que las devoraba desde dentro, milmímetro a milímetro, alv00E9olo a alveolo.

Nora se llevó la mano a la frente. Más caliente que hace veinte minutos. La tos volvió a subir, controlada, y la contentó apretando la mandíbula hasta que los dientes rechinaron. El sonido de sus propios dientes le resonó dentro del cráneo como algo que se rompe.

Pensó.

No como madre. Como enfermera. Con los números, las probabilidades, las variables que se miden en porcentajes y no en nombres. Variable uno: Frida, cinco años, día cuatro de síntomas, saturación 84%, fiebre 40,1, ventana terapéutica cerrada o casi cerrada, probabilidad de respuesta al oseltamivir estimada en menos del veinte por ciento. Variable dos: Nora, treinta y cuatro años, día cero de síntomas, saturación presumiblemente normal, fiebre incipiente, ventana terapéutica abierta de par en par, probabilidad de respuesta al oseltamivir estimada en más del setenta por ciento.

Los números no mentenían. Los números decían lo que Karin había dicho esa tarde en su despacho improvisado detrás del último biombo: aritmética. Un vial. Dos enfermas. Una con alta probabilidad de respuesta y otra con baja. La aritmética no tenía opinión moral. No sabía que la variable de baja probabilidad se llamaba Frida y dibujaba árboles con el cielo arriba del todo y decía buenísimo con

las dos íes largas y apretaba a un conejo que se llamaba oso y que era lo único que tenía en los brazos mientras su cuerpo se apagaba.

Pero la enfermera dentro de Nora sabía otra cosa. Sabía que los números eran promedios y que los promedios no aplican a los individuos. Sabía que había visto pacientes salir de situaciones peores que la de Frida, contra todo pronóstico, porque los cuerpos no leen las estadísticas y a veces hacen lo que les da la gana. Sabía que un veinte por ciento no es cero. Y sabía que si no le daba el antiviral a Frida, el veinte por ciento se convertía en algo más bajo con cada hora que pasaba, con cada punto de saturación que caía, con cada grado de fiebre que subía, hasta que el porcentaje llegaba a un número que no necesitaba nombre porque ya no importaba.

La madre dentro de Nora sabía otra cosa distinta. La madre sabía que si ella moría, Frida se quedaba sola. No sola en el hotel —Siri estaba, Karin estaba, la estructura existía— sino sola en el sentido que importa: sin la persona que la conoce, que sabe su idioma, que traduce el mundo al lenguaje de los cinco años donde los árboles tienen nombre y los pájaros vuelan por encima de las tormentas. Sin la persona que le canta la canción. Si Nora moría, Frida sobreviviera o no, perdía lo que ningún hospital y ningún antiviral y ningún protocolo podía reemplazar.

La lógica de la enfermera: dáselo a Frida. Tiene menos probabilidad pero tiene algo de probabilidad y lo demás es ruido.

La lógica de la madre: úsalo tú. Sobrevive. Cuida de ella. Sé lo que ella necesita que seas.

Las dos lógicas ocupaban el mismo espacio dentro de la cabeza de Nora como dos líquidos que no se mezclan: aceite y agua, cada uno con su densidad, cada uno con su capa, y entre las dos una frontera delgada que vibraba con cada respiración de Frida, con cada golpe de tos que Nora contenía, con cada segundo que el reloj del monitor contaba sin saber que estaba contando algo más que tiempo.

Miró a Frida.

La niña que contaba peldaños. La que nombraba árboles. La que decía que los pájaros valientes vuelan por encima de las tormentas. La que preguntó si solo puedes salvar a una persona a

quién eliges y contestó a mi mamá, siempre a mi mamá, porque si salvas a tu mamá tu mamá te salva a ti y entonces has salvado a dos personas y el pulpo solo te dejó una.

Miró la jeringa con cinco milílitros de oseltamivir.

Miró el vial con otros cinco.

Una dosis. Dos enfermas. Y una pregunta que no era de aritmética porque la aritmética no sabe lo que es levantarse a las tres de la madrugada a cantar una canción que no tiene letra para que una persona de diecisiete kilos pueda cerrar los ojos.

El ala médica estaba en silencio. La enfermera dormía. Los monitores parpadeaban. Frida respiraba con ese esfuerzo que ya era parte de ella, como si hubiera nacido respirando así, como si no hubiera existido una versión anterior de Frida que corría y gritaba y se reía desde el vientre y no necesitaba oxígeno por cánula para que el aire hiciera lo que el aire hace.

Nora cerró los ojos. Los abrió. La jeringa en una mano. El vial en la otra. El cuerpo de su hija frente a ella y su propio cuerpo debajo de ella, los dos enfermos, los dos esperando, y entre los dos un espacio que se medía en diez milílitros de líquido incoloro dentro de un recipiente de cristal que costaba menos que un café y que valía más que cualquier cosa que el dinero pudiera comprar.

Capítulo 17
El sótano

El sótano

Bajo al sótano porque es lo único que me queda por hacer que no sea pensar.

El pensamiento se ha convertido en algo peligroso. Cada vez que me siento en la cama de la 412 e intento ordenar lo que sé, las piezas se reorganizan en configuraciones que no me gustan, que me empujan hacia conclusiones que mi cabeza rechaza con la misma fuerza con la que mis pulmones rechazan el agua. Así que muevo el cuerpo en lugar de la mente. Los pies sobre los peldaños desiguales de la escalera del kjeller. La mano en la barandilla oxidada. El aire que cambia a los tres metros: más denso, más húmedo, con ese olor a tierra mojada y metal que es la firma olfativa del sótano del Granhall, tan distinto al de las plantas superiores como el fondo del mar lo es de la superficie.

La luz verdosa de los fluorescentes a media potencia. Las lavadoras industriales con sus portillas redondas. Las estanterías de suministros. El generador vibrando detrás de la puerta de rejilla como un órgano que no para de latir. Y la pared del fondo, con sus árboles.

Los dos árboles que ya conozco siguen ahí: el primero, el que encontré el día que desperté, con las hojas redondas y el cielo como línea arriba del todo. El segundo, el que reconocí ayer como mío, con las ramas rectas y los tres pájaros sin sombrero. Pero ahora hay un tercero.

Está a la izquierda de los otros dos, más bajo, casi a la altura del suelo, como si quien lo dibujó estuviera sentado o agachado. Es más pequeño que los anteriores. El tronco es una línea fina, temblorosa, que no tiene la seguridad del primero ni la rigidez del segundo. Las ramas se ramifican en ángulos erráticos, como las dendritas de una neurona dibujada por alguien que no sabe qué es

una neurona pero que las ha visto sin saberlo. No tiene hojas ni pájaros. Solo el tronco y las ramas, desnudo, como un árbol de invierno. Y arriba, en la parte superior, la línea azul. El cielo que se queda arriba porque si baja se cae encima de la gente.

Me agacho frente a la pared. Los tres árboles en fila, de izquierda a derecha, como una secuencia. El primero: trazos infantiles, hojas verdes, pájaro. El segundo: trazos rígidos, ramas rectas, manos de enfermera. El tercero: trazos temblorosos, desnudo, sin nada en las ramas. Si los leo como una progresión, lo que veo es una historia de deterioro. El árbol de Frida. El árbol de Nora intentando ser Frida. El árbol de Nora cuando ya no puede intentar.

O los tres son míos y lo que la progresión muestra es otra cosa: las capas de una disociación que se profundiza noche a noche, el control motor que se degrada con cada episodio, la copia que se aleja del original como una fotocopia de una fotocopia de una fotocopia hasta que lo que queda no se parece a nada.

No toco los dibujos. Me levanto. Miro el sótano con ojos nuevos, con los ojos de quien ya no busca a su hija sino que busca pruebas de sí misma, y lo que encuentro cambia la forma de todo.

La sala de calderas. La puerta de rejilla metálica que estaba cerrada la primera vez que bajé. Ahora no está cerrada. El candado cuelga abierto de la argolla, con la llave puesta. Empujo la rejilla. Se abre con un chirrido que el sótano multiplica y devuelve distorsionado. Dentro, el generador ocupa la mitad del espacio con su masa metálica y su vibración constante que sube por las suelas de los calcetines hasta las rótulas. Las tuberías salen del techo como arterias de hormigón y desaparecen en las paredes. Una bombilla desnuda cuelga de un cable y oscila sin motivo, proyectando sombras que giran como manecillas lentas de un reloj que no mide tiempo sino otra cosa.

Y detrás del generador, en el hueco que queda entre la máquina y la pared del fondo, hay un espacio.

Un espacio que alguien ha acondicionado.

Una manta. Gris, de algodón, del mismo tipo que las del hotel. Está extendida en el suelo, doblada por la mitad para hacer una

capa doble, con las esquinas alisadas y los bordes metidos debajo del generador para que no se mueva. Sobre la manta: una caja de crayones abierta, con nueve colores dentro y los huecos de los que faltan. Un vaso de plástico con restos secos de leche en el fondo. Dos galletas partidas por la mitad, con los bordes cortados, apiladas sobre un trozo de papel de cocina. Y en la esquina de la manta, apoyado contra la pared, un dibujo. No en la pared. En una hoja de cuaderno, arrancada, con un árbol que tiene hojas y pájaros y la línea del cielo y algo más que los otros árboles no tenían: dos figuras. Una grande y una pequeña, de pie junto al tronco, con los brazos como palos y las cabezas como círculos y las manos unidas entre ellas. Una madre y una hija debajo de un árbol. Dibujadas con crayón sobre papel de cuaderno por alguien que no sabe dibujar personas y que lo intenta de todos modos.

Me quedo de pie frente al escondite. Las piernas no quieren agacharse. El cuerpo sabe algo que la cabeza aún está procesando: este espacio es mío. Lo hice yo. Las galletas sin bordes, la leche, la manta de la 412, los crayones de Frida. El escondite que creí que alguien había construido para mi hija es el escondite que mis manos construyeron de madrugada, en las horas que no existen, con la precisión de quien recrea un espacio para una persona que ya no ocupa espacio.

Me agacho. Recojo la hoja con el dibujo. La madre y la hija debajo del árbol. Los trazos son torpes, con la presión desigual de alguien que dibuja en la oscuridad o con los ojos que no ven lo que las manos hacen. Miro las figuras. La grande tiene el pelo largo, líneas caídas a los lados de la cabeza redonda. La pequeña tiene el pelo corto, con algo en los brazos que podría ser un animal o podría ser un garabato. Las manos unidas entre las dos figuras son una sola línea, continua, que va del brazo de la madre al brazo de la hija sin interrupción, como si la conexión entre ambas fuera un hueso y no un gesto.

Huelo el papel. Crayón y debajo el olor de mis manos: jabón del baño de la 412, lejía residual, la sal de la piel cuando lleva horas sin lavarse. No huele a Frida. Huele a mí. Todo este escondite huele a mí: la manta, el vaso, las galletas, el aire entre el generador y la

pared. Es mi olor, mi espacio, mi ficción construida con materiales del hotel para una audiencia de una sola persona que no puede venir porque no está donde yo creo que está.

Donde yo creo que está. La frase se forma con un condicional que no le puse pero que está ahí, debajo de la superficie, como el óxido debajo de la pintura. Creo. No sé. No he visto. No he tocado. No he oído su voz. No la he abrazado. No he sentido su pelo contra mi cara ni sus dedos cerrándose alrededor de mi pulgar. Todo lo que tengo de Frida en el Hotel Granhall es indirecto: un peluche que huele a ella, unos dibujos que podrían ser suyos o podrían ser míos, una canción que canto dormida, un plato de galletas que preparé sin saberlo. Nada directo. Nada que no pueda explicarse con una mujer que camina de noche con los ojos abiertos y la mente cerrada.

Dejo la hoja donde estaba. Me levanto. Las rodillas protestan. El generador vibra a mi lado con su cadencia constante y la bombilla gira en su cable y las sombras se mueven por las paredes del sótano como cosas vivas que buscan un sitio donde quedarse.

Subo las escaleras. Cada peldaño es un dato que mi cuerpo cuenta sin que yo se lo pida: uno, barro en los calcetines; dos, crayón bajo las uñas; tres, cinturón desatado; cuatro, Bjørn movido de sitio; cinco, galletas sin bordes; seis, leche en un vaso; siete, dibujos en la pared; ocho, la canción a las cuatro de la madrugada; nueve, Siri diciendo «la cantabas tú»; diez, un escondite que huele a mí. Diez peldaños. Diez pruebas. Cada una sola podría tener otra explicación. Las diez juntas forman una frase que no quiero leer pero que ya está escrita.

La planta baja. El pasillo. El comedor cerrado a esta hora. La recepción con su mostrador vacío. El cartel del Hotel Granhall con su «Velkommen» que ya no suena a bienvenida sino a advertencia, como esos carteles de los cuentos que la gente lee demasiado tarde: bienvenido, no vas a salir igual que entraste.

Subo a la cuarta planta. El pasillo. La moqueta. Los fluorescentes. La 412 al fondo, con la luz de «ocupado» apagada porque la habitación no está ocupada por nadie que esté dentro. Está ocupada por los restos de dos personas: una que ya no vive aquí y otra que no sé si vive en algún sitio.

La puerta de la 407 está abierta. Tor está de pie en el umbral con los brazos cruzados y la mirada puesta en algún punto del pasillo que no soy yo. Cuando llego a su altura se gira y me mira y lo que veo en su cara no es la amabilidad habitual ni la paciencia ni esa compasión sospechosa que me ha ido ofreciendo a cuentagotas. Lo que veo es algo más simple y más difícil: tristeza. La tristeza específica de quien ha pasado por un lugar idéntico al que tú estás recorriendo y sabe exactamente en qué peldaño vas y cuántos quedan.

—Has bajado al sótano —dice.

No pregunta. Afirma. Porque llevo polvo de hormigón en los calcetines y cera en los dedos y una expresión que Tor reconoce como se reconoce un paisaje que has visitado: por la inclinación de las sombras.

—He encontrado un escondite detrás del generador. Galletas, leche, crayones, una manta. Un dibujo de una madre y una hija.

—¿De Frida?

La pregunta es un bisturí disfrazado de curiosidad. Tor sabe la respuesta. La pone en forma de pregunta para que sea yo quien la pronuncie, porque las verdades que uno dice pesan diferente a las que otro dice por ti.

—No sé.

—Nora.

—No sé. No sé si es de Frida o es mío. No sé si lo dibujé dormida o lo dibujé despierta creyendo que estaba dormida o lo dibujó alguien más. No sé quién prepara las galletas y quién mueve a Bjørn y quién canta a las cuatro de la mañana. No sé.

La voz se me quiebra en la tercera repetición. No como se quiebra un cristal —con un sonido limpio y final— sino como se quiebra una rama: con astillas, con resistencia, con la fibra estirándose antes de ceder. Tor no se mueve. No me toca. No entra en mi espacio. Se queda en el umbral de la 407 con los brazos cruzados y me deja romperme a una distancia que es exactamente la correcta: lo bastante cerca para que sepa que está ahí, lo bastante lejos para que el rompimiento sea mío y no de los dos.

—Cuando yo encontré las cosas de Liv en mi jardín —dice, después de un silencio que dura lo que necesita durar—, al principio creí que ella las había puesto ahí. Un zapato en el parterre. Un sonajero bajo la mesa del porche. Un dibujo metido en el buzón. Creí que era una señal. Que estaba en algún sitio entre este mundo y otro y me dejaba pistas. Creí eso durante dos meses. Y durante esos dos meses fui la persona más convencida y más loca que he conocido.

—Yo no estoy loca.

—No dije eso. Dije que yo lo estaba. Y que la diferencia entre estar loco y estar cuerdo cuando pierdes a alguien es una cuestión de tiempo, no de naturaleza. Todo el mundo pasa por el lugar donde tú estás ahora. Algunos se quedan. Otros salen. Y los que salen no salen porque estén más cuerdos sino porque en algún momento aceptan que las señales que encuentran no vienen de fuera. Vienen de dentro.

Vienen de dentro. La frase me llega con la suavidad de algo que no quiere hacer daño pero que lo hace igual, como el agua que se filtra por las grietas del hormigón: sin fuerza, sin prisa, con la paciencia de lo que sabe que va a llegar a todas partes.

—¿Y si no vienen de dentro? ¿Y si están equivocados todos —Erik, Karin, Siri, Lars, tú— y Frida está en algún lugar de este hotel y las señales son reales?

—Entonces necesitas una prueba que yo no pueda explicar. Que nadie pueda explicar. Algo que solo Frida podría haber hecho y que tú, dormida o despierta, no podrías haber hecho.

Lo miro. Tor tiene razón. Tiene la razón con la que llevas días argumentando contra mí: la razón de las pruebas, de la lógica, del método. Todo lo que he encontrado puede explicarse con una mujer que camina dormida, que dibuja dormida, que canta dormida, que prepara platos de galletas y mueve peluches y pone manos en ventanas empañadas en un estado de consciencia que no es el mío y que no graba lo que hace. Todo. Cada pista, cada señal, cada susurro de esperanza tiene su gemelo oscuro: la posibilidad de que sea yo.

Excepto una cosa.

—El olor —digo.

Tor ladea la cabeza.

—Bjørn. El que huele a Frida. No a hotel, no a lejía, no a mis manos. Huele a ella. A crayón y a jabón barato y a pelo de niña. Ese olor lleva años en el peluche. No es algo que yo haya puesto ahí de madrugada. Es el residuo de mil noches de Frida durmiendo con Bjørn contra la barbilla. Ese olor es la prueba.

Tor me mira. La tristeza sigue ahí pero ahora tiene una capa adicional, algo que no es lástima porque Tor no hace lástima, sino algo más parecido al reconocimiento de los límites: el punto donde la ayuda de otra persona termina y empieza el territorio que solo puedes recorrer tú.

—Un olor —dice— prueba que tu hija existió. Que durmió con ese peluche. Que fue real. No prueba que esté en el hotel ahora.

Existió. Fue real. Tor usa el pasado. Lo usa con la misma naturalidad con que usa el pasado para Liv, con la fluidez de quien lleva años conjugando la ausencia en el tiempo verbal que le corresponde. Y la frase llega y aterriza y se queda y yo no la contradigo.

No la contradigo.

Es la primera vez que alguien dice algo sobre Frida en pasado y yo no corrijo. No digo «existe, no existió». No digo «es real, no fue real». No abro la boca. Me quedo de pie en el pasillo de la cuarta planta con el polvo de hormigón en los calcetines y las manos manchadas de cera y la garganta cerrada como un puño, y dejo que el pasado de Tor se asiente en el aire entre los dos sin corregirlo, sin combatirlo, sin empujarlo de vuelta.

El silencio dura lo que dura una respiración larga. Después Tor baja los brazos. Los deja caer a los lados del cuerpo con una laxitud que no es rendición sino aceptación: la de quien ha dicho lo que tenía que decir y ahora devuelve el espacio.

—Si quieres saber la verdad —dice—, no la busques en el sótano. No está en los dibujos ni en las galletas ni en los peluches. Está en la gente que estaba aquí la noche del día seis. Lars. Karin. Pregunta qué pasó esa noche. No qué creen que pasó. Qué vieron.

Qué escucharon. Qué olieron. Los hechos, Nora. No las interpretaciones.

—Lars no habla.

—Lars habló contigo. Más de lo que ha hablado con nadie en este hotel desde que empezó la cuarentena. Te dijo que escuchó la canción. Te dijo que después escuchó nada. El tipo de nada que no es silencio. Eso no es un hombre que se niega a hablar. Es un hombre que te está dando las piezas una a una porque sabe que si te las da todas juntas te rompes.

Me doy la vuelta. No respondo. No sé qué responder porque lo que Tor acaba de hacer no es argumentar ni convencer ni manipular. Es poner un espejo frente a mí y decirme: mira. Y lo que veo en el espejo es una mujer que lleva días buscando a su hija en un hotel que le dice que no está, que encuentra pruebas que resultan ser propias, que canta dormida la canción que le cantaba a una niña que nadie en el hotel trata como desaparecida porque nadie trata como desaparecido a alguien que no se ha ido: que se ha quedado, pero de una forma que no incluye respirar.

Entro en la 412. Cierro la puerta. Me siento en la cama. Los dos Bjørn me miran desde sus posiciones. El de la almohada, el que huele a Frida. El de la mesilla, el que huele a hotel. Uno es real en el sentido de que contiene años de mi hija en cada fibra. El otro es real en el sentido de que existe, ocupa espacio, pesa lo que pesa un objeto que alguien fabricó y que llegó a este hotel sin historia.

Cojo al primero. Al de Frida. Lo acerco a la cara. El olor. Crayón. Jabón barato. Pelo sin lavar. La composición química de mi hija comprimida en un peluche gris con una oreja descosida y un ojo de botón más oscuro que el otro. Este olor no lo fabricé yo. No puedo fabricarlo. Es el residuo de Frida, la huella de tres años de noches con la barbilla contra la tela y los dedos apretando la oreja y la respiración lenta del sueño depositando moléculas en la fibra sintética noche tras noche hasta que el peluche se convirtió en una extensión de su cuerpo. Esto es de Frida. Esto la prueba.

Pero Tor tiene razón. Prueba que Frida existió. Prueba que durmió con este conejo. Prueba que fue una niña real que olía a crayón y jabón y que apretaba las cosas con una fuerza que no

correspondía a su tamaño. No prueba que esté en este hotel. No prueba que esté en ninguna parte.

Aprieto a Bjørn contra el pecho. La tela absorbe algo caliente que me baja por la cara y que tardo un segundo en identificar: lágrimas. No las he sentido llegar. No las he autorizado. Han salido solas, como salen las cosas que el cuerpo lleva demasiado tiempo conteniendo: sin permiso, sin aviso, sin la ceremonia que las lágrimas tienen cuando son emocionales. Estas no son emocionales. Son fisiológicas. Son el cuerpo purgando algo que no tiene otro canal de salida. Duran lo que duran treinta segundos y después se detienen con la misma brusquedad con la que empezaron, como un grifo que se abre y se cierra sin intervención humana.

Me seco la cara con la manga. El algodón médico absorbe las lágrimas con la misma eficiencia con que absorbe todo lo demás: sangre, sudor, lejía, el inventario líquido de una cuarentena que lleva días goteando sobre la tela de esta camiseta que no es mía.

Miro la habitación. Los crayones de Frida en el suelo. El cuaderno abierto. El pijama de los cohetes. El inhalador vacío. Cada objeto es una prueba de que Frida estuvo aquí y cada objeto es también un objeto sin dueño, una cosa que sobrevive a la persona que le daba sentido. He visto esto en el hospital. Las pertenencias de los pacientes que no salen de la UCI: los zapatos junto a la cama, el libro en la mesilla con la página marcada, el teléfono que sigue recibiendo mensajes. Objetos huérfanos. Cosas que esperan a alguien que no va a volver a buscarlas.

Los crayones de Frida son crayones huérfanos. El cuaderno de Frida es un cuaderno huérfano. El pijama de los cohetes es un pijama que nadie va a ponerse.

No.

La palabra sale como un reflejo, dicha en voz alta en una habitación vacía, dirigida a nadie o a mí misma o al techo de hormigón con sus manchas de humedad o a Bjørn que me mira con su ojo desparejado desde el regazo. No. No acepto. No acepto que los crayones sean huérfanos. No acepto que el pijama de los cohetes sea ropa sin dueño. No acepto que Bjørn huela a alguien que ya no existe porque si acepto eso, si dejo que esa posibilidad se instale y

eche raíces, entonces todo lo que soy en este hotel —la mujer que busca, la madre que no se rinde, la enfermera que sabe lo que hace — deja de existir y lo que queda es algo para lo que no tengo nombre. Una mujer que camina de noche por un hotel vacío dibujando árboles y cantando canciones de cuna a nadie.

Me levanto. Camino hacia la ventana. El fiordo está negro. No gris. No opaco. Negro. El agua absorbe la poca luz que queda del cielo invernal y no devuelve nada. Es la versión nocturna de todo lo que he sentido hoy: un espacio que contiene mucho y que no muestra nada de lo que contiene. Me quedo mirando el agua hasta que mis ojos se adaptan a la oscuridad y empiezo a distinguir formas que quizás están ahí y quizás no: la silueta de la orilla opuesta, la masa oscura de los abetos, el reflejo de algo que podría ser una estrella o podría ser nada.

Detrás de mí, la 412 con sus objetos huérfanos y sus conejos de peluche y su olor a lejía y a la sombra de una niña que se diluye con cada hora que pasa. Delante, el fiordo con su agua negra que contiene secretos apilados en el fondo como sedimento.

La noche del día seis. Eso dijo Lars. Eso dijo Tor. La noche donde está la respuesta. La noche que mi memoria borró como la nieve borra el paisaje: cubriéndolo todo con una capa blanca que parece limpia pero que no cambia lo que hay debajo.

Mañana voy a hacer lo que Tor dice. Voy a preguntar. No qué creen. Qué vieron. Qué escucharon. Qué olieron. Los hechos. No las interpretaciones. Porque los hechos son lo único que no depende de mi memoria, y mi memoria es lo único en lo que ya no puedo confiar.

Me siento en la cama. Bjørn en el regazo. El olor de Frida subiéndome desde la tela hasta la nariz y desde la nariz hasta el lugar donde se guardan las cosas que duelen demasiado para ser recuerdos y demasiado poco para ser olvido. Cierro los ojos. Los abro. El techo de la 412 con sus continentes de humedad. Las paredes de hormigón que transpiran. El hotel respirando a mi alrededor con su cadencia de cosa vieja que ha visto todo y no juzga nada.

Y en alguna parte de mi cabeza, detrás de la puerta que la memoria mantiene cerrada con una cadena más fuerte que la del ala clausurada, algo espera. No una persona. No un recuerdo. Algo anterior a los dos: la forma de una noche que contiene una verdad que todos conocen y que yo he pasado días construyendo un hotel de crayón y galletas y peluches para no tener que mirar.

Capítulo 18

Día 6: La canción de cuna

Día 6: La canción de cuna

Frida abrió los ojos a las dos de la madrugada y dijo algo que no eran palabras.

Fue un sonido que venía de la garganta pero que no llegaba a la boca, una vibración gutural, animal, el tipo de sonido que Nora había escuchado en pacientes con fiebre superior a cuarenta grados cuando el cerebro empieza a perder el control del lenguaje y lo que queda son los sonidos anteriores a las palabras, los que los humanos hacían antes de aprender a hablar, cuando el dolor y el miedo se comunicaban con frecuencia y volumen y nada más.

Nora estaba sentada en la silla junto a la camilla con la jeringa en el bolsillo derecho y el vial en el izquierdo. No se había movido desde la medianoche. Había escuchado a Frida respirar durante dos horas con la concentración de alguien que cuenta latídos de un corazón que no es el suyo: la inspiración larga, la espiración corta, la pausa de medio segundo donde el cuerpo decidía si seguía o paraba. La pausa se había alargado en la última hora. Tres cuartos de segundo. Un segundo entero. Intervalos que la enfermera dentro de Nora medía con la precisión de un metrónomo y que la madre dentro de Nora sentía como caídas: cada pausa era un escalón hacia abajo en una escalera que no tenía fondo visible.

El monitor decía 83. La saturación había bajado otro punto desde la medianoche. La frecuencia cardíaca oscilaba entre 144 y 152, un rango que indicaba que el corazón de Frida estaba en la zona donde la compensación se convierte en agotamiento: el músculo cardíaco trabajando al máximo de su capacidad, sin margen, sin reserva, como un motor al que le pides la velocidad máxima durante horas y que tarde o temprano va a sobrecalentarse. La temperatura: 40,3. El cuerpo de Frida ardía. Ardía con la intensidad de algo que consume sus propios recursos para seguir

funcionando, y Nora sabía, con la exactitud clínica que nunca había querido aplicar a su hija, que los recursos de un cuerpo de diecisiete kilos no son infinitos y que cada hora que la fiebre se mantenía por encima de cuarenta el daño se acumulaba en lugares que no se ven desde fuera.

Cuando Frida abrió los ojos y produjo ese sonido sin palabras, Nora le cogió la mano. Los dedos estaban calientes y secos, con una sequedad que venía de dentro, del cuerpo que había dejado de hidratarse porque toda el agua disponible se usaba en la batalla interna. Los ojos de Frida estaban abiertos pero el foco flotaba, se movía entre puntos de la habitación que no contenían nada, como si persiguiera cosas que solo la fiebre podía construir.

—Mamá.

La palabra salió esta vez. Frágil, con los bordes gastados, como algo que ha pasado por demasiados filtros antes de llegar al aire. Pero era la voz de Frida. Reconocible. Presente. Aún ahí.

—Estoy aquí, cariño.

—¿Es de noche?

—Sí. Es muy de noche. Duerme.

—No quiero dormir. Si duermo no te veo.

La frase le entró a Nora por un lugar que no tenía protección. No por la lógica ni por la clínica ni por el lugar donde guardaba los números del monitor y las probabilidades de los viales. Le entró por el sitio donde vivía Frida dentro de ella: el espacio que no tenía paredes ni protocolos ni aritmética, el espacio donde una niña de cinco años con cuarenta grados de fiebre dice que no quiere dormir porque si duerme deja de ver a su madre, y esa frase lo contiene todo, todo lo que Nora es y ha sido y está a punto de dejar de ser.

—No me voy a ninguna parte —dijo Nora. La voz entera, limpia, sin la grieta que sentía por dentro—. Cuando te despiertes voy a estar aquí. Siempre estoy aquí.

Frida la miró. Los ojos marrones con el brillo líquido de la fiebre, ese resplandor que no es vida sino combustión, la luz que emite algo que se quema. Miró a Nora como había mirado siempre las cosas que importaban: con la concentración absoluta de cinco años, sin distracción, sin reserva, con esa capacidad de los niños para

entregar la atención entera a un solo punto del universo. Nora era ese punto. La cara de su madre era el último paisaje que los ojos de Frida podían enfocar.

—Mamá. No te duermas.

—No me duermo.

—Promételo. Si te duermes, no me encuentras luego.

La frase llegó con una nitidez que no correspondía al estado de Frida. Era una de esas frases que los niños febriles dicen a veces, sacadas de un lugar más profundo que la consciencia, donde las verdades se formulan sin pasar por el filtro de lo que tiene sentido y lo que no. Si te duermes, no me encuentras luego. Dicha por una niña de cinco años en una camilla de hospital improvisado, con los pulmones al 83 por ciento y el corazón a 150, y la frase sonaba como una instrucción, como un mapa, como la última indicación de alguien que sabe que el camino se acaba y quiere asegurarse de que quien viene detrás no se pierda.

—No me duermo, cariño. Te lo prometo.

Frida apretó la mano de Nora. Los dedos se cerraron alrededor de los suyos con esa fuerza desproporcionada de los niños que no saben que pueden soltar. La enfermera en Nora registró la fuerza del agarre: muscular, no neurológica, lo cual significaba que las vías motoras aún respondían, que el cerebro aún enviaba señales a los músculos, que debajo de la fiebre y los delirios el sistema nervioso de Frida seguía peleando.

—Cántame.

Nora abrió la boca. La canción salió como salía siempre: los sonidos inventados, la melodía sin letra que había nacido una noche de fiebre y desesperación cuando Frida tenía tres meses y Nora no sabía qué más hacer. La canción que significaba estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos. Pero esta vez la melodía salió diferente. No en las notas —las notas eran las mismas, siempre las mismas— sino en la textura. La voz de Nora tenía un temblor que no estaba antes, una vibración que venía del pecho y que no podía controlar porque el pecho contenía demasiadas cosas apretadas en poco espacio: los números del monitor, las probabilidades del vial, la fiebre de su hija, su propia fiebre que subía despacio como una

marea que nadie ha anunciado. La canción cargó con todo eso y salió al aire del ala médica con un peso que no había tenido nunca, como si cada nota arrastrara consigo algo que no era sonido sino materia: la sustancia de seis días en un hotel de cuarentena, la gravedad de lo que estaba a punto de pasar, la densidad de una decisión que aún no se había tomado pero que ya tenía forma.

Frida cerró los ojos a la tercera nota. Como siempre. La tercera nota era su interruptor, el punto exacto de la melodía donde el cuerpo de Frida pasaba de vigilia a rendición, como si el cerebro reconociera la secuencia y dijera: bien, ya está, puedes parar. Los dedos no soltaron la mano de Nora. La respiración se hizo más lenta, no porque mejorara sino porque el sueño le quitaba al cuerpo la poca tensión que lo mantenía alerta, y sin esa tensión los músculos del pecho se relajaban y el aire entraba con menos fuerza y la sibilancia se hacía más audible, un silbido fino y constante que era como una cuerda de violín que alguien toca sin arco, solo con la vibración del aire.

Nora terminó la canción. Se quedó en silencio. El ala médica le devolvió sus ruidos de fondo: los monitores, el oxígeno fluyendo, la respiración de otros pacientes detrás de otros biombos, el zumbido eléctrico de una realidad que se medía en vatios. La enfermera seguía dormida en la silla del escritorio. No había nadie más. La otra enfermera no había vuelto. Karin estaba en su habitación de la tercera planta, durmiendo o no durmiendo, y el espacio entre su cama y esta camilla era de dos plantas de hormigón que podían ser dos kilómetros o dos años luz.

Nora miró a Frida dormida. La cara pequeña sobre la almohada del hospital, con la cánula de oxígeno cruzando la nariz y Bjørn debajo de la barbilla y el pelo pegado a la frente con el sudor de la fiebre. La mano de Frida seguía cerrada alrededor de la suya. Los dedos calientes. Las uñas con restos de crayón. El pulso visible en la muñeca, rápido, demasiado rápido, un pájaro encerrado en una jaula demasiado pequeña.

El pájaro de aquí dentro. El que hace ruido. El que Frida le había dicho que se iba a ir porque los pájaros siempre encuentran la salida. Pero este pájaro no encontraba la salida. Este pájaro se

quedaba y crecía y ocupaba más espacio dentro del pecho de Frida con cada hora que pasaba, desplazando al aire que necesitaba para vivir.

Nora sacó la jeringa del bolsillo. Cinco milílitros de oseltamivir, ya aspirados, listos. La aguja descubierta, fina, con ese brillo metálico que en los hospitales parece clínico y que aquí, en la penumbra del ala médica a las dos de la madrugada, parecía otra cosa. Sacó el vial del otro bolsillo. Otros cinco milílitros dentro del cristal. Puso ambos en la mesilla de la camilla de Frida, junto al monitor que parpadeaba sus números verdes con la indiferencia de las máquinas.

Miró la jeringa. Miró el vial. Miró a Frida. El triángulo de la decisión: tres objetos que contenían todo lo que importaba y que no podían existir juntos, porque la aritmética de un solo vial y dos cuerpos enfermos no admitía las tres variables al mismo tiempo. Una tenía que ceder. La jeringa. El vial. O Frida.

Tosió. La tos le subió sin aviso, un espasmo seco que le sacudió los hombros y que contentó apretando la cara contra el antebrazo. El sonido salió amortiguado pero la vibración le recorrió el pecho de arriba abajo y lo que sintió no fue dolor sino reconocimiento: la misma tos, la misma sequedad, el mismo punto de origen en la base de los bronquios que había escuchado en Frida cuatro días antes, cuando todo era una posibilidad y no una certeza. El virus estaba dentro de ella. No como sospecha. Como hecho. La fiebre le subía por los hombros y el cuello con esa progresión de cosa viva que trepa, que avanza, que no pide permiso.

Se llevó la mano a la frente. Ardía. No como la frente de Frida —aún no— pero con un calor que ya no era estrés ni agotamiento sino el primer aviso real de un cuerpo que había empezado a luchar. Treinta y ocho grados, quizás. Treinta y ocho y algo. No tenía el termómetro. Lo había dejado en la 412. Pero no lo necesitaba. Catorce años de tocar frentes le daban un margen de error de medio grado, y ese medio grado no cambiaba nada: estaba dentro de la ventana terapéutica. Ahora. En este momento. Cada hora que pasara, la ventana se cerraría un poco más.

Miró el reloj del monitor de Frida. Las dos y diecisiete. La noche más larga del Hotel Granhall, porque las noches no se miden en horas sino en lo que contienen, y esta contenía más de lo que cabía en el espacio entre el toque de queda y el amanecer.

Frida se movió. Un espasmo breve, la sacudida involuntaria de los músculos cuando la fiebre alta altera las señales eléctricas del cerebro. La mano apretó la de Nora y luego se aflojó. Los párpados temblaron. Los labios se movieron y Nora se inclinó para escuchar lo que salía, con el oído a centímetros de la boca de su hija, y lo que escuchó no fueron palabras sino sonidos: la secuencia de la canción de cuna. Frida estaba tarareando la melodía en sueños. Las notas salían desordenadas, con huecos donde la respiración no alcanzaba, pero eran las notas. La canción de Nora en la boca de Frida. La canción que significaba estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos, devuelta al remitente por una niña dormida que la cantaba sin saber que la cantaba, como un eco que vuelve de un lugar muy profundo donde las cosas que aprendes de tu madre se guardan en un sitio que la fiebre no puede alcanzar.

Nora se enderezó. Los ojos le ardían. La garganta le ardía. El pecho le ardía con la combustión lenta de un virus que se replicaba dentro de sus células con la paciencia de las cosas que no tienen prisa porque saben que van a ganar. Miró a Frida. Miró la jeringa. Miró el vial.

La lógica de la enfermera, una última vez. Fría, sin sentimientos, con la eficiencia de un bisturí: Frida, día cuatro de síntomas, saturación 83, fiebre 40,3, probabilidad de respuesta al oseltamivir inferior al quince por ciento. Nora, día cero, ventana terapéutica abierta, probabilidad de respuesta superior al setenta por ciento. Si Nora caía, las dos caían. Si Nora sobrevivía, podía luchar por Frida: llevarla a un hospital real cuando las evacuaciones se reanudaran, conseguir tratamiento completo, darle lo que el Granhall no podía darle. Sobrevivir no era egoísmo. Sobrevivir era estrategia. Sobrevivir era la única forma de darle a Frida una oportunidad que no fuera estadística.

La lógica de la madre, una última vez. Dáselo a ella. Dále todo. Un quince por ciento no es cero. Los cuerpos no leen las

estadísticas. Frida es la niña que insistió durante tres años en que un oso era un conejo. Frida no obedece probabilidades. Frida hace lo que le da la gana con la realidad y la realidad se adapta. Dáselo. Apuesta por ella. Apuesta todo.

Las dos lógicas vibraron dentro de Nora durante un tiempo que no supo medir. Podían ser segundos. Podían ser minutos. El ala médica no tenía relojes naturales: ni luz de día ni oscuridad de noche, solo la luz constante de los fluorescentes a media potencia y los números verdes de los monitores que contaban el tiempo de los cuerpos, no el de las personas. Nora se quedó en la silla con la jeringa al alcance de una mano y el vial al alcance de la otra y su hija frente a ella y su propia fiebre subiéndole por el cuerpo como una corriente, y en ese espacio donde las dos lógicas se anulaban la una a la otra, una tercera cosa tomó la decisión.

No fue la enfermera. No fue la madre. Fue algo más antiguo que las dos, algo que no tenía nombre clínico ni nombre emocional, algo que vivía en la base del cerebro donde las funciones no se debaten sino que se ejecutan: el instinto de supervivencia. La orden biológica que dice vive, por encima de todo, vive, porque un organismo muerto no protege, no cuida, no canta canciones de cuna, no aparta mechones de la frente, no hace nada. Vive primero. Lo demás después.

Nora cogió el vial. Lo invirtió. Insertó la aguja de la jeringa que ya tenía cinco milílitros en el tapón de goma. Tiró del émbolo. Los cinco milílitros restantes del vial entraron en la jeringa. Diez milílitros en total. Una dosis adulta completa. Retiró la aguja del vial vacío. El cristal quedó limpio, transparente, con una gota de líquido colgando del tapón de goma que brilló un segundo bajo la luz del monitor y cayó en la sábana de Frida con el peso de algo infinitamente pequeño.

Se subió la manga de la camiseta. La piel del antebrazo estaba caliente al tacto, con el rubor de la fiebre que empezaba a marcar el territorio. Localizó la vena cefálica con los dedos —la misma que había localizado miles de veces en brazos ajenos, la que corre por la cara anterior del antebrazo como un río subterráneo que solo las

enfermeras saben encontrar al tacto— y puso la punta de la aguja contra la piel.

En ese momento, Frida abrió los ojos.

No los abrió despacio, como había hecho las últimas veces, con la pesadez de los párpados febriles. Los abrió de golpe, con la brusquedad de un cuerpo que detecta algo y reacciona antes de que la mente lo procese. Los ojos marrones, húmedos, brillantes, se enfocaron en Nora. No en su cara. En sus manos. En la jeringa contra el antebrazo. En el vial vacío sobre la mesilla.

Frida miró la jeringa. Miró a Nora. Y lo que Nora vio en los ojos de su hija no fue confusión ni delirio ni la mirada flotante de las últimas horas. Fue claridad. Una claridad feroz, mineral, que venía de algún lugar más profundo que la fiebre y que la enfermedad y que los cinco años, un lugar donde Frida sabía cosas que no tenía edad para saber y que sin embargo sabía con la certeza de quien mira un árbol y sabe qué parte es la raíz y qué parte son las hojas.

No dijo nada.

Miró a Nora con la jeringa en la mano y el vial vacío en la mesilla y no dijo nada. No preguntó qué hacía. No preguntó para quién era. No dijo mamá ni me cantas ni tengo miedo. Se quedó en silencio con los ojos abiertos y la boca cerrada y la mano que todavía sostenía la de Nora y que no soltó, que no aflojó, que siguió ahí como había estado las últimas dos horas, caliente, seca, con esa fuerza que no correspondía a su tamaño ni a su estado ni a nada que la medicina pudiera medir.

El silencio duró lo que dura algo que no puede deshacerse. Tres segundos. Cuatro. Cinco. El monitor parpadeaba. El oxígeno fluía. Los otros pacientes respiraban detrás de sus biombos. Y Frida miraba a Nora con esa claridad que era peor que cualquier grito porque los gritos se terminan y la claridad no, la claridad se queda, se instala, se graba en un lugar de la memoria donde ni la fiebre ni los años ni la amnesia pueden borrarla.

Nora se clavó la aguja.

La punción fue limpia, profesional, con la precisión de catorce años de vías intravenosas: la aguja entró en la vena cefálica en el primer intento, el émbolo empujó los diez milílitros de oseltamivir al

torrente sanguíneo con la velocidad estándar de una administración intravascular, y el líquido desapareció del plástico de la jeringa con la docilidad de algo que no sabe lo que hace ni a quién se lo hace ni lo que deja sin hacer al elegir un cuerpo y no otro.

Retiró la aguja. Una gota de sangre asomó en el punto de punción y la limpió con el pulgar. La jeringa vacía. El vial vacío. Todo vacío excepto su propia sangre, que ahora llevaba el antiviral disuelto entre los glóbulos rojos, viajando hacia los pulmones, hacia los bronquios, hacia las células donde el virus se replicaba, para hacer lo que la molécula sabía hacer: inhibir la neuraminidasa, bloquear la liberación de viriones, reducir la carga viral, darle al sistema inmunológico la ventaja que necesitaba para ganar.

La ventaja que Frida no iba a tener.

Nora bajó la manga. Guardó la jeringa vacía en el bolsillo. Guardó el vial vacío en el otro. Miró a Frida.

Frida seguía mirándola. Los ojos no se habían movido. La claridad no se había ido. Lo que se había ido era otra cosa, algo que Nora no pudo identificar en el momento y que después —en las horas, en los días, en las semanas que vendrían, si es que vendrían — identificaría como la última pieza de algo que se llamaba confianza. No la confianza adulta que se negocia y se condiciona y se retira cuando las condiciones cambian. La confianza de los cinco años. La absoluta. La que dice: mamá sabe lo que hace. Mamá me cuida. Mamá elige lo mejor para mí. Esa confianza estaba en los ojos de Frida hace cinco segundos. Ahora había otra cosa. No rabia. No tristeza. No comprensión. Algo más silencioso que las tres, algo que no tenía nombre en el vocabulario de una niña de cinco años ni en el de su madre ni en ningún otro vocabulario que Nora conociera, porque no hay palabra para lo que sientes cuando ves a la persona que más quieres en el mundo elegir no salvarte.

Frida cerró los ojos. Los dedos aflojaron la presión alrededor de la mano de Nora. No soltaron. Aflojaron. La diferencia entre soltar y aflojar es la diferencia entre una decisión y una rendición, y lo que Frida hizo no fue decidir. Fue dejar de sostener.

Nora cantó.

No sabía qué más hacer. La canción era lo único que tenía que no costaba nada y que no se agotaba y que no dependía de viales ni de protocolos ni de la aritmética de los cuerpos enfermos. Cantó la melodía sin letra, los sonidos inventados, y la voz le salió rota en los bordes, con fisuras que no habían estado ahí antes, porque la voz de una madre puede no romperse delante de su hija cuando la hija tiene los ojos abiertos, pero cuando los cierra, cuando los párpados caen y ya no hay nadie mirando, la voz se permite lo que llevaba horas conteniendo.

La canción llenó el ala médica. Pasó por encima de los biombos y alrededor de las camillas y a través de las paredes finas del Hospital Granhall, y en algún lugar del pasillo de la cuarta planta, un hombre que hacía su ronda nocturna se detuvo y escuchó. Lars Gren, ex militar, jefe de seguridad, un hombre que había aprendido a no oír las cosas que no le correspondían, escuchó la canción de cuna que subía por el hueco de las escaleras con la ligereza de algo que ya no pesa porque ha dejado de contener esperanza. Escuchó la melodía. Escuchó las notas. Escuchó cómo se deshacían al final, como un hilo que se tensa demasiado y se rompe.

Y después escuchó nada.

El tipo de nada que no es silencio.

Nora dejó de cantar. Frida respiraba. La sibilancia fina, constante, el silbido del pájaro encerrado que no encontraba la salida. El monitor decía 82. La fiebre decía 40,4. Los números seguían contando con la indiferencia de las máquinas que no saben que están contando algo que se termina.

Nora se quedó en la silla. La mano de Frida en la suya. Los dedos que ya no apretaban pero que tampoco soltaban. La jeringa vacía en el bolsillo derecho. El vial vacío en el izquierdo. Todo vacío. Todo gastado. Todo usado en una dirección que ya no podía deshacerse.

El ala médica fue quedmándose en silencio a su alrededor como un teatro donde las luces se apagan una por una. Los monitores parpadeaban. El oxígeno fluía. Los cuerpos detrás de los biombos hacían los sonidos que hacen los cuerpos cuando están solos con sus batallas internas. Y Nora se quedó sentada junto a la camilla de

su hija, con la mano que había elegido salvar sosteniendo la mano que había elegido no salvar, y entre las dos manos el espacio de una decisión que no tenía reverso, que no tenía enmienda, que no tenía el consuelo de haber sido difícil porque las decisiones difíciles son las que duelen al tomarlas y esta no había dolido al tomarla. Había dolido después, cuando la aguja ya estaba en la sangre y el líquido ya viajaba por las venas y lo único que quedaba era mirar a Frida y saber que la había mirado mientras lo hacía, y que Frida la había mirado a ella, y que ninguna de las dos había dicho nada, y que ese silencio era peor que cualquier grito porque los gritos se olvidan y los silencios se quedan.

A las tres de la madrugada, la enfermera se despertó. Nora la oyó moverse en la silla, estirarse, parpadear bajo los fluorescentes. No se movió. No dijo nada. Se quedó en la oscuridad relativa del biombo de Frida con la mano de su hija en la suya y los bolsillos vacíos y la fiebre subiéndole por el cuerpo con la constancia de algo que ya no se puede detener.

Fuera del hotel, detrás de las paredes de hormigón y las ventanas cegadas con plástico, el fiordo seguía ahí. Negro, profundo, paciente. El agua absorbía todo lo que recibía —la nieve, la oscuridad, el sonido de una canción que ya nadie cantaba— y no devolvía nada. El fiordo era el único testigo que no juzgaba, porque el agua no juzga, solo contiene, solo acumula, solo lleva las cosas al fondo donde nadie las ve y las guarda con la paciencia de lo que no tiene memoria ni tiene necesidad de tenerla.

Capítulo 19
La confesión de Lars

La confesión de Lars

Lo encuentro en la planta tres, en una habitación sin número cuya puerta tiene un cartel que dice «Sikkerhet» y que está abierta por primera vez desde que desperté en el Granhall. Lars Gren está sentado en una silla de oficina con las manos sobre una mesa vacía y la espalda recta, como un soldado que espera instrucciones que sabe que no van a llegar. La habitación es pequeña: la mesa, la silla, un monitor de seguridad apagado, un walkie-talkie cargando en una base, y una ventana que da al aparcamiento trasero donde la nieve se acumula sin que nadie la pise. El aire huele a metal y a café frío.

Me ve antes de que cruce el umbral. Los ojos van de mi cara a mis manos a mis pies, el barrido rápido de quien evalúa un perímetro por costumbre y no por necesidad. No se levanta. No cambia la postura. Lo único que se mueve en su cara es un músculo pequeño junto a la mandíbula, el que se tensa cuando aprietas los dientes sin abrir la boca.

—Qué pasó la noche del día seis.

No es una pregunta. Es la frase que llevo construyendo desde que Tor dijo «pregunta qué vieron, qué escucharon, qué olieron», y que he pulido durante las horas nocturnas de la 412 hasta que ha perdido los bordes de la cortesía y ha quedado el hueso: seis palabras sin signo de interrogación, dichas de pie en el umbral de una habitación de seguridad a un hombre que lleva días dándome las piezas una a una porque sabe que si me las da todas juntas me rompo.

Lars me mira. Tres segundos. Cinco. El músculo de la mandíbula se tensa y se afloja, se tensa y se afloja, con el ritmo de alguien que mastica una decisión. Después hace algo que no esperaba: se levanta. Cierra la puerta detrás de mí. El clic de la cerradura suena

distinto a los demás clics del hotel; más sólido, más definitivo, como el de algo que se cierra para que lo que se diga dentro no salga.

Vuelve a la silla. Se sienta. Me señala la otra silla, la que está al otro lado de la mesa. Me siento. La mesa entre los dos es de metal gris, sin nada encima, sin nada debajo. Es la mesa más vacía que he visto en el Granhall, y la vaciedad tiene el peso de lo que se va a poner sobre ella.

—Usted me dijo que escuchó la canción —digo—. Y que después escuchó nada. El tipo de nada que no es silencio. Necesito que me diga qué significa eso.

Lars apoya los antebrazos en la mesa. Las manos grandes, con los nudillos anchos de quien ha cargado cosas que no quería cargar. No me mira. Mira sus propias manos, como si la historia que va a contar estuviera escrita en los pliegues de la piel y necesitara leerla antes de decirla en voz alta.

—Yo hacía la ronda de las dos —dice. La voz es baja, llana, sin la reticencia de las veces anteriores. Ha decidido hablar y la decisión le ha quitado la resistencia, como un hueso que se coloca en su sitio después de una luxación: duele al encajar pero una vez dentro ya no duele, solo pesa—. La ronda empieza en la planta seis y baja. Sexta, quinta, cuarta, tercera, segunda, planta baja, sótano. Cada planta, cada puerta. Las cierro si están abiertas. Las miro si están cerradas. Cuento cabezas en el ala médica. Compruebo el generador. Subo.

Habla con la cadencia de quien repite una secuencia que ha ejecutado cientos de veces: sin pausa, sin énfasis, con la monotonía de lo aprendido.

—Aquella noche bajé de la sexta a la quinta sin novedad. En la cuarta, al pasar por el pasillo de las habitaciones, la escuché. La canción. Venía de abajo, del hueco de las escaleras, pero también de la 412. El sonido se mezclaba. Las paredes de este hotel son finas y el hormigón del hueco de escaleras amplifica. No supe si venía de la habitación o de la planta dos.

—Venía de las dos —digo.

Lars asiente. Una vez.

—Bajé a la segunda planta. La puerta del ala médica estaba cerrada. La luz roja del lector. No tenía tarjeta de acceso al ala

médica —solo Karin y las enfermeras la tienen—, así que me quedé en el pasillo. Pegué la oreja a la puerta. La canción era más clara ahí. Una voz de mujer. Sin letra. Solo la melodía. Era…

Se detiene. Los dedos de la mano derecha se cierran alrededor de los de la izquierda, un gesto de autosujeción que he visto en pacientes que están a punto de decir algo que les cuesta físicamente.

—Era bonita —dice—. La canción. Era de las cosas más bonitas que he oído en este hotel. Y eso la hacía peor. Porque las cosas bonitas a las dos de la madrugada en un sitio como este no son bonitas. Son señales de que algo se está rompiendo.

Respiro. El aire de la habitación de seguridad me sabe a metal y a kaffi frío y a la humedad del hormigón que transpira detrás de las paredes. No interrumpo. Lars ha empezado a hablar y los hombres como Lars, cuando empiezan, no paran hasta que terminan o hasta que algo los frena, y no voy a ser yo quien lo frene.

—La canción duró unos minutos. No sé cuántos. El tiempo a las dos de la madrugada no funciona igual que a las dos de la tarde. Después paró. No de golpe. Se fue apagando. Las notas se hicieron más débiles, más espaciadas, como una vela que se consume y da esas últimas sacudidas de luz antes de apagarse del todo. La última nota fue larga. Se estiró más de lo que debería. Y después, nada.

—El tipo de nada que no es silencio.

—Sí. —Lars levanta la vista de sus manos y me mira. Lo que tiene en los ojos no es lo que he visto antes —no la cautela, no el cálculo de un hombre de seguridad que mide riesgos—. Es algo desnudo, sin capa, la expresión de quien mira un recuerdo que no quiere y que no puede soltar—. El silencio de después de la canción era distinto al silencio de antes. El de antes era el silencio normal del hotel: tuberías, generador, el ruido de fondo. El de después era otra cosa. Era un silencio que venía de dentro de la habitación, o de dentro del ala médica, un silencio que tenía… presencia. Como si algo se hubiera ido del aire y lo que quedaba fuera el hueco que dejó.

Un hueco en el aire. Conozco ese tipo de silencio. Lo he escuchado en las guardias de urgencias, junto a las camas donde los

monitores dejan de pitar y el sonido que queda es el de una máquina que ya no tiene nada que medir. El silencio que deja un cuerpo que deja de respirar no se parece a ningún otro silencio, porque no es ausencia de sonido sino ausencia de algo más fundamental, algo que estaba ahí hace un segundo y que ahora no está y que no va a volver.

—Bajé a la planta baja —continúa Lars—. Llamé a Karin por el walkie. Tardó siete minutos en bajar. Llegó con la bata puesta sobre el pijama y las gafas torcidas y la cara de quien sabe lo que va a encontrar antes de encontrarlo.

—¿Entraron al ala médica?

—Karin entró. Yo me quedé en el pasillo. No tengo formación médica. No tengo tarjeta de acceso. Y no… —Se detiene. El músculo de la mandíbula trabaja otra vez—. No quería entrar.

—¿Por qué?

—Porque escuché lo que escuché y sabía lo que iba a ver y hay cosas que un hombre decide no ver porque verlas cambia lo que eres. Yo he visto cosas. En el ejército. En dos misiones en el exterior. He visto cosas que no le cuento a nadie y que no se van cuando cierro los ojos. Pero nunca había escuchado una canción de cuna seguida de ese tipo de silencio. Y no quería que lo que había al otro lado de esa puerta se sumara a la lista.

Miro a Lars. Los hombros ligeramente más caídos que cuando entré. Cada frase le quita una capa de la estructura que lo mantiene en pie.

—¿Qué pasó después?

—Karin salió del ala médica al cabo de… no sé. Media hora. Cuarenta minutos. Cuando salió tenía la cara que tienen los médicos cuando han hecho todo lo que podían hacer y lo que podían hacer no fue suficiente. Me pidió que subiera a la cuarta planta. Me pidió que comprobara la 412.

—¿Qué encontró?

—A usted.

La palabra llega como un dato clínico: limpia, precisa, sin carga emocional visible. A usted. No a Frida. No a una niña dormida con un peluche. A usted.

—Estaba en la cama. Dormida. O inconsciente. No supe distinguir. Tenía fiebre. La pulsera de identificación en la muñeca. Y una jeringa vacía en la mesilla, junto al inhalador. Bajé y se lo dije a Karin. Karin subió. La examinó. Le tomó la temperatura. Le administró algo —no sé qué, no pregunté—. Después llamó a Erik. Los tres bajamos al pasillo de la planta baja y Karin dijo…

Lars se detiene. Las manos se abren sobre la mesa, las palmas hacia arriba, como si mostrara que no lleva armas. Es el gesto de la rendición. No ante mí. Ante lo que va a decir.

—Karin dijo que usted había tenido un episodio disociativo agudo. Que la fiebre y la falta de sueño y el estrés acumulado habían provocado un quiebre. Que no recordaría nada al despertar. Que necesitaba monitorización psiquiátrica de nivel tres y medicación, y que bajo ninguna circunstancia se le podía…

Se detiene otra vez. Baja la mirada.

—Bajo ninguna circunstancia se le podía decir lo que había pasado con la niña hasta que estuviera en condiciones de procesarlo. Esas fueron sus palabras. «Hasta que esté en condiciones de procesarlo.»

El aire de la habitación se ha espesado. Lo noto en los pulmones, en la forma en que la inspiración entra más lenta, como si el oxígeno tuviera que abrirse paso a través de algo. No es una metáfora. Es lo que siente el cuerpo cuando recibe información que la mente rechaza: los músculos del pecho se contraen, el diafragma se tensa, la respiración se acorta. Lo conozco. Lo he visto en los familiares que reciben noticias en los pasillos de urgencias. Lo estoy sintiendo por primera vez desde este lado.

—¿Qué pasó con Frida?

Mi voz sale con una calma que no me pertenece. La voz de enfermera. El último recurso.

Lars me mira. Compasión, miedo, alivio. Los tres a la vez.

—Karin me dijo que la niña había entrado en fallo respiratorio hacia las dos y media de la madrugada. Fallo respiratorio. La saturación había caído por debajo de setenta y los pulmones dejaron de funcionar. La enfermera de guardia intentó reanimarla pero no había equipo de soporte vital avanzado, no había ventilador

mecánico, no había nada de lo que un hospital tiene y este hotel no tiene. Lo intentó durante quince minutos. Después paró.

Las palabras entran. No por la cabeza. Por el cuerpo. Las siento en el estómago, en las plantas de los pies. Las siento como peso. El dolor vendrá después. Ahora es peso.

No digo nada. La boca está abierta pero el mecanismo que convierte el aire en palabras se ha desconectado. Frida murió en una camilla del ala médica del Hotel Granhall, con un peluche gris debajo de la barbilla y una madre que no estaba.

La madre que no estaba era yo. La jeringa vacía era mía. El vial vacío era el que robé del almacén dos noches antes. Y la dosis que debía salvar a mi hija estaba dentro de mi cuerpo, trabajando en mis células, protegiendo mis pulmones, manteniendo viva a la persona que había elegido vivir en lugar de la persona a la que debía haber salvado.

Debía haber salvado. O no. O no había forma de salvarla. O la forma existía y la dejé pasar. O la usé en mí misma porque el instinto me lo pidió y el instinto no negocia con la moral. O la usé en mí misma porque sabía que el quince por ciento de probabilidad de Frida no justificaba sacrificar el setenta por ciento del mío. O la usé en mí misma porque soy la mujer que Karin creía que era: un riesgo.

—¿Dónde está? —digo. La voz de enfermera. La voz que no se rompe.

Lars entiende la pregunta sin que tenga que aclararla.

—En el ala clausurada. La cuarta puerta de la derecha. Karin quiso… quiso esperar a que usted estuviera en condiciones. Quería que la viera antes de que… antes de que la movieran. Pero usted no estuvo en condiciones. No despertó durante un día entero. Y cuando despertó, no recordaba nada. Karin dijo que el cerebro había hecho lo que los cerebros hacen cuando la carga es insoportable: cerrar la puerta. Borrar el archivo. Empezar de cero.

Empezar de cero. El capítulo uno. La habitación 412. Bjørn en la almohada. La pulsera de NIVEL 3. La mujer que despierta sin recuerdos y busca a su hija en un hotel donde todos saben que su hija ya no está y nadie se lo dice porque la doctora dijo «hasta que

esté en condiciones de procesarlo» y la doctora es la única autoridad médica en un edificio donde la autoridad médica es la ley.

—Erik borró su nombre del registro —digo. No pregunto. Digo.

—Erik actualizó el registro. Pasó a Frida a la columna de… —Lars traga—. A la columna de bajas. Utskrevet.

Utskrevet. Dado de baja. El eufemismo administrativo para alguien que ya no ocupa una cama ni consume recursos ni necesita una pulsera de identificación. La burocracia tiene palabras para todo excepto para lo que importa.

—¿Y Siri?

—La señora Lund estaba con la niña cuando… —Lars no termina. Recompone—. Estaba presente. Se quedó hasta que Karin llegó. Después subió a su habitación con su hijo y no bajó en dos días. Cuando bajó, usted ya estaba despierta y buscaba a Frida por los pasillos y Siri… Siri no sabía qué hacer con eso. Con usted buscándola. Con los dibujos que encontraba y las pistas que seguía y la esperanza que tenía. Siri la veía buscar a una niña que ella había visto morir y no sabía cómo estar en la misma habitación que usted sin gritarlo.

Siri. La que me dijo «me das miedo». No me tenía miedo a mí. Le tenía miedo a lo que yo hacía: buscar a alguien que ella había visto dejar de respirar.

Bjørn en el suelo. Bjørn que se cayó de la camilla porque los dedos de Frida se abrieron cuando los dedos de Frida dejaron de funcionar. Bjørn que alguien recogió después y que terminó en la almohada de la 412 junto a mí cuando desperté sin recuerdos. ¿Quién lo puso ahí? ¿Karin? ¿Siri? ¿La enfermera? ¿O lo puse yo misma, en una de esas noches de caminar dormida, con las manos que hacen cosas que la mente no registra, las mismas manos que dibujan árboles y preparan galletas y mueven peluches por el hotel como si el juego del escondite que Frida amaba pudiera seguir jugándose sin Frida?

—¿Usted me cree capaz de haberla matado?

La pregunta sale de un lugar que no conozco. No la he pensado. No la he construido. Ha salido como salen los reflejos: sin permiso,

sin filtro, con la velocidad de las cosas que el cuerpo necesita saber antes de que la mente decida si quiere saberlo.

Lars no contesta al instante. La pausa dura tres respiraciones. Tres respiraciones suyas, porque las mías se han acortado hasta ser casi inaudibles, comprimidas por la presión de todo lo que hay en esta habitación entre esta pregunta y su respuesta.

—No —dice.

Una sílaba.

—No la creo capaz de haberla matado. Creo que hizo una elección que nadie debería tener que hacer, en circunstancias que nadie debería tener que soportar, con una cabeza que llevaba días sin funcionar como debería. No sé qué habría hecho yo en su lugar. No sé qué habría hecho nadie. Y eso es lo que me quita el sueño, Nora. No lo que usted hizo. Lo que yo no sé si habría hecho diferente.

La frase se queda en la habitación de seguridad como se quedan las cosas que pesan más que el aire: sin subir, sin bajar, ocupando el espacio que hay entre dos personas que no se miran porque mirarse sería aceptar que lo que se ha dicho no puede desdecirse.

Me levanto. Las piernas responden con un retraso de medio segundo, como si el peso que se ha depositado en el centro de mi cuerpo necesitara un momento para redistribuirse antes de que la estructura pueda sostenerse en pie. La silla chirría al moverse sobre el linóleo. Lars no se levanta. Se queda sentado, con las manos abiertas sobre la mesa vacía, y me mira caminar hacia la puerta con la expresión de un hombre que acaba de entregar algo que llevaba demasiado tiempo sosteniendo y que ahora tiene las manos vacías y no sabe qué hacer con el espacio que ha quedado.

—Nora.

Me detengo con la mano en el pomo.

—Lo que hizo la doctora Vold —dice Lars—. No decirle la verdad. Monitorizarla. Medicarla. Esperar. No lo hizo por crueldad. Lo hizo porque creyó que era lo correcto. Que si le daba tiempo, su cerebro devolvería los recuerdos poco a poco, de forma controlada, sin el impacto de la revelación total. Pero los días pasaron y usted no

recordaba y en lugar de recordar empezó a buscar, y la búsqueda se convirtió en el sistema que su cabeza construyó para no recordar. Y Karin se dio cuenta de que había calculado mal. De que esperar no estaba funcionando. Pero a esas alturas ya era tarde para cambiar de estrategia sin romperla a usted.

—Sin romperme.

—Sí.

Abro la puerta. El pasillo de la tercera planta me recibe con su luz ámbar y su olor a desinfectante. Salgo. No cierro la puerta. Camino hacia las escaleras. Cada paso es una acción que mi cuerpo ejecuta mientras mi cabeza funciona en un modo que no reconozco: no pensamiento, no emoción, no shock. Es algo anterior a los tres. Es la respuesta de un organismo que ha recibido una sobrecarga y que ha apagado todos los sistemas no esenciales para dedicar la energía a lo único que importa: seguir moviéndose. Un pie delante del otro. Escalera arriba. Cuarta planta. El pasillo. La moqueta. Los fluorescentes.

La puerta clausurada del fondo del pasillo. La cadena en el suelo. La argolla desprendida. La puerta que abrí con un bolígrafo hace… no sé cuánto. Días. Horas. El tiempo ha dejado de funcionar como una línea y se ha convertido en algo parecido al agua del fiordo: espeso, sin forma, sin dirección.

No entro. Aún no. Me quedo frente a la puerta metálica con el olor dulce filtrándose por la juntura y las manos a los costados del cuerpo y los pies sobre la moqueta y la respiración que entra y sale con la regularidad de algo que funciona sin necesitar que lo dirijan. Detrás de esta puerta hay siete cuerpos. Lars dijo: la cuarta puerta de la derecha. Karin quiso esperar a que estuviera en condiciones.

¿Estoy en condiciones?

La pregunta es absurda. Las condiciones son un concepto que pertenece a un mundo donde las cosas se preparan y se procesan y se gestionan con protocolos y medicación y tiempo. Ese mundo no existe aquí. Aquí existe un pasillo de hotel, una puerta sin cadena, y detrás una habitación con una camilla donde hay una forma pequeña debajo de una sábana blanca que tiene una etiqueta escrita

con la caligrafía de Erik Dahl. No necesito estar en condiciones. Necesito abrir la puerta. Necesito entrar. Necesito ver.

Pero no ahora.

Ahora necesito volver a la 412. Necesito sentarme en la cama donde Frida durmió conmigo durante cinco noches. Necesito coger a Bjørn —al que huele a ella, al real, al que lleva tres años de su barbilla contra la tela— y apretarlo contra el pecho y respirar el último residuo de mi hija que existe en el mundo. Y necesito decidir qué soy. Qué soy ahora que sé lo que hice. Qué soy ahora que la búsqueda se ha terminado y lo que queda no es un hallazgo sino un agujero.

Camino hacia la 412. La puerta. La tarjeta. El clic. La habitación. Los crayones de Frida en el suelo. El cuaderno abierto en la página del último árbol. El pijama de los cohetes. El inhalador vacío. Los dos Bjørn: el de la almohada y el de la mesilla. Los objetos huérfanos de una niña que murió a las dos y cuarenta de la madrugada porque su madre usó la última dosis de antiviral en sí misma.

O porque el virus fue más fuerte que cualquier antiviral. O porque la ventana terapéutica se había cerrado y la dosis no habría cambiado nada. O porque entre el plan y la ejecución la fiebre le cambió las prioridades y lo que tenía que ser para Frida fue para Nora.

Me siento en la cama. Cojo a Bjørn. Al real. Al que huele. Lo acerco a la cara. El olor entra por las fosas nasales y viaja hasta el lugar donde guardo todo lo que es Frida: el crayón, el jabón barato, el pelo sin lavar, el calor específico de un cuerpo de diecisiete kilos que se acurrucaba contra el mío cada noche con la eficiencia de un animal que busca calor y que no sabía que podía soltar y por eso no soltaba.

No soltaba. Pasado. Por primera vez, el pasado no me provoca la reacción de corregir. No pienso no suelta, no soltaba no, suelta. Pienso: no soltaba. Y el pasado se queda. Se instala. Ocupa el espacio donde antes vivía el presente de Frida y lo reemplaza con algo que tiene la misma forma pero que está hecho de otra materia: no de vida sino de recuerdo, no de calor sino de la sombra del calor, no de una niña sino de lo que una niña dejó atrás.

Miro la ventana. El fiordo está ahí. No negro ni gris ni opaco. Es la primera vez que lo veo como es: agua. Solo agua. Profunda, fría, oscura en el fondo y clara en la superficie, con una quietud que no es paz ni amenaza sino la condición natural de algo que existe sin necesitar que nadie lo mire. El fiordo no sabe que Frida ha muerto. El fiordo no sabe que existió. El fiordo es anterior a Frida y posterior a Frida y eso, por alguna razón que no entiendo, es lo único en todo el Hotel Granhall que me parece verdadero.

Cierro los ojos. Bjørn contra el pecho. El olor de mi hija diluéndose con cada respiración, porque los olores se gastan cuando los hueles demasiado y el cerebro se acostumbra y deja de registrarlos, y llegará un día en que acerque a Bjørn a la cara y ya no huela nada, y ese día será el día en que Frida se haya ido del último lugar donde quedaba.

Abro los ojos. La 412. Las paredes de hormigón. El techo con sus manchas de humedad. El hotel que respira a mi alrededor con la indiferencia de las cosas que no juzgan.

Y en algún lugar entre lo que sé ahora y lo que haré mañana, una pregunta que Lars no contestó y que quizás nadie puede contestar: si Frida hubiera recibido la dosis, ¿habría sobrevivido? Un quince por ciento. Las estadísticas no responden preguntas sobre individuos. Solo sobre grupos. Y Frida nunca fue parte de ningún grupo. Frida era una niña sola en una camilla de hotel que decía que los árboles tienen nombre y que los pájaros vuelan por encima de las tormentas y que si salvas a tu mamá tu mamá te salva a ti. Y su mamá no la salvó. Su mamá se salvó.

El fiordo sigue ahí. El agua no se mueve. La nieve cae. Y en la cuarta puerta de la derecha del ala clausurada, detrás de una sábana blanca con una etiqueta de cartón, mi hija espera a que su madre sea capaz de abrir la puerta y mirarla por última vez.

Capítulo 20

Día 7: La decisión

Día 7: La decisión

El amanecer no llegó al ala médica. La luz de los fluorescentes era la misma a las seis de la mañana que a las dos de la madrugada, y Nora, que llevaba cuatro horas en la silla junto a la camilla de Frida con la mano de su hija entre las suyas y los bolsillos vacíos y la sangre llena de oseltamivir, no supo que el día había empezado hasta que la enfermera del turno de mañana descorrió el biombo y se la quedó mirando con una expresión de resignación, la de alguien que encuentra lo que esperaba encontrar en el lugar donde esperaba encontrarlo.

Nora no se había dormido. Tampoco había estado del todo despierta. Había pasado las horas en un estado intermedio que no tenía nombre clínico, una zona entre la vigilia y la fuga donde el cuerpo funcionaba al mínimo —respirar, parpadear, sostener la mano de Frida— y la mente procesaba a una velocidad que no correspondía a la del reloj. Los pensamientos iban lentos, espesos, como el agua del fiordo cuando empieza a congelarse: el movimiento existe pero la forma se pierde.

La fiebre le había subido durante esas horas. La sentía en las sienes, en la base del cráneo, en los músculos del cuello que estaban rígidos como cables. Treinta y ocho y algo, quizás más. El antiviral necesitaba tiempo para hacer efecto —veinticuatro a cuarenta y ocho horas para alcanzar concentraciones terapéuticas— y hasta entonces su cuerpo estaba solo con el virus, peleando la misma batalla que el cuerpo de Frida pero con veintinueve años más de sistema inmunológico y una molécula que ya viajaba por su sangre buscando las células donde hacer su trabajo.

La molécula que no viajaba por la sangre de Frida.

La enfermera revisó el monitor. Los números habían cambiado durante la noche. Nora los había visto cambiar hora a hora, dígito a

dígito, con la precisión insoportable de las máquinas que no saben que están contando una vida: saturación 80, después 78, después 76. La frecuencia cardíaca había subido a 158 y después había empezado a bajar, el corazón se cansaba. La temperatura se había estabilizado en 40,2, como si la fiebre hubiera encontrado su altitud de crucero y se hubiera instalado ahí con la paciencia de algo que no tiene prisa.

Frida no se había despertado desde la última vez. Desde el momento en que abrió los ojos y vio la jeringa y miró a Nora y no dijo nada y cerró los ojos y aflojó los dedos. Desde ese momento, Frida dormía. O estaba en ese lugar al que van los cuerpos cuando la fiebre supera lo que la consciencia puede sostener: no sueño, no vigilia, sino una especie de retirada, como un ejército que abandona las posiciones avanzadas para concentrar las fuerzas en la última línea de defensa.

La enfermera miró a Nora. Miró la mesilla junto a la camilla. La jeringa vacía ya no estaba: Nora se la había guardado en el bolsillo horas antes. Pero el vial vacío seguía ahí, junto al monitor, con el tapón de goma perforado por la aguja y una última gota de líquido brillando en la boca del cristal. La enfermera lo cogió. Lo giró entre los dedos. Leyó la etiqueta. Miró a Nora.

—¿Se lo ha administrado a la niña?

La pregunta tenía una respuesta que Nora podría haber dado. Una mentira simple, de dos letras, que habría cerrado la conversación y comprado tiempo. Sí. Se lo he dado a Frida. Pero la mentira no salió. No porque Nora fuera incapaz de mentir —había mentido a Frida durante días, con la fluidez de una madre que traduce el mundo al idioma de los cinco años— sino porque el cuerpo que había hecho lo que había hecho diez horas antes ya no tenía la energía de construir ficciones. Las ficciones requieren un tipo de fuerza que Nora había agotado en el momento en que la aguja entró en su propia vena.

No contestó. La enfermera la miró tres segundos más y salió del biombo con el vial en la mano.

Karin Vold llegó en cuatro minutos. No en siete como la noche anterior. Cuatro. Llegó con la bata puesta y las gafas rectas y la

expresión de quien ha recibido una información que confirma lo que sospechaba y que activa un protocolo que ya tenía preparado. Se acercó a la camilla. Miró el monitor. Miró a Frida. Miró a Nora.

No dijo nada durante quince segundos. Los contó el reloj del monitor, porque Nora ya no podía contar nada que no estuviera delante de sus ojos en forma de número verde sobre fondo negro. Quince segundos en los que Karin Vold observó la escena con la misma mirada clínica con que había observado a cada paciente del ala médica durante seis días: las pupilas, la piel, la postura, las manos. Los ojos fueron de Nora a la mesilla donde el vial ya no estaba, de la mesilla al brazo izquierdo de Nora que asomaba por la manga de la camiseta, del brazo al punto de punción en la vena cefálica donde un círculo diminuto de sangre seca marcaba el lugar exacto donde la aguja había entrado.

Karin miró el punto de punción. Miró a Nora. Y Nora vio que lo sabía. Lo supo por la forma en que los músculos alrededor de la boca de Karin se ajustaron, un movimiento de décimas de milímetro que en cualquier otra persona habría sido imperceptible pero que en Karin, cuya cara era un instrumento clínico calibrado para no mostrar nada, equivalió a un grito. La médica entendió lo que había pasado: el vial robado, la dosis completa, la elección. La entendió en los cuatro segundos que tardó en recorrer con los ojos el espacio entre la vena de Nora y el monitor de Frida.

Se quitó las gafas. Las limpió con el borde de la bata. El gesto que usaba para ganar tiempo antes de decir algo difícil. Pero esta vez no dijo nada difícil. Esta vez se puso las gafas, se arrodilló junto a la camilla de Frida, y le puso el estetoscopio en el pecho.

Escuchó durante un minuto. Nora la observó escuchar y supo lo que Karin estaba oyendo porque lo había estado oyendo ella misma durante horas: la respiración superficial, rápida, con una sibilancia que ya no era fina sino gruesa, como el sonido de una cuerda mojada que alguien tensa. Los crepitantes bilaterales que ya no eran crepitantes sino algo peor: un silencio parcial en las bases, la zona de los pulmones donde el aire debería entrar y ya no entraba porque el espacio estaba ocupado por líquido.

Karin se levantó. Miró a Nora. Lo que tenía en la cara ya no era la neutralidad clínica que había mantenido durante seis días. Era algo que Nora reconoció porque lo había visto en su propio espejo en las guardias de noche, cuando un paciente se iba y no habías podido hacer nada y lo único que quedaba era la pregunta de si habrías podido hacer algo distinto. Era dolor profesional. El dolor de alguien que sabe que la ciencia tiene límites y que esos límites no piden perdón.

—¿Cuánto le queda? —dijo Nora. La voz de enfermera. La última armadura.

Karin no esquivó la pregunta. Eso fue lo más humano que hizo: no esquivarla.

—Horas. No días.

Horas. La palabra aterrizó en el espacio del biombo con el peso específico de las cosas que no tienen reverso. Horas. No días. Frida tenía horas. La niña que contaba peldaños y nombraba árboles y decía buenísimo con las dos íes largas y dibujaba pájaros con sombrero y preguntaba si los pájaros se enferman y contestó que si salvas a tu mamá tu mamá te salva a ti, esa niña tenía horas. Y su madre, que había elegido no darle el antiviral para dárselo a sí misma, estaba sentada junto a ella con la sangre llena de la molécula que quizás habría cambiado algo o quizás no habría cambiado nada, y esa distancia entre quizás y quizás era el espacio donde iba a vivir el resto de su vida.

Karin habló con voz baja, rápida, clínica. Aumentó el flujo de oxígeno. Administró un antipirético por vía intravenosa. Pidió a la enfermera que preparara una dosis de morfina —«para el confort», dijo, y la palabra confort en ese contexto significaba lo que significaba: ya no estamos tratando de curar, estamos tratando de que no duela—. Hizo todo lo que la medicina del Hotel Granhall podía hacer, que era mucho menos de lo que un hospital podía hacer y mucho más de lo que Nora había esperado. Karin Vold era una médica que no había dejado de serlo ni un solo día de la cuarentena, y lo que hacía por Frida en ese momento no era protocolo ni obligación sino algo que no tenía código ni formulario: la decisión de

una persona de cuidar a otra persona hasta el final porque eso es lo que se hace, porque no hacerlo sería peor que cualquier virus.

Después, Karin se acercó a Nora. Le tomó la temperatura con el termómetro de oído. No dijo el número en voz alta. Lo anotó en la tableta. Miró el punto de punción en el brazo de Nora. No dijo nada. Lo que no dijo ocupaba más espacio que cualquier frase: no la acusó, no la juzgó, no le preguntó por qué lo había hecho. Sabía por qué. Lo sabía porque era médica y entendía los números y entendía la lógica y entendía que una enfermera con fiebre y una hija muriéndose y un único vial de antiviral hace el cálculo que el cálculo le pide, no el que el corazón le pide, porque el cálculo es lo que la mantiene en pie y el corazón es lo que la habría tirado al suelo.

Le puso una mano en el hombro. Fue un gesto breve, de medio segundo, con la presión justa de los dedos sobre la tela de la camiseta. Nora no lo esperaba. Karin no tocaba a las personas fuera del contexto clínico. No ponía las manos en los hombros de nadie. Que lo hiciera ahora significaba algo que no cabía en las palabras y que Nora recibió con el cuerpo porque la cabeza ya no procesaba gestos: la mano de Karin decía lo que Karin no iba a decir nunca en voz alta, que era algo parecido a entiendo, algo parecido a lo siento, algo parecido a yo tampoco sé qué habría hecho.

Karin se fue. La enfermera se fue. El biombo se quedó descorrido. Nora y Frida solas.

Las horas que siguieron no se midieron en minutos ni en números de monitor ni en ningún sistema de medida que los humanos hubieran inventado para organizar el tiempo. Se midieron en respiraciones. Las de Frida: cada vez más lentas, cada vez más superficiales, con intervalos de silencio que se alargaban como los días se alargan en verano, despacio, sin que puedas señalar el momento exacto en que la luz cambia pero sabía que cambia. La sibilancia se había reducido. No porque los bronquios mejoraran sino porque el aire que pasaba por ellos era tan poco que ya no generaba suficiente fricción para producir sonido. El pájaro del pecho de Frida estaba dejándose de oír. No porque se fuera. Porque se quedaba quieto.

Nora le cantmó la canción tres veces. La primera fue a las siete, cuando la morfina había relajado los músculos de la cara de Frida y la expresión de esfuerzo que llevaba días ahí se había suavizado hasta convertirse en algo que se parecía a la paz y que no lo era, porque la paz requiere consciencia y lo que la morfina le daba a Frida no era ausencia de dolor. Distinto. La segunda vez fue a las nueve, cuando Siri llegó con Odin y el niño se quedó en la puerta del ala médica con los ojos grandes y serios y no entró, y Siri se sentó en la silla al otro lado de la camilla y le cogió la otra mano a Frida y no dijo nada, y las dos madres se quedaron así, una a cada lado, sosteniendo a una niña que ya no las sostenía a ellas.

La tercera vez fue la última.

A las once de la mañana, la respiración de Frida cambió de forma. No de ritmo ni de profundidad sino de algo más fundamental, algo que no se mide con estetoscopios sino que se siente en el aire de la habitación, en la forma en que el espacio se modifica cuando un cuerpo deja de hacer lo que lleva haciendo desde que nació. Nora lo reconoció antes de que el monitor lo registrara, porque la enfermera dentro de ella había presenciado este momento docenas de veces y lo conocía con una intimidad que no deseaba y que no podía desaprender: la respiración agmónica. Los últimos ciclos de un sistema que se apaga, con intervalos de apnea cada vez más largos y respiraciones cada vez más superficiales, como una ola que retrocede de la orilla y vuelve cada vez más débil hasta que deja de volver.

Nora se inclinó sobre la camilla. Acercó la cara a la cara de Frida. La distancia entre las dos era de centímetros, la misma distancia que las separaba cada noche en la cama de la 412 cuando Nora le apartaba el mechón de la frente y le cantaba la canción y Frida cerraba los ojos a la tercera nota. La misma distancia. Otro mundo.

Cantó. La melodía sin letra. Los sonidos inventados. La voz le salió quebrada en los bordes, con fisuras que dejaban pasar algo que no era aire sino algo más caliente, más líquido, más parecido a la materia de la que están hechas las cosas que no se pueden arreglar. Cantó mirando la cara de su hija que ya no se parecía del

todo a la cara de su hija, porque la fiebre y la enfermedad y los días habían afilado los rasgos y cambiado los colores y lo que quedaba era una versión de Frida que contenía a Frida pero que no la mostraba completa, como una foto que se ha mojado y los bordes se han corrido.

Le apartó el mechón de la frente. El ritual. El pulgar sobre la sien. La piel aún estaba caliente. La fiebre no se había ido. La fiebre iba a ser lo último en irse, porque la fiebre es el cuerpo luchando y el cuerpo de Frida aún luchaba aunque ya no hubiera nada contra lo que luchar, porque los cuerpos de cinco años no saben rendirse, no entienden el concepto, siguen peleando con la terquedad de quien insiste en que un oso es un conejo y que el cielo se queda arriba y que los pájaros valientes vuelan por encima de las tormentas.

Los dedos de Frida se movieron. No un agarre, no una presión. Un movimiento reflejo, el tipo de contracción involuntaria que los músculos hacen cuando el sistema nervioso envía las últimas señales a través de circuitos que se van cerrando. Los dedos se doblaron alrededor de la oreja de Bjørn y después se abrieron. Se doblaron y se abrieron. Como si el cuerpo de Frida estuviera practicando el gesto de soltar algo que llevaba tres años sin soltar.

Nora le cogió la mano. Los dedos calientes, secos, pequeños. Los cerró alrededor de los suyos y los sostuvo con la fuerza justa para que Frida supiera que estaban ahí sin tener que abrir los ojos para comprobarlo. El tacto como último canal. La piel contra la piel como la última forma de decir lo que las palabras y las canciones y los dibujos ya no podían decir.

Siri lloraba al otro lado de la camilla. Sin sonido, sin movimiento, con las lágrimas cayendo por la cara y aterrizando en la sábana de Frida en círculos oscuros que se expandían y se absorbían y desaparecían. Lloraba como lloran las personas que saben que el llanto no cambia nada y que lo hacen de todos modos porque el cuerpo necesita una salida para lo que la cabeza no puede contener.

El monitor. Nora lo miraba con la visión periférica, sin girar la cabeza, porque girar la cabeza habría significado dejar de mirar a Frida y no iba a dejar de mirar a Frida. Los números verdes parpadeaban en la esquina de su campo visual: saturación 68.

Frecuencia 92. Temperatura 39,8. Cada número era un paso más abajo en una escalera que no tenía fondo y que Frida bajaba sola, porque nadie puede acompañar a otro cuerpo en ese descenso, nadie puede coger la mano de alguien y bajar con ella al lugar donde los números dejan de tener significado, por mucho que lo intente, por mucho que apriete, por mucho que cante.

La canción se terminó. Nora no recordó haberla cantado entera. Las notas se le habían mezclado con la respiración propia y con el ruido del monitor y con los sonidos que hacía el ala médica cuando alguien se muere dentro de ella: un silencio que era retirarse, como las olas, como la luz, como todo lo que se va.

A las once y cuarenta y siete minutos de la mañana del séptimo día, el monitor de Frida emitió un pitido continuo. Una línea recta. Verde. Horizontal. La representación gráfica de la nada, la forma que tiene la ausencia cuando la mides con electricidad. Nora miró la línea. Miró a Frida. La cara de su hija no había cambiado. Los ojos cerrados. La boca ligeramente abierta. El pelo pegado a la frente. Bjørn debajo de la barbilla, con la oreja descosida asomando por encima de la sábana. Si Nora no supiera leer monitores, si no supiera lo que significaba la línea verde horizontal, habría creído que Frida dormía. Que la canción había funcionado y que Frida había cerrado los ojos a la tercera nota como hacía siempre, y que al despertar pediría agua y diría que tenía hambre y se quejaría de que no había vaso azul.

La enfermera llegó. Apagó la alarma del monitor. El pitido cesó. Lo que quedó fue un silencio que tenía la textura del hormigón del Granhall: sólido, gris, con un peso que se sentía en los hombros. La enfermera miró a Nora. Miró a Siri. Miró a Frida. Se arrodilló junto a la camilla. Nora la vio preparar el desfibrilador portátil que había al fondo del ala, la vio colocar las paletas pequeñas sobre el pecho de Frida, la vio apretar el botón una vez, dos veces, tres veces, con la eficiencia mecánica de alguien que ejecuta un protocolo de reanimación que sabe que no va a funcionar pero que tiene la obligación de ejecutar porque el protocolo no distingue entre lo posible y lo fútil.

Karin llegó durante el cuarto intento. Se arrodilló junto a la camilla. Le pidió a la enfermera que se apartara. Puso las manos sobre el pecho de Frida y empezó las compresiones con una presión que calibró al tamaño del cuerpo: la tercera parte de la fuerza que usaría en un adulto, con las manos superpuestas sobre el esternón de una niña de cinco años que pesaba diecisiete kilos y cuyas costillas se movían bajo los dedos de Karin con una flexibilidad que era la de un cuerpo que aún no ha terminado de endurecerse. Contó en voz alta. Treinta compresiones. Dos ventilaciones. Treinta compresiones. Dos ventilaciones. El ritmo de un protocolo que existe porque la medicina no renuncia aunque la medicina sepa que renunciar es lo médicamente correcto.

Quince minutos. Nora los contó en el reloj del monitor que ya no medía nada. Quince minutos de compresiones y ventilaciones y silencios entre los ciclos donde lo único que se oía era la respiración de Karin y el roce de las manos sobre la tela de la camiseta de hospital de Frida y el goteo del oxígeno que seguía fluyendo por la cánula porque nadie lo había cerrado y que le entraba por la nariz a un cuerpo que ya no lo necesitaba.

Karin se detuvo. Retiró las manos del pecho de Frida. Las miró. Estaban temblando. Era la primera vez que Nora veía temblar las manos de Karin Vold. Las manos de cirujana, las de uñas cortadas al ras, las que sostenían tabletas y estetoscopios y bolígrafos con la estabilidad de objetos inanimados. Temblaban. Karin las cerró en puños y las abrió y las cerró otra vez, y después las puso sobre las rodillas y levantó la vista y miró a Nora con la cara de alguien a quien le acaban de quitar algo que no sabía que tenía.

No dijo la hora. No pronunció la frase que los médicos pronuncian cuando la reanimación se detiene: hora del fallecimiento, tal y tal. No lo dijo porque en el ala médica del Hotel Granhall no había certificados de defunción ni registros oficiales ni la infraestructura legal que convierte la muerte de una persona en un dato administrativo. Lo que había era una niña en una camilla, con los ojos cerrados y un peluche debajo de la barbilla, y el silencio de un cuerpo que ha dejado de producir los sonidos que significan vida.

Nora no se movió. La mano de Frida seguía entre las suyas. Los dedos ya no estaban calientes. No estaban fríos todavía —eso tardaría horas, el enfriamiento de un cuerpo pequeño es lento porque la relación entre masa y superficie hace que el calor se retenga más tiempo— pero la diferencia era perceptible. Templados. Como un objeto que ha estado al sol y que alguien ha metido en la sombra. Aún caliente. Ya no.

Siri se levantó. Se acercó a la puerta del biombo. Se giró. Miró a Nora con la cara mojada y los ojos rojos y una expresión que Nora no intentó clasificar porque clasificar emociones requiere una distancia que Nora ya no tenía con nada.

—¿Quieres que me quede?

Nora negó con la cabeza. Un movimiento mínimo. Siri salió. El biombo se cerró. Nora y Frida solas. Por última vez.

Le apartó el mechón de la frente. La piel aún templada. La fiebre se estaba yendo con todo lo demás, grado a grado, como la calefacción del Granhall cuando se apagaba de noche: despacio, sin aviso, hasta que el frío se instalaba y lo que quedaba era la temperatura del edificio, que era la temperatura de las cosas que nadie toca.

Nora le acomodó a Bjørn debajo del brazo. Le cerrmó los dedos alrededor de la oreja descosida, uno por uno —meñique, anular, corazón, índice, pulgar—, la secuencia inversa de la que había usado en la 412 cuando la soltó para entregarla a Karin y a Siri dos días antes. Aquella vez había abierto los dedos de Frida para soltarla. Ahora los cerraba para devolverle lo que le pertenecía. Bjørn era de Frida. Siempre había sido de Frida. Y donde fuera Frida, Bjørn iba con ella.

Se quedó sentada. El tiempo pasó sin forma. Karin entró y salió. La enfermera entró y salió. Alguien le trajo un vaso de agua que no bebió. Alguien le puso una manta sobre los hombros que no sintió. El ala médica siguió funcionando a su alrededor con la indiferencia de los sistemas que no se detienen por una muerte individual: los monitores de otros pacientes seguían parpadeando, el oxígeno seguía fluyendo, los cuerpos detrás de los biombos seguían respirando. El hotel seguía en pie. El fiordo seguía ahí fuera. El

mundo seguía existiendo aunque Frida hubiera dejado de existir en él.

A alguna hora de la tarde —Nora no supo cuál— Karin volvió. Le tomó la temperatura. Le miró las pupilas con una linterna. Le dijo algo que Nora oyó pero no procesó, algo sobre fiebre y descanso y subir a la habitación y medicación. Nora se levantó porque el cuerpo obedeció a la autoridad de una voz médica por puro reflejo profesional, del mismo modo en que un soldado obedece una orden que no ha entendido: los músculos se mueven antes de que la mente autorice el movimiento.

Karin la acompañó a las escaleras. La subió a la cuarta planta. Abrió la puerta de la 412. La habitación estaba como Nora la había dejado la noche anterior: los crayones en el suelo, el cuaderno abierto, el pijama de los cohetes, el inhalador vacío. Los restos de una vida de cinco años dispuestos sobre la moqueta como las piezas de un puzzle que ya no tiene imagen.

Karin la sentó en la cama. Le administró algo —Nora vio la jeringa pero no leyó la etiqueta, no quiso, no pudo, no le importó—. Un líquido que entró por la vía intravenosa de la muñeca izquierda, la misma que llevaba la pulsera de NIVEL 3, y que tardó treinta segundos en alcanzar el cerebro y apagar las luces. No de golpe. Despacio. Como el regulador de una lámpara que baja la intensidad grado a grado hasta que la habitación se queda a oscuras y lo último que ves antes de no ver nada es la silueta de la ventana con el fiordo detrás, negro, inmmóvil, sin una estrella, sin una luz, sin nada que refleje nada.

Nora cerró los ojos.

Capítulo 21
El espejo

El espejo

Me miro en el espejo del baño de la 412 y la mujer que me devuelve la mirada es alguien a quien no reconozco y a quien conozco demasiado bien.

Tiene la cara afilada, los pómulos marcados, los ojos hundidos. La piel con un gris verdoso que conozco de las guardias de noche: el tono de los cuerpos que llevan días funcionando con menos de todo. Los labios agrietados en las comisuras. El pelo aplastado contra un lado del cráneo. Y las manos, apoyadas en el borde del lavabo, con las uñas que ya no tienen crayón debajo porque esta mañana me las he lavado hasta que la piel de los dedos se ha puesto roja y el agua se ha llevado los restos de azul y de verde y de todo lo que quedaba de las noches que no recuerdo.

Esta es la cara que Karin veía cuando decía «no es la cara que una niña de cinco años necesita ver al despertar.» Esta es la cara que Siri veía cuando decía «me das miedo.» Esta es la cara que Lars veía cuando bajaba la mirada porque mirarme era aceptar que sabía lo que yo había hecho y que no iba a hacer nada al respecto. Esta es mi cara. La de después.

Abro el grifo. El agua sale limpia a la primera. La escala de lo que me importa se ha reducido tanto que los primeros tres segundos de un grifo ya no caben en ella.

Me lavo la cara. El agua está fría. Me la dejo correr por la barbilla y por el cuello sin secarme, porque el frío del agua es lo único que siento con nitidez esta mañana. Todo lo demás —la habitación, la moqueta, los fluorescentes, el olor a lejía— me llega como a través de una capa de algo de distancia, la separación que se instala entre el mundo y tú cuando lo que sabías de ti misma cambia de forma y lo nuevo todavía no ha encontrado dónde ponerse.

Sé lo que hice. Las palabras de Lars están dentro de mi cabeza con la solidez de los objetos que no se mueven: Frida murió a las dos y cuarenta de la madrugada del día siete. Fallo respiratorio. Saturación por debajo de setenta. La enfermera intentó reanimarla durante quince minutos. La última dosis de oseltamivir estaba dentro de mi sangre, no de la suya. Yo estaba en la 412 con una jeringa vacía en la mesilla y la fiebre subiéndome por el cuerpo y los ojos cerrados. Frida estaba en la planta dos con Bjørn debajo de la barbilla y los pulmones llenos de líquido y nadie que le cantara la canción.

Nadie que le cantara la canción. Eso es lo que me deshace. No los números del monitor ni la probabilidad del antiviral ni la aritmética de los cuerpos enfermos. Lo que me deshace es que Frida se murió sin la canción. Sin los sonidos inventados que significaban estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos. Se murió con una cánula de oxígeno y una enfermera que no conocía y una silla vacía donde debería haber estado yo, y la última cosa que escuchó no fue mi voz sino el pitido de un monitor que contaba lo que le quedaba con números verdes que parpadeaban en la oscuridad.

Me agarro al lavabo. El porcelana está fría y húmeda y mis dedos resbalan y aprieto más fuerte y las uñas se clavan en el borde con una presión que podría romper algo, las uñas o el porcelana, no importa cuál. Lo que entra por el pecho no es llanto ni grito ni la fuga hidráulica de hace unos días. Es algo más grande, más denso, algo que no cabe en una sola emoción porque tiene demasiados componentes: la culpa y la rabia y la pérdida y la incomprensión de cómo he llegado a ser esta mujer que se mira en un espejo de hotel con las manos limpias de crayón y la sangre llena de una molécula que debería haber estado en otro cuerpo. Todo eso entra de golpe, sin orden, sin jerarquía, como un cajmón que vuelcas y las cosas caen todas juntas y no sabes cuál recoger primero.

No recojo ninguna. Las dejo caer. Me quedo de pie frente al espejo con el agua goteando por la barbilla y las manos en el lavabo y la respiración que entra y sale con un ritmo que ya no controlo, y dejo que todo esté ahí, todo a la vez, sin filtrar, sin organizar, sin la armadura de la enfermera que clasifica y prioriza y archiva. La

enfermera se ha ido. Lo que queda es lo que había debajo de la enfermera: una madre que mató a su hija.

Mató. La palabra es demasiado grande y demasiado pequeña al mismo tiempo. No hay verbo para lo que realmente pasó: el acto de elegir tu propia vida cuando la elección tiene como consecuencia la muerte de la persona que más quieres. No hay palabra para eso. Los idiomas no inventaron un verbo para lo que pasa cuando una madre con fiebre y un vial de antiviral y una hija muriéndose y las estadísticas en contra y el instinto gritando vive se clava una aguja en el brazo mientras su hija la mira con los ojos abiertos.

Los ojos abiertos de Frida. Eso es lo que la memoria devuelve cuando todo lo demás sigue borrado: los ojos marrones, húmedos de fiebre, mirando la jeringa contra mi brazo. No ha vuelto ningún otro recuerdo de esa noche. No recuerdo haber bajado a la planta dos. No recuerdo haber abierto el vial. No recuerdo haberme clavado la aguja. Lo único que ha cruzado la puerta que mi cerebro cerró con cadena es esa imagen: los ojos de Frida. Y lo que había en ellos. Que no era rabia ni tristeza ni comprensión sino algo peor, algo que Lars no pudo nombrar y que yo tampoco puedo nombrar porque para nombrarlo tendría que haberlo sentido y yo nunca he estado del lado de Frida en esa ecuación, nunca he sido la persona a la que alguien que la quiere elige no salvar.

Salgo del baño. La habitación 412 me recibe con su inventario de cosas huérfanas: los crayones en el suelo, el cuaderno, el pijama, el inhalador. Los miro y ya no veo pistas. No veo pruebas de que Frida esté viva en el hotel. Veo lo que son: los objetos de una niña muerta. Cada uno con la carga específica de lo que significaba cuando ella los tocaba y la vaciedad específica de lo que significan ahora que nadie los toca.

Los dos Bjørn. El de la almohada, el que huele a Frida. El de la mesilla, el que huele a hotel. Los miro y la pregunta de cuál es el real ya no importa. Los dos son reales. Los dos son restos. La diferencia entre ellos es la diferencia entre un recuerdo que se gasta y un objeto que perdura, y al final los dos terminan en el mismo sitio: en un lugar donde nadie los necesita.

Cojo al primero. Lo huelo. El olor sigue ahí. Crayón. Jabón barato. Pelo. Más débil que ayer. Más débil que antes de ayer. Cada vez que lo huelo, el olor pierde un grado de intensidad, como una fotografía que se expone al sol y se va decolorando hasta que lo que queda no es la imagen sino el recuerdo de la imagen. Llegará un día en que acerque a Bjørn a la cara y no huela nada. Y ese día será la segunda muerte de Frida: la del cuerpo ya pasó, la del rastro está en curso.

Dejo a Bjørn en la cama. Salgo de la 412. El pasillo de la cuarta planta con su moqueta oscura y sus fluorescentes y su olor a lejía y a personas encerradas. Camino. No hacia abajo. Hacia arriba. Las escaleras. La puerta cortafuegos de la quinta planta que chirría como siempre. La quinta planta vacía con sus habitaciones sin sábanas y sus colchones manchados. No me detengo. Sigo subiendo. La sexta planta. La puerta con la cadena oxidada que lleva cerrada desde antes de la cuarentena.

Tiro de la cadena. El óxido se deshace bajo la presión de los dedos, anaranjado, quebradizo, y los eslabones ceden con un crujido que suena a hueso viejo. La cadena cae al suelo. La puerta se abre.

La terraza de observación. El cielo abierto por primera vez desde que desperté en el Granhall.

El golpe del aire es físico: entra por la cara y por el pecho y por los brazos desnudos con la fuerza de algo que llevaba días esperando al otro lado de una puerta para entrar. No es frío como el de la habitación ni como el del sótano ni como el del pasillo de noche. Es frío real, el de la intemperie, el que viene del fiordo y de las montañas y de un cielo que está más cerca de lo que debería porque esta es la planta más alta del hotel y el techo es el cielo mismo: bajo, gris, con nubes que no se mueven sino que pesan, como si alguien hubiera colocado una lámina de plomo a doscientos metros de altura.

La terraza es de hormigón, sin barandilla en el lado que da al fiordo. Donde debería haber una protección hay una viga metálica a la altura de la cintura, oxidada, con tornillos que se han aflojado con los años. El borde del hormigón termina a centmímetros del vacío. Debajo, la pendiente que baja entre los abetos hasta el fiordo,

cubierta de nieve, con huellas de animales que cruzan entre los troncos. El fiordo desde aquí arriba es otra cosa. No el rectángulo de la ventana de la 412. Una extensión de horizonte a horizonte, gris oscuro, con vetas negras donde la profundidad se vuelve abismo.

Me acerco al borde. La viga metálica me toca la cadera. El viento me empuja desde la izquierda, constante, con la presión de algo que tiene opinión sobre dónde debería estar mi cuerpo. Miro abajo. La pendiente. Los abetos. La nieve que cubre el sendero que baja al agua. El agua que absorbe todo lo que recibe y no devuelve nada.

No voy a saltar.

Lo aclaro porque la imagen lo sugiere y porque mi cuerpo, de pie en el borde de un hotel de siete plantas con el vacío delante, envía señales que podrían interpretarse como intención. Pero no voy a saltar. No porque no duela lo bastante como para querer que pare. Duele exactamente lo bastante. No salto porque saltar es la última decisión que puedo tomar y ya he tomado suficientes decisiones últimas en este hotel. Porque si salto, la historia que queda es la que otros cuenten, y otros no saben lo que pasó en la silla del ala médica a las dos de la madrugada con una jeringa en una mano y un vial en la otra y una hija a treinta centímetros que me miraba con los ojos abiertos. Otros dirán monstruo o dirán víctima y las dos cosas serán mentira porque ninguna de las dos cubre lo que pasó. Lo que pasó es más pequeño que monstruo y más grande que víctima, y la única persona que puede contar la diferencia soy yo, y para contarla tengo que estar viva. Es la razón más fría del mundo para no morir y es la única que tengo.

Me quedo en la terraza. El viento me hunde los dedos del frío en los brazos y en el cuello y en la cara mojada que no me he secado. El fiordo se extiende debajo de mí con su masa de agua oscura que no refleja el cielo sino que lo absorbe, como si el agua fuera más fuerte que la luz y pudiera tragarla sin que nadie lo notara. Miro el agua y pienso en Frida y lo que pienso es una pregunta que no tiene respuesta y que va a estar ahí el resto de mi vida como un hueso roto que suelda mal: si le hubiera dado la dosis, ¿habría sobrevivido?

Quince por ciento. Las estadísticas no responden preguntas sobre individuos. Pero Frida era un individuo. Frida era la niña que insistió durante tres años en que un oso era un conejo. Que dijo que si salvas a tu mamá tu mamá te salva a ti. Que veía árboles donde no había árboles y pájaros que volaban por encima de las tormentas y un cielo que se quedaba arriba porque si bajaba se caía encima de la gente. Frida no vivía en el mundo de las estadísticas. Vivía en el suyo. Y en el suyo, el quince por ciento podría haber sido el cien.

O podría haber sido el cero. Podría haberle dado la dosis y Frida habría muerto igual, a la misma hora, con los mismos pulmones llenos de líquido, y yo habría muerto después, sin antiviral, en una camilla junto a la suya, y Siri habría llorado por las dos y Lars habría bajado la mirada y Erik habría escrito dos nombres más en la columna de utskrevet y nadie habría quedado para contar lo que pasó.

No lo sabré nunca. Esa es la condena. No la culpa, no el horror, no la imagen de los ojos de Frida mirándome con la jeringa en el brazo. La condena es el nunca. La imposibilidad de saber si lo que hice fue lo correcto o lo imperdonable. Vivir en el espacio entre esas dos posibilidades sin poder elegir ninguna. Vivir en el quizás durante el resto de una vida que quizás no merecía salvar.

La puerta de la terraza se abre detrás de mí. Pasos ligeros sobre el hormigón. No son los de Lars ni los de Tor. Son pasos de alguien que pesa poco y que camina el suelo pudiera romperse.

—Nora.

Siri. Está en el umbral de la terraza con el pelo pegado a la cara por el viento y los brazos cruzados sobre el pecho, apretándose a sí misma contra el frío. Me mira. Mira el borde. Mira la viga metálica que me llega a la cadera. La expresión de su cara es una versión nueva de todas las expresiones que le he visto desde que desperté en el Granhall: miedo, compasión, urgencia, culpa. Todo junto. Todo al mismo tiempo, como las cosas que caen de un cajón volcado.

—No voy a saltar —digo.

Siri no se mueve. Los ojos van de mí al borde y del borde a mí, una y otra vez, midiendo la distancia la distancia fuera un dato clínico que pudiera salvar o condenar.

—Lars me ha dicho… —Empieza, y la frase se rompe a la mitad, como todas las frases de Siri, como si el idioma le cobrara un peaje por cada verdad que pronuncia—. Me ha dicho que te lo ha contado. Todo.

—Sí.

Siri da un paso hacia la terraza. El viento le empuja el pelo hacia atrás y le deja la cara expuesta: los pómulos marcados, los ojos enrojecidos, la boca apretada. Da otro paso. Se detiene a dos metros de mí, lo bastante cerca para hablar sin gritar y lo bastante lejos para que el espacio entre las dos contenga lo que necesita contener.

—Yo estaba ahí —dice—. Cuando Frida… Yo estaba sentada al lado. Le tenía la mano. No la otra, la que sostenía a Bjørn. La mano izquierda. Era pequeña. Estaba caliente. Y en algún momento de la noche, cuando tú estabas arriba y la enfermera estaba dormida y Karin no había llegado todavía, Frida abrió los ojos.

El viento se lleva las palabras hacia el fiordo. Las oigo antes de que se las lleve, cada una, con la claridad que tienen las cosas que se dicen al aire libre, sin paredes que las reboten ni techos que las contengan.

—Me miró —dice Siri—. Me miró y no me reconoció porque yo no era tú. Pero me miró y dijo algo. Una sola cosa. Tardó mucho en decirla porque el aire no le llegaba para más de dos sílabas seguidas.

—¿Qué dijo?

Siri cierra los ojos. Los abre. El líquido que tiene en ellos no cae. Se queda ahí, sostenido por la tensión superficial de alguien que ha aprendido a llorar sin derramar.

—Dijo: «Díle que no pasa nada.»

Las cuatro palabras me llegan con la velocidad del viento y la masa del fiordo. No las proceso con la cabeza. Las proceso con el cuerpo, con el estómago, con las rodillas que se aflojan y con las manos que sueltan la viga metálica y con la espalda que se curva hacia delante el peso de lo que acabo de escuchar tuviera gravedad propia. Dile que no pasa nada. Frida. Cinco años. Moribúnda. Sin aire. Sin su madre. Con la mano de una extranjera que no era la

mano que necesitaba. Y lo último que dijo no fue mamá ni tengo miedo ni me duele ni dónde estás. Lo último que dijo fue una absolución. Un perdón que no le había pedido, entregado a través de una mujer que no era yo, para que llegara cuando pudiera llegar.

Díle que no pasa nada. La frase de una niña que sabía lo que había pasado —que lo vio con sus propios ojos en la camilla del ala médica, la jeringa, el vial vacío, la elección— y que su último acto consciente fue decirle a su madre que no pasaba nada. Que la perdonaba. O que no había nada que perdonar. O que lo que pasó entre la canción y el silencio estaba bien, o que no estaba bien pero que Frida no iba a gastar el poco aire que le quedaba en reprocharlo.

Me siento en el hormigón de la terraza. Las piernas dejan de sostenerme y el suelo me recibe con la indiferencia de las superficies que no distinguen entre los cuerpos que caen y los que se sientan. El frío del hormigón me sube por la base de la columna vertebral. El viento me pega la camiseta al pecho. El fiordo está delante, enorme, gris, con su superficie que se mueve sin olas, agitada desde abajo por corrientes que no se ven.

Siri se sienta a mi lado. No dice nada. Se sienta en el hormigón con las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas y mira el fiordo conmigo. Dos mujeres en la terraza de un hotel de cuarentena, una que perdió a su hija y otra que cuidó a la hija de la otra mientras la otra no estaba. No hablamos. El viento habla por nosotras, con ese sonido continuo que hace al pasar por los bordes del hormigón, un sonido que no es musical ni desagradable sino constante, como la respiración de algo demasiado grande para verlo.

Después de un tiempo que no sé medir, Siri habla. Con su voz de frases incompletas. Con las pausas de siempre. Pero esta vez las frases llegan enteras, el aire libre y el viento y la ausencia de paredes le dieran el espacio que los pasillos del Granhall no le daban.

—Cuando Odin nació —dice—, no lloró. Me lo pusieron en el pecho y estaba callado, con los ojos abiertos, mirándome. Y pensé: este niño ha decidido que llorar no sirve para nada.

Miro a Siri. La cara de perfil contra el cielo gris, con el pelo pegado a la mandíbula por el viento. Tiene la expresión de quien cuenta una cosa para decir otra, el rodeo que hacen las personas que no pueden ir directas al centro porque el centro quema.

—Después de aquella noche, Odin dejó de hablar otra vez. Las palabras que Frida le había sacado —las preguntas sobre los pájaros, las tormentas— se volvieron a meter dentro. Como si las hubiera prestado y ahora las recogiera. Estuvo dos días sin decir nada. El tercero me miró y dijo: «Mamá, ¿la niña de los dibujos está en el cielo?» Y yo le dije que sí. Y él dijo: «Entonces está por encima de las tormentas. Como los pájaros valientes.»

El fiordo. El viento. El hormigón frío debajo de mí. Las palabras de un niño de ocho años que apenas habla y que cuando habla dice cosas que atraviesan paredes de hormigón y capas de culpa y años de formación clínica y llegan a un lugar donde no hay defensa posible.

Por encima de las tormentas. Como los pájaros valientes.

Siri me mira. Lo que tiene en la cara ya no es miedo ni compasión ni las capas de antes. Es algo más simple. Más limpio. Es la cara de una madre que mira a otra madre y no juzga. No porque no tenga opinión sino porque ha decidido que su opinión no le pertenece. Que lo que pasó entre Nora y Frida y un vial de oseltamivir a las dos de la madrugada en un hotel de cuarentena al borde de un fiordo noruego no le corresponde a ella ni a nadie que no estuviera sentado en esa silla con esa jeringa y esa hija y esa fiebre y ese quince por ciento.

—Beklager —dice.

Lo siento. Tercera vez. Comedor, pasillo, terraza. La misma palabra, tres significados. Como la canción de cuna: siempre las mismas notas, siempre otro peso.

Se levanta. Me ofrece la mano. La cojo. Sus dedos están fríos y firmes, con la fuerza de quien ha aprendido a sostener cosas que no le pertenecen porque entiende que a veces sostener es lo único que puedes hacer. Me levanta del suelo. El hormigón me ha dejado una marca de frío en la base de la espalda que va a tardar horas en irse. No me importa. El catálogo de cosas que me importan se ha

reducido a tres: bajar de esta terraza, entrar en el ala clausurada, y mirar a mi hija.

Siri y yo bajamos las escaleras sin hablar. Sexta planta, quinta, cuarta. En el pasillo de la cuarta, Siri se detiene frente a la 409. La puerta está abierta. Dentro, Odin sentado en la cama con un cuaderno sobre las rodillas, dibujando algo con un crayón verde. Levanta la vista al oírnos. Me mira con esos ojos grandes y serios que ven más de lo que dicen. Baja la vista. Sigue dibujando.

Siri entra en la 409. Se gira en la puerta. Me mira una última vez.

—Tu hija era la persona más valiente que he conocido. Tenía cinco años y era más valiente que cualquier adulto de este hotel. Incluida yo. —La voz no le tiembla. Sale entera, sólida, con una convicción que no le he oído antes—. Y lo que te dijo… Lo que me pidió que te dijera… Frida lo decía en serio. Esa niña no decía nada que no dijera en serio.

Cierra la puerta. El clic de la cerradura. El pasillo. La moqueta. Los fluorescentes.

Camino hacia la 412. No entro. Sigo hasta el fondo del pasillo, hasta la puerta metálica del ala clausurada, la que abrí con un bolígrafo hace días. La cadena sigue en el suelo. La argolla desprendida. La puerta entornada. El olor dulce filtrándose por la rendija, ese olor que llevo oliendo desde el primer día y que ahora tiene nombre y origen y dirección: el olor de los cuerpos que esperan en habitaciones cerradas a que alguien pueda sacarlos de un hotel que se ha convertido en lo último que van a ver.

La cuarta puerta de la derecha.

Pero no ahora. Ahora necesito volver a la 412 y coger a Bjørn, porque Frida está al otro lado de esa puerta sin él, y si hay algo en el mundo que puedo hacer que no sea demasiado tarde, que no sea insuficiente, que no sea la aritmética de los viales y las probabilidades y las decisiones que no se deshacen, es esto: llevarle a Bjørn.

Vuelvo a la 412. Cojo al conejo. Al que huele a ella. Al real. Lo aprieto contra el pecho una última vez. El olor me llega débil, casi fantasmal, como el eco de una nota que ya se ha tocado. Lo huelo

con los ojos cerrados y lo que busco no es el olor sino lo que el olor contenía: la certeza de que Frida existió, de que fue real, de que durante cinco años fue lo mejor que me había pasado y durante una noche fue lo peor que le hice a alguien, y las dos cosas son verdad y las dos cosas viven en el mismo peluche gris con una oreja descosida.

Salgo de la 412 con Bjørn en las manos. El pasillo. La moqueta. La puerta del ala clausurada. El olor. La cuarta puerta de la derecha.

La mano en el pomo. El metal frío. La respiración que entra y sale con un ritmo que ya no es de miedo ni de búsqueda ni de esperanza. Es el ritmo de alguien que va a hacer algo que tiene que hacer y que no quiere hacer y que va a hacer de todos modos, porque no hacerlo sería peor, porque no hacerlo sería dejar a Frida sola en una habitación de hotel con una etiqueta de cartón y sin el conejo que insistía en que era un conejo aunque su nombre significara oso.

Abro la puerta.

Capítulo 22
Día 7: Lo que vino después

Día 7: Lo que vino después

Karin se llevó a Frida a las tres de la tarde.

No usó la silla de ruedas. Usó una camilla con ruedas pequeñas que chirriaban en el linóleo del ala médica, y una sábana blanca, y las manos de la enfermera del turno de mañana, y la eficiencia silenciosa de las personas que han movido cuerpos antes y saben cómo hacerlo sin que el gesto parezca lo que es. Nora estaba de pie junto al biombo cuando lo hicieron. Vio cómo la enfermera apartaba la sábana de la camilla donde Frida había dormido sus últimos días, cómo levantaba el cuerpo de su hija con un movimiento que era a la vez profesional y cuidadoso —un brazo debajo de las rodillas, otro debajo de los hombros, el peso de diecisiete kilos menos los que la fiebre había consumido— y cómo lo depositaba en la camilla nueva con la delicadeza que se tiene con las cosas que ya no sienten pero que merecían sentir.

Bjørn se quedó en la camilla vieja. Los dedos de Frida se habían abierto durante las horas posteriores, con la relajación muscular que sigue a la muerte como el silencio sigue a la última nota de una canción, y el peluche había rodado hasta el borde y caído al suelo por segunda vez. Nora lo recogió. La oreja descosida. El ojo de botón desparejado. El olor a crayón y jabón y pelo sin lavar que era todo lo que quedaba de Frida en un objeto y que Nora acercó a la cara y respiró con la profundidad de quien llena los pulmones por última vez antes de sumergirse.

Karin cubrió el cuerpo con la sábana. El contorno de Frida se dibujó bajo la tela con una precisión que dolía: los pies pequeños haciendo dos montañas diminutas, las rodillas apenas visibles, el torso plano, la cabeza redondeada sobre la almohada del hospital. Parecía más pequeña debajo de la sábana de lo que parecía fuera de

ella, la muerte la había encogido. Ocupar espacio era un privilegio de los vivos.

La camilla salió del ala médica. Nora la siguió con los ojos hasta que la puerta hermética se cerró y el sonido de las ruedas se perdió escaleras arriba. Hacia la cuarta planta. Hacia el ala clausurada. Hacia la puerta metálica con la cadena y el candado nuevo detrás de la cual los cuerpos del Hotel Granhall esperaban con la paciencia de las cosas que ya no tienen prisa.

Karin volvió al cabo de veinte minutos. Le dijo a Nora que subiera a la 412. Le dijo que descansara. Le dijo que la fiebre estaba respondiendo al antiviral y que las constantes mejoraban y que necesitaba dormir para que la molécula hiciera su trabajo. Le dijo todo esto con la voz clínica de siempre pero con algo añadido que no había estado ahí antes: una pausa de medio segundo entre cada frase, las palabras necesitaban un espacio de respeto entre ellas, un silencio mínimo que reconociera que lo que estaba diciendo iba dirigido a una mujer cuya hija acababa de morir y que esa circunstancia merecía algo que los protocolos no contemplan.

Nora subió a la 412. Karin no la acompañó. Nadie la acompañó. Subió las escaleras sola, con Bjørn en una mano y la otra apoyada en la barandilla helada, y cada peldaño fue un acto de voluntad que no venía de la mente sino de las piernas, porque las piernas sabían subir escaleras como los pulmones sabían respirar: sin necesidad de que alguien les dijera que lo hicieran.

La puerta de la 412. La tarjeta. El clic. La habitación.

Los crayones de Frida en el suelo, desparramados sobre la moqueta como los restos de un juego interrumpido. El cuaderno abierto en la página del último árbol, el de invierno, con los pájaros enormes posados en ramas que no podían soportar su peso. El pijama de los cohetes doblado al pie de la cama, con la mancha de sudor en el cuello que nadie iba a lavar. El inhalador vacío en la mesilla. La caja de ibuprofeno con una dosis restante. La mochila debajo de la cama con el termómetro y las tiritas y el frasco de pastillas sin etiqueta que Karin le había dado días antes y que no había tomado.

Todo estaba donde lo había dejado. Todo esperaba a alguien que no iba a volver a tocarlo. Todo era un museo de una vida que se había terminado a las once y cuarenta y siete de la mañana en una camilla del ala médica del Hotel Granhall, y Nora estaba de pie en medio de ese museo con un peluche en la mano y la fiebre bajándole por el cuerpo gracias a una molécula que viajaba por su sangre haciendo el trabajo que debería haber hecho en otra sangre.

Se sentó en la cama. No en su lado. En el de Frida. El lado izquierdo, junto a la pared, donde Frida se acurrucaba cada noche con la espalda contra el estómago de Nora y los dedos cerrados alrededor de Bjørn. La sábana conservaba la forma. No el calor —el calor se había ido hace horas, desde que Frida bajó a la planta dos y la sábana se enfrió grado a grado hasta alcanzar la temperatura del hotel—, pero sí la forma: el hueco de un cuerpo pequeño, la depresión en la almohada donde la cabeza descansaba, la arruga en la tela donde las rodillas se doblaban. Nora se metió en ese hueco. Se acurruccó en la forma de su hija como quien se mete en un molde, buscando los bordes, ajustando las piernas y los brazos y la cabeza hasta que su cuerpo ocupara exactamente el espacio que Frida había dejado. Bjørn contra la barbilla. La nariz en la almohada. El olor aún estaba ahí, débil, diluyéndose con cada hora, pero ahí: crayón, jabón, pelo.

No durmió. No lloró. Se quedó en la forma de Frida con los ojos abiertos y la respiración que entraba y salía con la regularidad de algo que funciona por inercia. El hotel se movía a su alrededor con sus sonidos de siempre: tuberías, generador, pasos lejanos, puertas que se abren y se cierran en otras plantas. El fiordo estaba al otro lado de la ventana, gris, inmmóvil, con esa quietud de cosa que ha visto todo y no le impresiona nada. La luz cambió de la tarde a la mørketid sin que Nora registrara la transición. El tiempo había dejado de funcionar como una línea y se había convertido en una masa, algo espeso y sin dirección que llenaba la habitación con la misma indiferencia con que la lejía llenaba el aire.

A alguna hora de la noche, Nora se levantó.

No fue una decisión. El cuerpo se incorporó con la precisión de un mecanismo que se activa sin intervención humana: los músculos

se contrajeron, las piernas giraron hacia el borde de la cama, los pies tocaron la moqueta. Nora se levantó como se levantó cada noche que vino después, en esas horas que la memoria no iba a grabar: sin propósito consciente, sin destino formulado, con la dirección que dan los gestos que se han repetido tantas veces que ya no necesitan cerebro para ejecutarse.

Fue al suelo. Se arrodilló junto a los crayones de Frida. Los recogió uno por uno. Los sostuvo en las manos abiertas, los diecisiete que quedaban, con sus colores que conocía como conocía las líneas de su propia palma: el azul que Frida usaba para el cielo, el verde de las hojas, el marrón del tronco, el rojo que nunca usaba porque decía que el rojo era «demasiado gritón.» Los cerró en un puño. La cera le manchó la piel con la presión. Azul y verde debajo de las uñas, cada mañana que vino después.

Salió de la 412. El pasillo estaba en modo nocturno: fluorescentes a medio gas, luz ámbar, el zumbido constante de la electricidad que mantenía al Granhall con vida artificial. Nora caminó por la moqueta sin hacer ruido, con los crayones en una mano y Bjørn en la otra. No miró las puertas. No contó los números. Caminó con la dirección de alguien que va a un sitio que no sabe que conoce pero que el cuerpo recuerda, como los pájaros que vuelan miles de kilómetros hacia un lugar donde nunca han estado pero que llevan codificado en las células.

Bajó las escaleras. Los peldaños de hormigón bajo los pies descalzos. El hueco de escaleras amplificando el sonido de sus pasos como un órgano que resuena con cada nota. Pasó la planta tres. La planta dos. La planta baja. Siguió bajando. El sótano.

La puerta del kjeller. El pomo oxidado. La escalera estrecha con su luz verdosa. El olor a tierra y metal. El generador vibrando detrás de su rejilla como algo vivo que no duerme.

Nora se arrodilló frente a la pared del fondo. La pared de hormigón desnudo, sin pintura, sin nada. Cogió el crayón marrón. Dibujó un tronco. La línea salió con un temblor que no era de frío ni de debilidad sino de algo que no tenía nombre físico: la vibración de una mano que hace lo que la boca no puede, que dice lo que las palabras no alcanzan, que deja en una pared de hormigón lo que el

cerebro se niega a guardar. El tronco. Después, el verde. Las hojas. Redondas, grandes, demasiadas para un solo tronco, como las dibujaba Frida, como Nora la había visto dibujarlas cientos de veces en cuadernos y servilletas y paredes de baños. Las manos de Nora imitaron las manos de Frida con la fidelidad de una copia que no sabe que es copia, que cree ser el original, que ejecuta los gestos con una convicción que solo tienen las personas que ya no distinguen entre lo propio y lo prestado.

El azul. La línea del cielo, arriba del todo, recta, fina. Porque el cielo se queda arriba. Porque si baja se cae encima de la gente. Y un pájaro. Pequeño, suspendido entre las hojas y el cielo, con las alas abiertas como si volara o como si cayera, porque desde lejos las dos cosas se parecen.

Dejó los crayones en el suelo. Se levantó. Subió.

No a la cuarta planta. A la quinta. La puerta cortafuegos que chirriaba. El pasillo vacío con sus fluorescentes fundidos y su aire de cosa abandonada. Las habitaciones sin sábanas y sin lámparas. Nora caminó hasta el final del pasillo, hasta la habitación donde días después encontraría una ventana empañada y una marca de mano pequeña que le haría caer de rodillas.

La ventana estaba limpia. Sin condensación. El cristal frío y seco. Nora se acercó. Exhaló contra el vidrio. El vaho se formó en un círculo que se expandía y se contraía con cada respiración, como los círculos que Frida hacía cada mañana en la ventana de la 412, cuando dibujaba caras y estrellas y la letra F con el dedo índice. Nora levantó la mano. La abrió. Los cinco dedos separados. Y la presionó contra el cristal empañado, en la esquina inferior izquierda, a la altura que tendría si se agachara, si encogiera el brazo, si pretendiera que la mano que presionaba el cristal era más pequeña de lo que era.

La marca quedó en el vaho. Cinco dedos. La palma. El dibujo de un calor que se enfriaba por segundos. Una mano que podía ser de una mujer adulta con las manos pequeñas o podía ser de una niña de cinco años que se ponía de puntillas para llegar al cristal. La ambigüedad no era accidental. Nora no estaba fabricando una pista. Nora no estaba construyendo una ficción. Nora estaba haciendo lo

que Frida hacía cada mañana porque Frida ya no podía hacerlo, y el gesto era una continuación, no una invención, la forma en que un cuerpo sigue ejecutando los rituales de alguien que se ha ido porque los rituales son lo último que muere, más persistentes que los recuerdos, más resistentes que el nombre, más duros que el hormigón del Granhall.

Bajó a la cuarta planta. El pasillo. La 412. Entró. Fue a la mesilla. Cogió el cuaderno de Frida. Lo abrió en una página en blanco. Se sentó en el suelo con los crayones y dibujó un árbol. El tronco recto, porque Nora no sabía dibujar troncos curvos. Las ramas rectas. Y en las ramas, tres pájaros. Sin sombrero. Los pájaros de Nora no llevaban sombrero porque Nora no sabía que los pájaros de Frida lo llevaban a veces, porque ese detalle pertenecía al mundo de Frida y no al de Nora, y por mucho que las manos de la madre imitaran las de la hija, había cosas que no podían copiarse porque nunca se habían observado con suficiente atención. Los sombreros de los pájaros pertenecían a Frida y se habían ido con Frida y nadie iba a dibujarlos nunca más.

Arrancó la página del cuaderno. Bajó al comedor. El comedor estaba vacío y a oscuras, con las mesas limpias y las sillas apiladas y el olor a comida recalentada que impregna los espacios donde se cocina a diario. Nora dejó el dibujo en una de las mesas, junto a un vaso, el dibujo de alguien que había estado dibujando durante la cena y se había olvidado la hoja. El dibujo que encontraría días después al bajar a la planta baja buscando a una hija que creía viva. El árbol con el cielo arriba del todo. La primera pista.

Subió. La cuarta planta. El pasillo. Pero no fue a la 412. Fue al fondo, hasta la puerta metálica del ala clausurada. La cadena estaba puesta. El candado cerrado. Lars tenía la llave. Nora se quedó de pie frente a la puerta durante un tiempo que no se midió en minutos. Detrás de ese metal, cuatro puertas a la derecha, estaba Frida. Debajo de una sábana. Con una etiqueta de cartón que Erik escribiría por la mañana con su caligrafía precisa y vertical. Sin Bjørn, porque Bjørn estaba en la mano de Nora, apretado contra la cadera, con la oreja descosida colgando.

Pegó la frente contra el metal. El acero estaba tan frío que le quemó la piel, pero no se apartó. Se quedó ahí, con la frente contra la puerta y los ojos cerrados y las manos a los lados del cuerpo, una con Bjørn y otra con los dedos manchados de crayón, y lo que pasó detrás de sus párpados no fue un pensamiento ni una emoción ni un recuerdo sino algo más parecido a un cierre, como una compuerta que baja, como un mecanismo de emergencia que se activa cuando la carga supera la capacidad del sistema. El cerebro de Nora hizo lo que los cerebros hacen cuando lo que ha pasado es más de lo que cabe en una sola consciencia: cerró las puertas. Una por una, como las habitaciones del Granhall que Erik cerraba al final del día: la puerta de la decisión, la puerta de la jeringa, la puerta de los ojos de Frida mirando la aguja, la puerta de la línea verde horizontal en el monitor, la puerta del sonido de las ruedas de la camilla alejándose por el pasillo. Puerta tras puerta. Clic tras clic. Hasta que lo que quedaba al otro lado era el tipo de nada que no es silencio: no un vacío sino un lleno que decide no mostrarse.

Se apartó de la puerta. Volvió al pasillo. Fue a la 412. Entró. Dejó a Bjørn en la almohada, en el lado de Frida, con la oreja descosida apuntando hacia la ventana, como lo ponía Frida cada noche después de decirle god natt. Recolocó los crayones en el suelo en el orden en que Frida los organizaba: por colores, de los más cálidos a los más fríos, con el blanco aparte porque Frida decía que el blanco no era un color, era «lo que hay antes de los colores.»

Abrió el cuaderno en la página del último árbol de invierno. Lo dejó abierto en el suelo, al lado de los crayones, como si alguien fuera a volver mañana a terminarlo. La página siguiente iba a llenarse con otro árbol, otras hojas, otro pájaro. La interrupción era temporal. No definitiva.

Fue al baño. Se miró en el espejo. La mujer del espejo tenía los ojos vaciados, con una expresión que ya no era de dolor ni de miedo ni de culpa sino de algo posterior a las tres cosas, algo que venía después de que las emociones se agotaran como se agota el combustible de un motor: no un apagón sino una inercia, el movimiento residual de algo que ya no tiene fuerza para moverse

pero que se mueve igual porque las leyes de la física no hacen excepciones con los cuerpos que sufren.

Se lavó las manos. El agua se llevó parte del crayón pero no todo. El azul y el verde persistían debajo de las uñas, metidos en el surco donde la uña se une a la piel, en el lugar donde el agua y el jabón no llegan del todo. Los colores de Frida incrustados en la piel de Nora, como un tatuaje que se resistía a borrarse. Nora se miró las uñas y no intentó limpiarlas más. Los colores se iban a quedar. Iban a estar ahí cuando despertara. Iban a ser la primera cosa que viera al mirarse las manos, antes de recordar por qué estaban ahí, antes de recordar nada.

Salió del baño. Se sentó en la cama. El lado de Frida ya no tenía su forma. Nora la había borrado al acostarse sobre ella, alisando la sábana con su propio peso, reemplazando el hueco de un cuerpo de diecisiete kilos con el de uno de sesenta. La forma de Frida había durado seis horas. Ahora la sábana tenía la forma de Nora, que era más grande y más pesada y que no significaba lo mismo.

Miró la ventana. El fiordo estaba negro. No había luna ni estrellas ni la línea de la orilla opuesta. Solo la extensión oscura del agua que absorbía la oscuridad del cielo y la devolvía multiplicada, el fiordo fabricaba noche a partir de noche, un ciclo que no necesitaba sol ni luna ni ninguna fuente de luz para funcionar porque la oscuridad se alimenta de sí misma.

Se acercó a la ventana. La abrió un centímetro. El aire del fiordo entró con su olor a sal y piedra mojada, cortante, con una limpieza que era lo contrario de todo lo que había dentro del hotel: sin lejía, sin desinfectante, sin el olor dulce que tapaba y que no tapaba. Respiró el aire exterior y algo dentro de su pecho se expandió un milímetro, como un músculo que lleva días contraído y que afloja una fracción de lo que debería aflojar.

Exhaló contra el cristal. El vaho se formó. Levantó la mano. La presionó contra el vidrio. Cinco dedos separados, abiertos, con la fuerza de quien toca el cristal como si pudiera atravesarlo y llegar al otro lado donde el aire es limpio y el agua es negra y nada de lo que ha pasado dentro del hotel existe. La marca quedó en el cristal: la mano de Nora en la ventana de la 412, el mismo gesto que Frida

hacía cada mañana, el mismo gesto que Nora repitió en la quinta planta y que repetiría cada noche que viniera después, porque los rituales son lo último que muere.

Se apartó de la ventana. La marca se fue difuminando a medida que la condensación se extendía y goteaba y se reorganizaba, como las huellas en la nieve que la próxima nevada cubrirá sin eliminar.

Se metió en la cama. Del lado de Frida, donde ya no quedaba la forma de Frida. Puso a Bjørn contra la barbilla, como hacía Frida, con la oreja descosida contra la mejilla y el ojo de botón mirando hacia la ventana. Cerró los ojos. La canción salió sola: la melodía sin letra, los sonidos inventados, la secuencia que significaba estoy aquí, no me voy, puedes cerrar los ojos. Pero Nora no cantaba para Frida. Frida estaba en la cuarta puerta de la derecha del ala clausurada, debajo de una sábana, y no podía oír nada. Nora cantaba para sí misma. Cantaba la canción que su hija necesitaba para dormirse porque su hija ya no podía necesitarla y alguien tenía que necesitarla, alguien tenía que mantener la canción viva en el aire de la 412 para que no se perdiera, para que no se fuera con Frida, para que siguiera existiendo aunque la persona para la que fue inventada ya no existiera.

La canción salió por debajo de la puerta de la 412 y recorrió el pasillo de la cuarta planta del Hotel Granhall. Pasó por delante de la 411, la 410, la 409 donde Siri Lund estaba tumbada en la oscuridad con Odin dormido a su lado y los ojos abiertos y las manos cerradas sobre el estómago, escuchando. Pasó por delante de la 407 donde Tor Brenna estaba sentado en el borde de la cama con una foto en las manos y la cara iluminada por la luz ámbar del pasillo que se filtraba por debajo de su puerta. Bajó por el hueco de las escaleras y llegó a la planta baja donde Erik Dahl estaba en su oficina con un cuaderno de tapas negras y un bolígrafo y la tarea de escribir un nombre en la columna de utskrevet, un nombre pequeño que ocupaba menos espacio en la página del que había ocupado en el mundo.

La canción subió por las tuberías y por las paredes y por los conductos de ventilación del Granhall y se mezcló con los sonidos del hotel hasta ser indistinguible de ellos, otro quejido más en un

edificio que llevaba décadas quejándose, otro sonido que el hormigón absorbió y guardó en sus poros junto con la humedad y la sal y el eco de todo lo que había pasado dentro de sus paredes desde que alguien decidió construir un hotel en el borde de un fiordo noruego donde el agua es negra y el cielo es bajo y las cosas que se pierden no se encuentran porque el fiordo se las lleva al fondo y las guarda con la paciencia de lo que no tiene memoria.

Nora dejó de cantar. Los sonidos inventados se agotaron como se agota el aire de los pulmones al final de una espiración larga: despacio, vaciando, hasta que lo que queda no es sonido sino el espacio que el sonido dejó.

Cerró los ojos.

Cuando los abriera, no recordaría nada. No la jeringa. No el vial. No los ojos de Frida. No la línea verde horizontal. No la camilla con las ruedas que chirrían. No la mano en la ventana ni el árbol en la pared del sótano ni la canción que cantó sola en una habitación donde ya no había nadie que necesitara dormirse. Cuando los abriera, lo primero que vería sería la oscuridad granulada de la 412, y lo primero que olería sería la lejía y algo dulce debajo de la lejía, y lo primero que tocaría sería la tela suave de un peluche gris con una oreja descosida. Y lo primero que pensaría sería el nombre de su hija. Y empezaría a buscarla.

Nora cerró los ojos.

Capítulo 23
La puerta abierta

La puerta abierta

La cuarta puerta de la derecha.

El pasillo del ala clausurada me recibe con su olor y su penumbra de siempre, pero esta vez no los registro como datos clínicos ni como pistas ni como señales de una conspiración. Los registro como lo que son: el olor de los cuerpos que esperan a ser movidos y la luz insuficiente de un espacio que nadie limpia porque nadie necesita que esté limpio. El plástico opaco de la ventana del fondo deja entrar un resplandor lechoso que no alcanza a iluminar las puertas de los lados. Camino con Bjørn en las manos. Los calcetines sobre la moqueta. La respiración que sale visible en el aire porque la temperatura aquí es más baja que en el resto del hotel, deliberadamente más baja, la temperatura que se mantiene en los sitios donde la conservación importa más que la comodidad.

Primera puerta de la derecha. Cerrada. Segunda. Cerrada. Tercera. Cerrada. La cuarta está entornada, como si alguien la hubiera dejado así a propósito, como si supiera que alguien iba a venir y quisiera que la entrada no costara más de lo que ya costaba. Empujo con la punta de los dedos. La puerta se abre sin resistencia, sin chirrido, con el silencio de las cosas que ceden.

Una habitación de hotel. Igual que las demás. Cama individual, mesilla, armario, baño. La ventana tapada con plástico. La luz, lechosa, insuficiente. Y en la cama, una forma bajo una sábana blanca.

Pequeña.

Lo supe al abrir el ala clausurada la primera vez, cuando revisé cada habitación y cada etiqueta buscando a Frida entre los cuerpos adultos. La revisé todas. Dije que ninguna era ella. Dije que ninguna etiqueta decía Skar. Pero esta puerta estaba cerrada aquella vez. No entornada. Cerrada. Y yo pasé de largo porque las puertas cerradas

eran puertas que no me correspondían. O porque el cuerpo, que sabe cosas que la cabeza se niega a saber, me alejó de esta puerta con la misma fuerza con la que me había alejado de la verdad durante días: despacio, sin que lo notara, como una corriente suave que te desvía del sitio al que no deberías llegar.

Me acerco a la cama. La forma bajo la sábana es la de alguien que mide menos de un metro y que pesa menos de lo que debería pesar para su altura. Los pies hacen dos montañas diminutas al final de la cama, tan pequeñas que podrían ser pliegues de la tela si no supiera que no lo son. La cabeza es un abultamiento suave sobre la almohada, con el contorno redondo de un cráneo que aún no ha terminado de crecer. La sábana está colocada con cuidado, los bordes doblados, las esquinas rectas. Alguien la cubrió con la atención que se le da a las cosas que importan aunque ya no puedan saberlo.

En la mesilla, una etiqueta de cartón. La caligrafía vertical y precisa de Erik Dahl. Me acerco lo suficiente para leer. Las letras son pequeñas, escritas con bolígrafo azul, con la misma letra con la que Erik escribe números de habitación y nombres de huéspedes y columnas de utskrevet en su cuaderno de tapas negras.

Skar, Frida. 5 años. 19/11.

Diecinueve de noviembre. Cinco días después de llegar al hotel. Cinco días que contienen todo lo que le pasó a mi hija dentro de estas paredes: la llegada con el abrigo que le quedaba grande y la pregunta de si el hotel tenía piscina. Las galletas sin bordes. Los árboles con el cielo arriba del todo. Bjørn el conejo que era un oso. La tos que empezó como nada y terminó como todo. El juego del barco y las ocho preguntas del pulpo y los pájaros valientes que vuelan por encima de las tormentas. La fiebre que subió y subió y subió hasta que el cuerpo no pudo más. Cinco días comprimidos en una etiqueta de cartón que cabe en la palma de mi mano.

Me siento en el borde de la cama. El colchón cede bajo mi peso con un crujido de muelles que suena demasiado fuerte en el silencio de la habitación. No toco la sábana. No todavía. Me quedo sentada con Bjørn en el regazo y las manos sobre las rodillas y la respiración que entra y sale con el ritmo de algo que funciona por inercia, sin la

intervención de una voluntad que hace rato que dejó de participar en las decisiones del cuerpo.

El olor es distinto aquí. No el olor general del ala clausurada, que es el de todos los cuerpos mezclados con la lejía y el desinfectante. Es un olor específico, más tenue, más frágil: la versión final de un cuerpo pequeño que se enfrió despacio porque la relación entre masa y superficie hace que los cuerpos pequeños retengan el calor más tiempo. Debajo de ese olor químico hay otro, débil, casi imperceptible, que me llega como el recuerdo de un recuerdo: crayón. Jabón barato. Lo que queda de Frida en el aire de una habitación cerrada después de que todo lo demás se haya ido.

Levanto la mano. La pongo sobre la sábana, en el lugar donde estaría el pecho. La tela está fría. No con el frío de la habitación sino con otro, más profundo, el que irradia un cuerpo que ha dejado de producir calor y que ha alcanzado la temperatura de lo que lo rodea: el colchón, la almohada, el aire, el hormigón del Granhall. Todo a la misma temperatura. Todo igualado. El calor era lo que distinguía a Frida viva de todo lo demás, y ahora ese calor se ha ido y lo que toco a través de la tela es una forma que tiene la geografía de mi hija pero no su clima.

Retiro la sábana. Despacio. Centímetro a centímetro, como se retira la cortina de una ventana que da a un paisaje que no has visto y que no puedes dejar de mirar.

Frida.

La cara es la de Frida y no es la de Frida. Los rasgos están ahí —la nariz pequeña, la barbilla redondeada, las cejas que eran un poco más oscuras que el pelo— pero algo se ha retirado de debajo de la piel, algo que daba volumen y movimiento y la posibilidad de que en cualquier momento esa boca se abriera para decir buenísimo o te odio o mamá, ¿los pájaros se enferman. Lo que queda es la estructura. El andamiaje de una cara que sostuvo expresiones y que ahora no sostiene ninguna, como un escenario después de que los actores se hayan ido y las luces se hayan apagado y lo único que quede sea la madera y los clavos.

Los ojos están cerrados. Alguien se los cerró —Karin, la enfermera, Siri, no sé quién— con el gesto que se hace cuando la

mirada de un muerto es demasiado para los vivos. Agradezco que estén cerrados. No podría ver los ojos de Frida ahora, esos ojos marrones que me miraron con la jeringa en el brazo y que no dijeron nada, porque si los viera abiertos y vacíos, lo que el fiordo no consiguió desde la terraza lo conseguiría esta habitación.

El pelo. Suelto sobre la almohada, más oscuro de lo que recuerdo, pegado a las sienes con el residuo de la última fiebre. El mechón que le caía sobre la frente está ahí, cruzando la ceja izquierda, y mi mano lo aparta antes de que la cabeza le dé la orden, porque el gesto está grabado en los músculos con una profundidad que la muerte de Frida no puede borrar: el pulgar sobre la sien, el deslizamiento suave hacia atrás, el mechón que se acomoda detrás de la oreja. Lo he hecho miles de veces. Esta es la última.

La piel de la frente está fría bajo mi pulgar. Fría y lisa, con la textura cerosa que adquieren los cuerpos cuando la sangre deja de circular y la piel pierde la elasticidad que le da el flujo constante de algo tibio por debajo. Retiro el pulgar. La marca del gesto no queda en la piel de Frida. Queda en la mía.

Le pongo a Bjørn debajo del brazo. El brazo está rígido, con la resistencia específica de los músculos que han dejado de obedecer al sistema nervioso y obedecen a la química. No puedo cerrarle los dedos alrededor de la oreja descosida como hice en el ala médica después de que muriera —Lars me lo contó, o lo vi en la LINEA ANTES que ya no distingo de la memoria real porque las dos se han fundido en la misma corriente—, pero puedo acomodar a Bjørn en el hueco del brazo, en la posición donde Frida lo ponía cada noche: la cabeza contra las costillas, la oreja descosida mirando hacia arriba, el ojo de botón desparejado apuntando a la pared como un testigo que mira sin poder hablar.

El peluche que huele a Frida, devuelto a Frida. El olor de la hija vuelto al cuerpo de la hija. Es lo único que tengo para darle. Lo único que no le quité.

Me quedo sentada en el borde de la cama con las manos vacías. Vacías por primera vez desde que desperté en la 412: sin Bjørn, sin crayones, sin tarjeta magnética, sin nada. Las manos de una

enfermera que ha administrado miles de tratamientos y que falló en el único que importaba. Las miro. Las líneas de la palma. Los dedos largos. Las uñas limpias de crayón por primera vez en días. Estas manos le cambiaron pañales a Frida a las tres de la madrugada y le enseñaron a atarse los cordones y dibujaron troncos de árboles rectos para que ella les pusiera hojas redondas. Estas manos le apartaron el mechón de la frente cada noche durante cinco años. Y estas manos cogieron una jeringa y se la clavaron en el brazo mientras Frida miraba con los ojos abiertos.

Las mismas manos. Todo el tiempo las mismas.

Algo entra en la habitación que no es aire ni sonido. Es una presencia que viene del pasillo, suave, como los pasos de alguien que camina sin querer ser oído. Me giro. En el umbral de la puerta, Tor Brenna. No entra. Se queda en el marco con los hombros apoyados en la jamba y las manos en los bolsillos y la cara en esa zona de penumbra donde las expresiones se adivinan más que se ven. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No sé si me ha seguido o si sabía que iba a venir y ha esperado.

—La encontraste —dice.

No respondo. La frase no necesita respuesta. Lo que necesita es el espacio que la sigue, el silencio de quien reconoce un momento y decide no llenarlo con palabras.

Tor mira a Frida en la cama. Es la primera vez que ve su cara. Durante todos los días que lleva en el hotel, Frida ha sido un nombre y una búsqueda y un peluche y un dibujo en la pared de un sótano. Ahora es esto: una niña de cinco años debajo de una sábana blanca en la cuarta puerta de la derecha del ala clausurada del Hotel Granhall. Tor la mira y algo cruza su cara que es anterior a la compasión y posterior a la tristeza, algo que solo reconocen las personas que han visto a sus propios muertos y que saben que mirar a los muertos de otro es mirar a los propios por segunda vez.

—Se parece a Liv —dice. La voz es baja, sin melodrama, con esa llanura que tiene cuando habla de cosas que ya no le cortan porque el filo se ha gastado con el uso—. No en los rasgos. En otra cosa. En la forma de estar.

La forma de estar. Incluso así, inmmóvil, fría, con la piel cerosa y los ojos cerrados y el pelo pegado a la almohada, Frida tiene una forma de estar que es solo suya. La barbilla levantada un grado, como si incluso en la muerte mantuviera esa actitud de quien evalúa si algo merece un buenísimo. Los labios ligeramente separados, como a punto de decir algo que se ha quedado a medias. Las manos a los lados del cuerpo, con los dedos abiertos, como si hubiera estado sosteniendo algo hasta el último momento y lo hubiera soltado al final, no por decisión sino por agotamiento.

Tor entra en la habitación. Se acerca a la cama. Se detiene al otro lado, frente a mí. Mira a Bjørn acomodado en el hueco del brazo de Frida.

—Le has traído al conejo.

—Es lo único que podía hacer.

Tor asiente. El gesto es lento, con un peso que no es teatral sino real, el peso de quien sabe que a veces lo único que puedes hacer es exactamente eso: lo único. Que no hay segunda opción ni plan alternativo ni la posibilidad de mejorar lo que has hecho. Solo la cosa mínima, la cosa pequeña, la cosa que cabe en la palma de la mano y que no arregla nada y que haces de todos modos porque no hacerla sería peor.

—Cuando murió Liv —dice—, le puse su chupete en la mano. Tenía cuatro años y ya no usaba chupete, lo había dejado a los dos, pero era lo único que tenía conmigo en ese momento y necesitaba darle algo. Necesitaba que se llevara algo mío. Algo que hubiera sido suyo en algún momento de su vida.

Algo que hubiera sido suyo. Bjørn fue de Frida. Fue la primera cosa que Frida recibió al nacer, un regalo de una compañera de trabajo de Nora que no sabía que le estaba regalando la cosa más importante del universo de una niña que aún no existía. Bjørn la acompañó en cada siesta, cada viaje, cada fiebre, cada noche de tormenta. Bjørn era el último testigo de todo lo que Frida fue, y ahora estaba donde debía estar: bajo el brazo de Frida, en una habitación del Granhall, con la oreja descosida apuntando al techo como una bandera que nadie iba a arriar.

Me levanto. Las piernas responden con un retraso que ya es familiar, medio segundo entre la intención y el movimiento, la brecha que se instala cuando el cuerpo carga más peso del que los músculos fueron diseñados para mover. Me quedo de pie junto a la cama. Miro a Frida una última vez. La cara que no es del todo su cara. La forma que es del todo su forma. Bjørn contra las costillas. El mechón que ya no cae sobre la frente porque mis dedos lo apartaron hace tres minutos, el último gesto de un ritual de cinco años que se acaba en una habitación con olor a lejía y temperatura de conservación.

Pongo la sábana sobre Frida otra vez. La coloco con el mismo cuidado con el que alguien la colocó antes que yo: los bordes doblados, las esquinas rectas, la tela alisada sobre el contorno del cuerpo. Tapo los pies pequeños. Tapo las manos abiertas. Tapo la cara que fue la cara más importante de mi vida y que ahora es una geografía sin clima. Lo último que desaparece debajo de la tela es el mechón de pelo que acabo de apartar, y cuando la sábana lo cubre siento algo que se cierra dentro de mí con la misma precisión con la que la tela se cierra sobre el cuerpo: un mecanismo que no es dolor ni aceptación ni nada que tenga nombre, sino la sensación física de un final que ya no es posible posponer.

Salgo de la habitación. Tor me sigue. El pasillo del ala clausurada con sus otras puertas cerradas y su olor dulce y su luz lechosa. Camino hacia la salida. No miro atrás. Mirar atrás sería volver a abrir algo que necesita quedarse cerrado, no para olvidar sino para poder seguir caminando, porque hay direcciones que solo existen hacia delante y esta es una de ellas.

En el pasillo de la cuarta planta, la moqueta oscura y los fluorescentes y el olor a personas encerradas que ya es el olor de mi vida. La puerta de la 409 está abierta. Siri está en el umbral con Odin a su lado. El niño tiene un papel en la mano. Cuando paso frente a ellos, Odin da un paso hacia mí y me tiende el papel sin decir nada, con el brazo extendido y la paciencia de quien ha aprendido de alguien que la forma de entregar las cosas es con solemnidad y sin prisa.

Cojo el papel. Un dibujo. Un árbol con hojas redondas y un pájaro posado en una rama. El cielo como una línea azul arriba del todo. Y algo nuevo, algo que no estaba en los dibujos anteriores de Odin: el pájaro lleva un sombrero.

Un sombrero pequeño, torcido, dibujado con una mano que no tiene la soltura de Frida pero que ha intentado capturar algo que vio una vez en un dibujo ajeno y que ha guardado en la memoria con la precisión de un niño que no habla mucho pero que observa todo. El sombrero del pájaro. El detalle que Nora no sabía que existía. El detalle que solo Frida ponía y que Odin, de alguna forma, recoge y devuelve como se devuelve algo prestado: con cuidado, con gratitud, con la conciencia de que lo que te prestaron fue más de lo que puedes pagar.

Miro a Odin. Odin me mira. Los ojos grandes, serios, con esa profundidad de los niños que entienden más de lo que dicen. No habla. No necesita hablar. El dibujo lo dice todo: Frida le enseñó a dibujar pájaros valientes y él ha añadido el sombrero que ella ponía, el detalle que solo conocían los dos, el código privado de una amistad de seis días que duró más que la niña que la empezó.

—Takk —digo.

Odin asiente. Una vez. Después se gira y entra en la 409 y Siri lo sigue y la puerta se cierra y me quedo en el pasillo con un dibujo que contiene algo que mis manos no pudieron copiar en ninguna de las noches que caminé dormida por el hotel: el sombrero del pájaro. La única pista que no era mía. La única prueba de que Frida dejó algo en este hotel que no dependía de mi memoria ni de mis lagunas ni de mis manos de enfermera que dibujaban en la oscuridad. Frida dejó el sombrero en la cabeza de un pájaro que le dio a un niño que no hablaba, y el niño lo guardó y lo devolvió, y eso es lo más real que tengo de mi hija: no un peluche ni un dibujo en una pared de sótano ni una marca de mano en un cristal. Un sombrero en un pájaro dibujado por un niño de ocho años que aprendió a ser valiente de una niña de cinco.

Camino hacia la 412. La puerta. La tarjeta. El clic. La habitación que ya no tiene a Bjørn ni los crayones ni nada que sea más que una caja de hormigón con una ventana al fiordo. Bjørn número dos sigue

en la mesilla, el que huele a hotel, el que alguien puso ahí o que yo misma puse sin saberlo. Lo miro. Ya no necesito saber cuál era el real. Los dos eran reales y los dos eran insuficientes y la diferencia entre ellos era solo una cuestión de qué olor buscabas: el de la persona o el del lugar.

Me siento en la cama. Las manos sobre las rodillas. El dibujo de Odin en el regazo. La ventana con su vista al fiordo, que esta tarde tiene un color que no le he visto antes: azul. No gris ni negro ni plomo ni opaco. Azul. Un azul oscuro, profundo, con la claridad de algo que ha dejado de esconderse. El cielo se refleja en el agua por primera vez desde que estoy en el Granhall, y el reflejo convierte al fiordo en algo que se parece a lo que debe de ser cuando no está cargando con el peso emocional de una mujer que lo mira desde una ventana de hotel: un cuerpo de agua entre montañas. Eso es todo. Eso es lo que es.

Miro el dibujo de Odin. El árbol con las hojas. El pájaro con el sombrero. El cielo que se queda arriba.

El cielo se queda arriba porque si baja se cae encima de la gente.

Frida tenía razón. Sobre el cielo y sobre los pájaros y sobre las raíces y sobre el pulpo y sobre todo lo que dijo sin saber que lo decía. Tenía razón de la única forma que importa: con la lógica de quien mira el mundo y decide cómo funciona y no acepta que funcione de otra manera. El cielo se queda arriba. Los pájaros valientes vuelan por encima de las tormentas. Si salvas a tu mamá, tu mamá te salva a ti.

Tu mamá no te salvó, Frida. Tu mamá se salvó a sí misma y tú te quedaste debajo de las tormentas, y el sombrero del pájaro se lo llevó un niño de ocho años porque los niños guardan las cosas que los adultos dejan caer.

Díle que no pasa nada. Las cuatro palabras de Frida a través de Siri. El último mensaje. La absolución que no pedí y que no merezco y que mi hija me dio de todos modos, porque Frida no decía nada que no dijera en serio y si dijo que no pasaba nada era porque para ella no pasaba nada, porque en la lógica de Frida la decisión de su madre era un dato más del universo que había que aceptar sin

discutir, como se acepta que el cielo se queda arriba y que los osos pueden ser conejos y que las cosas son lo que decides que sean.

O era la última mentira piadosa de una niña de cinco años que sabía lo que su madre había hecho y que gastó las últimas sílabas que le quedaban en protegerla del peso de la verdad. Díle que no pasa nada. Dicho para Siri. Destinado a mí. No como perdón sino como regalo: la mentira que una hija le hace a su madre para que la madre pueda seguir viviendo.

No sé cuál de las dos lecturas es la verdadera. No voy a saberlo. Eso es parte de la condena y parte de la gracia: vivir con una frase que puede ser perdón o puede ser compasión o puede ser las dos cosas, y que Frida se llevó la respuesta al lugar donde las preguntas de los adultos no llegan.

Me quedo en la 412. El fiordo azul detrás de la ventana. El dibujo de Odin en el regazo. Las manos vacías. La habitación vacía. El hotel que respira a mi alrededor con su cadencia de animal viejo que ha visto nacer y morir a más gente de la que cabe en sus paredes.

Fuera, la nieve ha dejado de caer. El cielo se abre en una grieta por donde entra una luz que no he visto en días: oblicua, dorada, invernal, la luz que dura veinte minutos en esta latitud y que después desaparece como si alguien la apagara con un regulador. La luz entra por la ventana y toca la moqueta de la 412 y por un momento la habitación se llena de algo que no es calor pero que se le parece: la presencia de una fuente de luz que viene de fuera del hotel, que no depende de los fluorescentes ni del generador ni de la voluntad de Erik Dahl, que existe porque existe y que no sabe nada de lo que ha pasado dentro de estas paredes.

Miro la luz en la moqueta. Dura lo que dura. Después la grieta del cielo se cierra y la mørketid vuelve y la 412 regresa a su penumbra de siempre. Pero durante esos veinte minutos el fiordo fue azul y la luz fue dorada y la habitación tuvo sombras que apuntaban hacia la ventana y no hacia dentro, y eso es algo que no voy a olvidar porque es la primera cosa en días que no está hecha de hormigón y lejía y la ausencia de mi hija.

Capítulo 24

Día 7: Cerrar los ojos

Día 7: Cerrar los ojos

Karin la encontró a las seis de la mañana.

Nora estaba en la cama de la 412, del lado de Frida, con Bjørn contra la barbilla y los ojos cerrados y la respiración lenta de alguien que duerme o de quien ha dejado de resistirse a la gravedad del cansancio, que es distinto. Llevaba las manos cerradas en puños sobre la sábana, con los nudillos blancos de la presión y los dedos manchados de crayón: azul en la mano izquierda, verde en la derecha, metidos debajo de las uñas con la profundidad de quien ha apretado durante horas. Los pies descalzos asomaban por el borde de la cama con restos de polvo de hormigón en las plantas y un arañazo fino en el empeine izquierdo que tenía la forma de lo que dejan las ramas de abeto cuando caminas entre ellas sin ver por dónde pisas.

Karin se quedó en el umbral de la puerta mirando la escena con la precisión de un sismógrafo: la posición del cuerpo, las manos manchadas, los pies sucios, el peluche contra la cara. Cada detalle era un dato que se sumaba a los anteriores en una columna que no necesitaba total porque el total era visible a simple vista. Nora había salido de la habitación durante la noche. Había bajado al sótano. Había salido del edificio. Había dibujado. Había vuelto. Todo sin consciencia, sin memoria, sin que la parte de su cerebro que se llamaba Nora participara en nada de lo que el cuerpo que se llamaba Nora había hecho.

La fiebre había bajado. Karin lo comprobó con el termómetro de oído sin despertar a Nora: 37,1. El antiviral estaba funcionando. Las células de Nora ganaban la batalla que las células de Frida habían perdido, con la misma molécula, del mismo vial, administrada en la misma noche. La diferencia entre las dos batallas era la diferencia entre un cuerpo de treinta y cuatro años y uno de cinco, entre una

ventana terapéutica abierta y una cerrada, entre el setenta por ciento y el quince. Los números habían hecho lo que los números hacen: cumplirse.

Karin se sentó en la silla que no había en la 412 y que había traído del pasillo, una silla de plástico gris idéntica a la de su escritorio en la planta dos. Abrió la tableta. Escribió. Lo que escribió era un informe clínico con la estructura de un parte de guerra: la paciente Nora Skar, treinta y cuatro años, enfermera, presentaba un cuadro disociativo agudo secundario a estrés extremo, privación de sueño prolongada e infección viral concurrente. El cuadro incluía episodios de automatismo ambulatorio nocturno, amnesia anterograda parcial, y conductas repetitivas con significado simbólico ligado al evento traumático principal. El evento traumático principal era la muerte de su hija, Frida Skar, cinco años, ocurrida dieciocho horas antes. Recomendación: monitorización psiquiátrica nivel tres, medicación ansiolítica y antipsicótica a dosis baja, restricción de movimiento nocturno, y revelación progresiva del evento traumático bajo supervisión clínica.

Revelación progresiva. Karin escribió esas dos palabras con la punta del dedo sobre la pantalla de la tableta y después se las quedó mirando durante un tiempo que no se midió en segundos sino en el peso de lo que significaban. Revelación progresiva era el término clínico para un proceso que no tenía nada de clínico: decirle a una madre que su hija ha muerto cuando la madre no recuerda que su hija ha muerto, cuando la madre cree que su hija está viva, cuando la madre ha construido durante la noche un sistema de señales —dibujos, olores, objetos— que mantienen viva la ficción de que la búsqueda tiene sentido. Revelación progresiva significaba desmontar esa ficción pieza a pieza, con la paciencia de un desactivador de bombas que sabe que cada cable cortado puede ser el último o el que lo hace volar todo.

Karin cerró la tableta. Miró a Nora dormida. La cara de la mujer en la cama no se parecía a la cara de la enfermera que había llegado al hotel siete días antes con una hija de cinco años y una mochila de triaje y la competencia silenciosa de alguien acostumbrado a funcionar en crisis. Esa cara se había ido. Lo que había en la

almohada era una versión reducida, erosionada, como un acantilado que el mar ha ido comiendo hasta que lo que queda ya no se parece a la roca original sino a la forma que la roca adopta cuando la roca cede. Los pómulos marcados. Las ojeras profundas. Los labios agrietados. Y las manos, esas manos de enfermera que habían cuidado a cientos de personas y que habían fallado a la única que importaba, cerradas ahora en puños con los colores de su hija metidos debajo de las uñas como una firma que el sueño no podía borrar.

Karin sacó del bolsillo de la bata un frasco de pastillas. Plástico anaranjado, tapa de rosca blanca, etiqueta con tipografía médica. Olanzapina, dosis baja. El ansiolítico que le había ofrecido a Nora dos días antes y que Nora había rechazado con la fuerza de quien cree que la claridad es lo único que la mantiene en pie. Karin dejó el frasco en la mesilla de la 412, junto al inhalador vacío. Después hizo algo que no estaba en ningún protocolo: arrancó la etiqueta del frasco con los dedos, con un gesto rápido, limpio, y la guardó en el bolsillo de la bata. El frasco se quedó en la mesilla sin identificación. Pastillas redondas, blancas, sin marcar, dentro de un recipiente anónimo. Si Nora las encontraba al despertar, no sabría qué eran. Y si no sabía qué eran, quizás las tomaría. O quizás no. La diferencia entre los dos escenarios era la diferencia entre una recuperación controlada y lo que estaba pasando ahora, que no era recuperación sino un bucle de automatismos nocturnos que se retroalimentaba cada vez que Nora encontraba las señales que ella misma había dejado y las interpretaba como pruebas de algo que ya no existía.

Karin se levantó. Recorrió la habitación con la mirada. Los crayones en el suelo, organizados por colores. El cuaderno abierto en la página del último árbol de invierno. El pijama de los cohetes. La mochila debajo de la cama con el termómetro y las tiritas y el frasco sin etiqueta que acababa de dejar. Todo dispuesto con una precisión que era ritual, la forma en que un cerebro disociado organiza los objetos de la persona perdida para crear una escenografía donde la pérdida no ha ocurrido. Karin había leído sobre esto. Lo había estudiado en la facultad, en los capítulos de duelo patológico y trastorno disociativo, con diagramas y porcentajes

y nombres en latín que describían con exactitud académica lo que ninguna palabra académica podía contener: una madre que pierde a su hija y que construye un mundo donde la hija sigue viva porque el otro mundo, el real, es inhabitable.

Decidió no recoger los crayones. No cerrar el cuaderno. No mover el pijama ni el inhalador ni ningún objeto de la 412. Si los movía, Nora lo notaría al despertar, y notar que alguien había tocado las cosas de Frida podría desencadenar una crisis que Karin no tenía recursos para manejar en un hotel sin equipo psiquiátrico ni personal entrenado en intervención de duelo. Lo que tenía era olanzapina, dos enfermeras agotadas, un gerente de hotel que registraba muertos en un cuaderno de tapas negras, y un guardia de seguridad que cargaba con el peso de lo que había escuchado a través de una puerta cerrada. Con eso tenía que funcionar.

Se acercó a la cama. Miró a Nora una última vez. La enfermera que había robado un vial de oseltamivir del almacén y se lo había inyectado a sí misma mientras su hija la miraba desde una camilla. Karin había visto el punto de punción en el brazo de Nora. Había visto el vial vacío. Había entendido lo que había pasado en menos de cinco segundos, con la velocidad con que un médico de urgencias lee una escena y extrae el diagnóstico antes de que nadie se lo explique. Y lo que había entendido la había roto por dentro de una forma que no iba a escribir en ningún informe clínico, porque los informes clínicos no tienen una casilla para lo que sientes cuando entiendes que una madre ha elegido sobrevivir en lugar de su hija con un cálculo que es médicamente correcto y moralmente insoportable.

Lo que Karin no iba a escribir en el informe era esto: que entendía. Que si hubiera estado en esa silla a las dos de la madrugada con una jeringa en una mano y un vial en la otra y una hija con el ochenta y tres por ciento de saturación y un quince por ciento de probabilidad, no sabía lo que habría hecho. No lo sabía con la honestidad de quien lleva seis días tomando decisiones de triaje que significan darle medicación a unos y no a otros, que significan elegir quién tiene mayor probabilidad de respuesta y qué se hace con los que no la tienen. Karin llevaba seis días eligiendo. Y cada

elección había sido médicamente correcta y cada elección había dejado a alguien fuera y cada alguien tenía un nombre y una etiqueta de cartón en una mesilla del ala clausurada. Lo que Nora había hecho no era distinto de lo que Karin hacía cada día. La diferencia era que Nora había elegido sobre su propia hija, y esa diferencia lo cambiaba todo y no cambiaba nada, y la contradicción era lo que le había hecho temblar las manos después de quince minutos de reanimación, porque las manos de Karin Vold no temblaban por la muerte —había visto demasiadas muertes para que le temblaran por eso— sino por la comprensión de que la mujer que estaba frente a ella había hecho lo que Karin habría querido no hacer y que quizás habría hecho igual.

Salió de la 412. Cerró la puerta con cuidado. Bajó a la planta baja. Erik Dahl estaba detrás del mostrador de recepción con su cuaderno de tapas negras y su bolígrafo y la postura de un hombre que gestiona lo ingestionable con la única herramienta que conoce: la burocracia.

—La señora Skar necesita monitorización de nivel tres —dijo Karin—. Actualice el registro.

Erik anotó sin levantar la vista. La mano se movió sobre el papel con la misma eficiencia con la que había registrado a cuarenta y tres personas el día de la evacuación: rápida, mecánica, sin la pausa que requeriría preguntarse por qué. Junto a la entrada de la 412 añadió: «Dr. Vold — evaluar.» En la columna de estado de la hoja de cálculo del ordenador cambió «aktiv» por «medisinsk.» En la entrada de Frida Skar cambió «aktiv» por «utskrevet.» Tres palabras. El resumen administrativo de una tragedia que no cabía en tres palabras ni en trescientas ni en ninguna cantidad de palabras que los idiomas humanos hubieran inventado.

—La pulsera —dijo Karin.

Erik abrió un cajón. Sacó una pulsera de plástico del tipo que usan en urgencias: blanca, con cierre de presión, con una ventanilla donde se insertaba una tarjeta de identificación. Karin la cogió. Con un bolígrafo de punta fina escribió: «Skar, N. — Hab. 412 — NIVEL 3.» El número tres no se refería a la planta. Se refería al grado de riesgo psiquiátrico en la escala que Karin usaba en los centros de

contención: uno era observable, dos era supervisable, tres era intervenible. Nora era intervenible. Nora necesitaba intervención. Y la intervención, en un hotel sin psiquiatras ni infraestructura ni la posibilidad de trasladarla a un centro especializado, consistmía en lo que Karin podía hacer con lo que tenía: medicación, vigilancia, y la decisión de no decirle la verdad hasta que la verdad pudiera ser recibida sin destruir lo que quedaba.

Subió a la cuarta planta. Entró en la 412 con la pulsera. Nora seguía dormida. Karin le tomó la muñeca izquierda con la delicadeza que usaba para colocar vías intravenosas a pacientes inconscientes: los dedos firmes y suaves al mismo tiempo, la presión justa para no despertar pero suficiente para asegurar. Cerró la pulsera alrededor de la muñeca. El broche de presión hizo un clic mínimo, casi inaudible, que se perdió en el ruido de fondo del Granhall. La pulsera quedó ajustada al hueso, con la tarjeta de identificación visible: Skar, N. Hab. 412. NIVEL 3.

Nora no se movió. El cuerpo aceptaba la pulsera como aceptaba el sueño: sin participar, sin resistir, con la pasividad de algo que ha dejado de decidir sobre sí mismo. Karin la miró un momento más. Después salió y cerró la puerta y bajó al ala médica donde otros pacientes esperaban con sus propias fiebres y sus propias batallas y sus propias probabilidades.

El hotel siguió funcionando. Erik gestionó las comidas y las comunicaciones y el suministro del generador con la eficiencia de quien mantiene una máquina en marcha sin preguntarse para qué sirve la máquina. Lars hizo sus rondas con los pasos de siempre y el silencio de siempre y la carga de siempre, que ahora pesaba un nombre más: Frida Skar, cinco años, la canción y después la nada. Siri se quedó en la 409 con Odin y no bajó al comedor y no habló con nadie y el niño dibujó árboles en un cuaderno nuevo que alguien había dejado frente a su puerta, árboles con pájaros que tenían algo en la cabeza que podía ser un sombrero o podía ser una corona o podía ser la forma que tiene el recuerdo cuando lo dibuja un niño que no sabe que está recordando.

Y en la 412, Nora dormía.

Dormía con Bjørn contra la barbilla y los puños cerrados y los colores de su hija debajo de las uñas. Dormía en el lado de la cama donde Frida había dormido durante cinco noches y donde ahora dormía ella, en la forma de su hija, en el hueco que su hija había dejado y que ella había adoptado como se adopta un idioma: por inmersión, por necesidad, por la imposibilidad de volver al idioma anterior. Dormía y detrás de los párpados cerrados el cerebro hacía lo que los cerebros hacen cuando la carga excede la capacidad: cerrar puertas, sellar conductos, desviar el tráfico de la memoria hacia rutas que no pasaban por los lugares donde estaban guardadas las cosas insoportables. La jeringa. El vial. Los ojos de Frida. La línea verde. Las ruedas de la camilla. La canción cantada sola en una habitación vacía. Cada recuerdo fue aislado y encapsulado y desplazado a una zona del cerebro donde la consciencia no tenía acceso, como las habitaciones del ala clausurada que estaban ahí pero que nadie visitaba, que contenían lo que contenían pero que permanecían cerradas con cadena y candado nuevo porque alguien había decidido que lo que había dentro no debía verse.

El cerebro de Nora cerró las puertas con la misma eficiencia con que Nora cerraba las puertas de las habitaciones del hospital al final de su turno: una por una, metódica, sin mirar atrás. La puerta del día seis. La puerta del día siete. La puerta de la decisión. La puerta del almacén. La puerta de la planta dos a las dos de la madrugada. La puerta de la mirada de Frida. Cada puerta cerrada era un recuerdo menos y un hueco más, y los huecos no estaban vacíos —nada en el cerebro está vacío— sino llenos de la sustancia específica del olvido, que no es ausencia sino presencia de algo que ha decidido no mostrarse, como el agua del fiordo que contiene todo lo que ha recibido pero que desde la superficie parece solo agua.

Las horas pasaron. La luz de la ventana cambió de la oscuridad a esa claridad azulada y débil del invierno noruego que no es día sino la posibilidad del día, la promesa de que en algún lugar por encima de las nubes existe un sol que a esta latitud apenas se asoma por el horizonte antes de volver a esconderse. El fiordo absorbió esa luz y la devolvió filtrada, convertida en un resplandor

gris que entró por la ventana de la 412 y tocó la cara de Nora dormida y no la despertó.

Lo que la despertó fue el olor. La lejía industrial y algo más, algo dulce debajo de la lejía, algo orgánico que no conseguía identificar. El olor que la había acompañado durante días y que ahora, filtrado por las puertas cerradas de la amnesia, llegaba como algo nuevo, algo que no tenía historia ni contexto ni nombre. Solo un olor que no pertenecía a un hotel.

Nora abrió los ojos.

La habitación no existía. Solo una oscuridad densa, granulada, que tenía peso propio. Parpadeó. Otra vez. Las pupilas se ajustaron y las formas empezaron a separarse del fondo como objetos que flotaran hacia la superficie de un agua negra. Una mesilla de noche. Una lámpara apagada. La esquina de una cortina que no conseguía tapar del todo la ventana. Por la rendija entraba una luz azulada, débil, como la de una pecera en una habitación a oscuras.

No sabía dónde estaba. No sabía qué día era. No sabía cómo había llegado.

Algo suave le rozaba el brazo. Bajó la mirada. Un peluche gris con una oreja descosida y un ojo de botón más oscuro que el otro. Estaba en la almohada, junto a su cabeza. No sabía cómo se llamaba. No sabía a quién pertenecía. Lo único que sabía era que la tela olía a algo que le cerraba el estómago con una violencia que la obligaba a cerrar los ojos: crayón, jabón barato, pelo de niña.

En la muñeca izquierda, una pulsera de plástico. La acercó a la luz de la ventana. Las letras eran pequeñas pero legibles.

Skar, N. — Hab. 412 — NIVEL 3.

Su nombre. El número de una habitación. Una clasificación que no entendía.

Y una cara. Lo último que tenía. Un fotograma suelto, sin contexto: ojos marrones mirándola, pelo recogido en una coleta torcida, boca abierta como si estuviera diciendo algo. No recordaba qué. No recordaba dónde. No recordaba cuándo.

Pero sabía que tenía que encontrarla.

Se incorporó. La cabeza protestó con una presión sorda detrás de los ojos. El peluche seguía en la almohada. Lo cogió. La tela fría

pero con un rastro de algo debajo del frío, un olor que venía de muy lejos, de un lugar que no podía nombrar pero que su cuerpo reconocía como se reconocen las cosas que se han perdido: no con la cabeza sino con las manos, con la nariz, con la parte del pecho que se contrae cuando toca algo que pertenece a alguien que no está.

Se levantó. Fue a la ventana. Aparmó la cortina.

Un fiordo. Agua negra, inmensa, encajada entre dos paredes de roca que desaparecían en la niebla. La palabra llegó antes que la imagen: Noruega. Estaba en Noruega. La certeza sin recuerdo asociado. El dónde sin el cómo.

Se miró las manos. Debajo de las uñas, restos de color. Azul. Verde. No sabía por qué estaban ahí. No sabía qué habían hecho sus manos durante las horas que faltaban en su memoria. Pero los colores le dijeron algo que las palabras no podían decir: alguien había estado aquí. Alguien que usaba esos colores. Alguien que ella tenía que encontrar.

Salió al pasillo. Los pies descalzos sobre la moqueta. Los fluorescentes zumbando en su frecuencia constante. El hotel respirando a su alrededor con su cadencia de animal viejo que no juzga. El peluche contra el pecho. Y en algún lugar del Hotel Granhall, por encima o por debajo de ella, la persona que había dejado el olor en el peluche y los colores debajo de sus uñas y el fotograma de unos ojos marrones en la única parte de la memoria que no se había cerrado.

Empezó a buscar.

Detrás de ella, la puerta de la 412 se cerró con un clic que sonó igual que todos los clics de todas las puertas del Granhall: mecánico, impersonal, sin distinguir entre las personas que salen a buscar algo y las que salen sin saber que lo que buscan ya no existe.

Y en la mesilla de la habitación vacía, junto al inhalador vacío y la lámpara apagada, un frasco de pastillas sin etiqueta esperaba con la paciencia de los objetos que saben que su momento llegará, que la mano que los necesita terminará por encontrarlos, que las cosas que dejamos en las mesillas de noche son las cosas que nos miran

cuando nos despertamos y que están ahí cuando todo lo demás se ha ido.

Nora cerró los ojos.

Capítulo 25
412

412

La habitación 412 no ha cambiado.

La moqueta oscura con la mancha de humedad junto al radiador. Las paredes de hormigón que transpiran. La ventana con su vista al fiordo. La mesilla con el inhalador vacío y la lámpara apagada y el frasco de pastillas sin etiqueta que Karin dejó la mañana después de que Frida muriera y que sigue ahí, sin abrir, con sus catorce pastillas redondas y blancas que deberían haberme convertido en una paciente dócil y que no me convirtieron en nada porque no las tomé. Los crayones de Frida en el suelo, organizados por colores, de los más cálidos a los más fríos, con el blanco aparte porque el blanco no es un color, es lo que hay antes de los colores. El cuaderno abierto en la página del último árbol de invierno. El pijama de los cohetes doblado al pie de la cama con su mancha de sudor en el cuello.

Todo igual. Todo idéntico a la primera mañana, cuando desperté en esta cama sin recuerdos y con un peluche que olía a alguien que necesitaba encontrar. Pero ahora conozco el nombre de cada objeto. El inhalador de Frida. Los crayones de Frida. El cuaderno de Frida. El pijama de Frida. El frasco de Karin. Y la cama donde Frida durmió cinco noches y donde yo dormí la sexta en la forma que su cuerpo dejó en la sábana, una forma que mi propio peso borró al ocuparla, como se borra una huella en la arena cuando otro pie la pisa.

Bjørn número dos está en la mesilla. El que huele a hotel. El que alguien puso ahí o que yo misma puse en una de las noches que no recuerdo. Bjørn número uno está con Frida, en el ala clausurada, debajo de su brazo, donde lo dejé hace… no sé cuántas horas. El tiempo ha dejado de importar. Lo que importa cabe en esta habitación y en lo que sé y en lo que voy a hacer con lo que sé, que

es la única pregunta que queda ahora que todas las demás tienen respuesta.

Me siento en la cama. En mi lado. No en el de Frida. El lado izquierdo ya no me pertenece. No me perteneció nunca: era de Frida, y lo que hice al meterme en su forma la noche del día siete fue una invasión disfrazada de amor, el acto de un cuerpo que necesitaba ocupar el espacio de otro cuerpo porque el otro cuerpo se había ido y el vacío que dejó no era soportable. Ahora me siento en mi lado y dejo el de Frida vacío, con la sábana lisa y la almohada sin depresión, y el espacio vacío dice lo que tiene que decir sin que yo lo ayude.

En el regazo, el dibujo de Odin. El árbol con las hojas redondas. El pájaro con el sombrero. El cielo como una línea azul arriba del todo. Lo miro y lo que veo no es un dibujo sino una herencia: lo que Frida le dejó a un niño de ocho años que no hablaba y que ahora dibuja pájaros con sombrero porque una niña de cinco le enseñó que los pájaros pueden llevar lo que quieran en la cabeza y que nadie tiene derecho a decirles que no. El sombrero es de Frida. Todo lo demás —los árboles en el sótano, la mano en la ventana, las galletas, la canción— era mío. Pero el sombrero no. El sombrero sobrevivió a la amnesia y a la disociación y a las manos de enfermera que dibujaban dormidas, porque el sombrero estaba en la memoria de Odin y no en la mía, y las memorias de otros son el único lugar donde las personas que se van siguen estando intactas.

El fiordo está quieto al otro lado del cristal. El color de esta hora no tiene nombre en español: es algo entre el gris y el azul, algo que los noruegos llaman blågrått y que describe el punto exacto en que la luz del invierno no alcanza a ser día pero se niega a ser noche. La superficie del agua no se mueve. Los abetos de la orilla opuesta están inmmóviles, cargados de nieve, con la postura de cosas que han estado ahí mucho antes de que nadie construyera un hotel en este fiordo y que van a seguir ahí mucho después de que el hotel se convierta en ruinas y las ruinas en polvo y el polvo en parte del suelo que los árboles usan para crecer. Los árboles sobreviven a todo. Las raíces son más fuertes que el viento.

Un golpe suave en la puerta. No los nudillos. La palma abierta, con la presión de alguien que llama para anunciar que va a entrar, no para pedir permiso. Conozco la diferencia. La he escuchado miles de veces en las puertas de los pacientes del hospital.

—Adelante.

La puerta se abre. Karin Vold entra en la 412 con la tableta bajo el brazo y las gafas puestas y la bata blanca que lleva desde el día uno de la cuarentena. La bata tiene manchas que no estaban antes: amarillas en el pecho, de algo que podría ser yodo o podría ser otra cosa, y una marca oscura en el puño derecho que parece sangre seca. Karin lleva una semana sin cambiarse la bata. O la ha lavado y las manchas no salen. En cualquier caso, la bata de Karin es el mapa de lo que ha pasado en el ala médica del Granhall desde que empezó todo: cada mancha es un paciente, cada arruga es una noche sin dormir, cada hilo suelto es una decisión que se tomó con lo que había porque lo que había nunca era suficiente.

Karin me mira. Yo la miro. El espacio entre las dos contiene siete días y todo lo que ha pasado en esos siete días: la llegada, la cuarentena, las reglas, la tos, la separación, la fiebre, el vial, la canción, la jeringa, la línea verde, la camilla, la pulsera, las pastillas sin etiqueta, las noches de crayones y galletas y dibujos en paredes de sótano, las mañanas de búsqueda y esperanza y paranoia y la lenta demolición de una ficción que mi cerebro construyó para no tener que vivir en el mundo donde Frida no está.

Karin cierra la puerta. Se queda de pie junto a la ventana, de espaldas al fiordo, con la luz blågrått entrándole por detrás y convirtiéndola en una silueta con gafas. La postura de quien ha venido a decir algo que lleva días preparándose para decir y que ahora, frente a la paciente, descubre que las palabras que preparó no sirven porque la paciente ya sabe.

—Lars me ha dicho que habló con usted —dice.

—Sí.

—¿Recuerda?

La pregunta es clínica y personal al mismo tiempo. ¿Recuerda qué le contó Lars o recuerda lo que pasó? Las dos cosas viven en la

misma pregunta como dos peces en la misma pecera, dándose vueltas sin tocarse.

—Recuerdo lo que Lars me contó —digo—. No recuerdo todo lo que pasó. Hay puertas que mi cerebro cerró y que siguen cerradas. Pero sé lo que hay detrás de ellas. Y sé lo que hice.

Karin no se mueve. Las gafas reflejan la luz de la ventana con un brillo que me impide ver sus ojos. Es posible que lo haga a propósito: Karin es una mujer que sabe dónde ponerse en una habitación para que la luz trabaje a su favor. O es casualidad. En el Granhall ya no distingo entre lo deliberado y lo accidental.

—Lo que hice —repito, porque la frase necesita escucharse otra vez para existir del todo—. Usé la dosis de Frida en mí misma. Frida murió. Y mi cerebro borró todo para que pudiera seguir funcionando.

Karin se quita las gafas. Las limpia con el borde de la bata. El gesto que usa cuando necesita tres segundos antes de hablar. Lo he visto cada vez que ha tenido que decir algo que pesa más que las palabras.

—El episodio disociativo fue la respuesta de un cerebro sometido a una carga que superaba su capacidad de procesamiento —dice. La voz clínica, calibrada. La doctora Vold hablando—. La combinación de privación de sueño, infección viral activa, estrés agudo prolongado y el evento traumático principal produjo una amnesia disociativa con automatismos compensatorios. No es infrecuente. No es voluntario. Y no indica patología de base.

Cada frase es una pieza de un escudo que Karin monta entre la realidad y yo, un escudo hecho de terminología clínica y categorías diagnósticas que convierten lo que pasó en algo que tiene nombre y protocolo y literatura científica. Si tiene nombre, es manejable. Si es manejable, no destruye. Conozco esta técnica. La uso yo misma con los familiares en urgencias: convertir el horror en datos para que el horror quepa en la cabeza.

—No me estoy preguntando por qué mi cerebro borró lo que borró —digo—. Me estoy preguntando otra cosa.

Karin se pone las gafas. Me mira. La luz de la ventana ya no le oculta los ojos. Lo que veo en ellos no es la neutralidad clínica de siempre. Es algo más parecido a la atención de quien espera una

pregunta que sabe que va a ser difícil y que no sabe si tiene respuesta.

—¿Soy un monstruo?

La pregunta llena la 412 como el olor a lejía llena los pasillos del Granhall: ubiícua, imposible de ignorar, adherida a cada superficie. Seis sílabas. La pregunta más simple y más imposible que he formulado en mi vida. No le pregunto si estoy enferma ni si la amnesia es reversible ni cuánto tiempo necesito para recuperarme ni si las evacuaciones se han reanudado ni si alguna vez voy a poder salir de este hotel. Le pregunto si soy un monstruo. Si lo que hice aquella noche —coger una jeringa con diez milílitros de oseltamivir, ponerla contra mi brazo, clavármela mientras mi hija me miraba con los ojos abiertos— me convierte en algo que no merece el nombre de madre. O de persona. O de ser humano.

Karin no contesta.

El silencio dura lo que duran las cosas que no tienen respuesta: indefinido, sin forma, llenando el espacio como el agua llena un recipiente. Karin está de pie junto a la ventana con la tableta bajo el brazo y las gafas rectas y la bata manchada, y no contesta, y el hecho de que no conteste es la respuesta más honesta que ha dado desde que la conozco. Porque las respuestas posibles son dos y las dos son verdad y las dos son mentira:

No, no eres un monstruo —porque hiciste lo que el instinto de supervivencia te obligó a hacer en circunstancias que ningún ser humano debería enfrentar, con una cabeza que llevaba días sin funcionar y una fiebre que te nublaba el juicio y unas estadísticas que decían que la dosis en Frida tenía un quince por ciento de funcionar y en ti un setenta, y lo que hiciste fue matemáticas, no maldad, y las matemáticas no tienen moral.

Sí, eres un monstruo —porque tu hija te miró con los ojos abiertos mientras te clavabas la aguja y no dijiste nada y ella no dijo nada y el silencio entre las dos fue la tumba de algo que se llamaba confianza y que no se puede reconstruir porque la persona que confiaba ya no está para reconstruirlo.

Las dos respuestas son ciertas. Las dos son insuficientes. Y Karin, que es la mujer más precisa que conozco, que ha pasado seis

días midiendo síntomas y calculando probabilidades y tomando decisiones de triage con la frialdad de un bisturí estéril, sabe que no hay respuesta que cubra el espacio entre la matemática y la moral, entre el cálculo y el corazón, entre lo que hiciste y lo que deberías haber hecho. Karin no contesta porque Karin es honesta, y la honestidad a veces no es decir la verdad sino aceptar que la verdad no cabe en una frase.

Lo que hace es otra cosa. Se acerca a la cama. Se sienta a mi lado. No en el lado de Frida. En el mío. Cerca, a la distancia que se usa cuando quieres que alguien sepa que estás ahí sin necesidad de tocarlo. Deja la tableta en la mesilla, junto al frasco de pastillas y al inhalador vacío. Se quita las gafas. Las sostiene en las manos, con los dedos largos y cortados al ras, las manos de cirujana que temblaron después de quince minutos de reanimación en el pecho de mi hija y que ahora están quietas. No del todo. Casi. Hay un residuo de temblor en la punta de los dedos que Karin quizás cree que nadie nota y que yo noto porque llevo catorce años leyendo manos.

—Cuando estudié medicina —dice—, una profesora nos hizo un ejercicio. Nos dio un escenario. Un barco que se hunde. Diez personas en el agua. Un bote salvavidas con capacidad para seis. Nos pidió que eligiéramos a los seis. Nos dio las variables: edad, estado de salud, probabilidad de supervivencia, relaciones familiares. Cada uno de nosotros hizo su lista. Cada lista era diferente. Y cuando las comparamos, la profesora dijo algo que no he olvidado.

Hace una pausa. La pausa de quien repite una frase que ha oído muchas veces y que cada vez pesa distinto.

—Dijo: «Todos habéis elegido lo mismo. Habéis elegido vivir con la elección. Eso es lo que significa ser médico. No elegir quién vive y quién muere. Elegir cargar con haberlo decidido.»

La frase se queda en la 412. Se mezcla con el olor a lejía y con la luz blågrått y con el zumbido de los fluorescentes y se convierte en parte del aire de la habitación, como todo lo demás que se ha dicho entre estas paredes: las preguntas de Frida, los god natt a Bjørn, los cantos de cuna a las tres de la madrugada, el silencio de una niña mirando una jeringa.

—Eso no contesta mi pregunta —digo.

—No —dice Karin—. No la contesta.

Nos quedamos sentadas en el borde de la cama de la 412, lado a lado, mirando la pared de enfrente con sus manchas de humedad que parecen continentes de un mundo que nadie ha cartografiado. La doctora y la paciente. La médica que decidió no decirme la verdad y la enfermera que decidió no darle el antiviral a su hija. Dos mujeres que tomaron decisiones con lo que tenían y que cargan con haberlas tomado, y que van a seguir cargándolas después de que la cuarentena termine y las evacuaciones se reanuden y el Hotel Granhall vuelva a ser un hotel o se convierta en ruinas o se lo trague el fiordo.

Karin se levanta. Se pone las gafas. Recoge la tableta. Se alisa la bata con un gesto que es más hábito que vanidad, el gesto de quien se recompone antes de salir a hacer su trabajo porque el trabajo no espera y los otros pacientes siguen ahí y sus constantes siguen necesitando monitorización y sus fiebres siguen necesitando antipiréticos y la aritmética del ala médica del Granhall sigue funcionando con o sin Frida Skar en la columna de utskrevet.

En la puerta se detiene. Se gira a medias. El perfil contra la luz de la ventana.

—La pulsera —dice—. Puede quitársela cuando quiera. El nivel tres ya no aplica.

Miro mi muñeca izquierda. La pulsera de plástico blanco con la tarjeta que dice Skar, N. — Hab. 412 — NIVEL 3. La llevo puesta desde la mañana en que desperté sin recuerdos y la leí a la luz de la ventana sin saber qué significaba. Ahora sé qué significa. Sé quién la puso. Sé por qué. Sé que el número tres no era una planta sino un grado de riesgo, y que el riesgo era yo.

No me la quito. Aún no. Es lo último que alguien me puso mientras dormía, y las cosas que te ponen mientras duermes son las cosas que llevas sin haber elegido llevarlas, como los nombres y las cicatrices y los apellidos que significan lo que no quisiste que significaran. Skar. Cicatriz.

Karin sale. La puerta se cierra con un clic que suena como todos los clics de todas las puertas del Granhall. Me quedo en la 412.

La habitación está más vacía de lo que ha estado nunca. No porque falten objetos —los crayones siguen ahí, el cuaderno sigue ahí, el pijama sigue ahí— sino porque lo que falta no es un objeto. Lo que falta es la posibilidad de que alguien entre por la puerta y diga mamá y se queje del color del vaso y dibuje un pájaro con sombrero y diga buenísimo con las dos íes largas y pregunte si los pájaros se enferman y se duerma a la tercera nota de una canción que no tiene letra. Esa posibilidad se fue. Lo que queda es el espacio que ocupaba, y el espacio que ocupa una posibilidad muerta es más grande que el espacio que ocupaba viva, porque las cosas vivas tienen límites y las muertas no.

Me levanto. Camino hasta la ventana. El fiordo.

Lo miro como lo he mirado cada día desde que desperté en el Granhall, pero esta vez lo que veo no es un espejo ni un símbolo ni una metáfora de lo que siento. Es agua. Un cuerpo de agua entre dos paredes de roca, con una profundidad que nadie ha medido del todo, con corrientes que se mueven abajo sin que la superficie lo muestre, con peces y piedras y sedimento y todo lo que el fiordo ha recibido durante siglos y que guarda en el fondo con la paciencia de las cosas que no tienen memoria. El fiordo no sabe que Frida existió. El fiordo no sabe que murió en un hotel en su orilla. El fiordo no sabe nada de lo que sé yo, y esa ignorancia suya es lo más parecido a la paz que voy a encontrar en este sitio.

La nieve ha dejado de caer. El cielo tiene una apertura larga y estrecha por donde entra una luz que no es dorada como la de ayer sino blanca, fría, limpia, la luz de un invierno que no sabe hacer otra cosa que alumbrar lo que hay sin opinar sobre ello. La luz cae sobre el fiordo y el fiordo la devuelve y entre los dos —el cielo y el agua— se forma un espacio que es como el espacio entre las dos lecturas de lo que hice: ni inocencia ni culpa, ni perdón ni condena, sino el lugar intermedio donde las cosas son lo que son y nadie te dice qué pensar de ellas.

Miro el dibujo de Odin en la cama. El pájaro con el sombrero. El árbol con las hojas. El cielo que se queda arriba.

Frida dijo: díle que no pasa nada.

Frida dijo: si salvas a tu mamá, tu mamá te salva a ti.

Frida dijo: las raíces son más fuertes que el viento.

Tres frases de una niña de cinco años. Tres instrucciones para vivir después de lo que hice. Tres maneras de leer lo que pasó en la silla del ala médica a las dos de la madrugada del día seis del Hotel Granhall, con una jeringa en una mano y un vial en la otra y una hija que me miraba con los ojos abiertos:

No pasa nada: el perdón.

Tu mamá te salva a ti: la promesa que no cumplí.

Las raíces son más fuertes que el viento: lo que queda.

No sé con cuál de las tres quedarme. No sé si el perdón de Frida era real o era la última generosidad de una niña que gastaba el aire que le quedaba en proteger a su madre. No sé si la promesa rota puede repararse o si las promesas rotas a los muertos son las únicas que se rompen para siempre. No sé si lo que queda después de todo esto es raíz o es escombro, si lo que me sostiene es fortaleza o es la inercia de un cuerpo que no sabe cómo caerse.

Lo que sé es esto: estoy en la habitación 412 del Hotel Granhall, en un fiordo al norte de Bergen, en un país donde la oscuridad dura más que la luz y donde la gente ha aprendido a vivir con eso. Mi hija murió aquí. Yo sobreviví aquí. Las dos cosas son verdad y no se anulan. Mi hija me perdonó o no me perdonó y no voy a saberlo. Elegí mal o elegí lo único que podía elegir y no voy a saberlo. Soy un monstruo o soy una madre que hizo lo que el instinto le pidió en el peor momento de su vida, y la distancia entre las dos cosas es la distancia que voy a recorrer cada día de cada año que me quede, sin llegar nunca a un lado ni al otro, caminando por el filo de algo que no tiene nombre.

El fiordo está quieto. El cielo está abierto. La luz blanca de invierno entra por la ventana de la 412 y toca las cosas de Frida en el suelo —los crayones, el cuaderno, la sombra del pijama de los cohetes— y las ilumina sin cambiarlas, sin añadirles nada, sin quitarles nada, con la imparcialidad de la luz que no sabe lo que alumbra.

Me siento en la cama. Las manos sobre las rodillas. Las uñas limpias. La pulsera en la muñeca. El dibujo de Odin en el regazo con su pájaro que lleva sombrero y que vuela por encima de las

tormentas. El hotel respirando a mi alrededor con su cadencia de animal viejo. El fiordo detrás del cristal con su agua profunda que guarda las cosas sin juzgarlas.

Y la pregunta que no tiene respuesta, la que va a estar ahí cuando cierre los ojos y cuando los abra y cuando la cuarentena termine y cuando salga de este hotel y cuando vuelva a Oslo y cuando pase por la puerta de la habitación de Frida y cuando abra el armario donde está su ropa y cuando encuentre debajo de la almohada de su cama la copia de la llave de casa que Frida escondía ahí porque decía que las llaves también necesitan dormir. La pregunta que no se contesta, que no se resuelve, que no se archiva, que se lleva encima como la pulsera que Karin me puso mientras dormía: sin haberla elegido, sin poder quitártela, sin saber si alguna vez dejará de pesar lo que pesa.

¿Qué harías tú?

Miro el fiordo. El agua no se mueve. La luz no cambia. El hotel no responde. Bjørn número dos me mira desde la mesilla con su ojo de botón desparejado, el conejo que no es conejo, el oso que no es oso, el peluche que no huele a nadie y que está aquí porque alguien lo puso aquí y nadie sabe quién ni cuándo ni por qué, como tantas cosas en este hotel, como tantas cosas en la vida que voy a tener que vivir después de esto.

Nora cerró los ojos.